HISTORIA DEL SATANISMO Y LA BRUJERÍA

JULES MICHELET

Ediciones elaleph.com

Editado por
el**aleph**.com

INTRODUCCIÓN

Sprenger dice (antes de 1500) : "Hay que decir la herejía de las brujas y no de los brujos: éstos son poca cosa". Y otro, en tiempos de Luis XIII: "Por un brujo, diez mil brujas".

"La naturaleza las hace brujas..." Es el genio propio de la mujer y de su temperamento. La mujer nace hada. Por el retorno regular de la exaltación, es sibila. Por el amor, maga. Por su finura, su malicia (con frecuencia fantástica y bienhechora) es bruja y echa suertes, o por lo menos engaña, adormece las enfermedades.

Todo pueblo primitivo tiene el mismo comienzo: lo vemos por los Viajes. El hombre caza y combate. La mujer se ingenia, imagina: engendra sueños y dioses. Cierto día es vidente: tiene las alas infinitas del deseo y del ensueño. Para contar mejor el tiempo, observa el cielo. Pero la tierra no está por ello menos en su corazón. Con los ojos bajos sobre las flores enamoradas, ella

misma joven y flor, la mujer traba con las flores un conocimiento personal. Es mujer y les pide que curen a los que ella ama.

¡Sencillo y conmovedor principio de las religiones y de las ciencias! Más adelante todo se dividirá, se verá empezar al hombre especial, juglar, astrólogo o profeta, nigromante, sacerdote, médico. Pero, al principio, la mujer es todo.

Una religión viva y fuerte, como el paganismo griego, empieza en la sibila y termina en la bruja. La primera, hermosa virgen, a plena luz lo acunó, le dio el encanto y la aureola. Más tarde, decaído, enfermo, en medio de las tinieblas de la Edad Media, de las landas y de los bosques, fue escondido por la bruja; su piedad intrépida lo alimentó, lo hizo vivir todavía. Así, para las religiones, la mujer es madre, tierna cuidadora y nodriza fiel. Los dioses son como los hombres: nacen y mueren en su seno.

¡Cuánto le cuesta esta fidelidad! . . . ¡Reinas magas de Persia, maravillosa Circe! Sublime Sibila, ¡ay!. . . ¿Qué ha sido de vosotras? Y ¡qué bárbara transformación! . . . Aquella que, en el trono de Oriente, enseñó las virtudes de las plantas y el viaje de las estrellas, aquella que, junto al trípode de Delfos brillaba con el dios de la luz y daba los oráculos a un mundo de rodillas... es la misma que, mil años después, es cazada como un animal salvaje,

perseguida en las encrucijadas, execrada, despedazada, lapidada, sentada sobre carbones ardientes.

El clero no encuentra bastantes hogueras, el pueblo bastantes injurias, el niño bastantes piedras para lanzar contra la infortunada. El poeta, (también niño) le lanza otra piedra, la más cruel para una mujer. Supone, gratuitamente, que ella es siempre vieja y fea. Ante la palabra "bruja" surgen las horribles viejas de Macbeth. Pero sus crueles procesos nos enseñan lo contrario. Muchas perecieron, precisamente, por ser jóvenes y bellas.

La sibila predecía el destino. Y la bruja lo realizaba. Ésta es la grande, la verdadera diferencia. Ella evoca, conjura, opera sobre el destino. No es la Casandra antigua, que veía tan bien el porvenir, lo lamentaba, lo esperaba. La bruja crea este porvenir. Más que Circe, más que Medea, ella lleva en la mano la varita del milagro natural para ayudar a la hermana naturaleza. En ella se ven ya los rasgos del moderno Prometeo. En ella comienza la industria, ante todo la industria soberana que cura, rehace al hombre. A la inversa de la sibila, que parecía mirar hacia la autora, ella mira hacia el poniente; pero justamente este crepúsculo sombrío da, mucho antes que la aurora (como sucede en los picos de los Alpes), un alba anticipada del día.

El sacerdote presiente bien que el peligro, la enemiga, la ri-validad temible está en aquella a quien finge despreciar, en la sacerdotisa de la naturaleza. De los

antiguos dioses, ella ha concebido dioses. Frente al Satanás del pasado, se ve que ella da a luz un Satanás del porvenir.

Durante mil años el único médico del pueblo fue la bruja. Los emperadores, los reyes, los papas, los más ricos barones tenían algunos doctores de Salerno, moros o judíos, pero las masas de todo Estado, podemos decir todo el mundo, no consultaban más que a la Sala, o comadrona. Si no curaba, la injuriaban y la llamaban bruja. Pero generalmente, por un respeto mezclado de temor, se la nombraba Dama buena, o Bella dama (bella donna), el mismo nombre que se daba a las hadas.

Y sucedió con ella lo mismo que ocurrió con su planta favorita, la belladona, y otros venenos saludables que ella empleaba y que fueron el antídoto de los grandes flagelos de la Edad Media. El niño, el transeúnte ignorante maldecían aquellas sombrías flores antes de conocerlas. Los aterraban con sus dudosos colores. El nombre retrocede, se aleja. Y son, sin embargo, las consoladoras (soláneas) que, discretamente administradas, han adormecido y con frecuencia curado tantos males.

Se las encuentra en los lugares más siniestros, aislados, de mala fama, entre los tugurios, entre los escombres. En esto se parecen una vez más a la mujer que las utiliza. ¿Donde podía vivir si no en las landas salvajes la desdichada tan perseguida; la maldita, la proscrita, la envenenadora que curaba, que salvaba? ¿Dónde podía

vivir la novia del diablo y del mal encarnado, que tanto bien hizo, según el decir del gran médico del Renacimiento? Cuando en Basilea, 1527, Paracelso quemó toda la medicina, declaró no saber nada fuera de lo que había aprendido de las brujas.

Esto merecía una recompensa. Y las brujas la tuvieron. Se les pagó con torturas, con hogueras. Se descubrieron suplicios especiales, se inventaron dolores para ellas. Se las juzgaba en masa, se las condenaba por una palabra. Nunca hubo tanta prodigalidad de vidas humanas. Sin hablar de España, tierra clásica de hogueras, en que el moro y el judío no dejan jamás de acompañar a la bruja, se quemaron siete mil en Tréveris, no sé cuántas en Tolosa; en tres meses, quinientas en Ginebra (1513), ochocientas en Wurtzburg, casi en una horneada; mil quinientas en Bamberg (dos pequeños obispados). El mismo Fernando II, el mojigato, el cruel emperador de la Guerra de los Treinta Años, se vio obligado a vigilar a sus buenos obispos: había peligro de que quemaran a todos sus súbditos. En la lista de Wurtzburg he encontrado un brujo de once años, que iba a la escuela; una bruja de quince. En Bayona dos de diecisiete, condenadamente bonitas.

Prestemos atención a que en ciertas épocas, por el sólo nombre de bruja, el odio mata a quien quiere. Las envidias de las mujeres, la concupiscencia de los hombres se apoderan de esta arma tan cómoda. ¿Esta es

rica? . . . Bruja. ¿Aquella es bonita? Bruja. Vemos así a la Murgui, pequeña mendiga que marca con esta piedra en la frente, para la muerte, a una gran dama muy hermosa, la castellana de Lancinena.

Las acusadas, si pueden, prevén la tortura y se matan. Remy, el excelente juez de Lorena, que quemó ochocientas, triunfa en medio de este terror. "Mi justicia es tan buena -dijo-, que dieciséis brujas arrestadas el otro día no pudieron esperar y se estrangularon".

En el largo camino de mi Historia, en los treinta años que le he consagrado, esta horrible literatura de la brujería ha pasado y repasado frecuentemente por mis manos. También he agotado los manuales de la Inquisición, las asnadas de los dominicos. (Látigos, Martillos, Hormigueros, Fustigaciones, Linternas, etcétera) son los títulos de sus libros. Después he leído las historias de los parlamentarios, de los jueces laicos que sucedieron a estos monjes a quienes despreciaban, sin ser por ello menos idiotas. En otra parte he dicho una palabra sobre esto. Aquí haré una sola observación: de 1300 a 1600 y un poco más, la justicia es la misma. Salvo un entreacto en el Parlamento de París, hay siempre y en todas partes idéntica ferocidad de tontería. Los talentos no hacen nada. El inteligente De Lancre, magistrado bordelés del reino de Enrique IV, muy avanzado en política, cae, cuando se trata de brujería, al nivel de un Nider, de un Sprenger, de los monjes imbéciles del siglo xv.

Uno queda sorprendido al ver estos tiempos tan diversos, estos hombres de cultura diferente, que no pueden avanzar un paso. Después se comprende bien que unos y otros fueron detenidos, digamos más, cegados, irremediablemente embriagados y convertidos en salvajes por el veneno de su principio. Este principio es el dogma de la injusticia fundamental: "Todos perdidos por uno solo, no sólo castigados sino dignos de serlo, arruinados y pervertidos de antemano, muertos para Dios aún antes de nacer. El niño que mama es un condenado".

¿Quién dice esto? Todos, hasta el mismo Bossuet. Un doctor importante de Roma, Spina, maestro del Sagrado Palacio, lo formula claramente: "¿Por qué permite Dios la muerte de los inocentes? Lo hace por justicia, pues si no mueren por los pecados que han cometido, mueren siempre culpables del pecado original". (De Strigibus, c. 9).

Lógica y justamente dos cosas derivan de esta enormidad. El juez está siempre seguro de su condena: el reo es siempre culpable y, si se defiende, lo es aún más. La justicia no tiene por qué sudar a mares, romperse la cabeza para distinguir lo verdadero de lo falso. En todo, se parte de un parti pris. El lógico, el escolástico, no tiene por qué analizar el alma y darse cuenta de las tonalidades por las que pasa, su complejidad, sus oposiciones interiores y sus combates. No necesita, como

nosotros, explicarse el modo en que esta alma, de grado en grado, ha podido convertirse en mala. ¡Cómo reiría si pudiera comprender estas finezas, estos tanteas! ¡Cómo levantaría la cabeza entonces, y con qué gracia oscilarían las soberbias orejas que adornan su cráneo vacío!

Cuando se trata del Pacto diabólico, del tratado aterrador en el cual, por la pequeña ganancia de un día, el alma se vende a las torturas eternas, nosotros querríamos encontrar el sendero maldito, la aterradora escala de desdichas y de crímenes que la han hecho descender hasta allí. Pero nuestro hombre se burla de todo esto. Para él, el alma y el diablo han nacido el uno para el otro, tanto que, ante la primera tentación, por un capricho, un ansia, una idea que pasa, del primer golpe, el alma se lanza a esta horrible extremidad.

Tampoco veo que nuestros autores modernos hayan inquirido mucho en la cronología moral de la brujería. Prestan demasiada atención a los contactos de la Edad Media con la Antigüedad. informes reales, pero débiles, de escasa importancia. Ni la antigua maga, ni la vidente céltica o germánica son todavía la verdadera bruja.

Las inocentes sabasias -de Baco Sabasio-, este pequeño"sabbat" rural de la Edad Media, no son en modo alguno la misa negra del siglo XIV, el grande y solemne desafío a Jesús. Estas concepciones terribles no llegaron por el largo hilo de la tradición.

Nacieron del horror de los tiempos.

¿Cuándo empieza la bruja? Lo digo sin vacilar: "En las épocas de desesperación".

De la desesperación profunda que creó el mundo de la Iglesia. Yo digo sin vacilar: "La bruja es su crimen".

No me detengo sobre esas dulzonas explicaciones que fingen atenuar la cosa: "Débil, ligera era la criatura, blanda ante las tentaciones. Fue inducida al mal por la concupiscencia". Ay... en medio de la miseria, de las hambres de esa época, no era esto lo que podía turbar hasta el furor diabólico. Aunque la mujer enamorada, celosa y abandonada, el niño perseguido por su madrastra, la madre castigada por su hijo (viejos temas de leyendas) hayan podido ser tentados e invocar al espíritu malo, todo esto no los hace brujos. Aunque estas pobres criaturas llamen a Satán, esto no quiere decir que él las acepte. Están lejos todavía, muy lejos, de haber madurado para él. No cuentan con el odio de Dios.

Para comprender esto un poco mejor hay que leer los registros execrables que nos quedan de la Inquisición, no los extractos de Llorente, de Lamothe-Langon, etcétera, sino los registros originales de Tolosa. Leedlos en toda su chatura, en su apagada sequedad, tan atrozmente feroz. Al cabo de algunas páginas nos sentimos carcomidos. Un frío cruel se apodera de nosotros. La muerte, la muerte, la muerte; es lo único que se siente

en cada línea. Uno se siente ya en el ataúd, o en una celdita de piedra de muros húmedos. Los más dichosos son aquellos a quienes matan. El horror son los in pace. Estas palabras vuelven sin cesar, como una campana de abominación que suena y que resuena, repitiendo siempre una palabra: emparedados.

Aterradora mecánica de aplastamiento, de destrucción, cruel prensa para quebrar el alma. De vuelta de tuerca en vuelta de tuerca, no respirando ya y resquebrajada, salta fuera de la máquina y cae en un mundo desconocido.

Cuando apareció la bruja no tenía padre, ni madre, ni hijo, ni marido, ni familia. Es un monstruo, un aerolito, venido no se sabe de dónde. ¿Quién osaría acercársele, gran Dios?

¿Dónde está? En lugares imposibles, entre las zarzas, en las landas, entre los espinos y los cardos que se mezclan y cierran el paso. Pasa la noche bajo algún viejo dolmen. Si se la encuentra, la bruja se ve aislada por el horror común: tiene a su alrededor como un círculo de fuego.

Y ¿quién lo creería? . . . Es todavía una mujer. Esta vida terrible comprime y tiende sus resortes de mujer, la electricidad fe-menina. La tenemos ya enriquecida de dos dones:

El iluminismo de la locera lúcida que, según el grado, es poesía, segunda vista, penetración aguda, palabra

audaz e ingenua, ante todo la facultad de creer sus propias mentiras. Don ignorado par el brujo macho. Con él nada ha comenzado.

De este don deriva otro, el sublime poder de la concepción solitaria, la partenogénesis que nuestros fisiólogos reconocen ahora en las hembras de numerosas especies para la fecundidad del cuerpo, y que no es menos segura para las concepciones del espíritu.

Sala, la bruja concibió y creó. ¿A quién? A otra como ella, que se le parece hasta engañarnos.

Hijos del odio, concebidos por el amor. Pues sin el amor nada se crea. Ella, por aterrada que esté ante este niño, se encuentra tan bien, se complementa tanto en este ídolo, que lo coloca inmediatamente en el altar, lo honra, se inmola, se da como víctima y como hostia viva. Ella misma lo dirá con frecuencia a su juez: "No temo más que una cosa: sufrir demasiado poco por él". (Lancre).

¿Sabéis cuál fue el comienzo del niño? Una terrible carcajada. ¿Acaso no tiene motivos de alegría, en su libre pradera, lejos de los calabozos de España y de los emparedados de Tolosa? Su in pace es nada menos que el mundo. Va, viene, se pasea. Le pertenecen la selva sin límites, las landas de los lejanos horizontes, toda la Tierra en la redondez de su rica cintura. La bruja le dice tiernamente: "Mi Robin", con el nombre del valiente proscrito, el alegre Robin Hood, que vive entre las ver-

des hojas. También le gusta nombrarlo con el apodo de Verdecito y Robin de los Bosques. Son los lugares favoritos del travieso. Apenas vio un matorral, ya creó la "escuela de los matorrales".

Lo que sorprende es que, desde el primer momento, la bruja creó un ser que tuvo todas las apariencias de la realidad. Se lo ha visto, se lo ha oído. Cada cual puede describirlo.

Los santos, esos bienamados, los hijos de la casa, no se mueven, contemplan, sueñan; esperan esperando, seguros de tener un sitio entre los elegidos. La poca actividad que tienen se concentra en el círculo cerrado de la Imitación (esta palabra es toda la Edad Media). Pero él, el bastardo maldito, que sólo merece el látigo, no puede esperar. Sale a buscar y no descansa jamás. Se agita entre la tierra y el cielo. Es muy curioso, revuelve, entra, sondea, 'mete la nariz en todo. Se ríe, se burla del Consummatum est.

Siempre repite: "Más lejos", "¡Adelante!”

Por otra parte, no es un ser difícil. Recoge todos los restos: toma lo que el cielo bota. Por ejemplo, la Iglesia bota a la naturaleza, como impura y sospechosa. Satán se apoderó de ella, se adornó con ella. Más aún, la explotó y se sirvió de ella, hizo nacer las artes, aceptó el gran nombre con que se quiere herirlo, el de Príncipe del Mundo.

Imprudentemente se había dicho: "¡Ay del que ríe!" Esto era dar de antemano a Satanás una preciosa parte: darle el monopolio de la risa y proclamarlo divertido. Digamos más: necesario. Pues la risa es una función esencial de nuestra naturaleza. ¿Cómo soportar la vida si no se puede reír, por lo menos en medio de nuestros dolores?

La Iglesia, que ve en la vida sólo una prueba, se cuida mucho de prolongarla. Su medicina es la resignación, la espera y la esperanza de la muerte. Amplio campo para Satanás. Lo tenemos ya convertido en médico, en curandero de los vivos. Más aún, en consolador: tiene la complacencia de mostrarnos nuestros muertos, de evocar las sombras amadas.

Hay otra cosita rechazada por la Iglesia: la lógica, la razón libre. Es la gran golosina de la que el otro se apodera con avidez.

La Iglesia había construido con cal y cemento un pequeño in pace estrecho, de bóveda baja, iluminado por la luz mortecina que entraba por una rendija. Esto se llamaba la Escuela. Se sol-taba a algunos tonsurados y se les decía: "Sed libres". Todos se volvían tullidos. Trescientos, cuatrocientos años confirman la parálisis. ¡Y el punto de Abelardo es justamente el mismo de Occam!

Es cómico que se busque aquí el origen del Renacimiento. El Renacimiento tuvo lugar, pero, ¿cómo? Por

el satánico esfuerzo de las gentes que atravesaron la bóveda, por la empresa de los condenados que querían ver el cielo. Y tuvo lugar lejos de la Es-cuela y de los letrados, en la Escuela de los Matorrales, donde Satanás dictaba clases a la bruja y al pastor.

Enseñanza azarosa si la hay, pero en la cual el azar mismo exaltaba el amor curioso, el deseo desenfrenado de ver y de saber. Allí comenzaron las ciencias malas, la farmacia, prohibida por sus venenos, y la execrable anatomía. El pastor, espía de las estrellas, junta con la observación del cielo traía sus culpables rectas, sus ensayos sobre los animales. La bruja traía un cadáver robado del cementerio vecino; y por primera vez (a riesgo de la hoguera) se pudo contemplar ese milagro de Dios "que se oculta tontamente, en lugar de comprenderlo" (como ha dicho tan bien M. Serres).

Al único doctor admitido por Satán, Paracelso añade un tercero, que se abría paso a veces en la siniestra asamblea y traía la cirugía. Era el cirujano de esos tiempos de bondad, el verdugo, el hombre de mano audaz, que juega con el hierro, rompe los huesos y sabe componerlos, que mata y que, a veces, sabe ahorcar nada más que hasta cierto punto.

La universidad criminal de la bruja, del pastor, del verdugo, con sus ensayos sacrílegos, envalentonó a la otra, obligó a su rival a estudiar. Pues todos querían vivir. Todo hubiera sido para la bruja: para siempre se habría

dado la espalda al médico. Fue necesario que la Iglesia soportara, permitiera estos crímenes. La Iglesia reconoció que había venenos buenos (Grillandus). Obligada y forzada, dejó que la disección se hiciera públicamente. En 1306 el italiano Mondino abrió e hizo la autopsia de una mujer; otra en 1315. Revelación sagrada, descubrimiento de un mundo (mucho más que Cristóbal Colón). Los tontos se estremecen, aúllan. Y los sabios caen de rodillas.

Con tales victorias, Satanás estaba seguro de vivir. Jamás hubiera podido destruirlo la Iglesia sola. Las hogueras no lo lograron, sino cierta política.

Hábilmente se dividió el reino de Satán. Contra su hija, contra su esposa, la Bruja, se armó a su hijo, el Médico.

La Iglesia, que detestaba al médico profundamente, con todo su corazón, no dejó por esto de fundar su monopolio, para extinguir a la bruja. Se declaró, en el siglo XIV, que si la mujer se atrevía a curar sin haber estudiado, era bruja y merecía morir.

Pero ¿cómo podía la mujer estudiar públicamente? Imaginemos la escena risible, horrible, que se hubiera producido si la pobre rústica se hubiera atrevido a entrar en las escuelas. ¡Qué fiesta y qué alegría! En las hogueras de San Juan quemaban gatos encadenados. Y la bruja atada a este infierno maullante, la bruja que aulla-

ba mientras la asaban, ¡qué alegría para la amable juventud de monaguillos y novicios!

Veremos la larga decadencia de Satanás. Relato lamentable. Lo veremos pacificado, convertido en un buen viejo. Lo roban, lo saquean, al punto que, de las dos máscaras que llevaba en el Sabbat, la más sucia fue adoptada por Tartufo.

Su espíritu está en todas partes. Él mismo, en su persona, lo perdió todo al perder a la bruja. Los brujos eran unos fastidiosos.

Ahora, cuando se lo precipita de tal modo hacia su declinación, ¿se sabe bien qué se está haciendo? ¿No era él un actor necesario, una pieza indispensable en la gran máquina religiosa, un poco descompuesta hoy? Todo organismo que funciona bien es doble, tiene dos lados. La vida no marcha de otro modo. Hay un cierto equilibrio de dos fuerzas, opuestas, simétricas, pero desiguales: la inferior hace contrapeso, responde a la otra. La superior se impacienta y quiere suprimirla. Equivocadamente.

Cuando Colbert (1672) destituyó de mala manera a Satanás, prohibiendo a los jueces admitir los procesos de brujería, el tenaz parlamento normando, con su buena lógica normanda, mostró la amplitud peligrosa de tal decisión. El diablo no es nada menos que un dogma, unido a todos los otros. Atentar contra el eterno vencido, ¿no es acaso atentar contra el vencedor? Dudar de

los actos del primero lleva a dudar de los actos del segundo, de los milagros que hizo precisamente para combatir al diablo. Las columnas del cielo tienen su base en el abismo. El aturdido que remueve esta base infernal puede hacer temblar al paraíso.

Colbert no escuchó. Tenía muchas otras cosas que hacer. Pero quizás el diablo escuchó. Y la cosa lo consoló mucho. En los pequeños oficios con que se gana hoy la vida (espiritismo o mesas giratorias) está resignado y cree que, por lo menos, no muere solo.

LIBRO PRIMERO

1
LA MUERTE DE LOS DIOSES

Algunos autores aseguran que, poco tiempo antes de la victoria del cristianismo, una voz misteriosa corría por las riberas del mar Egeo, diciendo: "El gran Pan ha muerto".

Había terminado el antiguo dios universal de la naturaleza Gran alegría. Se supuso que, al morir la naturaleza, iba a morir la tentación. Agitada durante tanto tiempo por el huracán, el alma humana va a descansar finalmente.

¿Se trataba simplemente del fin del culto antiguo, de su derrota, del eclipse de las antiguas formas religiosas? En modo alguno. Al consultar los primeros monumentos cristianos, encontramos a cada línea la esperanza de que desaparezca la naturaleza, se apague la vida, se llegue al fin del mundo. Es el final de los dioses de la

vida, que por tanto tiempo han prolongado la ilusión. Todo cae, se desmorona, se hunde. El todo se convierte en nada: "El gran Pan ha muerto".

No era novedad que los dioses tenían que morir. Numerosos cultos antiguos se fundan, precisamente, en la idea de la muerte de los dioses. Osiris muere, Adonis muere, para resucitar, es verdad. En el teatro mismo, Esquilo lo denuncia expresamente por boca de Prometen, en dramas que se representan durante las fiestas de los dioses: algún día los dioses debían morir. Pero, ¿cómo? Vencidos y sometidos a los Titanes, a las potencias antiguas de la Naturaleza.

Aquí se trata de otra cosa. Los primeros cristianos, en conjunto y en detalle, en el pasado y en el porvenir, maldicen la Naturaleza misma. La condenan por entero, y hasta llegan a ver el mal encarnado, el demonio, en una flor. Que vengan pues, cuanto antes mejor, los ángeles que antes diezmaron las ciudades del mar Muerto. Que te lleven, que doblen como un velo la vana figura del mundo, que libren por fin a los santos de esta larga tentación.

El Evangelio dice: "Se acerca el día". Los Padres dicen: "Muy pronto". El desmoronamiento del Imperio y la invasión de los bárbaros llena de esperanzas a San Agustín: pronto no subsistirá más ciudad que la Ciudad de Dios.

Pero, ¡cuán duro es este mundo para morir! ¡Cómo se obstina en vivir! Pide, como Ezequías, un aplazo, una vuelta de cuadrante. Bueno, que sea, hasta el año Mil. Pero después... ni un día más.

¿Es cierto, como se ha repetido tantas veces, que los antiguos dioses se eliminaron ellos mismos, aburridos, cansados de vivir? ¿Es verdad que, descorazonados, hayan dado casi su dimisión? ¿Es cierto que al cristianismo le bastó con soplar sobre estas vanas sombras?

Se exhiben estos dioses en Roma, se los muestra en el Capitolio, donde sólo han sido admitidos tras una muerte previa, quiero decir, abdicando lo que tenían de savia local, renegando de su patria, dejando de ser los genios representantes de las naciones. Es verdad que, para recibirlos, Roma había practicado una severa operación sobre ellos: los había enervado, empalidecido. Estos grandes dioses centralizados se habían convertido, en su vida oficial, en tristes funcionarios del Imperio Romano. Pero esta aristocracia del Olimpo, en su decadencia, no arrastró consigo a la multitud de dioses indígenas, el populacho de dioses instaurados aun en la inmensidad de las campiñas, los bosques, los montes, las fuentes, confundidos íntimamente con la vida de la comarca.

Estos dioses alojados en el corazón de los robles, en las aguas movedizas y profundas, no podían ser expulsados.

Y ¿quién dijo esto? La Iglesia. La Iglesia se contradice bru-talmente. Después de proclamar su muerte, se indigna de que estén vivos. Siglo tras siglo, a través de la amenazadora voz de los concilios los conmina a morir... ¿Cómo... entonces están vivos?

"Son demonios. . . " Viven, por lo tanto. Como no se puede llegar a nada, se deja que el pueblo inocente los vista, los disfrace. Por medio de la leyenda, el pueblo los bautiza, imponiéndolos a la misma Iglesia. ¿Se han convertido al menos? Todavía no .Se los sorprende subsistiendo sinuosamente en su naturaleza pagana.

¿Dónde están? ¿En el desierto, en la landa, en el bosque? Sí, pero en la casa sobre todo. Se mantienen en lo más íntimo de las costumbres domésticas. La mujer los guarda y los oculta en los enseres domésticos y hasta en el mismo lecho. Los dioses tienen allí lo mejor del mundo (mejor que el templo), el hogar.

Nunca ha habido una revolución tan violenta como la de Teodosio. En la Antigüedad no se encuentra huella semejante de la proscripción de un culto. El persa adorador del fuego en su pureza heroica, pudo ultrajar a los dioses visibles, pero los dejó subsistir. Fue favorable a los judíos, los protegió, los empleó. Grecia, hija de la luz, se burló de los dioses tenebrosos, de los barrigudos

cabirios, pero los toleró, los adoptó como obreros, hasta el punto de hacer con ellos a su Vulcano. Roma, en su majestad, acogió no solamente a la Etruria, sino también a los dioses rústicos del antiguo trabajador italiano. Y persiguió a los druidas sólo porque constituían una peligrosa resistencia nacional.

El cristianismo vencedor quiso, creyó matar al enemigo. Arrasó la Escuela con la proscripción de la lógica y con la exterminación de los filósofos, que fueron masacrados bajo Valente. Arrasó o vació el templo, rompió los símbolos. La nueva leyenda hubiera podido ser favorable a la familia si el padre no hubiera sido anulado en San José, si la madre hubiera sido elevada como educadora, si moralmente hubiera engendrado a jesús. Camino fecundo, dejado en seguida por la ambición de una elevada pureza estéril.

Así entró el cristianismo por el solitario camino que el mundo tomaba por sí solo: el celibato, combatido en vano por las leyes de los emperadores. Se presipitó por esa pendiente a través del monaquismo.

Pero ¿estaba solo el hombre en el desierto? Lo acompañaba el demonio, con todas sus tentaciones. Tenía mucho que hacer: debía recrear sociedades, ciudades de solitarios. Ya se conocen las negras aldeas de monjes que se formaron en Tebaida. Ya se sabe qué espíritu turbulento, salvaje los animaba, sus incursiones

asesinas en Alejandría. Se decían enloquecidos, empujados por el demonio . . . y no mentían.

En el mundo se había hecho un enorme vacío. ¿Quién podía llenarlo? Los cristianos lo dicen: el demonio, por todas parte del demonio, Ubique daemon.

Grecia, como todos los pueblos, había tenido sus energúmenos, enloquecidos, poseídos por los espíritus. La semejanza es exterior ,de un parecido aparente, pero que no existe. Aquí ya no se trata de cualquier espíritu. Se trata de los negros hijos del abismo, ideal de la perversidad. Por todas partes se ve vagar a esos desdichados e melancólicos que se odian, tienen horror de sí mismos. Pensemos, en efecto, qué es sentirse doble, tener fe en ese otro, ese huésped cruel que va, viene, se pasea en nosotros, nos hace vagar por donde quiere, por los desiertos, por los precipicios. Flacura, debilidad creciente. Y cuanto más miserable y débil es un cuerpo, más agitado es por el demonio. La mujer, especialmente, está habitada, henchida, soplada por esos tiranos. Los demonios la llenan de aura infernal, crean con ella la borrasca y la tempestad, juegan a su capricho, la hacen pecar, la desesperan.

No somos nosotros solamente, ¡ay!, es toda la naturaleza que se vuelve demoníaca. Si el diablo está en una flor, ¡cuánto más estará en el sombrío bosque! La luz, que se creía tan pura, está llena de hijos de la noche. El cielo repleto de infierno. . . ¡qué blasfemia! ¿Qué se ha

hecho de la divina estrella de la mañana, cuyo centelleo sublime más de una vez aclaró a Sócrates, a Arquímedes o a Platón? . . . Es un diablo: el gran diablo Lucifer.

Por la noche se transforma en el diablo Venus, que me induce a tentación con sus muelles y suaves claridades.

No me sorprende que esta sociedad se haya vuelto terrible y furiosa. Indignada de sentirse tan débil contra los demonios, los persigue por todas partes en los templos, al principio en los al-tares del antiguo culto, después en los mártires paganos. Basta de festines: pueden ser reuniones idólatras. Hasta la misma familia es sospechosa, pues la costumbre podía reunirla en torno de los antiguos lugares. Y ¿por qué una familia? El Imperio es un imperio de monjes.

Pero el individuo solo, el hombre mudo y aislado, mira todavía el cielo y en los astros encuentra y honra a sus antiguos dioses. "Es esto lo que trae las hambres -dice el emperador Teodosio-y todos los flagelos del imperio". Terribles palabras que lanza sobre el pagano inofensivo la ciega cólera popular. La ley desencadena ciegamente todos los furores contra la ley.

Dioses antiguos, entrad al sepulcro. Dioses del amor, de la vida, de la luz, ¡apagaos! Poneos el capuchón de monjes. Vírgenes: sed religiosas. Esposas: abandonad a vuestros esposos; o, si conserváis la casa, sed para ellos como frías hermanas.

¿Es posible todo esto? ¿Quién tendrá el aliento bastante fuerte para apagar de un solo soplo la lámpara ardiente de Dios? Esta tentativa temeraria de piedad impía podrá hacer milagros extraños, monstruosos... ¡Temblad, culpables!

Muchas veces, en la Edad Media, volverá a presentarse la sombría historia de la novia de Corinto. Contada muy temprano por Flemón, el liberto de Adriano, volvemos a encontrarla en el siglo XII, otra vez en el XVI, como el reproche profundo, el in-domable reclamo de la naturaleza.

"Un joven de Atenas va a Corinto, a visitar a quien le ha pro-metida su hija. El joven ha seguido siendo pagano e ignora que la familia en la cual cree entrar se ha hecho cristiana. Llega tarde. Todos están acostados, menos la madre, que le sirve la comida de la hospitalidad y lo deja dormir. El joven está muerto de fatiga. Apenas empieza a dormitar cuando una figura entra al cuarto. Es una muchacha vestida, velada de blanco; lleva en la frente una banda negra y dorada. Lo ve. Sorprendida, levanta su blanca mano:

"-¿Soy ya tan desconocida en esta casa?. . . ¡Ay, pobre reclusa!. . . Tengo vergüenza y me voy. Descansa.

"-Quédate, hermosa, aquí están Ceres, Baco y, contigo, el Amor. ¡No tengas miedo, no estés tan pálida!

"-Oh, aléjate, joven. Ya no pertenezco a la dicha. Por un voto de mi madre enferma, la juventud y la vida

están ligadas para siempre. Los dioses han huido. Y los únicos sacrificios se hacen con víctimas humanas.

"-Y ¿qué? ¿Acaso serías tú una de esas víctimas? ¿Tú, mi querida novia, que me fue prometida desde la infancia? El compromiso de nuestros padres nos ligó para siempre bajo la bendición del cielo. ¡Virgen: debes ser mía!

"-No, amigo, yo no! Te darán mi hermana menor. Si lloro en mi fría cárcel, tú, entre los brazos de ella, piensa en mi, en mí, que me consumo y no pienso más que en ti, en mí, a quien la tierra va a cubrir.

"-No: reconozco esta llama: es la llama del himeneo. Vendrás conmigo a casa de mi padre. Quédate, amada.

"Como regalo de bodas, él ofrece una copa de oro. Ella le da su cadena, pero prefiere a la copa una mecha de los cabellos del joven.

"Es la hora de los espíritus; ella bebe, con sus labios pálidos, el vino color de sangre. Él bebe ávidamente, tras ella. Él invoca al Amor. El pobre corazón de ella se consume de anhelo y, sin embargo, resiste. Él se desespera y cae sollozando sobre el lecho. Entonces ella se echa junto a él.

"-¡Ah, tu dolor me hace tanto mal! Pero, ¡qué horror si me tocarás! Blanca como la nieve, fría como el hielo, así es tu novia.

"-Yo te daré calor. Ven a mí . . , cuando salgas de la tumba

"Se cambian besos y suspiros.

"-¿No sientes que ardo?

"El amor los atrae y los liga. Las lágrimas se mezclan al placer. Ella bebe, alterada, el fuego de su boca; la sangre fría se abrasa con el furor amoroso, pero el corazón no late en el pecho de ella.

"Entre tanto, la madre estaba allí, escuchando. Dulces palabras, quejas y gritos de voluptuosidad.

"-Chist . . . ¡Es el canto del gallo! . . . ¡Hasta mañana de no-che! ¡Adiós, besos y besos!

"La madre entra indignada. ¿Qué ve? A su hija. El joven la oculta, la tapa. Pero ella se libera y crece desde el lecho hasta la bóveda.

"-Oh, madre, madre, me envidias esta hermosa noche y me echas de este lecho tibio. ¿No te bastaba con haberme envuelto ?

en el sudario y haberme llevado al sepulcro? Pero una fuerza iba levantado la piedra. Tus sacerdotes pueden cavar en la fosa.

¿Qué hacen la sal y el agua allí donde arde la juventud? La tierra no hiela el amor . . . Tú prometiste. Yo vengo a reclamar mi bien. . .

"Ven, amigo, es necesario que mueras. Aquí languidecerías, te secarías. Tengo tus cabellos, mañana serán blancos... Una última plegaria, madre: abre mi negro

calabozo, levanta una hoguera y que la amante tenga el reposo de las llamas. ¡Que salte la chispa y se enrojezcan las cenizas! Iremos hacia nuestros antiguos dioses.”

II
LA DESESPERACIÓN DE LA EDAD MEDIA

"Sed como recién nacidos (quasi modo geniti infantes); sed pequeñitos, niños por la inocencia del corazón, por la paz, el olvido de las disputas, serenos, bajo la mano de jesús".

Tal es el amable consejo que da la Iglesia a aquel mundo tan tempestuoso, al día siguiente de la gran caída. Dicho de otra manera: "Volcanes, restos, cenizas, lava, brotad. Campos que-mados, cubríos de flores".

Es verdad que una cosa prometía la paz que renueva: todas las escuelas estaban terminadas, el camino de la lógica abandonado. Un método infinitamente simple dispensaba del razona-miento, brindaba a todos la fácil pendiente por la cual no se hace más que descender. Si el credo era oscuro, la vida estaba trazada en el sentido de la leyenda. La primera, la última palabra, fue la misma: imitación.

"Imitad, todo irá bien. Repetid y copiad". Pero ¿es éste el camino de la infancia verdadera, que vivifica el corazón del hombre, que le hace reencontrar las fuentes frescas y fecundas? Yo no veo en este mundo, que se hace pasar por joven y niño más que atributos de vejez, sutileza, servilismo, impotencia. ¿Qué es esta literatura frente a los sublimes monumentos de los griegos y de los judíos? Incluso, ¿qué es ante el genio romano? Es precisamente la caída literaria que se produce en la India entre el bramanismo y el budismo: una verborragia profusa después de la elevada inspiración. Los libros copian a los libros, las iglesias copian a las iglesias, y ya ni siquiera pueden copiarlas. Se roban las unas a las otras. Mármoles arrancados a Ravena adornan Aix-la-Chapelle. Así es esta sociedad. El obispo rey de una ciudad, el bárbaro rey de una tribu, copian a los magistrados romanos. Nuestros monjes, supuestamente originales, no hacen en sus monasterios más que renovar la villa (como dice muy bien Chateaubriand). No tienen la menor idea de hacer una sociedad nueva, ni de fecundar la antigua. Copistas de los monjes de Oriente, querrían en principio que sus servidores fueran también frailecitos trabajadores, un pueblo estéril. Es a pesar de ellos que se rehace la familia, que rehace al mundo.

Cuando se ve que estos viejos envejecen tan rápidamente, cuando en un siglo se pasa del sabio monje San Benito al pedante Benito de Aniane, sentimos per-

fectamente que estas gentes fue-ron inocentes de la gran creación popular que floreció sobre las ruinas: hablo de las vidas de los santos. Las escribieron los monjes, pero las hizo el pueblo. Esta joven vegetación puede hacer brotar hojas y flores entre las grietas de la vieja ruina romana convertida en monasterio pero no llega a su meta. Tiene su raíz profunda en el suelo: la siembra el pueblo, la familia la cultiva, todos meten mano, los hombres, las mujeres y los niños. La vida precaria, in-quieta de esos tiempos de violencia volvían imaginativas a las pobres tribus, crédulas en sus propios sueños, que las tranquilizaban. Sueños extraños, ricos en milagros, en locuras encantadoras y absurdas.

Estas familias, aisladas en el bosque, en la montaña (como se vive aún hoy en el Tirol o en los Altos Alpes), descendían un día por semana, y no faltaban al desierto de las alucinaciones. Un niño había visto esto; una mu-jer había soñado aquello. Sur-gía entonces un nuevo santo. La historia corría por la campiña, coma una que-ja, rimada groseramente. Se la cantaba y se la bailaba por la noche, junto al roble de la fuente. El sacerdote, que venía a oficiar el domingo en la capilla de madera, en-contraba ya esta canción legendaria en todas las bocas: Se decía: "Después de todo la historia es bella, edifi-cante . . . Hace honor a la Iglesia. Vox populi, vox Dei! Pero ¿dónde la descubrieron?”

Se le mostraban los testigos verídicos, irrecusables: el árbol, la piedra que habían visto la aparición, el milagro. ¿Qué contestar a esto?

Llevada a la abadía, la historia encontrará un monje, que no sirve para nada, que no sabe más que escribir, que es curioso, y que cree en todo, en todas las cosas maravillosas. El monje escribe la historia, la adorna con su chata retórica, la arruina un poco. Pero ya la tenemos consignada y consagrada, lista para ser leída en el refectorio, bien pronto en la iglesia. Copiada, cargada, a veces sobrecargada de ornamentos grotescos, la leyenda pasará de siglo en siglo hasta que, honorablemente, se coloque por fin en las filas de la Leyenda Dorada.

Todavía hoy en día, cuando leemos estas hermosas historias, cuando escuchamos las sencillas, ingenuas y graves melodías en que esas poblaciones rurales pusieron todo su corazón, no podemos menos de reconocer en ellas un gran aliento, y no podemos menos de enternecernos al pensar en su destino.

Habían tomado al pie de la letra el conmovedor consejo de la Iglesia: "Sed como recién nacidos". Pero lo aplicaron a lo que menos se hubiera supuesto. Mientras el cristianismo temía, odiaba a la naturaleza, ellos la amaron, la creyeron inocente, hasta la santificaron mezclándola con la leyenda.

Los animales, que la Biblia llama duramente peludos, los animales, de los que el monje desconfía, cre-

yendo encontrar en ellos al demonio, intervienen en estas hermosas historias de la manera más conmovedora (por ejemplo, la cierva que da calor y con-suela. a Genoveva de Brabante).

Hasta fuera de la vida legendaria, en la existencia común, los humildes amigos del hogar, los valerosos ayudantes del trabajo, suben en la estima del hombre. Ellos tienen su derecho. Tienen sus fiestas. Si en la inmensa bondad de Dios hay lugar para los más pequeños, si Él parece tener por ellos una preferencia de piedad, "... ¿por qué? -dice el pueblo de los campos- mi burro no puede entrar a la iglesia? Sin duda tiene defectos, por lo cual todavía se me parece más. Es trabajador rudo, pero cabeza dura: es indócil, obstinado, terco, en fin, igual a mí".

De ahí esas fiestas admirables, las más hermosas de la Edad Media, la fiesta de los Inocentes, de los Locos, del Burro. Es el pueblo mismo quien, en el asno, arrastra su propia imagen y se presenta ante el altar feo, risible, humillado. ¡Conmovedor espectáculo! Traído por Balaam, entra solemnemente entre la Sibila y Virgilio, a dar testimonio. Si rebuzna contra Balaam es porque ve ante él la lanza de la antigua ley. Pero aquí la Ley está terminada, el mundo de la Gracia parece abrirse de par en par para los menores, para los simples. El pueblo lo cree, inocentemente. De ahí la sublime canción, en la cual dice al burro, como se diría a sí mismo:

"De rodillas y di Amén!
¡Basta ya de hierba y de heno!
¡Deja las cosas viejas y ven!
¡Lo nuevo se lleva lo viejo!
¡La verdad echa a la sombra!
¡La luz vence a la noche!"

¡Ruda audacia! ¿Era acaso esto lo que se os pedía, niños imbéciles, vehementes, cuando se os dijo que fuerais niños? Se ofreció leche. Bebisteis vino. Se os llevaba dulcemente, brida en mano, por el estrecho sendero. Dulces, tímidos, vacilabais al avanzar. Y, de pronto, se rompió la rienda... De un salto fran-queasteis la carrera.

¡Oh, que imprudencia la de dejaros hacer vuestros santos, preparar el altar, adornarlo, cambiarlo, cubrirlo de flores! Ahora apenas se lo distingue. Y lo que se ve es la herejía antigua, con-denada por la Iglesia: la inocencia de la naturaleza; ¿qué digo?, una herejía nueva que no terminará mañana: la independencia del hombre.

Escuchad y obedeced:

Prohibido inventar, crear. Basta de leyendas, basta de nuevos santos. Ya hay bastantes. Prohibido innovar en el culto por medio de nuevos cantos; queda prohibida la inspiración. Los mártires que se descubran deben seguir modestamente en sus tumbas, esperando ser reconocidos por la Iglesia. Prohibido al clero, a los monjes, dar a los colonos, a los siervos, la tonsura que los libera.

He aquí el espíritu viejo, tembloroso de la Iglesia carlovingia . Se desdice, se desmiente, dice a los niños: "¡Sed viejos!"

¡Qué caída! Pero. . . ¿es en serio? Se nos había dicho que fuéramos jóvenes. Oh, el sacerdote ya no es el pueblo. Se inicia un divorcio infinito, un abismo de separación. El sacerdote, señor y príncipe, cantará bajo un alero de oro, en la lengua soberana del gran Imperio que ya no existe. Nosotros, triste rebaño, que hemos perdido el idioma del hombre, el único idioma que Dios quiere oír, ¿qué nos queda sino mugir y balar, junto al inocente compañero que no nos desdeña, que en invierno nos calienta en el establo, nos cubre con su pelaje? Viviremos entre los mudos y seremos también mudos.

En verdad ya no tenemos ganas de ir a la iglesia. Pero ella no nos deja. Exige que vayamos a escuchar lo que ya no en-tendemos.

Una inmensa niebla, una niebla pesada, gris plomo, ha en-vuelto al mundo. ¿Por cuánto tiempo, por favor? Por una ate-rradora duración de mil años. Durante diez siglos enteros una languidez desconocida en todas las épocas anteriores se ha apoderado de la Edad Media, hasta en los últimos tiempos, dejándola en un estado intermedio entre la vigilia y el sueño, bajo el imperio de un fenómeno desolador, intolerable, la convulsión de aburrimiento que se llama el bostezo.

Si la infatigable campana resuena a las horas acostumbradas, bosteza; si un canto gangoso se repite en antiguo latín, se bosteza. Todo está previsto, nada se espera del mundo. Las cosas volverán a ser siempre iguales. El aburrimiento seguro del mañana nos hace bostezar hoy, y la perspectiva de los días, de los años de aburrimiento que llegan, pesan por adelantado, asquean de la vida. Desde el cerebro al estómago, del estómago a la boca, la automática y fatal convulsión va a distender las mandíbulas sin fin y sin remedio. Verdadera enfermedad que la devota Bretaña reconoce, atribuyéndola, es verdad, a la malicia del diablo. Él está escondido en los bosques, dicen los campesinos bretones; ante aquel que pasa y guarda las bestias el diablo canta vísperas y todos los oficios, haciéndolo bostezar hasta morir.

Ser viejo es ser débil. Cuando los sarracenos, los normandos nos amenazaban: ¿qué hubiera sido de nosotros si el pueblo hubiera sido viejo? Carlomagno llora, la Iglesia llora. La Iglesia reconoce que las reliquias contra los demonios bárbaros no protegen el altar! ¿No será necesario recurrir al brazo del niño in-dócil que se quería atar? ¿El brazo del joven gigante que se quería paralizar? Es un movimiento contradictorio, que llena el siglo noveno. Se contiene al pueblo, se lo lanza. Se lo teme y se lo llama. Con él, por él, apresuradamente, se hacen vallas, refugios que detendrán a los bárbaros, cu-

brirán a los sacerdotes y a los santos que se han escapado de las iglesias.

A pesar del emperador Calvo, que prohibe que se construya, sobre la montaña se levanta una torre. Llega allí el fugitivo. "Recibidme en nombre de Dios, recibid por lo menos a mi mujer y a mis hijos. Yo acamparé con mis bestias en vuestra cintura exterior". La torre le da confianza y se siente hombre. Ella le da i sombra. Él la defiende, protege a su protector.

Antes, por hambre, los pequeños habían sido dados a los grandes, como siervos. Ahora hay una gran diferencia. El hombre se da como vasallo, que quiere decir bravo y valiente.'Se da y se guarda, bajo reserva de renunciar. "Iré más lejos. La tierra es grande. Yo también, como cualquier otro, podré allá levantar mi torre . . . Si he defendido el exterior, sabré guardar el interior".

Tal el grande, el noble origen, del mundo feudal. El hombre de la torre recibía vasallos, pero diciéndoles: "Te irás cuando quieras, y yo te ayudaré, si es necesario; de tal modo que, si te empantanas, yo descenderé del caballo".)esta es, exactamente, la antigua fórmulas.

Pero ¿qué he visto una mañana? ¿Acaso la vista me falla? El señor del valle hace su cabalgata alrededor, pone barreras in-franqueables y hasta límites invisibles. "¿Qué es esto? . . . No comprendo nada". Esto quiere decir que el señorío está cerrado. "El señor, bajo puertas y goznes, lo tiene cerrado, desde el cielo hasta la tierra."

¡Horror! ¿En virtud de qué derecho ese vassus (es decir, valiente), es retenido? Hay quien sostiene que vassus también quiere decir esclavo.

De la misma manera la palabra servus, que quiere decir servidor (muchas veces un servidor muy elevado, un conde o príncipe de Imperio), significa siervo para el débil, para el miserable cuya vida vale un denario.

Los hombres caen atrapados en esta red execrable. Allá, sin embargo, hay en sus pagos un hombre que sostiene que su tierra es libre, un aleu, o feudo del sol. Y el hombre se sienta en una barrera, se encasqueta el sombrero, mira al señor, al emperador. "Sigue tu camino, pasa, emperador... Tú estás firme sobre tu caballo, pero más lo estoy yo sobre mi barrera. Tú pasas y yo no. Pues yo soy la libertad".

Pero no tengo el valor de decir en qué se convirtió este hombre. El aire se espesó a su alrededor, y empezó a respirar cada vez menos. Parece que estaba encantado. No puede moverse. Está como paralizado. Sus animales también enflaquecen, como si los hubieran hechizado. Sus servidores mueren de hambre. Su tierra ya no produce nada. Los espectros la arrasaron por la noche.

El hombre persiste: "Hombre pobre es rey en su casa".

Pero no lo dejan. Lo citan, debe responder ante la corte im-perial. Se presenta, como un, espectro del viejo mundo, un es-pectro que ya nadie conoce. "¿Quién

es?", dicen los jóvenes. "No es ni señor ni siervo . . . ¿Quién es pues? ¿Nadie?”

"¿Quién soy?" . . . Soy el que construyó la primera torre, el que os ha defendido; aquel que, dejando la torre, descendió va-lientemente al puente a esperar a los paganos normandos . . . Más aún: cerré la costa, cultivé el aluvión. He creado la tierra misma, como Dios que la sacó de las aguas . . . ¿Quién podrá echarme de esta tierra?

"No, amigo -dice el vecino- no te echarán. Cultivarás esa tierra. . . pero de manera distinta . . . Acuérdate, amigo, que aturdidamente, joven todavía (hace cincuenta años de esto) te casaste con Jacqueline, pequeña sierva de mi padre. . . Recuerda la máxima: Quien monta a mi gallina, es mi gallo . Por lo tanto, perteneces a mi gallinero. Suéltate, tira la espada. . . A partir de hoy eres mi siervo".

No hay nada de invención en esto. La historia atroz vuelve una y otea vez en la Edad Media. ¡Oh, con qué lanza fue atra-vesado! Abrevio, suprimo, porque cada vez que lo cuento, el mismo acero, la misma aguda punta nos atraviesa el corazón.

Hubo uno que, al sufrir un ultraje semejante, fue presa de un furor tal que no tuvo ya palabras. Como Rolando cuando fue traicionado. Toda su sangre subió, le llegó a la garganta. . . Sus ojos relampaguearon, su boca muda, terriblemente elocuente, hizo palidece: a

toda la asamblea . . . Retrocedieron . . . Él había muerto. Sus venas habían estallado... sus arterias lanzaban sangre roja a la frente de sus asesinos."'La incertidumbre de la condición humana, la pendiente horri-blemente resbaladiza por la que el hombre libre se convierte en vasallo -el vasallo servidor-, y el servidor en siervo, es el terror de la Edad Media y el fondo de su desesperación. No hay medio de escapar. Porque el que da un paso está perdido. Se convierte en bien mostrenco, presa salvaje, en siervo o en muerto. La tierra viscosa retiene el pie, sujetando al que pasa. El aire contagioso lo mata, es decir, lo vuelve de mano muerta, un muerto, una nada, una bestia, un alma de cinco sueldos, cuya muerte se expiará con cinco sueldos.

He aquí los dos grandes rasgos generales, externos de la miseria de la Edad Media, los que la entregaron al diablo. Veamos ahora el interior, el fondo de las costumbres, y ahondemos allí.

III
EL DIABLILLO DEL HOGAR

Los primeros siglos de la Edad Media, en los cuales se crearon las leyendas, tienen el carácter de un sueño. En las poblaciones rurales, sometidas a la Iglesia, de espíritu benigno (según testimonian las leyendas) podemos suponer de buena gana la existencia de una gran inocencia. Parece que éstos fueran los tiempos del buen Dios. Sin embargo los Penitenciarios, en los cuales se consignan los pecados más ordinarios, mencionan extrañas contaminaciones, raras bajo el reino de Satán.

Esto se debió a dos causas: la perfecta ignorancia y la habitación común, que mezclaban a los parientes próximos. Al parecer, esta gente apenas tenía idea de nuestra moral. La moral de ellos, pese a las prohibiciones, parece haber sido la de los patriarcas, la de la Antigüedad, que consideraba libertinaje el matrimonio con el extranjero y no lo permitía más que entre pa-rientes. Las familias aliadas formaban una sola. No atreviéndose

aún a dispersar las viviendas por los desiertos, cultivando sólo los accesos de un palacio merovingio o de un monasterio, la gente se refugiaba noche a noche con sus bestias bajo el techo de una amplia villa. Surgieron de ahí inconvenientes parecidos a los del ergastulum antiguo, en el cual se amontonaban los esclavos. Muchas de estas comunidades subsistieron durante la Edad Media y aun después. El señor se interesaba poco en los resultados. Él consideraba como una sola familia a esta tribu, esta masa de gente "que se levanta y se acuesta junta". . . "que come el mismo pan en la misma cazuela".

En esta mezcolanza, la mujer estaba poco guardada. Por otra parte, su posición no era elevada. Aunque la Virgen, la mujer ideal, ascendió de siglo en siglo, la mujer real contaba muy poco para estas masas rústicas, esta mezcla de hombres y rebaños. Tal fue la miserable fatalidad de una condición que sólo cambió con la separación de las habitaciones, cuando los hombres tuvieron bastante valor para vivir aparte, en caseríos, o para cultivar las lejanas tierras fértiles y levantar chozas en los claros de los bosques. El hogar aislado formó la verdadera familia. El nido formó al pájaro. A partir de entonces, ya no se trató de cosas, sino de almas... Así nació la mujer.

Es un momento hondamente conmovedor. Ya tenemos a la mujer en su casa. Al fin la pobre criatura puede ser pura y santa. Puede incubar un pensamiento y

sola, mientras hila, dejarse llevar por los ensueños, mientras el hombre está en el bosque. Esta cabaña miserable, húmeda, mal cerrada, en la que sopla el viento invernal, tiene una ventaja: es silenciosa. Hay en ella ciertos rincones oscuros que dan albergue a los sueños de la mujer.

Ahora ella posee. Algo es de ella: la rueca, el lecho, el cofre, y eso es todo, dice la antigua canción. Después vendrán la mesa el banco o dos taburetes... ¡Pobre choza, bien despojada en verdad! Pero un alma la amuebla. El fuego la alegra, el boj bendito protege el lecho, y, a veces, se añade un bonito ramo de verbena. La castellana de este palacio hila, sentada a la puerta, mientras cuida algunos carneros. Todavía no son bastante ricos para tener una vaca, pero ésta vendrá a la larga, si Dios bendice la casa. El cosque, un poco de hierba, abejas sobre las landas: es la vida. Todavía se cultiva poco el trigo, pues no hay ninguna seguridad sobre una cosecha alejada. Esta vida, tan indigente, es sin embargo menos dura para la mujer; la mujer no está quebrada, afeada, como lo será en tiempos de la gran agricultura. Tiene también más tiempo libre. No debemos juzgarla por la literatura grosera, los cuentos de Navidad y las fábulas, la tonta risa y la Procacidad de los pesados cuentos que se harán más adelante. La mujer está sola. Sin vecinos. La maligna y malsana vida de las negras aldeas encerradas, el mutuo espionaje, los chismes miserables y peligrosos

todavía no han comenzado. No existe aún la vieja que llega por la noche, cuando se ensombrece la estrecha calle, a tentar a la joven, a decirle que se mueren de amor por ella. La joven no tiene más amigos que sus ensueños, no habla más que con sus bestias o con los árboles del bosque.

Y ellos le hablan. Ya sabemos de qué. Despiertan en ella las cosas que le decía su madre, su abuela; cosas antiguas que, durante siglos, han pasado de mujer a mujer. Es el inocente recuerdo de los viejos espíritus de la comarca, conmovedora religión de familia que, si en la habitación común con su ruidosa mezcolanza tenía poca fuerza, vuelve y hechiza la cabaña solitaria.

Mundo singular, delicado, de hadas y de geniecillos, hecho para el alma de la mujer. A partir del momento en que la creación de la gran Leyenda de los santos se detiene y calla, esta leyenda más antigua y más poética se junta a ellos y reina secreta y dulcemente. Esta leyenda es el tesoro de la mujer, que la mima y la acaricia. El hada es también una mujer, el fantástico espejo en que la mujer se mira embellecida.

¿Qué eran las hadas? Se cuenta de ellas que reinas de las Galias, orgullosas y fantasiosas, se mostraron impertinentes, volvieron la espalda a Cristo y a sus apóstoles. En Bretaña, las hadas bailaban en ese momento, y no dejaron de bailar. Por eso fueron cruelmente juzgadas. Se las condenó a vivir hasta el día del Juicio. Mu-

chas fueron reducidas a la estatura de conejos, o de ratones. Ejemplo: las kowrig-gwans (hadas enanas) que, durante la noche, alrededor de las antiguas piedras druídicas, nos rodean con sus danzas. Ejemplo: la bella reina Mab, que se hizo una carroza real con una cáscara de nuez. Las hadas son algo caprichosas. y, a veces, malhumoradas. Pero, ¿cómo sorprendernos de esto cuando conocemos su triste destino? Por diminutas y raras que sean, las hadas tienen corazón, tienen necesidad de ser amadas. A veces son buenas, a veces son malas y llenas de fantasía. Cuando nace un niño, las hadas descienden por la chimenea, le otorgan dones y hacen su destino. Aman a las buenas hilanderas, pues ellas también hilan divinamente. Se dice: Hilar como un hada.

Los Cuentos de Hadas, liberados de los ridículos ornamentos con que los sobrecargaron los últimos redactores, representan el corazón mismo del pueblo. Marcan una época poética entre el comunismo grosero de la villa primitiva y la licencia del tiempo en que la burguesía naciente creó nuestras cínicas fábulas.

Estos cuentos tienen un lado histórico, recuerdan, por ejemplo, las grandes hambres (en los cuentos de ogros, etcétera). Pero en general planean mucho más alto que toda la historia, vagan en las alas del Pájaro Azul, en medio de una poesía eterna, repitiendo nues-

tros votos, siempre los mismos, la historia inmutable del corazón.

Vuelve en ellos frecuentemente el deseo del pobre siervo de respirar, de descansar, de encontrar un tesoro que termine con todas sus miserias. Con frecuencia, por una noble aspiración, este tesoro es también un alma, un tesoro de amor que duerme (como La Bella Durmiente del Bosque); otras, la encantadora persona está oculta bajo una máscara, víctima de un hechizo fatal. De ahí la trilogía conmovedora, el admirable crescendo de Riquete el de la Honda, de Piel de Asno, y de La Bella y la Bestia. El amor no ceja. Bajo esas fealdades persigue y logra alcanzar la belleza oculta. En el último de estos cuentos se llega a lo sublime, y creo que nunca nadie ha podido leerlo sin llorar.

Una pasión real, bien sincera, está allí oculta: el amor desdichado, sin esperanza, que muchas veces la cruel naturaleza pone entre pobres almas de condición muy diferente; el dolor de la campesina que no puede hacerse bella para ser amada por el caballero; los suspiros ahogados del siervo cuando, desde su surco, ve pasar sobre un caballo blanco, como un relámpago hechicero, a la bella, la adorable castellana. Es, como en el Oriente, el melancólico idilio de los imposibles amores de la Rosa y del Ruiseñor. Pero hay una gran diferencia: el pájaro y la flor son hermosos, iguales en su belleza. En cambio aquí el ser inferior, colocado tan

abajo, reconoce: "¡Soy feo, soy un monstruo!" Cuántas lágrimas . . . AL mismo tiempo, más poderosamente que en el Oriente, por medio de una voluntad heroica, llevado por la grandeza del deseo, logra traspasar las vanas envolturas. Ama tanto, este monstruo, que es a su vez amado, y se vuelve bello.

Una ternura infinita hay en todo esto. Esta alma encantada ya no piensa únicamente en sí misma. Se ocupa también de salvar la naturaleza y toda la sociedad. Todas las víctimas de entonces -el niño castigado por su madrastra, la hermana menor despreciada, maltratada por las mayores- son sus favoritos. La mujer extiende su compasión hasta la misma castellana, la compadece por estar en manos del feroz barón (Barba Azul). Se compadece de las bestias, las consuela por estar todavía ocultas bajo figuras de animales. Deben tener paciencia, la cosa pasará. Las almas cautivas recobrarán un día las alas, serán libres, adorables, amadas. . . Tal la otra cara de Piel de Asno y otros cuentos similares. Allí, sobre todo, tenemos la seguridad de que existe un verdadero corazón de mujer. El rudo trabajador del campo es demasiado duro con sus bestias. Pero la mujer no las ve como bestias. La mujer juzga como el niño. Todo es humano, todo es espíritu. El mundo entero queda ennoblecido. ¡Oh, adorable encantamiento! Tan humilde, y creyéndose fea, ha dado su belleza, su encanto a toda la naturaleza.

¿Era realmente tan fea esta mujercita de siervo, cuya imaginación soñadora se alimentaba de todo esto? Ya lo he dicho: ella hacía las tareas domésticas, hilaba mientras cuidaba las bestias. Va al bosque y recoge un poco de leña. No ejecuta todavía los rudos trabajos, no es la campesina fea que creará más adelante la gran cultura del trigo. No es tampoco la gorda burguesa, pesada y perezosa de las ciudades, sobre la cual nuestros abuelos han hecho tantos cuentos espesos. Esta mujercita no tiene ninguna seguridad; es tímida, es dulce, se siente bajo la mano de Dios. Ve, sobre la montaña, elevarse el negro y amenazador castillo de donde pueden descender tantos males. Teme y honra a su marido. Él será siervo fuera; para ella es un rey. Ella le reserva lo mejor, vive de nada. Es esbelta y delgada como las santas de las iglesias. La pobrísima alimentación de esos tiempos creó sin duda criaturas finas en las cuales la vida era débil. Había una inmensa mortandad de niños. Esas pálidas rosas sólo tienen nervios. Aquí estallará más tarde la danza epiléctica del siglo XIV. Entre tanto, en el siglo XII dos debilidades acompañan este estado de semiayuno: por la noche, el sonambulismo; de día la ilusión, el en-sueño y el don de las lágrimas.

Esta mujer, toda inocencia, conserva sin embargo, ya lo hemos dicho, un secreto que no ha revelado jamás a la Iglesia. Ella guarda en su corazón el recuerdo, la compasión por los pobres dioses antiguos, caídos al

estado de espíritus. Por ser espíritus, no creáis que están exentos de sufrimientos. Habitan entre las piedras, en el corazón de los robles, y son muy desdichados en invierno. Adoran el calor. Rondan las casas. Se los ha visto en los establos, buscando el calor de las bestias. Como ya no tienen incienso ni víctimas, beben a veces leche. La económica dueña de casa no priva de leche a su marido, pero disminuye la parte que le corresponde y, por la noche, deja un poco de crema.

Estos espíritus, que sólo aparecen de noche, desterrados del día, lo echan de menos y están ávidos de luz. La mujer se arriesga por, la noche y, tímidamente, lleva un pequeño fanal junto al gran roble donde habitan los espíritus, o a la misteriosa fuente cuyo reflejo, doblando la llama, divierte a los tristes proscriptos.

¡Dios mío, si alguien llegara a saberlo! El marido es hombre prudente y teme a la Iglesia. Seguramente la castigaría. El sacerdote libra una dura guerra contra los espíritus, los echa de todas partes. Bien podría, sin embargo, dejarlos en paz en los robles. ¿Qué mal hacen en el bosque? Pero no: se los persigue de concilio en concilio. Incluso algunos días el sacerdote llega hasta el mismo roble y, con plegarias, con agua bendita, echa a los espíritus.

¿Qué sería de ellos si no encontraran algún alma compasiva? Y esta alma los protege. Por buena cristiana que ella sea, siempre ha guardado para ellos un rincon-

cito en el corazón. Sólo a ellos se atreve a confiar algunas cositas muy naturales, inocentes en una casta esposa, pero que provocarían los reproches de la Iglesia. Los espíritus son los confidentes, los confesores de esos conmovedores secretos de mujer. La mujer piensa en ellos cuando coloca en el fuego el leño sagrado. Es Navidad, pero también es la antigua fiesta de los espíritus del Norte, la fiesta de la noche más larga del año. Lo mismo ocurre con la vigilia de la noche de mayo, el pervigilium de Maia, cuando se planta el árbol. Lo mismo pasa con los fuegos de San Juan, la verdadera fiesta de la vida, de las flores y del despertar del amor. Aquella que no tiene hijos, sobre todo, considera un deber amar estas fiestas y tenerles devoción. Tal vez un voto a la Virgen no sería tan eficaz Éstas no son cosas de María. En voz baja prefiere dirigirse a algún viejo genio, adorado antes como un dios rústico, a quien alguna iglesia local ha tenido la bondad de convertir en santo: Así, el lecho, la cuna, los dulces misterios que rumia un alma casta y enamorada, todo esto, va a los antiguos dioses.

Los espíritus no son ingratos. Una mañana, al despertarse, sin hacer nada, la mujer encuentra toda la casa en orden. Se asusta y se persigna, pero no dice nada a nadie. Cuando el hombre se va, se interroga a sí misma, pero es en vano. Indudablemente ha sido un espíritu. "¿Quién es?" "¿Cómo es?"... ¿Oh, cómo me gustaría verlo!" "Pero tengo miedo. . . ¿No dicen acaso que uno

muere si ve a un espíritu?" Sin embargo, la cuna se agita, ondula sola . . . Ella se siente transportada y oye en ese instante una voz muy dulce, tan baja que parece dentro de ella: "Mi querida, queridísima amiga, me gusta acunar a tu hijo porque yo también soy un niño". El corazón de la mujer late y, sin embargo, se siente algo más tranquila. La inocencia de la cuna inocenta también a este espíritu, hace creer que él debe ser bueno, dulce, al menos tolerado por Dios.

A partir de este día la mujer ya no está sola. Ella siente su presencia, él no se aleja jamás de ella. Él acaba de tocar su vestido: ella ha oído el roce. En todo instante ronda alrededor de ella, es evidente que no puede dejarla. Cuando ella se dirige al establo, ya está él allí. Y ella ha creído encontrarlo el otro día en la mantequera.¡Qué lástima no poder cazarlo y contemplarlo! Una vez, de improviso, al tocar los tizones, la mujer ha creído ver al travieso deslizándose entre las chispas. Otra vez, casi lo atrapó dentro de una rosa. Pero, por chiquito que sea, el genio trabaja, barre, ordena, le ahorra mil cuidados.

Aunque se debe reconocer que tiene defectos. Es ligero, audaz y, si no se lo tuviera a raya, probablemente se emanciparía. Observa, escucha demasiado. A veces, por la mañana, repite una palabra que ella ha dicho en voz baja, muy baja, al crepúsculo, cuando se había ido la luz. Ella sabe que él es indiscreto, demasiado curioso.

La mujer se siente molesta de ser seguida a todas partes, se queja, pero también esto le da placer. A veces ella lo rechaza, lo amenaza, se cree finalmente sola y se tranquiliza. Pero en ese momento se siente acariciada por un aliento ligero, o por un ala de pájaro. Estaba debajo de una hoja... Se ríe... Su gentil voz, sin burla, narra el placer que ha tenido al descubrir a su púdica ama. Ella se enoja de verdad. Pero el travieso dice:

"No, querida, chiquita, tú no estás enfadada". -Ella se avergüenza, ya no se atreve a decir nada. Él percibe entonces que ella lo quiere demasiado. Ella siente escrúpulos, y lo ama todavía más. Por la noche ha creído sentir que se des-liza en el lecho. Ella ha tenido miedo, ha rogado a Dios, se ha apretado contra su marido. ¿Qué hacer? La mujer carece de fuerzas para contarlo a la Iglesia. Lo cuenta a su marido, que se ríe y duda. Ella confiesa entonces un poco más... reconoce que el diablillo es atrevido, a veces audaz. . . "¡Qué importa, es tan chiquito!"... Y el mismo marido la tranquiliza.

¿Podemos sentirnos tranquilos nosotros, que vemos mejor? La mujer es todavía inocente. Se horrorizaría de imitar a la gran dama de allá arriba, que pasea ante el marido su corte de amantes y su paje. Pero reconozcámoslo: el geniecillo ha hecho ya grandes progresos. Es imposible tener un paje menos comprometedor que el que se oculta dentro de una rosa. Y, con esto, el dia-

blillo se parece ya al amante. Tan pequeño, invade más que nadie, se desliza en todas partes.

Se desliza hasta el corazón mismo del marido, le hace la corte, conquista su buena voluntad. Limpia para él los utensilios, trabaja en el jardín y, por la noche, como única recompensa, detrás del niño y del gato, se hace un ovillo en la chimenea. Se oye su vocecita, que es como la del grillo, pero se le ve muy poco, a menos que un débil resplandor ilumine cierta rendija donde le gusta estar. Entonces se ve, se cree ver una carita sutil. Le dicen: "¡Oh, chiquito, te hemos visto!"

En la iglesia les repiten que hay que desconfiar de los espíritus, que hasta ese que creemos inocente, ese que se desliza como un aire leve, puede ser un demonio en el fondo. Pero ellos no lo creen por cierto. Su tamaño hace creer en su inocencia. Desde la llegada del diablillo, la casa prospera. El marido lo quiere tanto como la mujer, quizás más aún. Él comprende que el travieso geniecillo hace la dicha del hogar.

IV
TENTACIONES

He apartado de este cuadro las terribles sombras del tiempo, que lo hubieran ensombrecido cruelmente. Comprendo, sobre todo, la incertidumbre de la familia rural sobre su destino; la espera, el temor acostumbrado al daño fortuito que podía, en cualquier momento, caer desde el castillo.

El régimen feudal tenía, precisamente, las dos cosas que crean el infierno: por un lado, la fijeza extrema, por la cual el hombre estaba clavado a la tierra y la emigración era imposible. Por el otro, una incertidumbre muy grande sobre su condición.

Los historiadores optimistas que tanto hablan de obligaciones fijas, de cartas, de libertades compradas, olvidan las pocas garantías que había en todo esto. Se debe pagar tanto al señor, paro él puede apoderarse de todo el resto. Esto se llama, honestamente, el derecho de tomar. Trabaja, buen hombre, trabaja. Mientras tú

estás en el campo la temida banda de allá arriba puede caer sobre tu casa, llevarse todo lo que le agrade "para el servicio del señor".

Pero veamos a este hombre: está en el surco, sombrío, y ¡qué baja está su cabeza! . . . Siempre está así, con la frente cargada, el corazón cerrado, como aquel que espera una mala noticia.

¿Sueña acaso con alguna mala acción? No, pero dos pensamientos lo obsesionan, dos lanzas lo atraviesan, una tras otra. Un pensamiento dice: "¿En qué estado encontrarás esta noche tu casa?" El otro: "Oh, ¿si empiezo a cavar y encuentro un tesoro? ¡Ah, si el buen diablillo me diera dinero para comprar nuestra libertad!"

Se cuenta que, ante este llamado (como el genio etrusco que apareció un día de la tierra removida en figura de niño),un enano, un gnomo, se erguía en el surco y decía :"¿Qué quieres de mi?" Pero el pobre hombre, sobrecogido, ya no deseaba nada. Palidecía, se santiguaba y todo desaparecía.

¿Lo lamentaba después? ¿No se decía a sí mismo:"Que tonto eres: ahora tu desdicha será eterna"?Yo lo creo. Pero creo igualmente que una barrera infranqueable de horror detenía al hombre. No pienso en modo alguno, como quieren hacerlo creer los monjes que nos han contado las historias de brujería, que el Pacto con Satanás haya sido el ligero asentimiento de cabeza de un enamorado o de un avaro. Consultando el

sentido común, la naturaleza, sentimos, por el contrario, que no se llega a esto más que en los extremos, cuando se desespera de todas las cosas, bajo la terrible presión de los ultrajes y de la miseria.

"Pero -se dice- estas grandes miserias se dulcificaron sin duda en tiempos de San Luis, que prohibió las guerras privadas entre señores". Yo creo precisamente lo contrario. En los ochenta o cien años que transcurrieron entre esta prohibición y la guerra con los ingleses (1240-1340) los señores, que no tenían ya la diversión habitual de incendiar y saquear las tierras de un señor vecino, fueron terribles para sus vasallos. Esta paz fue para ellos una guerra.

Los señores eclesiásticos, los señores monjes, etcétera, nos hacen estremecer en el Journal d'Eudes Rigault (publicado recientemente). Se trata del chocante cuadro de un desborde desenfrenado, bárbaro. Los señores monjes se precipitan, ante todo, sobre las conventos de mujeres. El austero Rigault, confesor del santorey, arzobispo de Ruán, realiza él mismo una investigación en Normandía. Cada noche llega a un monasterio. En todas partes encuentra monjes que viven la gran vida feudal, armados, borrachos, duelistas, cazadores furiosos que pisotean los sembrados, las religiosas forman con ellos un contubernio indistinto, por todas partes aparecen embarazadas de sus obras. Ésta era la Iglesia. ¿Qué eran pues, los señores laicos? ¿Cómo era el interior de

esas negras fortalezas que, desde abajo, se contemplaban con tanto terror? Dos cuentos, que son sin duda dos historias, Barba Azul y Grisélidis nos dan alguna idea. ¿Qué podía ser para sus vasallos, para sus siervos, aquel señor aficionado a las torturas que así trataba a su familia? Lo sabemos por el único de ellos a quien se hizo un proceso, por cierto demasiado tarde: Gilles de Retz, el secuestrador de niños.

El Frente de Buey de Walter Scott, los señores de los melodramas y de los romances, son pobre gente frente a estas terribles realidades. El templario de Ivanhoe es también una criatura débil y muy artificial. El autor no se ha atrevido a abordar la realidad inmunda del celibato del Temple, y de la que reinaba en el interior del castillo. Se recibía allí pocas mujeres: las mujeres eran bocas inútiles. Las novelas de caballería cuentan exactamente lo contrario de la realidad. Es notable que la literatura exprese con frecuencia el revés de las costumbres (por ejemplo, el pálido teatro de églogas a la Florian durante los años del Terror).

Las habitaciones de esos castillos, dentro de lo que aún se puede ver, dicen más que todos los libros. Los hombres de armas, los pajes, los criados metidos por la noche en bóvedas bajas, retenidos durante el día en las troneras, en las estrechas terrazas, en medio del más desolador aburrimiento, no respiraban, no vivían nada más que durante las escapadas abajo; escapadas no ya

para guerrear en tierras vecinas, sino de caza, de caza al hombre; me refiero a las innombrables injurias, a los ultrajes a las familias de los siervos. El señor sabía muy bien que esa masa de hombres sin mujeres no podía mantenerse pacífica si no se la soltaba por momentos.

La chocante idea de un infierno en que Dios emplea a las al-mas de los malvados, de los más culpables, para torturar a las menos culpables, que les son entregadas como juguetes, este hermoso dogma de la Edad Media, se realizaba aquí al pie de la letra. El hombre sentía la ausencia de Dios. Cada razzia probaba el reino de Satanás, hacía creer que era a él a quien había que dirigirse ahora.

Allá arriba reían, bromeaban. "Las siervas son demasiado feas". Pero no se trataba de belleza. El placer estaba en el ultraje, en castigar y en hacer llorar. Todavía en el siglo XVII las grandes lamas reían a carcajadas cuando el duque de Lorena contaba cómo sus gentes, en las pacíficas aldeas, ejecutaban, atormentaban a todas las mujeres, a las viejas inclusive.

Los ultrajes caían ante todo, como es fácil imaginar, sobre las familias desahogadas, relativamente distinguidas, que se encontraban entre los siervos, esas familias de siervos alcaldes que vemos ya en el siglo XII a la cabeza de la aldea. La nobleza las detestaba, se burlaba de ellas, las diezmaba No se les perdonaba su naciente dig-

nidad moral. No se toleraba que sus mujeres, sus hijas, fueran castas y honestas.

Estas mujeres no tenían derecho a ser respetadas. Su honor no les pertenecía.

Siervas de cuerpo: esta designación cruel les era repetida sin cesar.

En el futuro no se creerá fácilmente que, entre los pueblos cristianos, la ley haya hecho lo que jamás hizo en la esclavitud antigua, que haya escrito expresamente, como derecho, el ultraje más sangriento que puede herir el corazón del hombre.

Tanto el señor eclesiástico como el señor laico disfrutaban de este derecho inmundo. En una parroquia de los alrededores de Bourges, el cura, que era noble, reclamaba expresamente las premisas de la recién casada, pero en la práctica aceptaba vender al marido, por dinero, la virginidad de su mujer. Se ha creído con demasiada facilidad que este ultraje era de forma, no real. Pero el precio indicado para obtener dispensa en algunas comarcas sobrepasaba en mucho los medios de casi todos los campesinos. En Escocia, por ejemplo, se exigían "muchas va-cas". ¡Algo enorme, imposible! Y así, la pobre muchacha, quedaba a discreción del señor. Por otra parte, los Fueros de Bearn dicen muy expresamente que se ejercía este derecho en naturaleza. "El hijo mayor del campesino es reputado como hijo del señor, ya que puede ser su obra .Todas las costumbres feudales, sin

mencionar ésta, imponen a la recién casada el ir al castillo a llevar los "manjares del matrimonio".

Era también odioso obligarla al azar de lo que podía hacer esa turba de célibes impúdicos y desenfrenados.

Vemos desde aquí la vergonzosa escena. El joven esposo lleva su esposa al castillo. Podemos imaginar las risas de los caballeros, de los criados, las travesuras de los pajes alrededor de los desdichados. "¿No los contendrá acaso la presencia de la castellana?" En modo alguno. La dama que las novelas quieren presentarnos como tan delicada,' mandaba a los hombres en ausencia de su marido, juzgaba, castigaba, ordenaba torturas; la mujer que dominaba hasta a su marido por los feudos que le había aportado, esta dama, no era en modo alguno tierna, especialmente con una sierva que, quizás, era bonita. Mostraba públicamente, según la moda de entonces, su caballero y su paje y no le molestaba autorizarse estas libertades dando libertades a su marido.

La castellana no pondrá obstáculos a la farsa, a la diversión que provoca este hombre tembloroso que quiere rescatar a su mujer. Primero se discuten precios, se ríen de los tormentos de "ese campesino avaro"; le chupan la médula y la sangre. ¿Por qué este encarnizamiento? Porque está correctamente vestido, porque es honrado, formal, importante en su aldea. ¿Por qué? Porque la muchacha es piadosa, casta, pura, está enamo-

rada, tiene miedo y llora. Sus hermosos ojos piden clemencia.

El desdichado ofrece todo lo que tiene, hasta la dote. . . Es poco. Entonces el hombre se irrita ante este injusto rigor: "Su vecino no ha pagado nada"... ¡Qué insolencia! ¡Atreverse a ra-zonar! Entonces toda la turba lo rodea, gritando; los palos y los escobazos caen sobre él, como granizo. Lo empujan, lo precipitan. Le dicen: "¡Villano celoso, villano con cara de cuaresma, no tomamos a tu mujer, te la devolveremos esta noche y, para colmo de honor, embarazada! . . . Agradece, ¡seréis nobles! ¡Tu primogénito será barón!" Todos salen a las ventanas para ver la figura grotesca de ese muerto en traje de bodas... Lo siguen las risotadas, y la ardorosa canalla, hasta el último pinche, se dedican a cazar al "cornudo".Este hombre hubiera reventado si no hubiera puesto su esperanza en el diablo. Vuelve solo a su casa. ¿Está vacía esta casa desolada? No: encuentra allí una visita: en el hogar está instalado Satanás.

Pronto regresa ella, la pobre, pálida y desarreglada, ¡en qué estado! . . . Se pone de rodillas y pide perdón. Entonces estalla el corazón del hombre . . . Le echa los brazos al cuello. Llora, solloza, ruge hasta hacer temblar la casa.

Sin embargo, con ella, ha entrado también Dios. Haya sufrido lo que haya sufrido, ella es pura, inocente,

santa. Satanás no logrará nada ese día. El Pacto no está todavía maduro.

Nuestras fábulas ridículas, nuestros absurdos cuentos, suponen que en esta mortal injuria y en todas las que siguen la mujer está de parte de los que la ultrajan, contra su marido; quieren hacernos creer que, tratada brutalmente y agotada por los embarazos, esta mujer es dichosa y está deslumbrada. ¡Todo esto es muy poco razonable! Sin duda la calidad, la cortesía, la elegancia, hubieran podido seducirla. Pero nadie se tomaba ese trabajo. ¡Cómo se hubieran burlado de quien hubiera sentido amor perfecto por una sierva! Toda la banda, el capellán, el bodeguero, hasta los criados, creían honrarla con el ultraje. El paje más insignificante se creía un gran señor si adobaba el amor con insolencias y golpes.

Un día en que la pobre mujer, en ausencia de su marido, acababa de ser maltratada, recogió sus largos cabellos, lloró y dijo en voz alta: "Oh, desdichados santos de los bosques, ¿de qué sirve hacerles votos? ¿Son acaso sordos? ¿Son demasiado viejos? ¿Por qué no tendré un Espíritu protector, fuerte, poderoso, (aunque sea malo)? Los he visto, hechos de piedra, en la puerta de la iglesia. ¿Qué hacen allí? ¿Por qué no van a su verdadera casa, al castillo, a raptar, a asar a esos pecadores? . . . Oh, ¿quién podrá darme la fuerza, el poder? Yo me entregaría en cambio. . . ¡Ay! ¿Qué puedo dar? ¿Qué tengo yo? Nada me queda ya . . . ¡Ay, de este cuerpo, ay,

de esta alma que ya no es más que ceniza! ¿Por qué no tendré, en lugar del geniecillo que no me sirve para nada, un Espíritu grande, fuerte y poderoso?”

"Oh, mi ama querida, soy pequeño por culpa tuya, y no puedo crecer... Además, si yo fuera grande, tú no me hubieras querido, no me habrías tolerado, y tu marido menos. Me hubieras hecho arrojar con tus curas y con su agua bendita... Si quieres, seré fuerte . . .

"Mi ama, los espíritus no son grandes ni pequeños, ni fuertes ni débiles. Si se desea, el más pequeño puede convertirse en un gigante".

"¿Cómo?”

"Nada más fácil. Para hacer un Espíritu gigante, basta con hacerle un don".

"¿Cuál?”

"Una hermosa alma de mujer".

"Ah, travieso, ¿quién eres, pues? Y ¿qué deseas?”

"Lo que se da todos los días... ¿Quieres ser menos que la castellana de allá arriba? Ella ha comprometido su alma a su marido, a su amante y, sin embargo, la da entera a su paje, un niño, un pequeño idiota. . . Yo soy más que tu paje, soy más que un servidor. ¡En cuántas cosas he sido ya tu criadita! . . .No te ruborices, no te enojes... Déjame decir solamente que estoy en .ido a tu alrededor, y quizás ya dentro de ti. ¿Cómo podría saber tus pensamientos, hasta aquel que te ocultas a ti misma? . . . ¿Quién soy yo? Tu alma pequeña, que habla libre-

mente con tu alma grande . . . Somos inseparables. ¿Sabes cuánto tiempo hace que estoy aquí, contigo?. . . Desde hace mil años. Porque yo es-tuve con tu madre, con su madre, con tus abuelas. . . Soy el genio del hogar."

"¡Tentador! . . . Pero, ¿qué puedes hacer?. . . "

"Tu marido será rico, poderoso, te temerán".

"¿En dónde estoy? ¿Eres acaso el demonio de los tesoros ocultos?..."

"¿Por qué llamarme demonio si realizo una obra justa, de bondad, de piedad?

"Dios no puede estar en todas partes, no puede trabajar siempre. A veces le gusta descansar y nos deja, a nosotros los geniecillos, realizar trabajos ligeros, remediar las distracciones de su providencia, los olvidos de su justicia.

"Tu marido es un ejemplo. . . Pobre trabajador de mérito, que se mata y no gana nada . . . Dios todavía no ha tenido tiempo de pensar. . . Yo, aunque estoy un poco celoso, quiero bien a mi huésped. Lo compadezco. Ya no puede más, va a sucumbir. Morirá como tus hijos, que ya están muertos de miseria. En el invierno tu marido se enfermó. . . ¿Qué será de él el próximo invierno?"

Entonces ella escondió el rostro entre las manos y lloró, por des o tres horas, o más aún. Y, cuando no

tuvo más lágrimas (su pecho estaba todavía agitado) el geniecillo dijo:

"Yo no pido nada . . . pero, ¡te lo suplico, salvémoslo!"

Y ella no prometió nada, pero le perteneció a partir de ese momento.

V
POSESIÓN

La edad terrible es la edad del oro. Llamo así a la dura época en la que surgió el oro. Es el año 1300, bajo el reinado del hermoso rey que podemos imaginar de oro o de hierro, que no dijo jamás una palabra, el gran rey que parecía tener un demonio mudo, pero de brazos poderosos, lo bastante fuertes para quemar el Temple, bastante largos para llegar hasta Roma y, con su guante de hierro, dar una primera bofetada al Papa.

El oro se convirtió entonces en el gran papa, el gran dios. No sin razón. El movimiento había comenzado en Europa con las Cruzadas; no se estima como riqueza más que aquella que tiene alas y se presta al movimiento, a los cambios rápidos. El rey, para dar sus golpes a distancia, no necesita más que el oro. El ejército del oro, el ejército del fisco, se extiende por todo el país. El señor que trajo su ensueño de Oriente, desea siempre lo maravilloso, las armas adamasquinadas, los tapices, las

especias, los caballos preciosos. Para todo esto es necesario el oro. Cuando el siervo trae su trigo, el señor lo rechaza con el pie. "Esto no es todo: quiero oro".

El mundo cambió ese día. Hasta entonces, en medio de todos los males, había, para el tributo, una seguridad inocente. Buen año, mal año. El tributo seguía el curso de la naturaleza, la medida de la cosecha. Si el señor decía: "Es poco", se le contestaba: "Monseñor, Dios no nos ha dado más".

Pero el oro, Dios mío, ¿dónde encontrarlo?. . . No contábamos con un ejército para tomarlo en las aldeas de Flandes. ¿Dónde agujerearemos la tierra para arrancarle su tesoro? ¡Oh, si fuéramos guiados por el Espíritu de los tesoros ocultos.'Mientras todos desesperaban, la mujer del duende está ya sentada sobre las bolsas de trigo, en la pequeña aldea vecina. Está sola. Los otros, en la aldea, deliberan todavía.

Ella vende al precio que quiere. Pero, hasta cuando las otras llegan todo va para ella; no sé qué magia atrae y conduce hacia ella. Nadie discute precios con ella. Su marido, antes del término, entrega su tributo en buena moneda sonante a la casa feudal. Todos dicen:

"¡Qué cosa sorprendente! . . . Esa mujer tiene el diablo en el cuerpo".

Todos ríen. Ella no ríe. Está triste, tiene miedo. Reza por la noche. Cosquilleos extraños la agitan, turban su sueño. Ve extrañas figuras. El Espíritu, tan pequeño,

tan dulce, se ha vuelto imperioso. Es osado. Ella está inquieta, se indigna, quiere levantarse. Se queda, pero gime, se siente dependiente, dice: "Ya no, me pertenezco a mí misma".

"Bueno, tenemos por fin -dice el señor- un campesino razo-nable; paga por adelantado. Me gustas. ¿Sabes contar?”

"Un poco".

"Está bien; serás tú quien contará lo que trae esta gente. Todos los sábados, sentado bajo el olmo, recibirás el dinero. El domingo, antes de la misa, lo traerás al castillo'".

¡Gran cambio de situación! El corazón de la mujer late fuerte cuando, el domingo, ella ve a su pobre labriego, ese siervo, sentado como un pequeño señor bajo el follaje señorial. El hombre está un poco aturdido. Pero al fin se acostumbra; adquiere cierta gravedad. No es motivo de broma. El señor quiere ser respetado. Cuando sube al castillo, y los envidiosos fingen reírse e intentan hacerle alguna broma: "Mirad bien esa almena -dice el señor- veis la almena, pero no veis la cuerda que, sin embargo está lista. Al primero que lo toque se la echo al cuello, sin perder tiempo".

Estas palabras circulan, se repiten. Alrededor de ellas se crea como una atmósfera de terror. Todos se quitan el sombrero ante ellos, con mucho respeto. Pero también se apartan, se alejan cuando ellos pasan. Para

evitarlos van por los caminos transversales, a ciegas, con la espalda doblada. Este cambio los enorgullece en el primer momento, después los entristece. Están solos en la comuna. Ella, tan fina, ella, ve perfectamente el desdén odioso del castillo, el odio temeroso de aquí abajo. Se siente entre dos peligros, en un aislamiento terrible. No tiene más protector que el señor o, mejor dicho, el dinero que dan al señor, pero para encontrar este dinero, para estimular la lentitud del campesino, para vencer la inercia que opone, para arrancar alguna cosa de allí de donde no hay nada, es necesario insistir, amenazar, es necesario el rigor. El hombre no estaba hecho para este trabajo. Ella lo impulsa, lo alienta, le dice: "Debes ser rudo. Si es necesario, cruel. Golpea. Si no, no cumplirás los términos. Y entonces estamos perdidos".

Éste es el diario tormento, pero es muy poco en comparación con los suplicios de la noche. La mujer ha perdido el sueño, se levanta, va, viene. Ronda alrededor de la casa. Todo está tranquilo; y, sin embargo, ¡qué cambiada está esta casa! Ha perdido su dulzura, su seguridad, su inocencia. "¿Qué está rumiando este gato junto al fuego, que finge dormir y entreabre sus ojos verdes? Y la cabra, de barba larga, es una persona discreta y siniestra, y sabe mucho más de lo que dice . . . Y esta vaca, que la luna nos hace entrever en el establo, ¿por qué me ha lanzado esa mirada de reojo?. . . Todo esto no es natural".

Estremecida, la mujer vuelve junto a su marido. "¡Qué hom-bre dichoso, qué profundo sueño! . . . Para mí, todo está termi-nado. Ya no puedo dormir, ya no dormiré jamás!" Sin embargo, se rinde a la larga. Luego, ¡cuánto sufre! El huésped inoportuno está junto a ella, exigente, imperioso. La trata sin consideracio-nes; si ella le aleja un instante haciendo el signo de la cruz o diciendo alguna plegaria, él vuelve bajo otra forma. "Atrás dia-blo, ¿cómo te atreves? . . . Yo soy un alma cristiana . . . No, esto no está permitido".

Para vengarse, él toma entonces formas asquerosas: se desliza como una culebra viscosa sobre su seno, convertido en sapo baila sobre su vientre o, en forma de murciélago, con un pico agudo, roba de su boca aterrada horribles besos . . . ¿Qué quiere? Llevársela a los extremos, hacer que, vencida, agotada, ceda y deje escapar el "sí". Pero ella resiste todavía. Se obstina en decir no. Se obstina en sufrir las luchas crueles de cada noche, el interminable martirio de este desolador combate.

"¿Hasta qué punto un Espíritu puede ser cuerpo al mismo tiempo? Estos asaltos, estas tentativas, ¿son una realidad? ¿Pecará la mujer carnalmente cediendo a la invasión de aquel que la ronda? ¿Será éste un adulterio real?. . ." Vuelta sutil con que él ablanda a veces, enerva su resistencia. "Si no soy nada más que un aliento, un humo, un aire ligero (como dicen muchos doctores),

¿qué temes, alma tímida, y qué importa esto a tu marido?"

El suplicio de las almas durante toda la Edad Media es que numerosas cuestiones, vanas para nosotros, de pura escolástica, agitan, aterran, atormentan, se traducen en visiones, a veces en debates diabólicos, en diálogos crueles en el interior del alma. El demonio, por furioso que se presente en los endemoniados, sigue siendo un espíritu, mientras perdura el Imperio Romano, y lo es todavía en tiempos de San Martín, en el siglo v. Pero, con la invasión de los bárbaros, se barbariza y toma cuerpo. Existe tanto que, a pedradas, se divierte en romper la campana del convento de San Benito. Cada vez más, para aterrorizar a los violentos invasores de ¡as riquezas eclesiásticas, se hace encarnar fuertemente al diablo; se inculca el pensamiento de que atormentará a los pecadores, no solamente de alma en alma, sino corporalmente, en la carne, se les dice que sufrirán los suplicios materiales, no de llamas ideales, sino que sufrirán en realidad los carbones ardientes, la parrilla o la espita roja, todo lo que éstos pueden dar en materia de exquisitos dolores.

La idea de diablos torturadores, que infligen a las almas de los mortales torturas materiales, fue para la Iglesia una mina de oro. Los vivos, lacerados de dolor, de piedad, se preguntaban: ¿Y si se pudiera rescatar, desde este mundo a esas pobres almas? ¿Aplicarles la

expiación por medio de una multa o componenda, como se practica aquí, en la Tierra? El puente entre los dos mundos fue Cluny que, desde su nacimiento (hacia 900), se convirtió de repente en una de las órdenes más ricas.

Mientras Dios castigaba por sí mismo, haciendo sentir el peso de su mano, o golpeaba con la espada del ángel (según la noble forma antigua), había menos horror; esta mano era severa, era la mano de un juez, pero no dejaba de ser la de un padre. El ángel, al golpear, seguía siendo puro y neto, como su espada. Pero las cosas ya no fueron así cuando los demonios inmundos se encargaron de la ejecución. Los demonios no imitaron en modo alguno al ángel que quemó a Sodoma, pero que salió de allí. Los demonios seguían, y su infierno es una horrible Sodoma, donde sus espíritus, más sucios que los de los pecadores que le son entregados, se deleitan con odioso placer por las torturas que infligen. Esta es la enseñanza que se encuentra en las ingenuas esculturas levantadas en los portales de las iglesias. Se aprende allí la horrible lección de la voluptuosidad y del dolor. Bajo el pretexto del suplicio los diablos hacían sufrir a sus víctimas los caprichos más repugnantes. ¡Concepción inmoral (y profundamente culpable) de una pretendida justicia que favorecía lo peor, que aumentaba su perversidad entregándole un juguete, justicia que corrompía hasta al mismo demonio!

¡Crueles tiempos! Sentimos a qué punto el cielo era negro y bajo, pesado sobre la cabeza del hombre. Vemos a los pobres niños, desde la temprana infancia, imbuidos de esas ideas horri-bles y temblando ya en la cuna. Está la virgen pura, inocente, que se siente condenada por el placer que le inflige el Espíritu. La mujer en el lecho conyugal se siente martirizada por los ata-ques y, sin embargo, por momentos, siente ya el Espíritu en ella . . . ¡Cosa terrible que conocen los que padecen la tenia! Sentir como una vida doble, distinguir los movimientos del monstruo, a veces agitado, a veces de una blanda dulzura, ondulante, lo que turba todavía más, haciéndonos creer que estamos en medio del mar.

Entonces uno corre, enloquecido, horrorizado de sí mismo, quiere huir, morir...

Hasta en los momentos en que el demonio no la asediaba, la mujer, que comenzaba a sentirse invadida por él erraba llena de melancolía. Pues ya no había remedio. Él penetraba invenciblemente, como un humo inmundo. Él es el príncipe de los aires, de las tempestades y, también de las tempestades interiores. Es esto lo que vemos expresado groseramente, enérgicamente, en los portales de la catedral de Estrasburgo. A la cabeza del coro de las Vírgenes locas, su guía, la mujer infame que las lleva al abismo, está repleta, henchida por el demonio, que se regodea innoblemente, y debajo de sus faldas sale en negra nube de espeso humo.

Esta hinchazón es un rasgo cruel de la posesión; es un suplicio y un orgullo. La mujer echa su vientre hacia adelante, ella, la orgullosa de Estrasburgo, lanza la cabeza hacia atrás. Triunfa de su plenitud, se regocija de ser un monstruo.

Peso la mujer que seguimos no es todavía un monstruo. Aun-que ya está henchida por el demonio, por su soberbia, por su fortuna nueva. Parece no pesar sobre la tierra. Gruesa y bella,60 con todo, va por la calle con la cabeza alta, despiadada de desdén. Se la teme, se la odia, se la admira.

Nuestra dama de la aldea dice, con la actitud y la mirada: "Yo debería ser la castellana . . . ¿qué hace aquélla allá arriba, esa impúdica, esa perezosa, en medio de todos esos hombres, durante la ausencia de su marido?" Se establece la rivalidad. La aldea, que la detesta, se enorgullece. "Si aquélla es baronesa, está de aquí es reina... más que reina, es algo que no nos atrevemos a nombrar..." Belleza terrible y fantástica, cruel de orgullo y de dolor. El demonio mismo está en sus ojos.

Él la posee y no la posee aún. Ella es ella y seguirá siendo ella. Ella no es del diablo ni de Dios. El demonio puede muy bien invadirla, circular por ella como aire sutil. Todavía no tiene nada. Porque no tiene la voluntad. La mujer está poseída, endiablada, pero no pertenece al diablo. A veces él perpetra sobre ella horribles violencias y no saca nada. Le pone en el seno, en el

vientre, en las entrañas, un carbón de fuego. Ella se encabrita, se retuerce, pero resiste todavía. "No, verdugo, seguiré siendo yo".

"Ten cuidado, te castigaré con un cruel látigo de víbora, te cortaré con tal tajo que después irás llorando y agujereando el aire can tus gritos".

A la noche siguiente él no se presenta. Por la mañana (es domingo) el hombre ha subido al castillo. Regresa deshecho. El señor ha dicho: "Un arroyo que marcha gota a gota no hace girar el molino. . . tú me traes escudo a escudo, y esto no sirve de nada . . . Voy a partir dentro de quince días. El rey marcha a Flandes y no tengo siquiera un corcel de batalla. Mi caballo cojea desde el torneo. Arréglatelas. Necesito cien libras. . .”

"Pero, monseñor, ¿dónde encontrarlas?”

"Saquea toda la aldea, si quieres, te daré bastantes hombres. . . Di a tus rústicos que están perdidos si no llega el dinero... y tú el primero, tú morirás . . . Estoy harto de ti. Tienes el corazón de una mujer, eres un cobarde, un perezoso. Perecerás, ya pagarás tu pereza, tu cobardía. Mira, es posible que ni siquiera desciendas... que te quedes aquí... se divertirán mucho si te ven desde abajo haciendo cabriolas entre las almenas".

El desdichado cuenta esto a su mujer, no espera nada, se prepara a la muerte, encomienda su alma a Dios. Ella, no menos aterrada, no puede acostarse ni dormir. ¿Qué hacer? La mujer se lamenta de haber re-

chazado al Espíritu. ¡Si volviera! Por la mañana, cuando el marido se levanta, ella cae agotada sobre el lecho. Apenas se ha echado, cuando siente un peso sobre el pecho; le falta el aliento, cree que se va a ahogar. El peso desciende, se agobia sobre su vientre y, al mismo tiempo, ella percibe, en sus brazos, cerro dos manos de acero.

"Me has deseado . . . aquí estoy. Bueno, indócil, al fin . . . al fin...al fin. . . ¿tengo ya tu alma?"

"Señor, ¿acaso mi alma me pertenece? Mi pobre marido... tú lo querías . . . tú dijiste . . . tú prometiste. . .”

"¡Tu marido? ¿Acaso has olvidado? . . . ¿Estás segura de haberle guardado siempre fidelidad? Tu alma la pido porque ya la poseo.. .”

"No, señor -dice ella, todavía con un resto de orgullo, en medio de su angustia-. Esta alma mía, pertenece a mi marido. al sacramento...”

"¡Ah, pequeña, incorregible tonta! Aun hoy, bajo el aguijón, luchas todavía . . . Yo he visto, conozco tu alma, a cada hora, medio de su angustia-. Esta alma mía, pertenece a mi marido, dolores, tus desesperaciones. He visto tu desaliento cuando decías a media voz: Nada es imposible, Después he visto tu resignación, has sido un poco castigada, y has gritado bien fuerte . . . Si te he pedido tu alma es porque ya la has perdido...

"Entre tanto tu marido va a perecer... ¿qué hacer? Tengo piedad de vosotros... Yo te. . . pero quiero an-

tes... es necesario que cedas, quiero el consentimiento de tu voluntad. De otro mo-do, él perecerá".

Ella contesta, en voz muy baja, adormecida:

"Ay, mi cuerpo y mi miserable carne, para salvar a mi pobre marido, tómalos... Pero no mi corazón. Nadie lo ha tenido nunca, y no lo quiero dar".

Entonces ella espera, ya resignada . . . Y él le lanzó dos palabras:

"Recuérdalas. Son tu salvación". AL momento ella se estremeció y se sintió, con horror, empalada por una llama de fuego, inundada por un río de hielo . . . Lanzó un gran grito. Se encontró en los brazos de su sorprendido marido, a quien inundó de lágrimas.

La mujer se separa violentamente, se levanta, teme olvidar las dos palabras tan necesarias. El marido está aterrado. Ella no lo ve siquiera, sino que lanza hacia las murallas la mirada aguda de Medea. Jamás ha sido más hermosa. En la pupila negra y en el blanco amarillo del ojo flamea un resplandor que no se puede enfrentar, el fuego sulfuroso de un volcán.

La mujer va directamente a la aldea. La primera palabra era verde. Ella ha visto, colgada a la puerta de un comerciante, un vestido verde (color del Príncipe del Mundo). Un vestido de viejo que, puesto sobre ella, se rejuvenecerá, deslumbrará. Y la mujer va, sin informarse, directamente a la puerta de un judío y golpea, con un

gran golpe. Le abren con precaución. Este pobre judío, sentado en tierra, estaba sumergido en ceniza.

"Querido, ¡necesito cien libras!”

"Ah, señora, ¿de dónde sacarlas? El príncipe-obispo de la aldea, para hacerme decir dónde guardo el oro, me ha hecho arrancar todos los dientes. Mira mi boca ensangrentada".

"Ya sé, ya sé. Pera vengo justamente a buscar en tu casa algo con qué destruir al obispo. Cuando se abofetea al Papa, el obispo no resiste. ¿Quién ha dicho esto? Toledo".El judío tiene la cabeza baja. Ella habla, murmura... pone allí toda su alma, y el diablo está detrás. Un calor extraordinario llena la habitación. Él mismo siente una fuente de fuego.

"Señora -dice-, señora -y la mira hacia abajo-, pobre, arruinado como estoy, tenía, sin embargo, algunos escudos en reserva para alimentar a mis pobres hijos". "No te arrepentirás, judío . . . Voy a hacerte el gran juramento por el que se muere . . . Lo que vas a darme lo recibirás dentro de ocho días, muy temprano, por la mañana . . . Te lo juro por tu gran juramento, y por el mío, aún más: «Toledo».”

Ha pasado un año. La mujer se ha redondeado. Se ha hecho toda de oro. Todos se sorprenden de su fascinación. Todos ad-miran, obedecen. Por un milagro del diablo el judío, vuelto generoso, presta a la menor señal. Y ella sola sostiene el castillo con su crédito en la ciu-

dad, y de ahí el terror de la aldea a sus rudas extorsiones. El victorioso vestido verde iba, venía, cada vez más nuevo y bello. Ella misma adquiría una belleza colosal de triunfo y de insolencia. Una cosa natural aterraba. Todos decían: "A su edad, está creciendo".

Sin embargo, llega una noticia: el señor vuelve. La castellana, que desde hace tiempo no se atreve a descender para no encontrarse frente a frente con la mujer de aquí abajo, ha montado sobre su caballo blanco. Va al encuentro del señor, rodeada de todo su mundo, se detiene y saluda a su esposo.

Antes que nada dice: "¡Cuánto os he esperado! ¿Cómo dejáis así a la fiel esposa, tanto tiempo viuda y lánguida? . . . Y sin embargo no puedo haceros sitio a mi lado esta noche, a menos que me otorguéis un don".

"Pide, pide, hermosa -dice riendo el caballero-. Pero hazlo rápidamente... pues estoy apurado por abrazarte, mi dama... ¡Qué embellecida te encuentro!"

Ella le habla al oído y no se sabe qué le dice. Antes de subir al castillo el buen seno se apea del caballo ante la iglesia de la aldea, entra. Bajo el pórtico, a la cabeza de los notables, ve a una dama que no reconoce, pero a quien saluda profundamente. Con un orgullo incomparable, ella llevaba bien alto, más que todas las cabezas de los hombres, el sublime bonete de la época, el triunfante bonete del diablo. Se lo llamaba así con frecuencia, a causa del doble cuerno que lo adornaba. La verdadera

dama se ruboriza, eclipsada, se empequeñece. Después, indignada, dice a media voz: "Ahí está, sin embargo, tu sierva. Todo ha terminado. Todo está al revés. Los asnos insultan a los caballos.”

A la salida, el audaz paje, el favorito saca de su cintura un puñal afilado y hábilmente, de un solo golpe, corta sobre los ri-ñones el hermoso vestido negro. La mujer casi se desmaya... La muchedumbre queda atónita. Pero comprende cuando ve que toda la casa del señor se lanza a la cacería. . . Rápidos y despiadados silban, caen los golpes de látigo. . . la mujer huye, pero no puede alejarse mucho... ya es un poco pesada. Apenas ha dado veinte pasos cuando se detiene. Su mejor amiga le ha puesto en el camino una piedra para hacerla tropezar... La gente ríe. La mujer aúlla, en cuatro patas. Pero los pajes despiadados la levantan a golpes de látigo. Los nobles y bonitos lebreles ayudan y muerden en los lugares más sensibles. La mujer llega al fin desesperada, seguida por este horrible cortejo, a la puerta de su casa. Está cerrada. Allí, con los pies y con las manos, golpea, grita... "Amigo mío, amigo mío... rápido, rápido... Ábreme... " Ella allí clavada como la miserable lechuza que clavan a las puertas de una granja... Y los golpes en pleno siguen lloviendo... Adentro, todo está sordo. El marido, ¿dónde está? ¿O acaso, rico y aterrado, se ha ido, por miedo de que la multitud saquee la casa?

La mujer ha sufrido tantas miserias, tantos golpes, tantas sonoras bofetadas que desfallece, se deshace. Sobre la fría piedra del umbral, se encuentra sentada, desnuda, casi muerta, cubriéndose con la camisa ensangrentada y las mechas de sus largos cabellos. Alguien del castillo dice: "Basta, no nos han pedido que muera".

La dejan. La mujer se oculta. Pero ve, en espíritu, la gran fiesta del castillo. El señor, un poco aturdido, dice sin embargo: "Lo lamento". El capellán dice dulcemente: "Si esta mujer está endiablada, como se dice, monseñor, debéis a vuestros buenos vasallos, debéis a toda la comarca, entregarla a la Santa Iglesia.

Es aterrador ver, después de esos asuntos del Temple y del Papa, los progresos que ha hecho el demonio. Contra él, sólo puede el fuego..." Y el dominico añade: "Vuestra Reverencia ha hablado excelentemente. La diablería es la herejía principal. Como el hereje, el endiablado debe ser quemado. Sin embargo, muchos de nuestros buenos padres ya no se fían ni siquiera del fuego. Quieren, sabiamente, que ante todo el alma sea largamente purgada, probada, sometida por los ayunos; que no se queme en su orgullo, que no triunfe en la hoguera. Señora, si vuestra piedad es tan grande, tan caritativa, que tomáis la tarea de trabajar sobre esta mujer, colocándola por algunos años en un in pace, en una buena fosa de la que vos sola tendréis la llave . . . enton-

ces podréis, por la constancia del castigo, hacer bien a su alma, avergonzar al diablo y entregarla finalmente, humilde y dulce, a la Iglesia".

VI
EL PACTO

Sólo falta la víctima. Se sabía que el regalo más dulce que se podía hacer a la castellana era esta víctima. La señora reconocería entonces, tiernamente, el celo de quien le hiciera este don de amor, de quien le entregara ese triste cuerpo ensangrentado.

Pero la presa presiente al cazador. Unos minutos de demora y la mujer hubiera sido secuestrada, enmurada para siempre bajo la piedra. La mujer se cubrió con un hábito que había en el es-tablo, de alguna manera cobró alas y, antes de la medianoche, se encontró a varias leguas de distancia, lejos de las rutas, sobre una landa abandonada que no era más que cardos y zarzales. Y en el límite de un bosque, bajo una luna dudosa, pudo al fin recoger algunas bellotas, que tragó, como una bestia. Siglos habían transcurrido desde la víspera: la mujer se había metamorfoseado. La bella, la reina de la aldea, ya no existía; su alma, cambiada, cambiaba también sus

actitudes. Se echaba sobre sus bellotas como un jabalí, o como un mono en cuclillas. Giraban en ella pensamientos en modo alguno humanos, cuando escuchó, o creyó escuchar, el graznido de una lechuza y después una agria carcajada. La mujer se asusta, pero tal vez sólo el alegre duende burlón, que imita todas las voces: son sus bromas acostumbradas.

La carcajada se repite. ¿De dónde proviene? La mujer no ve nada. Se diría que la risa proviene de un viejo roble.

Entonces oye claramente: "Ah, ya estás aquí finalmente... No has venido de buena gana. Y no hubieras venido si no estu-vieras en la última necesidad . . . Ha sido necesario, orgullosa, que huyeras del látigo, que gritaras pidiendo gracia, que estuvieras perdida, burlada, sin amparo, arrojada fuera por tu marido. ¿Qué hubiera sido de ti si, en el crepúsculo, yo no te hubiera hecho ver el in pace que te preparaban en la torre? . . . Es tarde, muy tarde cuando llegas a mí, cuando ya te han llamado la vieja. . . Cuando joven no me trataste bien, a mí, tu duendecillo de entonces, que se desvivía por servirte... Te toca el turno (si así lo quiero) que me sirvas, de que me beses los pies.. .

"Fuiste mía desde que naciste, por tu malicia contenida, por tu diabólico encanto. Yo era tu amante, tu marido. El tuyo te ha cerrado su puerta. Pero yo no te cierro la mía. Yo te recibo en mis dominios, en mis li-

bres praderas, en mis bosques . . . Y ¿cuál es mi ganancia? ¿Acaso no hace ya mucho tiempo que me respondes de inmediato? ¿Acaso no te he invadido, poseído, colmado con mi llama? Yo he cambiado, he reemplazado tu sangre. No existe una vena de tu cuerpo por la que yo no circule. Tú misma ignoras hasta qué punto eres mi esposa. Pero nuestras bodas no han cumplido aún con todas las formalidades. Tengo mis costumbres, soy muy escrupuloso... Seamos uno para toda la eternidad. . . "

"¿Qué puedo decirte, mi señor, en el estado en que me encuentro? Oh, ya he sentido, lo he sentido demasiado bien que, desde hace tiempo, tú eres mi destino. Maliciosamente me has acaricia-do, me has colmado, me has enriquecido para precipitarme... Ayer, cuando el lebrel negro mordió mi desnudez, su diente ardía. . . Y yo me dije: Es él. Por la noche, cuando esa Herodías ensució, aterró a la mesa, alguien sirvió de intermediario para prometer mi sangre. . . Eras tú".

"Sí, pero también soy yo quien te ha salvado y te ha hecho venir aquí. Has adivinado bien: yo lo he hecho todo. Yo te he perdido. ¿Por qué lo he hecho? Porque no quiero compartirte. Francamente, tu marido me molestaba. Tú chicaneabas, discutías. Mis procedimientos son muy distintos. Todo c nada. Por esto te he trabajado, disciplinado, puesto a punto, te he madurado para mí. . . Así es mi delicadeza. Pues yo no tomo, co-

mo se cree, tantas simas imbéciles que se me entregan. Yo quiero almas elegidas, en cierto raro estado de furor y de desesperación . . . Mira, ya no puedo ocultártelo, me gustas tal como eres hoy: te has embellecido enormemente; eres un alma deseable . . . ¡Oh, cuánto tiempo te he amado!... Pero hoy no estoy hambriento de ti...

"Haré las cosas en grande. No soy de esos maridos que cuentan con su prometida. Si sólo quisieras ser rica, lo serías en el instante. Si quisieras ser reina, reemplazar a Juana de Navarra, por poderosa que sea, lo haríamos, y el rey no perdería ni un ápice de orgullo ni de maldad. Pero más grande aún es hacerte mujer. En fin, dime qué deseas".

"Señor: nada más que hacer el mal".

"Encantadora, encantadora respuesta. . . ¡Oh, qué razón tengo en amarte! En efecto, tu respuesta contiene todo, toda la ley y todos los profetas . . . Como has elegido tan bien, te será dado todo el resto por añadidura. Tendrás todos mis secretos: verás el fondo de la Tierra. El mundo vendrá a ti y echará oro a tus pies... Más aún: he aquí el verdadero diamante que te doy, esposa mía: la venganza. . . Te sé bribona, conozco tu deseo más oculto . . . Oh, nuestros corazones ya se entienden . . . Es así que obtendré tu posesión definitiva. Verás a tu enemiga de rodillas ante ti, pidiendo clemencia, suplicando, dichosa si le pagas con la misma moneda, devolviéndole el mal que te ha hecho. Llorará... Y tú,

graciosamente dirás: No. Y la oirás gritar: ¡Muerte y condenación...! Entonces, todo será asunto mío".

"Mi señor, soy tu criada . . . Es verdad que he sido ingrata. Pues siempre me has colmado. ¡Te pertenezco, oh, maestro! ¡Oh, mi dios! No quiero a ningún otro. Suaves son tus deleites. Tu servicio es dulce".

Entonces la mujer cae a cuatro patas y adora. . . Hace primero un homenaje al diablo, a la manera de los templarios, lo que simboliza el abandono absoluto de la voluntad. Su amo, el Príncipe del Mundo, el príncipe de los vientos, sopla en ella, a su vez, un espíritu impetuoso. Recibe así, al revés, los tres sacramentos: bautismo, sacerdocio y matrimonio. En esta nueva Iglesia, exactamente inversa a la otra, todo debe hacerse al revés. Sumisa, paciente, la mujer soporta la cruel iniciación, sostenida por una palabra: "Venganza".

Lejos de que el rayo infernal la agote, la enerve, la mujer se incorpora, temible y con ojos brillantes. La luna, que castamente se había ocultado un momento, tiene miedo al volver a verla. Atrozmente hinchada por el vapor infernal, por el fuego, por el furor y (cosa nueva) no sé decir por qué deseo, la mujer parece un instante enorme en este exceso de plenitud y posee una belleza horrible. Mira todo alrededor... Y la naturaleza aparece cambiada. Los árboles tenían lengua, contaban las cosas pasadas. Las hierbas eran simples. Aquellas

plantas que ayer ella recogía como forraje, se han convertido ahora en personas que hablan de medicina.

La mujer se despierta al día siguiente muy segura, lejos, muy lejos de sus enemigos. La habían buscado. Sólo encontraron algunos trozos esparcidos del fatal vestido verde. ¿Acaso en su desesperación se había precipitado al torrente? ¿En vida, había sido arrastrada por el demonio? No se sabía. De todas maneras, estaba condenada. Fue un gran consuelo para la dama no haberla encontrado.

Si la hubieran visto, no la hubieran reconocido; hasta ese punto estaba cambiada .Tan sólo los ojos quedaban, no brillantes sino armados de un extraño y poco tranquilizante resplandor. La misma mujer tenía miedo de causar miedo. Pero no bajaba los ojos. Miraba de reojo; en la oblicuidad de su rayo eludía el efecto. Súbitamente morena, se diría que acababa de pasar por entre las llamas. Pero los que observaban mejor sentían que la llama estaba más bien en ella, que llevaba dentro de sí un impuro y ardiente hogar. El trazo resplandeciente con que Satanás la había atravesado quedaba en ella, y como a través de una lámpara siniestra lanzaba un resplandor salvaje, que tenía sin embargo un peligroso atractivo. Retrocedían ante ella, pero se detenían, y los sentidos quedaban turbados.

La mujer se encontró a la entrada de una de esas cuevas de trogloditas, como las hay innombrables en el

Centro y el Oeste. Eran las comarcas, entonces salvajes, entre el país de Merlin y el país de Melusina. Las landas, hasta perderse de vista, testimoniaban las antiguas guerras y los eternos desastres, los terrores que impedían repoblarse al país. Allí, el diablo estaba en su casa. Los raros habitantes eran en su mayoría fervientes devotos de él. Fuera cual fuere la atracción que ejercían sobre él las ásperas selvas de la Lorena, los negros pinares del Jura, los desiertos salados de Burgos, sus preferencias eran las comarcas del Oeste de Francia. No estaba allí sólo el pastor visionario, la conjunción satánica de la cabra y del cabrero, era una conjuración más profunda con la naturaleza, una penetración mayor de los remedios y de los venenos, de contactos misteriosos con Toledo la sabia, la universidad diabólica.

Comenzaba el invierno. Su aliento, que desvestía los árboles, había amontonado las hojas, las ramas de madera muerta. La mujer encontró todo listo a la entrada de su triste refugio. Por un bosque y una landa de un cuarto de legua se descendía a los alrededores de unas aldeas levantadas junto a un curso de agua "He aquí tu reino -le dijo la voz interior-. Eres mendiga hoy; mañana reinarás".

VII
EL REY DE LOS MUERTOS

La mujer, en el primer momento, no se conmovió mucho con las promesas. Estaba en una ermita sin Dios, desolada, en medio de los grandes vientos monótonos del oeste, entre los recuerdos despiadados en la gran soledad, tantas pérdidas, tantas afrentas, en esta viudez áspera y súbita, abandonada por su marido a la vergüenza, abrumada por todo. Juguete de la suerte, la mujer se vio, como la triste planta de las landas, sin raíz, arrastrada por el viento, llevada, castigada, golpeada inhumanamente; se hubiera dicho que ella era un pólipo grisáceo, anguloso, que sólo tiene adherencia para ser quebrado mejor. El niño lo pisotea. La gente dice, burlona: "Es la novia del viento".

Ella reía ultrajantemente de sí misma, al compararse. Pero, desde el fondo del agujero oscuro, se levantó una voz: "Ignoran-te, tonta . . . no sabes lo que dices . . . esta planta, que se retuerce en esta forma, tiene derecho

a despreciar a muchas hierbas gruesas y vulgares. Gira, pero es completa en sí misma, con flores y simiente. Debes parecértele. Sé tu raíz y, en medio del torbellino mismo, llevarás todavía las flores, nuestras flores, como las que nacen del polvo de los sepulcros y de las cenizas de los volcanes.

"La primera flor de Satanás te la doy hoy para que sepas cuál es mi primer nombre, mi antiguo poder. Yo fui, yo soy el rey de los muertos. . . ¡Oh, cuánto me han calumniado! . . . Yo solo (este bien inmenso debería ganarme los altares), yo solo puedo hacerlos volver".

Penetrar el porvenir, evocar el pasado, adelantarse, llamar al tiempo que corre tan veloz, extender el presente de lo que fue y de lo que será: he aquí dos cosas proscritas en la Edad Media. En vano. La naturaleza es invencible. Nada se ganará contra ella. Quien así peca, es hombre. No lo será aquel que permanezca fijado en su surco, con los ojos bajos, la mirada limitada al paso que da detrás de sus bueyes. No, nosotros iremos siempre hacia arriba, más lejos y más al fondo. Esta tierra la medimos penosamente, pero la golpeamos con el pie y le decimos siempre: "¿Qué tienes en tus entrañas? ¿Qué secretos? ¿Qué misterios? Tú nos devuelves la semilla que te confiamos. Pero no nos devuelves esa simiente humana, esos muertos amados que te hemos prestado. ¿No germinarán acaso nuestros amigos, nuestros amo-

res, que hemos colocado allí? ¡Si al menos por una hora, por un momento, pudieran volver a nosotros!”

Pronto estaremos en la terra incognita a la que ellos ya han descendido. Pero, ¿volveremos a verlos? ¿Estaremos con ellos? ¿Dónde están? ¿Qué hacen? Es necesario que mis muertos estén muy cautivos para no haberme dado ninguna señal. Y yo, ¿cómo puedo hacer que me escuchen? Como mi padre, para quien yo fui único y que me amaba con tanta violencia, ¿cómo no vuelve a mí? . . . ¡Oh, de los dos lados servidumbre, cautiverio, ignorancia mutua! . . . Noche sombría en la cual se busca un rayo.'Estos pensamientos de naturaleza eterna, que en la Antigüedad habían sido melancólicos, en la Edad Media se vuelven crueles, amargos, debilitantes, y los corazones se sienten disminuidos por ellos. Parece que se hubiera querido aplastar el alma y hacerla estrecha y cerrada, a la medida de un ataúd. La sepultura servil, entre las cuatro tablas de pino, es muy a propósito para esto. Turba con la idea del sofocamiento. Aquel que han colocado allí, si vuelve en sueños, ya no será como una sombra luminosa y ligera, con la aureola de los Campos Elíseos; es un esclavo torturado, la presa miserable de un gato con garras infernales (bestiis, dice el texto mismo, Ne tradas bestiis, etcétera). Idea execrable e impía que mi padre, tan bueno, tan amable, que mi madre venerada por todos puedan ser el juguete de ese gato. . . Hoy en día nos reímos. Sin embargo, durante

mil años, esto no hacía reír. Se lloraba amargamente. Y todavía no se pueden escribir estas blasfemias sin que el corazón no se sienta hinchado, sin que el papel y la pluma no rechinen de indignación.

Verdaderamente fue una invención cruel arrancar la fiesta de los muertos a la primavera, donde la había colocado la Antigüedad, para ponerla en el mes de noviembre.

En el mes de mayo, donde estuvo al principio, los muertos eran enterrados en medio de flores. En el mes de marzo, donde estuvo después, la fiesta era, junto con el trabajo, el despertar de la alondra; el muerto y la simiente, en la tierra, entraban juntos en una misma esperanza. Pero, ay, en noviembre, cuando todos los trabajos están terminados, cuando la estación cerrada y sombría se prepara por largo tiempo, cuando vuelve a su casa, el hombre vuelve a sentarse junto al hogar y ve al frente el lugar para siempre vacío... ¡Óh, cómo puede aumentar el pesar del duelo!... Evidentemente, al elegir este momento, fúnebre en sí, los funerales de la naturaleza, se temía que el hombre no guardara en sí bastante dolor...

Los más tranquilos, los más ocupados, por distraídos que estén con los llamados de la vida, tienen momentos extraños. En la negra mañana brumosa, en el crepúsculo que rápidamente va a tragarnos con su sombra, diez años, veinte años después, no sé qué débiles

voces suben hasta el corazón: "Buenos días amigo. . . somos nosotros. . . ¿así que vives, que trabajas como siempre?. . . Tanto mejor. Ya no sufres por habernos perdido y puedes vivir sin nosotros... pero nosotros no podemos prescindir de ti, jamás... Las filas se han cerrado y el vacío no aparece en ninguna parte. La casa que fue nuestra está llena, y la bendecimos. Todo está bien, todo está mejor que en los tiempos en los que tu padre te llevaba en sus brazos, en tiempos en que tu hija te decía, a su vez: Papá, cárgame. Pero veo que estás llorando... Basta, hasta la vista".

Los muertos han partido. Dulce y desgarradora queja. ¿Es justa? No. Prefiero olvidarme mil veces de mí mismo antes que olvidarlos a ellos. Y, sin embargo, cueste lo que cueste, estamos obligados a decirlo, algunas huellas se escapan, son ya menos sensibles; algunos rasgos del rostro están no borrados, sino oscurecidos, empalidecidos. . . Cosa dura, amarga, humillante, sentirse tan huidizo y tan débil, ondulante como el agua sin memoria; sentir que a la larga se pierde ese tesoro de dolor que se esperaba conservar siempre. . . Vuelve a dármelo, te lo suplico; quiero demasiado esa rica fuente de lágrimas... Devuélveme, te suplico, esas efigies tan queridas... ¡si por lo menos pudiera soñar con ellas de noche!...

Más de uno se dijo esto en noviembre. Y, mientras suenan las campanas, mientras llueven las hojas, los

hombres se alejaron de la iglesia y dijeron en voz baja: "¿Sabes, vecino?. . . Hay allá arriba una mujer de la que se dice mucho de mal y mucho de bien. Yo no me atrevo a decir nada. Pero ella tiene poderes en el mundo de allá abajo. Llama a los muertos, y los muertos vienen. Oh, si ella pudiera... (sin pecado, se entiende, sin ofender a Dios) devolverme a los míos. . . Ya sabes, yo estoy solo, he perdido a todos en el mundo". "Pero esa mujer, ¿quién sabe quién es? ¿Proviene del cielo o del infierno? Yo no iré (y muere de deseos de ir). . . Yo no iré... no quiero arriesgar mi alma. Este bosque, por otra parte, está hechizado. Muchas veces he visto sobre la landa cosas que no deberían verse. . . ¿Sabes? La Jacqueline estuvo una noche buscando sus corderos y... bueno... volvió loca. . . No, yo no iré".

Pero, ocultándose los unos de los otros, muchos van, entre los hombres. Las mujeres todavía no se atreven a hacerlo. Miran el peligroso camino e interrogan a los que vuelven. La pitonisa no es la de Endor, que evocó la sombra de Samuel para Saúl; no muestra la sombra, pero da las palabras cabalísticas y los pode-rosos brebajes capaces de hacerlas venir en sueños. ¡Ah, cuántos dolores llegan hasta ella! Hasta la misma abuela vacilante, a los ochenta años, quiere volver a ver a su nieto. Con un supremo esfuerzo, no sin remordimientos por pecar al borde de la tumba, se arrastra hasta allá. El aspecto del lugar salvaje, áspero, escarpado, las zarzas, la

ruda y negra belleza de la implacable Proserpina la turban. Prosternada y temblorosa, pegada a la tierra, la pobre vieja llora y reza. No hay respuesta. Pero cuando se atreve a incorporarse un poco, ve que el infierno ha llorado.

Sencillo cambio de naturaleza. Proserpina se ruboriza. Se detesta a sí misma. "Alma degenerada -se dice-, alma débil. Tú que venías aquí con el firme deseo de no hacer más que el mal ¿Dónde está la lección del muestro? ¡Oh, cuánto reirá él!”

"¡No! ¿No soy yo acaso el gran pastor de las sombras, no puedo hacerlas ir y venir y abrirles la puerta de los sueños? Dante, al hacer mi retrato, olvidó mis atributos. Al colocarmeesta cola inútil, omitió decir que yo poseo la verga pastoril de Osiris y que he heredado el caduceo de Mercurio. En vano se cree golpear un muro infranqueable, que cierra el camino de un mundo hasta el otro; yo iré allí con alas en los talones, volaré por encima. El Espíritu calumniado, este monstruo despiadado ,en una rebelión caritativa, ha socorrido a los que lloran, conso-lado a los amantes, a las madres. Se ha apiadado de ellos en contra del nuevo dios".

La Edad Media, con sus escribas, todos eclesiásticos, no se ha preocupado de reconocer los cambios mudos, profundos del espíritu popular. Es evidente que la compasión apareció entonces del lado de Satanás. La

Virgen misma, ideal de la Gracia, no responde en modo alguno a esa necesidad del corazón; la Iglesia, en nada.

La evocación de los muertos es expresamente prohibida. Mientras todos los libros continúan escribiendo a placer sobre el demonio cochino de los primeros tiempos o sobre el diablo con garras, verdugo de la segunda edad, Satanás ha cambiado de rostro para aquellos que no saben escribir. Para ellos se parece al viejo Plutón, pero su majestad pálida, en modo alguno inexorable, concede regresar a los muertos, concede a los vivos el ver a los muertos, y 'cada vez se parece más a su padre o abuelo, Osiris, el pastor de almas.

Por este solo punto, hay muchos que cambian. Se cree de palabra en la hoguera del infierno oficial y en las calderas ardientes. Pero, en el fondo ¿se cree realmente? ¿Pueden conciliarse fácilmente esas complacencias que muestra el infierno a los corazones afligidos con las horribles tradiciones de un infierno torturador?

Una idea naturaliza a la otra, sin borrarla enteramente, y se forma otra, mixta, vaga, que cada vez más se parece al infierno virgiliano. ¡Una gran dulzura para el corazón! Es un dichoso alivio, sobre todo para las pobres mujeres, para las cuales el dogma terrible del suplicio de los muertos amados tenía ahogadas en lágrimas y sin consuelo. Toda la vida de ellas no era más que un suspirar.

La sibila soñaba en las palabras del maestro, cuando se oye un paso leve. El día apenas acaba de nacer (después de Navidad, hacia el 1° de enero). Sobre la hierba, crujiente y congelada, una mujercita rubia, temblorosa, se acerca y, al llegar, desfallece, no puede respirar. El vestido negro habla de su viudez. Ante la aguda mirada de Medea, inmóvil y sin voz, dice sin embargo todo; no hay ningún misterio en su temerosa persona. La otra dice con voz fuerte: "Tú no puedes hablar, estás muda... no terminarías nunca. Yo lo diré por ti... Y bien, te estás muriendo de amor". Un poco repuesta, juntando las manos y casi de rodillas, la mujercita reconoce que es así, se confiesa. Sufre, llora, suplica y todo este sufrimiento habría sido en silencio... Pero estas fiestas de invierno, estas reuniones de familia, la dicha no oculta de las mujeres que, sin piedad hacia ella, muestran un amor legítimo, todo esto le ha hecho arder el corazón... Ay, ¿qué puede hacer?... Si él pudiera volver y consolarla un momento: "Al precio de la vida misma... Yo moriría por verlo todavía".

"Vuelve a tu casa; cierra bien la puerta. Cierra también las celosías a los vecinos curiosos. Te quitarás el traje de luto y te pondrás tu vestido de bodas, pondrás su cubierto ala mesa, pero él no vendrá. Dirás entonces la canción que él hizo para ti, que él te ha cantado tantas veces, pero él no vendrá. Sacarás del cofre el último traje que él usó, lo besarás y dirás entonces: < ¡Ay, de ti,

si vienes!> Y sin demora, bebiendo este vino amargo pero de profundo sueño, te acostarás, como recién casada. Entonces, sin duda aluna, él vendrá".

La mujercita no lo sería si, por la mañana, dichosa y enternecida, en voz muy baja, no contara el milagro a su mejor amiga. "No digas nada, te lo suplico... pero él mismo me ha dicho que, si yo uso ese vestido y si duermo sin despertarme, vendrá a visitarme todos los domingos".

Dicha que no carece de peligro. ¿Qué sería de esta imprudente si la Iglesia se enterara de que ya no es viuda? ¿Qué sería de ella si se supiera que, resucitado por el amor, el espíritu vuelve a consolarla?

Cosa rara, se guarda el secreto. Todas se entienden entre sí, ocultan un misterio tan dulce. ¿Quién no tiene interés en hacer-lo? ¿Quién no ha perdido a alguien, quién no ha llorado? ¿Quién no ve con alegría que se tiende un puente entre los dos mundos?

"¡Oh, bruja bendita! . . . ¡Espíritu de allá abajo, bendito seas!”

VIII
EL PRINCIPE DE LA NATURALEZA

Duro es el invierno, largo y triste en el sombrío Noroeste. Ya terminado vuelve, como un dolor amortiguado, que al regresar maltrata por momentos. Una mañana todo se despierta adornado de agujas brillantes. En este esplendor irónico, cruel, en el cual la vida palpita, todo el mundo vegetal parece mineralizado, pierde su dulce variedad, se endurece en ásperos cristales.

La pobre sibila, sumergida en su triste hogar de hojas, castigada por el quemante cierzo, siente en el corazón el severo látigo. Siente su aislamiento. Pero esto mismo la repone. Vuelve el orgullo y, con él, una fuerza que le calienta el corazón, le ilumina el espíritu, que se vuelve tenso, alerta y acerado; su vista se vuelve también aguda, como las agujas, y el mundo, ese mundo cruel que padece, se le aparece transparente como el vidrio. Y entonces. goza, como si este mundo fuera una conquista de ella.

¿No es ella acaso la reina? ¿No tiene acaso cortesanos? Los cuervos, evidentemente, están en contacto con ella. Vienen en bandadas honorables, graves como antiguos augures, a hablarle de cosas del pasado. Los lobos pasan tímidamente, saludan con una mirada oblicua. El oso (menos raro entonces) se sienta a veces torpemente, con su pesada bonhomía, en el umbral del antro, como un ermitaño que visita a otro ermitaño, tal como se lo ve con frecuencia en las Vidas de los Padres del desierto.

Todos, pájaros y animales que el hombre sólo conoce para la caza y la muerte, todos están proscritos, como ella. Se entienden con ella. Satanás es el gran proscrito, y él da a los suyos la alegría de las libertades de la naturaleza, la alegría salvaje de ser un mundo que se basta a sí mismo.

¡Salud, áspera libertad solitaria!. . . Toda la tierra parece todavía vestida de un lienzo blanco, está cautiva del pesado hielo, de los despiadados cristales uniformes, agudos, crueles. Sobre todo, después de 1200 el mundo quedó cerrado como un sepulcro transparente en que se ve con terror que todas las cosas están inmóviles y endurecidas.

Se ha dicho que "la iglesia gótica es una cristalización". Y es verdad. Hacia 1300, la arquitectura, sacrificando lo que tenía de capricho vivo, de variedad, se repite al infinito, rivaliza con los prismas monótonos del

Spitzberg. Imagen temible y verdadera de la dura ciudad de cristal, en la cual un dogma terrible creyó enterrar a la vida.

Pero sean cuales fueren los soportes, los contrafuertes, las arcadas, en que se apoya el monumento, una cosa lo hace trastabillar. No son los golpes ardientes de afuera, sino no sé qué blandura que hay en las bases y que trabaja ese cristal, llevándolo a un insensible deshielo. ¿Qué es? El humilde río de las tibias lágrimas derramadas por un mundo, todo un mar de llantos. ¿Qué es? Un soplo del porvenir, la poderosa e invencible resurrección de la vida natural. Del fantástico edificio, del cual ya cae más de un panel, se dice no sin terror: "Es el aliento de Satanás".

Como un glaciar del Hecla sobre un volcán que no tiene necesidad de hacer erupción, un fuego tibio, lento, clemente, acaricia la construcción desde abajo, la llama hacia él y le dice en voz muy baja: "Desciende".

La bruja tiene motivos de risa si, desde la sombra puede ver allá en la luz brillante, cómo Dante, Santo Tomás, ignoran la situación. Ellos creen que Satanás se abre camino por medio del horror o de la sutileza. Lo hacen grotesco y grosero; lo hacen como era en la infancia, cuando jesús podía todavía hacerlo entrar en los puercos. O lo convierten en un ser sutil, un escolástico lógico, un jurista lleno de sentencias. Si Satanás no hubiera sido más que esto, o la bestia, o el disputador, si

no hubiera tenido más que el fango, o los distinguo del vacío, pronto se hubiera muerto de hambre.

Se triunfa fácilmente contra él cuando se lo muestra, como en Bartole, arguyendo contra la Mujer (la Virgen), que lo hace revocar, condenar, con costas. Pero sucede que, en la Tierra, ocurre lo contrario. Por un golpe supremo, Satanás gana a la litigante, la Mujer, su hermosa adversaria, la seduce con argumentos, no le palabras, sino reales, encantadores, irresistibles. Satanás pone n manos de la mujer el fruto de la ciencia y de la naturaleza.

Tantas disputas no son necesarias; él no tiene necesidad de litigar: muestra. Es el Oriente, es el paraíso reencontrado. Del Asia, que se ha creído destruir, se levanta una aurora incomparable, cuyos rayos alcanzan a atravesar la profunda bruma del oeste. es un mundo de naturaleza y de arte, que la ignorancia había maldecido, pero que ahora avanza para conquistar a sus conquistadores, en una dulce guerra de amor y de seducción maternales. Todos caen vencidos, todos se enloquecen; no se quiere nada que ;.o provenga del Asia. Ella llega hacia nosotros con las manos llenas. Las telas, los chales, los tapices de fácil blandura, la armonía misteriosa, el acero galante, brillante, de las armas adamasquinadas, todo esto demuestra nuestra barbarie. Y es poco, pues esas comarcas malditas de infieles, en la cual reina Satanás, tienen como bendición visible los altos productos de la

naturaleza, los elixires de las fuerzas de Dios, el primero de los vegetales, el primero de los animales, el café, el caballo árabe. ¿Qué estoy diciendo? Un mundo de tesoros, la seda, el azúcar, la cantidad de hierbas todopoderosas que nos levantan el corazón, que nos consuelan, que endulzan nuestros males.

Hacia 1300 todo esto estalla. España misma, reconquistada por los bárbaros hijos de los godos, pero que tiene su cerebro a los moros y en los judíos, testimonia por los no creyentes. En todas partes en que los musulmanes, esos hijos de Satanás, trabajaban, todo prospera, las fuentes brotan y la tierra se cubre de flores. Con un trabajo meritorio, inocente, la tierra se adorna de viñas maravillosas, en las cuales el hombre olvida, se rehace y cree beber la bondad misma y la compasión celeste.

¿A quién entrega Satanás la copa espumante de la vida? Y ,en ese mundo de ayuno, que tanta razón ha ayunado, ¿existe acaso el ser fuerte que va a recibir todo sin vértigo, sin embria-guez, sin arriesgarse a perder el juicio?

¿Existe acaso un cerebro que, no petrificado y cristalizado por Santo Tomás, está abierto a la vida, a las fuerzas vegetativas?

Tres magos hacen el esfuerzo; forzándose, llegan a la naturaleza ,pero estos vigorosos genios no tienen la fluidez, la fuerza popular.

Satán vuelve a su Eva. La mujer es todavía, en el mundo, lo que es más naturaleza. Ella tiene y ha conservado siempre ciertos lados de inocencia maliciosa, como los que tienen el gato cachorro y el niño vivaz. Por ese lado ella puede entrar a la comedia del mundo, al gran juego del Proteo universal.

Pera ¡qué ligera, qué movediza es la mujer cuando no está mordida y fijada por el dolor! Está proscrita del mundo, atada a su landa salvaje, se hace vituperar. Hay que saber si helada ,agriada, con el corazón lleno de odio, esta mujer podrá entraren la naturaleza y en los dulces senderos de la vida. Si entra, sin duda alguna, será sin armonía, frecuentemente por los circuitos del mal. Está azorada, y es violenta, precisamente porque es muy débil en el ir y venir de la tempestad.

Cuando el calor primaveral del aire, del fondo de la tierra, las flores y sus lenguajes, cuando la revelación nueva sube hacia ella de todos lados, la mujer siente, en el primer momento, vértigo. Su seno dilatado desborda. La sibila de la ciencia tiene su tortura, como la tuvo la otra, la Cumea, la Délfica. Los escolásticos tienen razón de decir: "Es el aura, es el aire que la hincha ,nada más. Su amante, el Príncipe del Aire, la llena de sueños y de mentira, de viento, de humo, de nada". Ironía inepta. Por el contrario, la causa de su embriaguez no es el vacío: es lo real ,la sustancia, que ha colmado rápidamente su seno.

¿Habéis visto el agave, esa dura y salvaje planta africana puntiaguda, amarga, desgarradora, que tiene por hojas enormes dardos? El agave ama y muere cada diez años. Una mañana, el ruido de un golpe de fugo, salta, se lanza hacia el cielo. Y este brote es un árbol que no mide menos de treinta pies y que brote amoroso, largo tiempo acumulado en la ruda criatura, con aparece erizado de tristes flores.

Algo parecido siente la sombría sibila cuando, una mañana tardía de primavera y, por lo tanto, mucho más violenta, todo alrededor de ella estalla en la vasta explosión de la vida.

Y todo la mira, todo esto es para ella. Pues cada ser dice en voz muy baja: "Pertenezco a quien me haya comprendido".

¡Qué contraste!. . . Ella, la esposa del desierto y de la desesperación, alimentada de odio, de venganza, aparece rodeada de todos estos inocentes que la invitan a sonreír. Los árboles, bajo el viento del sur, le hacen una reverencia suave. Todas las hierbas de los campos, con sus virtudes diversas, sus perfumes, sus re-medios o sus venenos (con frecuencia son la misma cosa) se ofrecen, le dicen: "Tómame".

Todo esto ama, visiblemente. "¿No es esto una burla?. . . Yo estaba pronta para el infierno, no para esta fiesta extraña. . . Espíritu, ¿eres tú realmente el espíritu del terror que he conocido y cuya huella cruel llevó

(¿qué digo?, ¿qué siento?). . . la herida que todavía quema...?

"Oh, no . . . no es éste el espíritu que yo esperaba en medio de mi furor: Aquel que siempre dice no. Y ahora está diciendo un sí de amor, de embriaguez y de vértigo... ¿qué le pasa? ¿Acaso es el alma enloquecida, el alma despavorida de la vida?

"Decían que el gran Pan ha muerto. Pero reaparece en Baco, en Príapo, impaciente por la larga demora del deseo, amenazador, quemante, fecundo. . . No, no, aparta de mí esta copa. Porque yo sólo beberé en ella la congoja, ¿quién sabe? Quizás una desesperación amarga, más allá de todas las desesperaciones".

Sin embargo, allí donde aparece la mujer se convierte en el único objeto del amor. Todos la siguen, y todos por ella despre-cian su propia especie. ¿Por qué hablan del carnero negro, el pretendido favorito? Lo mismo les pasa a los otros. El caballo relincha al verla, rompe todo, la pone en peligro. El rey temido de las praderas, el toro negro, si ella pasa o se aleja, muge, lamentándose. Ahí está el pájaro que se deja caer, que ya no quiere a su hembra y que, con alas temblorosas, realiza el amor sobre ella. Nueva tiranía de este Amo que, dando el golpe más fantástico, en vez de rey de los muertos, como se le creía, resplandece como rey de la vida.

"No -dice ella-, déjame con mi odio. No he pedido nada más. Quiero ser temida, terrible . . . Esta es mi belleza, la que con-viene a las negras serpientes de mis cabellos, a este rostro trabajado por los dolores, a estos rasgos, castigados por el rayo. . . " Pero el soberano Maligno le dice en voz muy baja, insidiosamente: "Oh, eres mucho más bella. Oh, eres mucho más sensible en tu furor y tu cólera. . . Grita, maldice. Es tu aguijón. Una tempestad llama a la otra. Resbaladizo, rápido es el pasaje de la ira a la voluptuosidad".

Ni la cólera ni el orgullo la salvarán de esta seducción. Lo que la salva es la inmensidad del deseo. Nada bastará. Cada vida es limitada, impotente. ¡Atrás el corcel., el toro, atrás la llama del pájaro! Atrás, débiles criaturas, ante quienes tiene necesidad de infinito.

Ella tiene un antojo de mujer. ¿Antojo de qué? De Todo, del gran Todo universal.

Satanás no ha previsto esto, no ha previsto que no se la podía apaciguar con ninguna criatura.

Lo que él no ha podido, algo cuyo nombre ignoro, lo hace. Ante este deseo inmenso, profundo, vasto, como el mar, la mujer sucumbe, se adormece. En ese momento, sin recuerdo, sin odio ni pensamiento de venganza, inocente pese a sí misma, duerme sobre la pradera, como lo hubiera hecho cualquier otra, la oveja o la paloma, tendida, suelta . . . no me atrevo a decir enamorada.

La mujer ha dormido, ha soñado.. . Un hermoso sueño. ¿Como decirlo? El monstruo maravilloso de la vida universal se ha hundido en ella; y a partir de este momento la vida y la muerte, todo está en sus entrañas. AL precio de tantos dolores, la mujer ha concebido la Naturaleza.

IX
SATANÁS MÉDICO

La escena muda y sombría de la novia de Corinto se renueva al pie de la letra entre el siglo XIII y el siglo XV. En la noche que todavía dura, antes del alba, los dos amantes, el hombre y la naturaleza, se reencuentran, se abrazan con transporte y, en ese mismo momento (¡horror!) se sienten golpeados por atroces flagelos.

Se cree todavía oír a la amante que dice a su amado: "Así es. . . tus cabellos blanquearán mañana. . . yo estoy muerta, tu morirás".

Tres golpes terribles en tres siglos. El primero, la metamorfosis chocante del exterior, las enfermedades de la piel, la lepra. El segundo, el mal interno, la extravagante estimulación nerviosa, las danzas epilépticas. Todo se calma, pero la sangre se altera y la úlcera prepara la sífilis, el flagelo del siglo xv.

Las enfermedades menos precisas de la Edad Media, dentro de le, que entrevemos, fueron ante todo el

hambre, la languidez y la pobreza de la sangre, esa tisis que se admira en las esculturas de la época. La sangre era agua chirle; las enfermedades escrofulosas debían ser universales. Fuera del médico árabe o judío, costosamente pagado por los reyes, la medicina se practicaba sólo a la puerta de las iglesias, junto a la pila de agua bendita. El domingo, después de los oficios, llegaban los enfermos; pedían socorro, y se les daba palabras: "Habéis pecado y Dios os castiga. Agradeced a Dios; tendréis tantos menos pecados que pagar en la otra vida. Resignaos, sufrid, morid. La Iglesia tiene plegarias para los muertos". Débiles, lánguidos, sin esperanzas ni deseos de vivir, los enfermos seguían demasiado bien ese consejo y dejaban que la vida se escapara.

Descorazonamiento fatal, miserable estado que debía prolongar indefinidamente esas edades de plomo y cerrarlas al progreso. Lo peor es resignarse tan fácilmente, aceptar la muerte con tanta docilidad, no poder nada, no desear nada. Valía más la nueva época, ese fin de la Edad Media que, al precio de atroces dolores, nos dio el primer medio de volver a la actividad: la resurrección del deseo.

Algunos árabes pretenden que la inmensa irrupción de enfermedades de la piel, que señala el siglo XIII, fue efecto de los estimulantes, con que se quería entonces despertar, reavivar los desfallecimientos del amor. No hay duda que las especias ardientes, traídas de Oriente,

han contribuido a esto. La destilación naciente y alguna bebida fermentada también habían ejercido su acción.

Pero había una gran fermentación, mucho más general. En el agrio combate interior de dos mundos y de dos espíritus sobrevivió un tercero, que los hizo callar. La fe empalidecida, la razón naciente disputaban; entre las dos, algo se apoderó del hombre. ¿Qué? El espíritu impuro, furioso de los acres deseos, su cruel hervor. Sin ningún esparcimiento, sin ningún placer del cuerpo, sin la libre expansión del espíritu, la savia de la vida reprimida se corrompía a sí misma. Sin luz, sin voz, sin palabras, esta savia hablaba en dolores, en siniestras florescencias. Sucedió entonces una cosa terrible y nueva: el deseo aplazado, sin alivio, se vio parado por un cruel hechizo, una metamorfosis atroz. El amor avanzaba, ciego, con los brazos abiertos... retrocede, se estremece pero es inútil huir; la furia de la sangre persiste, la carne se devora a sí misma en ardientes cosquilleos y, más ardiente todavía, en el interior arde el carbón de fuego irritado por la desesperación.

¿Qué remedio encontró la Europa cristiana a este doble mal? La muerte, el cautiverio: nada más. Cuando el celibato amargo, el amor sin esperanza, la pasión aguda, irritada, te lleven a un estado morboso, cuando tu sangre se descomponga, desciende a un in pace, o construye una cabaña en el desierto. Vivirás allí con una campanilla en la mano, para que todos huyan delante de

ti: "Ningún ser humano debe verte: no tendrás ningún consuelo... ¡Si te acercas, la muerte!”

La lepra es el último grado y el apogeo del flagelo. Pero miles de otros achaques menos atroces se enconaban en todas partes. Las más puras y las más bellas fueron castigadas con esas tristes flores que se consideraban como el pecado visible, o el castigo de Dios. Se hizo entonces lo que el amor a la vida no hubiera podido hacer; se transgredieron las prohibiciones; se abandonó la antigua medicina sagrada y la inútil pila de agua bendita. La gente fue hacia la bruja. Por costumbre, también por miedo, se frecuentaba siempre la Iglesia; pero la verdadera Iglesia, a partir de entonces, fue la casa de ella en la landa, en el bosque, en el desierto. Era allí que uno llevaba sus votos.

Vota para la curación, voto para el placer. Cuando los primeros ardores embravecían la sangre, en gran secreto, a horas dudosas, se iba a visitar a la sibila: "¿Qué puedo hacer? ¿Qué siento en mí? . . . Ardo; dame un calmante . . . Me quemo, dame aquello que vuelve mi deseo intolerable".

Paso audaz y culpable que se reprochaban luego por la noche. Es necesario que haya sido muy angustiosa esta nueva fatalidad, que haya sido bien ardiente ese fuego, que todos los santos hayan sido impotentes. Pero ¿qué? El proceso del Temple, el proceso de Bonifacio, han revelado la Sodoma que se ocultaba bajo el altar.

Un papa brujo, arraigo del diablo y llevado por el diablo, esto cambia todas las ideas. ¿Es acaso con la ayuda del demonio que el papa, que ya no está más en Roma, que está en Avignon, que Juan XXII, hijo de un remendón de Cahors, ha podido amasar más oro que el emperador y todos los reyes? A tal papa, tal obispo. Guichard, obispo de Troyas, ¿no ha obtenido acaso del diablo la muerte de las hijas del rey?. . . Nosotros no pedimos ninguna muerte, sólo pedimos cosas buenas: vida, salud, belleza, placer. . . cosas de Dios, que Dios nos rehusa. . . ¿Qué hacer? ¿Y si las obtuviéramos por el Príncipe del Mundo?

El grande y poderoso doctor del Renacimiento, Paracelso, al quemar los libros sabios de toda la antigua medicina, los latinos, los judíos, los árabes, declaró que nunca había aprendido nada que no proviniera de la medicina popular, de las comadres de los pastores y de los verdugos; que éstos eran con frecuencia hábiles cirujanas (arregladores de huesos rotas, curanderos) y buenos veterinarios.

No dudo que su libro admirable y lleno de genio sobre las Enfermedades de las mujeres, el primero que se haya escrito sobre este gran tema, tan profundo, tan enternecedor, se ha inspirado especialmente en la experiencia de las mujeres mismas, de aquellas a quienes las otras mujeres pedían ayuda: me refiero a las brujas que, en todas partes, eran también comadronas. Jamás, en

esos tiempos, la mujer hubiera aceptado a un médico hombre, se hubiera confiado a él, le hubiera dicho sus secretos. Las brujas observaban solas y fueron, sobre todo para la mujer, el solo y único médico.

Lo que mejor sabemos de la medicina de las brujas es que empleaban mucho, para los usos más diversos, calmar o estimular, una gran familia de plantas equívocas, muy peligrosas, que rendían grandes servicios. Se las ha llamado con razón: las Consoladoras (soláneas).

Familia inmensa y popular, la mayoría de cuyas especies san superabundantes, bajo los pies, en los setos, en todas partes. Familia tan numerosa que uno solo de sus géneros tiene ochocientas especies.

Nada más fácil de encontrar, nada más vulgar. Pero la mayo-ría de estas plantas son de uso muy dudoso. Fue necesario audacia para precisar las dosis, la audacia quizás del genio.

Tomemos desde abajo la escala ascendiente de sus energías.

Las primeras son comestibles y sabrosas (berenjenas, tomates, mal llamados manzanas del amor). Otras de estas plantas inocentes son la calma y la dulzura misma, como las féculas (el caldo blanco), útiles para fomentos.

Aquí encontraremos una planta ya sospechosa, que muchos creían un veneno, planta dulzona en un primer momento, amarga después, que parece decir las palabras

de Jonatás: "He comido un poo de miel, y por eso muero". Pero esta muerte es útil, es el apaciguamiento del dolor. Pero dulce-amarga, tal es su nombre, debió ser el primer ensayo de audaz homeopatía que, poco a poco, se elevó hasta los más peligrosos venenos. La ligera irritación, los picoteos que da, la señalaron como remedio para las enfermedades predominantes en ese tiempo, las enfermedades de la piel.

Una muchacha bonita, desolada de verse adornada de odiosas marchitas rojas, barritos, sarpullidos, vivos, venía llorando en busca de ayuda. En las mujeres, la alteración era todavía más cruel. El pecho, el objeto más delicado de toda la naturaleza, y los ramales que forman par debajo de la piel una flor incomparable,` es por su facilidad para inyectarse e hincharse, el más perfecto instrumento de dolores. Dolores ásperos, despiadados, sin reposo. ¿Cómo no aceptar inmediatamente cualquier veneno? La. mujer no discutía con la bruja: le ponía entre las manos la pobre mama enferma.

De la dulce-amarga, demasiado débil, se iba a las hierbas moras, de acción un poco más marcada. Esto calmaba por algunos días. Después la mujer volvía llorando: "Bien, volverás esta noche. Te buscaré alguna cosa, si así lo deseas. Pero es un gran veneno".

La bruja arriesgaba mucho. Nadie pensaba entonces que, aplicados exteriormente, tomados en dosis muy débiles, los venenos son remedios. Las plantas que se

confundían bajo el nombre de hierbas de las brujas parecían ministros de la muerte. Si hubieran encontrado algunas de éstas en manos de la bruja hubieran creído que la mujer era envenenadora o fabricante de hechizos malditos. Una muchedumbre ciega, cruel en proporción a su miedo, podía una mañana abatirla a pedradas, hacerla sufrir la prueba del agua (el ahogamiento). O, en fin, cosa todavía más horrible podían llevarla con la cuerda al cuello hasta el atrio de la iglesia, para hacer una fiesta piadosa y edificar al pueblo arrojándola a la hoguera.

La bruja se arriesgaba, sin embargo, iba a buscar la terrible planta; iba de tarde, de mañana, cuando tiene menos miedo de ser encontrada. Sin embargo, un pastorcito que estaba allí cuenta el hecho a la aldea: "Si la hubierais visto como la vi yo, deslizándose entre los escombros de la casucha en ruinas, mirando a todas partes, refunfuñando no sé qué... Oh, realmente me dio miedo... si me hubiera visto, estaba perdido... Hubiera podido transformarme en un lagarto, en un sapo, en un murciélago... Recogió una mala hierba, la más mala que yo haya visto jamás; de un color amarillo pálido de enfermo, con rayas rojas y negras, como dicen que son las llamas del infierno. Lo horrible es que todo el tronco era velludo como un hombre, con largos pelos negros y pegados. Ella la arrancó rudamente, rezongando, e inmediatamente la dejé ver. No puede haber huido tan

rápidamente, debe de haber volado... ¡Qué miedo da esa mujer, qué peligro para toda la comarca!"

Es verdad que la planta aterra. Se trata del beleño, cruel y peligroso veneno, pero poderoso emoliente, dulce cataplasma se-dante que disuelve y alivia, adormece el dolor, cura con frecuencia. Otro de estos venenos, la belladona, llamada así sin duda por agradecimiento, era poderosa para calmar las convulsiones que sobrevenían a veces durante el parto, que añaden un peligro al peligro, el terror al terror de ese momento supremo. Y ¿qué? Una mano maternal insinuaba este dulce veneno,? adormecía a la madre y hechizaba la puerta sagrada.

El niño, exactamente como ahora, cuando se emplea el cloro-formo, lograba solo su libertad, se precipitaba a la vida.

La belladona cura de la danza haciendo danzar. Homeopatía audaz que naturalmente debía aterrar; era la medicina al revés, contraria generalmente a la que conocían los cristianos, estimada únicamente por los árabes y los judíos.

¿Cómo se llegó a esto? Sin duda por el efecto simple de un gran principio satánico: todo debe hacerse al revés. Exactamente a la inversa de lo que se hace en el mundo sagrado. Éste tenía horror a los venenos; Satán los emplea y los convierte en remedios. La Iglesia cree que por medios espirituales (sacramentos, plegarias), podría actuar sobre el cuerpo mismo. Satanás, a la in-

versa, emplea medios materiales para actuar sobre el alma: hace beber el olvido, el amor, el ensueño, toda pasión. A las bendiciones del sacerdote opone los pases magnéticos hechos por suaves manos de mujeres, que adormecen los dolores.

Por un cambio de régimen, y sobre todo de ropa (sin duda sustituyendo con la tela a la lana) las enfermedades de la piel perdieron su intensidad. Disminuyó la lepra, pero pareció ahondarse y producir males más graves. El siglo XVI osciló entre tres flagelos: la agitación epiléptica, la peste, y las úlceras que (si hemos de creer a Paracelso) prepararon la sífilis.

El primer peligro no era el menos grande. Estalló, hacia 1350, de una manera aterradora, con el baile de San Vito, con la singularidad de que no era una danza individual; los enfermos, como recorridos por una corriente galvanizadora, se tomaban dela mano, formaban cadenas inmensas giraban, giraban hasta morir.

Los observadores reían en el primer momento, después, contagiados, se dejaban llevar, caían en la gran corriente, aumentaban el terrible coro.

¿Qué hubiera sucedido si el mal hubiera persistido, como persistió largo tiempo la lepra, ya en su decadencia?

Era como un primer paso, el camino hacia la epilepsia. Si esta generación de enfermos no se hubiera curado, hubiera producido otra, decididamente epilépti-

ca. ¡Terrible perspectiva! Europa cubierta de locos, de furiosos, de idiotas. No se dice cómo este mal fue tratado, cómo se detuvo. El remedio que se recomendaba, el expediente de caer sobre los danzarines a puntapiés y puñetazos, era indefinidamente apropiado para agravar la agitación y convertirla en una verdadera epilepsia. Indudablemente hubo otro remedio, del que no se ha querido hablar. En tiempos en que la brujería tenía tanto auge, el empleo generalizado de las soláneas, sobre todo de la belladona, popularizó J medicamento que combatía estas afecciones. En las grandes reuniones populares del sabbat, de las que hablaremos, la hierba de las brujas, mezclada a la miel y a la cerveza, y también a la sidra, al jugo de peras (las poderosas bebidas del Oeste), hacía danzar a la multitud una danza lujuriosa, pero en modo alguno epiléptica.

Pero la gran revolución de las brujas, el gran paso al revés contra el espíritu de la Edad Media, es lo que podríamos llamar la rehabilitación del vientre y de las funciones digestivas. Ellas afirmaron audazmente: "No hay nada impuro y nada inmundo". El estudio de la materia fue, desde entonces, ilimitado, libre. La medicina se hizo posible.

No negamos que las brujas hayan abusado de este principio. Pero el principio no deja de ser evidente. Nada hay impuro fuera del mal moral. Toda cosa física es pura; ninguna puede ser alejada de la mirada y del estu-

dio, ninguna debe ser prohibida par un vago espiritualismo, menos todavía por un estúpido asco.

Aquí la Edad Media se había mostrado en su carácter verdadero, la Antinaturaleza, haciendo distinciones en la unidad del ser, creando castas y clases jerárquicas. No solamente el espíritu es noble, sino que el cuerpo es no noble pero hay partes dél cuerpo que son nobles y otras que no, otras que son, aparentemente, plebeyas. Por lo tanto el cielo es noble, y el abismo no lo es. ¿Por qué? "Porque el cielo está arriba". Pero el cielo no está cito ni bajo. Está encima o debajo. El abismo, ¿qué pasa? Nada. Y la misma tontería puede decirse sobre el mundo, y el pequeño mundo del hombre.

Éste es de una pieza; todo es solidario de todo. Si el vientre es servidor del cerebro y lo alimenta, el cerebro, ayudando sin cesar a preparar el azúcar de la digestión, trabaja igualmente para éste.

No faltaron, por cierto, las injurias. Se llamó a las brujas sucias, indecentes, impúdicas, inmorales. Sin embargo, sus pri-meros pasos por este sendero fueron, bien podemos decirlo, una feliz revolución hacia lo que hay de más moral, hacia la bondad, hacia la caridad. Por una perversión monstruosa de ideas, la Edad Media veía a la carne y a su representante (maldita después de Eva), la Mujer, como impura. La Virgen, exaltada como virgen más que como Nuestra Señora, lejos de elevar a la

mujer real, la había disminuido, poniendo al hombre en el sendero de una escolástica de pureza en que iba a enquistarse en lo sutil y en lo falso. La mujer misma había terminada por compartir este odioso prejuicio y se creía inmunda. Se ocultaba para dar a luz, se ruborizaba de amar y de dar placer. Ella, generalmente tan sobria en comparación del hombre, ella, que en casi todas partes aparece como herbívora y frugívora, que da tan poco a la naturaleza, que por un régimen lácteo, vegetal, tiene la pureza de las tribus inocentes, ella pedía casi perdón de ser, de vivir, de realizar las condiciones de la vida. Humilde mártir del pudor, la mujer se imponía suplicios para disimular, anular, suprimir casi ese vientre adorado, tres veces santo, del que nace el dios hombre, y del que eternamente renace.

La medicina de la Edad Media se ocupa únicamente del ser superior y puro (es decir, el hombre) el ser que puede convertirse en sacerdote y que sólo en el altar aparece como Dios.

La mujer se ocupa de las bestias; es por éstas que se empieza.

¿Se piensa en los niños? Raras veces. ¿En las mujeres? Jamás. Las novelas de entonces, con su sutileza, representan lo contrario del mundo. Fuera de las cortes, del noble adulterio, el gran tema de las novelas, la mujer es en todas partes la pobre Grisélidis, nacida para agotar el dolor, castigada con frecuencia, jamás atendida.

Es necesario nada menos que el diablo, ese antiguo aliado de la mujer, su confidente en el Paraíso, es necesario que nada me-nos que la bruja, ese monstruo que hace todo al revés, a la in-versa del mundo sagrado, se ocupen de la mujer, para echar a tierra los usos y curarla a pesar de ella misma. ¡La pobre criatura se estimaba tan poco!. . . La mujer retrocedía, se ruborizaba, no quería hablar. La bruja, ávida y maligna, adivinaba y penetraba. Y supo finalmente hacer salir el pequeño secreto de la mujer, venció sus rechazos, las vacilaciones del pudor y de la humildad. Antes que soportar esto, la mujer hubiera preferido casi morir. La bárbara bruja la hizo vivir.

X
HECHIZOS, FILTROS

Que nadie se apresure a deducir, del capítulo precedente, que yo intento blanquear, absolver sin reservas a la sombría prometida del diablo. Aunque ella hizo con frecuencia el bien, también supo hacer mucho mal. No existe ningún gran poder que no abuse. Y la bruja tuvo este poder en los tres siglos en que reinó verdaderamente, en el entreacto de dos mundos, el antiguo moribundo y el nuevo, al cual le costaba trabajo comenzar. La Iglesia, que volvió a encontrar cierta fuerza (por lo menos de combate) en las luchas del siglo XVI, en el XVI estaba sumergida en el fango. Debemos leer al respecto el retrato verídico hecho por Clémangis. La nobleza, tan orgullosamente adornada con sus nuevas armaduras, cae tanto más pesadamente en Crécy, en Poitiers, en Azincourt. ¡Todos los nobles son al fin prisioneros de Inglaterra! ¡Qué tema de burlas! Hasta los burgueses y los paisanos se ríen, se encogen de hom-

bros. La ausencia general de los señores alienta bastante, creo, las reuniones del aquelarre, que siempre habían tenido lugar, pero que sólo entonces pudieron convertirse en inmensas fiestas populares.

¡Qué poder el de la bien amada de Satán, que curaba, predecía, adivinaba, evocaba a las almas de los muertos, que sabía echar !a suerte, convertirnos en liebre, en lobo, hacernos encontrar un tesoro y, más que todo, hacernos amar!... Poder terrible que reunía todos los otros. ¿Cómo un alma violenta, con frecuencia ulcerada, que a veces se ha vuelto perversa, podía no utilizarlo para el odio y la venganza, y también para un placer de malicia o de impureza?

Todo lo que se decía antes al confesor, se le dice ahora a ella.

Se le dicen no sólo los pecados cometidos, sino aquellos que se quisiera cometer. La bruja tiene atrapado a cada uno por un secreto vergonzoso, por el reconocimiento de los más fangosos deseos. Se le confían"a la vez los males físicos y los del alma, las concupiscencias ardientes de una sangre agriada e inflamada, deseos apremiantes, furiosas, finas agujas que pican y vuelven a picar.

Todos vienen. Con ella no hay vergüenza. Las cosas se dicen crudamente. Se le pide la vida, se le pide la muerte, los remedios, los venenos. A ella va la muchacha llorosa, que quiere un aborto. A ella va la madrastra

(texto ordinario en la Edad Media), a decir que el hijo del primer matrimonio come demasiado y vive demasiado tiempo. A ella viene la triste esposa, agotada cada año por dar a luz niños que no nacen más que para morir. La mujer implora su compasión, aprende a helar el placer en el momento, a volverlo infecundo. Y aquí, por el contrario, tenemos al hombre joven que compraría a cualquier precio el brebaje ardiente capaz de turbar el corazón de una alta dama, de hacerle olvidar las distancias y posar los ojos en su pajecito.

El matrimonio en esos tiempos no es más que de dos tipos y dos formas, ambos extremos, excesivos.

La orgullosa heredera de feudos que aporta un trono o un gran dominio, una Eleonora de Guyena, tendrá ante los ojos de su marido su corte de amantes, se contendrá muy poco. Dejemos de lado las novelas, los poemas, miremos la realidad en su terrible progreso, hasta los desenfrenados furores de las hijas de Felipe el Hermoso, de la cruel Isabel que, por mano de sus amantes, hizo empalar a Eduardo II. La insolencia de la mujer feudal estalla diabólicamente en el triunfal bonete de dos cuernos y en otras modas desvergonzadas.

Pero en este siglo en que las clases empiezan a mezclarse un poco, la mujer de raza inferior, desposada por el barón, debe sufrir las pruebas más duras. Es esto lo que cuenta la historia a la vez verdadera y real de Grisélidis, la humilde, la dulce, la paciente. Creo que el cuen-

to, muy serio, histórico de Barba Azul, es la forma popular de esto. La esposa que él mata y reemplaza con tanta frecuencia no puede ser más que su vasalla. Barca Azul hubiera actuado de manera muy distinta con la hija o la hermana de un barón, capaces de vengarla. Si esta conjetura especiosa no me 'engaña, debemos creer que este conde vivió en el siglo XVI y no en los precedentes, en que el señor no se hubiera dignado tomar esposa por debajo de su categoría.

Es muy notable que, en el conmovedor cuento de Grisélidis, a través de tantas pruebas, ella no parece contar con el apoyo de la devoción ni de otro amor. Grisélidis es evidentemente fiel, casta, pura. No le pasa por la cabeza consolarse en otra parte.

De estas dos mujeres feudales, la Heredera, la Grisélidis, sólo la primera cuenta con caballeros servidores, es la que preside las Cortes de Amor, que favorece a los amantes más humildes, los alienta, que proclama (como Eleonora) la famosa decisión clásica de aquellos tiempos: "Ningún amor es posible entre los esposos".

Surge de ahí una esperanza secreta pero ardiente, violenta en más de un joven corazón. Aunque haya que entregarse al diablo, nodos se lanzan de cabeza hacia este amor aventurero. En ese castillo tan bien custodiado, una hermosa puerta se abre a Satán. En medio de un juego tan peligroso, ¿se entrevé alguna posibilidad?

No, respondería la sabiduría. Pero, ¿y si Satanás dijera: "Sí"?

Debemos recordar cómo, incluso entre los mismos nobles, el orgullo feudal establecía distancias. Las palabras engañan. Hay mucha distancia de un caballero a otro caballero.

El caballero mesnadero, el señor que proporcionaba al rey todo un ejército de vasallos, veía en su larga mesa, con el más profundo desprecio, a los pobres caballeros sin tierra (injuria mortal de la Edad Media, como lo sabemos por Juan sin tierra). ¡Con cuánto más desprecio miraría a los simples barones, a los escuderos, a !os pajes, etcétera, que se alimentaban de sus restos! Éstos, sentados en el último extremo de la mesa, bastante cerca de la tuerta, raspaban los platos que los personajes de arriba, sentados junto al hogar, les enviaban, con frecuencia vacíos. No pasaba por la cabeza del elevado señor que los de abajo podían ser bastante osados para elevar sus miradas hasta su hermosa castellana, hasta la orgullosa heredera del feudo, sentada junto a su madre `bajo una capilla de rosas blancas". Mientras toleraba tranquilamente el amor de algún extranjero, caballero declarado de la dama, que llevaba los colores de ésta, el castellano hubiera castigado cruelmente la audacia de cualquiera de sus servidores que hubiera puesto la mirada tan alto. Éste es el sentido de los celos furiosos del señor de Fayel, mortalmente irritado no de que su mujer

tuviera un amante, sino de que este amante fuera uno de sus servidores, el castellano (simple guardián) del castillo de Coucy. Cuanto más profundo era el abismo infranqueable a lo que parece, entre la dama del feudo, la gran heredera, y ese escudero, ese paje que no tenía nada más que su camisa, a quien ni siquiera le pertenecía su traje, que recibía del señor... tanto más fuerte era la tentación del amor, la de saltar el abismo.

El joven se exaltaba ante lo imposible. Al fin, un día en que podía salir de la fortaleza, corría hasta la bruja y le pedía consejo. ¿Bastaría con un filtro, con un hechizo que fascinara? ¿Y si esto no bastaba? ¿Sería necesario algún pacto expreso? No hubiera retrocedido en modo alguno ante la terrible idea de entregarse a Satanás.

"Ya veremos, joven, pero vuélvete. Cuando vuelvas, verás que algo ha cambiado".

Lo que ha cambiado es él mismo. Ya no sé qué esperanza lo turba: sus ojos, bajos, más profundos, atravesados por una llama inquieta, dejan escapar a su pesar esta esperanza. Alguien (adivinamos bien quién) lo ve antes que todo el mundo, se conmueve, le lanza al pasar una palabra de simpatía... ¡Oh, delirio, oh, bondadoso Satanás! ¡Encantadora, adorable bruja!... No puede comer ni dormir antes de volver a verla. Le besa la mano con respeto y se coloca casi a sus pies. Que la bruja le pida, le ordene lo que desea: él obedecerá. Si ella quiere su cadena de oro, si quiere el anillo que lleva en el dedo

(recuerdo de su madre moribunda), él se los dará al momento. Pero la maliciosa bruja, que odia al barón, encuentra una gran dulzura en darle un golpe secreto.

En el castillo se percibe ya una amenaza. Una tempestad muda, sin relámpagos ni truenos, se va acumulando como un vapor eléctrico sobre un pantano. Silencio. Profundo silencio. Pero la dama está agitada. Sospecha que ha actuado una potencia sobrenatural. Porque, después de todo, ¿por qué interesarse en éste .y no en otro que sea más hermoso, más noble, ilustre ya por sus renombradas hazañas? Algo hay debajo de esto. ¿Acaso él la ha hechizado? ¿Ha empleado algún hechizo? . . . Cuanto más se lo pregunta, tanto más se turba su corazón.

La malicia de la bruja tiene motivos para estar satisfecha. La bruja reinaba en la aldea. Pero el castillo ha venido a ella, se le entrega y éste es el lado por el que su orgullo arriesga más. El interés de tal amor para nosotros es la nostalgia de un corazón hacia el ideal, en contra de las barreras sociales, en contra de la injusticia del destino. Para la bruja era el placer áspero, profundo, de rebajar a la alta castellana, el placer de vengarse quizás, el placer de devolver al señor lo que éste ha hecho a sus vasallos, de hacer valer, en casa del señor mismo, por medio de la audacia de un joven, el derecho ultrajante de la pernada. No hay duda que, en estas intrigas en las que desempeñaba un papel la bruja, ésta debía llevar en

el fondo de su corazón un odio nivelador, natural en el campesino.

Ya era algo hacer descender la castellana hasta el amor de un doméstico. Jean de Saintré, Querubín, no deben engañarnos. El joven servidor cumplía las más bajas funciones de la domesticidad. El criado propiamente dicho no existía entonces, y por otra parte había pocas mujeres de servicio en las fronteras, o ninguna.

Todo se hacía por intermedio de esas jóvenes manos, que no se degradaban. El servicio, sobre todo corporal, ponía con frecuencia al joven noble en algunas situaciones muy tristes, prosaicas, no me atrevería a decir risibles. El señor no se molestaba. Verdaderamente la dama debía estar fascinada por el diablo para no ver lo que veía cada día, es decir, al bienamado en trabajos sucios y serviles.

Es normal en la Edad Media poner siempre frente a frente lo más alto y lo más bajo. Lo que nos ocultan los poemas podemos entreverlo en otras partes. En medio de estas pasiones etéreas, visiblemente se mezclan muchas cosas groseras.

Todo lo que se dice acerca de los hechizos y de los filtros empleados por las hechiceras es demasiado fantástico y, a lo que parece, muchas veces malicioso, audazmente mezclado a cosas por las que se creería que el amor jamás puede ser despertado. Así, ellas fueron muy

lejos, sin que él, el ciego, advirtiera que lo tomaban de juguete.

Estos filtros eran muy diversos. Muchos eran excitantes y debieron turbar los sentidos, como esos estimulantes de los que abusan tanto los orientales. Otros eran peligrosos (y con frecuencia pérfidos, brebajes de ilusión que podían entregar a una persona sin voluntad). Otros, en fin, eran pruebas con que se desafiaba a la pasión, con que se quería ver hasta dónde el deseo ávido podía traspasar los sentidos, hacerles aceptar, como favor supremo y como comunión, las cosas menos agradables provenientes del objeto amado.

La construcción tan grosera de los castillos, en grandes salas, exponía la vida interior. Sólo bastante tarde se hizo, para recogerse y decir plegarias, un gabinete, algún retrete en alguna torrecilla. La castellana podía ser fácilmente observada. En algunos días escogidos, al acecho, el audaz, aconsejado por su bruja, podía dar el golpe esperado: modificar la bebida y mezclar a ella el filtro.

Esto era, de todos modos, algo raro y peligroso. Lo más fácil era robar a la dama alguno de los objetos que se le escapaban, objetos que ella descuidaba.

Se recogía así, preciosamente, un fragmento imperceptible de uña. Se recogía con respeto lo que dejaba caer su peine: uno o dos de pus hermosos cabellos. El joven los llevaba a la bruja. Ésta exigía con frecuencia

(como hacen nuestros sonámbulos) algún objeto personal e impregnado de la persona, pero que no hubiera sido dado por ella, por ejemplo, algunos hilos arrancados a un vestido muy usado y ya sucio, en el cual ella hubiera sudado. Todo esto, bien entendido, era besado, adorado, lamentado. Pero había que quemarlo para recoger las cenizas. Uno u otro día, al ver su vestido, la bella persona percibía el desgarramiento, adivinaba; pero ya no le importaba hablar, y suspiraba... El hechizo había producido efecto.

Es verdad que, si la dama vacilaba, si guardaba el respeto del sacramento, esta vida en un estrecho espacio en donde se veían sin cesar, en el cual estaban tan cerca y tan lejos, se convertía en un verdadero suplicio. Aun cuando ella hubiera sido débil, delante de su marido y de otros no menos celosos, la dicha, sin duda, era rara. Provienen de ahí muchas violentas locuras de deseo irrealizado. Cuanto menos se realizaba la unión, tanto más profunda-mente se la quería. La imaginación desbordada la buscaba en cosas extrañas, fuera de la naturaleza e insensatas. Así, para encontrar un medio de comunicación secreta, la bruja picaba en el brazo de cada uno de los amantes el diseño de las letras del alfabeto. Si uno quería transmitir al otro un pensamiento, reavivaba, reabría chupándolas las letras sangrientas de la palabra deseada. En el mismo instante las letras co-

rrespondientes (se decía) san-graban en el brazo del otro amante.

A veces, en medio de estas locuras, el uno bebía la sangre del otro para una comunión que, según se decía, mezclaba a las almas. El corazón devorado de Coucy, que la Castellana "encontró tan bueno que no comió nada más en su vida", es el más trágico ejemplo de estos monstruosos sacramentos del amor antropófago. Pero cuando el ausente no moría, cuando era el amor lo que moría en él, la dama consultaba a la bruja, le pedía los medios de atar, de recobrar.

Los cantos de la maga de Teócrito y de Virgilio, empleados hasta en la Edad Media, eran raramente eficaces. Se trataba de reforzarlos con un hechizo que también parecía imitar a la Anti-güedad. Se recurría al pastel, a la confarreato que, desde el Asia hasta Europa, ha sido siempre la hostia del amor. Aquí se quería atar algo más que el alma -atar la carne, crear la identificación al punto de que, muerto para toda otra mujer, él no tuviera vida más que para una. La ceremonia era dura. "Señora -decía la bruja-, no hay que discutir". Y entonces la orgullosa, encantadora de golpe, se dejaba dócilmente quitar el vestido y lo demás. Pues así debía ser.

¡Qué triunfo para la bruja! Y si la dama era quien la había hecho huir entes, ¡qué venganza, qué represalia! Ahora la tenía desnuda bajo su mano. Y esto no era todo. Sobre sus riñones la bruja colocaba una plaqueta,

un pequeño horno, y hacía cocinar allí el pastel. . . "Oh, amiga mía, no puedo más. . . apúrate, no puedo seguir así". "Es lo necesario, señora. Es necesario que ten-gas calor. Una vez que esté cocinado el pastel, él se calentará como tú, con tu llama". Éste es el fin, y tenemos ya el pastel de la Antigüedad, del matrimonio indio y romano sazonado, recalentado por el lúbrico espíritu de Satán. La mujer no dice como la de Virgilio: "Vuelve, vuelve, Dafne, devuélveme mis cantos". Le envía el pastel, impregnado de su sufrimiento y que sigue caliente por su amor... Apenas él lo muerde siente una turbación extraña, un vértigo se apodera de él. . . Pero una oleada de sangre le sube al corazón; se ruboriza. Arde. Vuelven a él la furia y el inextinguible deseo .

XI
LA COMUNIÓN DE LA REBELIÓN. LOS AQUELARRES. LA MISA NEGRA

Hay que decir los aqaelarres (sabbats). Esta palabra, evidentemente ha designado cosas muy diversas según la época. Nosotros no tenemos desgraciadamente descripciones detalladas hasta bastante tarde (en tiempos de Enrique IV).'En este momento el sabbat no era más que una gran farsa libidinosa hecha bajo el pretexto de brujería. Pero, en las descripciones mismas de una cosa tan deformada, algunos rasgos muy antiguos testimonian las épocas sucesivas, las formas diferentes por las que había pasado el aquelarre.

Podemos partir de la idea, bien segura, de que, durante siglos, el siervo llevó la vida del lobo y del zorro, que este hombre fue un animal nocturno, quiero decir, que actuaba lo menos posible durante el día, que verdaderamente no vivía más que de noche.

Hasta el año 1000, mientras el pueblo podía crear sus santos y sus leyendas, la vida durante el día no carecía de interés para el siervo. Sus sábados nocturnos no eran entonces más que un leve resto de paganismo. El hombre honraba, temía a la luna que influía sobre los bienes de la tierra. Las viejas le eran devotas y encendían pequeños cirios para Dianom (Diana-Luna-Hecata). Siempre las lupercales perseguían a las mujeres y a los niños, es verdad que ahora bajo la máscara, el negro rostro del resucitado Arlequín. Se festejaba exactamente el pervigilium Veneris (ó 1° de mayo). En la fiesta de San Juan se mataba el carnero de Príapo-Baco-Sabasio, para celebrar a los sabasios. No había burla alguna en todo esto. Éste era el inocente carnaval del siervo.

Pero, hacia el año 1000, la Iglesia quedó casi cerrada para el siervo a causa de la diferencia de idioma. En 1100 los oficios se volvieron ininteligibles. De los misterios que se representaban en los atrios de las iglesias, lo que el siervo recordaba mejor era el lado cómico, el buey y el asno, etcétera. Realizó así sus fiestas de Navidad, pero éstas eran cada vez más y más irrisorias (verdadera literatura sabática).

¿Puede creerse que las grandes y terribles rebeliones del siglo XII no tuvieron influencia en estos misterios y en esta vida nocturna del lobo, del lobizón, de esa presa salvaje, como lo lla-maban los crueles barones? Esas rebeliones pudieron muy bien iniciarse en las fiestas

nocturnas. Las grandes comuniones de rebeldía entre los siervos (en las que bebían unos la sangre de los otros, o comían la tierra en lugar de hostia) pudieron muy bien celebrarse durante el aquelarre. La Marsellesa de esta época cantada de noche más que de día, es quizás el canto sabático:

"Somos hombres como ellos, Tenemos un corazón igualmente grande, Podemos sufrir igualmente".

Pero la piedra del sepulcro vuelve a caer en 1200. El papa se sienta encima, el rey se sienta encima y, con una pesadez enorme, confinan al hombre. ¿Tiene ésta ahora alguna vida nocturna? Con tanto más motivo. Las antiguas danzas paganas debieron ser entonces mucho más furiosas. Nuestros negros de las Antillas, después de un día de horrible calor, fatigados, se van a bailar a seis leguas del lugar donde trabajan. Lo mismo hacían los siervos. Pero a las danzas debieron mezclarse alegrías de venganza, farsas satíricas, burlas y caricaturas del señor y del sacerdote. Surge así una literatura nocturna que no sabía ni una palabra de la literatura del día y mucho de las fábulas burguesas.

He ahí el sentido de los aquelarres antes de 1300. Para que los aquelarres tomaran la forma sorprendente de una guerra declarada al dios de ese tiempo, era necesario todavía mucho más. Eran necesarias dos cosas: no solamente descender al fondo de la desesperación, sino haber perdido todo respeto.

Esto sucedió en el siglo XIV, bajo el papado de Avignon y durante el Gran Cisma, cuando la Iglesia, con dos cabezas no parecía ser ya la Iglesia, cuando toda la nobleza y el rey, vergonzosa-mente prisioneros de los ingleses, exterminaron al pueblo para extraerle su rescate. Los aquelarres tienen entonces la forma grandiosa y terrible de la Misa Negra, del oficio al revés, donde se desafía a jesús, donde se le ruega que destruya con el rayo si es que puede hacerlo. Este drama diabólico hubiera sido imposible en el siglo XIII, donde hubiera provocado horror. Y más tarde en el siglo xv, cuando todo estaba gastado, hasta el dolor, este surtidor no hubiera podido brotar. Nadie se hubiera atrevido a esta creación monstruosa. Esta creación pertenece al siglo de Dante.

Creo que esto se hizo de golpe; fue la explosión de una furia genial que hizo subir la impiedad a la altura de las cóleras populares. Para comprender lo que eran estas cóleras es necesario recordar que el pueblo, criado, educado por el mismo clero en la creencia y en la fe de los milagros, bien lejos de imaginar la fijeza de las leyes de Dios, había aguardado, esperado un milagro durante siglos, y este milagro no se había producido jamás. El pueblo lo pedía en vano, en el día desesperado de la suprema necesidad. El cielo, a partir de entonces se le apareció como aliado de sus feroces verdugos, y él mismo se convirtió en feroz verdugo.

De ahí la Misa Negra y la Jacquería.

En el cuadro elástico de la Misa Negra pueden colocarse mil variantes de detalle; pero la Misa Negra está firmemente construida y yo creo es de una sola pieza.

He logrado reencontrar este drama en 1857 (Historia de Francia). Lo he recompuesto en sus cuatro actos, cosa que no era muy difícil. Sólo que, en esta época, dejé demasiado los grotescos adornos que el aquelarre recibió en los tiempos modernos, y no precisé el viejo cuadro, tan sombrío y tan terrible.

Este cuadro está fechado fuertemente por ciertos rasgos atroces de una edad maldita -pero también por el lugar dominante que tuvo en él la Mujer-, gran personaje del siglo XIV.

La singularidad de este siglo está en que la Mujer, muy poco liberada, reina sin embargo de cien maneras violentas. En primer lugar ella heredaba feudos; ella aportaba reinos al rey. La Mujer reinaba aquí abajo, y todavía más reinaba en el cielo. María había suplantado a Jesús. San Francisco y Santo Domingo vieron 'os tres mundos en su seno. En la inmensidad de la Gracia, ella ahogaba el pecado; ¿qué digo? Ayudaba a pecar. (Véase la leyenda de la religiosa cuyo puesto en el coro ocupa la Virgen mientras la mujer visita a su amante).

En lo más alto, en lo más bajo, aparece la Mujer (Beatriz está en el cielo, en medio de las estrellas, mientras que Jean de Meung, en el Romance de la Rosa, pre-

dica la comunidad de las mujeres). Pura, manchada, la Mujer está en todas partes. Se puede decir de ella lo que dijo de Dios Raimundo Lullo: "¿Qué parte es ésta del mundo? El todo".

Pero en el cielo, en la poesía, la Mujer celebrada no es la madre fecunda, rodeada de sus hijos. Es la Virgen, es Beatriz estéril, y que muere joven.

Se dice que una hermosa doncella inglesa pasó por Francia hacia 1300 para predicar la redención de las mujeres. Ella misma se creía el Mesías.

La Misa Negra, en su primer aspecto parecería ser esta redención de Eva, maldita por el cristianismo. La Mujer en el sabbat lo era todo. Ella era el sacerdote, ella era el altar, ella era la hostia con la que comulgaba todo el pueblo. En el fondo, ¿no era también Dios mismo?

Hay en el aquelarre muchas cosas populares y, sin embargo, no todo proviene del pueblo. El campesino sólo estima la fuerza, hace poco caso de la mujer. Esto se ve bastante en nuestras antiguas costumbres (véase mis Origines). El campesino no hubiera dado a la mujer el lugar dominante que ella ocupa en el aquelarre. Es ella quien lo tomó por su cuenta.

Yo creo de buena gana que el aquelarre en su forma de entonces fue obra de la mujer, de una mujer desesperada, como lo era entonces la bruja. Ella vio en el siglo XIV abrirse ante sí su horrible carrera de suplicios, trescientos, cuatrocientos años ilumina-dos par las hogue-

ras. A partir de 1300 su medicina fue juzgada maleficio, sus remedios castigados como venenos. El inocente sortilegio por el que los leprosos creían entonces mejorar su suerte, trajo como consecuencia la masacre de esos infortunados. El papa cuan XXII hizo desollar vivo a un obispo sospechoso de brujería. Bajo una represión tan ciega, atreverse poco, o atreverse mucho, era arriesgar lo mismo. La audacia creció por el peligro misma. La bruja pudo atreverse a todo.

Fraternidad humana, desafío al cielo cristiano, culto desnaturalizado del dios naturaleza... éste es el sentido de la Misa Negra.

Se levantaba un altar para el gran siervo Rebelde, aquel a quien se le ha hecho mal, el antiguo proscrito, injustamente arrojado del cielo, "el Espíritu que creó la tierra, el amo que hace germinar las plantas". Bajo estos títulos lo honraban los luciferianos, sus adoradores y (según una opinión muy valedera) también los caballeros del Temple.

El gran milagro en estos tiempos miserables es que, para la cena nocturna, surgía la fraternidad que no se había encontrado durante el día. La bruja, no sin peligro, hacía contribuir a los más acomodados, recogía sus ofrendas. La caridad, bajo forma satánica, como crimen y conspiración, era una forma de rebelión, y tenía gran fuerza. Durante el día se robaban los alimentos, para la comida común de la noche.

Imaginemos, sobre una gran landa, con frecuencia cerca de un viejo dolmen celta, en el límite de un bosque, una doble escena: por un lado la landa iluminada, la comida del pueblo; por el otro, hacia el bosque, el coro de esa iglesia cuya cúpula es el cielo. Llama coro a un otero que dominaba un poco la escena. Entre los dos, las hogueras resinosas de llama amarilla y de rojos braseros, un vapor fantástico.

En el fondo la bruja preparaba a su Satanás, un gran Satanás de madera, negro y velludo. Por los cuernos y el chivo que estaba junto a él hubiera podido ser Baco; pero, por los atributos viriles, era Pan y Príapo. Tenebrosa figura que cada uno veía diferente; los unos llenos de terror, los otros conmovidos por el orgullo melancólico en el que parecía absorta el eterno Exiliado.

Primer acto.-El Introito magnífico que el cristianismo tomó de la antigüedad (de esas ceremonias en las que el pueblo, circulando en largas filas bajo las columnas entraba al santuario), el viejo dios revivido, lo tomó para sí. También tomó el lavado, tomado igualmente a las purificaciones paganas. Reivindicó todo, esto por derecho de antigüedad.

La sacerdotisa era siempre la vieja (título de honor); pero la sacerdotisa podía muy bien ser joven. Lancre habla de una bruja de diecisiete años, bonita, horriblemente cruel.

La novia del diablo no puede ser una niña; necesita tener treinta años, el rostro de Medea, la belleza de los dolores, los ojos profundos, trágicos y afiebrados, con grandes oleadas de serpientes descendiendo al azar; hablo de un torrente de negros, de indomables cabellos. Tal vez encima de éstos, la corona de verbena, la hiedra de las tumbas, las violetas de la muerte.

La bruja ordenaba retirar a los niños (hasta el momento de la cena). Se inicia el servicio.

"Entraré en aquel altar... Pero, señor, sálvame del pérfido y del violento (del sacerdote, del señor)".

Después venía la negación de jesús, el homenaje al nuevo amo, el beso feudal, como en las recepciones del Temple, en las que se daba todo sin reserva, el pudor, la dignidad, la voluntad; con el agravante ultraje de que al renegar del antiguo Dios "se amaba más el trasero de Satán"'Correspondía a él consagrar a la sacerdotisa. El dios de madera la recibía como la recibieron Pan y Príapo. Conforme a la costumbre pagana ella se entregaba a él, se sentaba un momento sobre él, como la Délfica en el trípode de Apolo. Ella recibía el aliento, el alma, la vida, la fecundación simulada. Después, no menos solemnemente, la bruja se purificaba. A partir de este momento se convertía en el altar vivo.

Ha terminado el Introito y el servicio interrumpido por el banquete. AL revés de lo que ocurre en el festín de los nobles en el que todos se sientan con la espada a

su lado, aquí, en el festín de los hermanos, no hay armas. Ni siquiera un cuchillo.

Como guardián de la paz cada uno tiene una mujer. Sin mujer no se puede ser admitido. Parienta o no parienta, esposa o no esposa, vieja o joven, es necesaria una mujer.

¿Qué bebidas circulan? ¿Acaso el hidromel? ¿La cerveza? ¿El vino? ¿La sidra espiritosa o pimentada? (ambas comenzaron en el siglo XII).

¿Los brebajes de la ilusión con su peligrosa mezcla de bella-dona aparecían ya en esta mesa? No es seguro. Había niños presentes. Por otra parte, el exceso de turbación hubiera impedido la danza.

Esta danza giratoria, la famosa ronda del sabbat, bastaría por sí sola para completar este primer grado de embriaguez. La gente giraba espalda contra espalda, con los brazos hacia atrás, sin verse; pero con frecuencia las espaldas se tocaban. Nadie se conocía muy bien, ni conocía a la que tenía a su lado. La vieja, en este momento, ya no era vieja. Milagro de Satanás. La vieja era todavía una mujer, era deseable, confusamente amada.

Segundo acto.-En el momento en que la multitud unida en este vértigo sentía poseer un solo cuerpo, por el atractivo de las mujeres, y también no sé por qué vaga emoción de fraternidad, se retomaba el oficio en el momento del Gloria. El altar, la hos-tia aparecían. ¿Cuáles? La Mujer misma. Con su cuerpo pros-ternado,

con su persona humillada, en medio de la amplia seda negra de sus cabellos perdidos en el polvo, ella (la orgullosa Proserpina), ella, se ofrecía. Sobre los riñones oficiaba un demonio, decía el Credo, hacía la ofrenda.

Esto fue más adelante impúdico. Pero, en medio de las calamidades del siglo xlv, en los tiempos terribles de la peste negra y de tantas hambres, en el tiempo de la Jacquería y de los bandidajes execrables de las Grandes Compañías, para este pueblo en peligro el efecto era más que serio. La asamblea entera tenía demasiado que temer si era sorprendida. La bruja arriesgaba extremadamente, verdaderamente en este acto audaz ella daba su vida.

Más aún, ella desafiaba un infierno de dolores, torturas tales que apenas nos atrevemos a decirlas. Atenaceada y quebrada, con los senos arrancados, la piel lentamente desollada (como se hizo con el obispo brujo de Cahors). Quemada con un lento fuego de brasas y miembro a miembro, ella arriesgaba una eternidad de agonía.

Todos seguramente estaban conmovidos cuando, sobre la criatura abnegada, entregada, humillada, se realizaba la plegaria y la ofrenda para la cosecha. Se presentaba trigo al Espíritu de la tierra, que hacía crecer el trigo. Los pájaros que volaban (probablemente surgidos del seno de la mujer) llevaban al Dios de la libertad el suspiro y el voto de los siervos. ¿Qué querían? Que nos-

otros, sus descendientes lejanos, nosotros, fuéramos liberados ¿Qué hostia distribuía la mujer? No la hostia de burla que ve-remos en tiempos de Enrique IV, sino verdaderamente esa confarreatio que hemos visto en los filtros, la hostia del amor, un pastel cocinado sobre ella, sobre la víctima que mañana podía pasar también por el fuego. Era su vida, su muerte lo que se comía. Se olía ya su carne quemada.

En último término se depositaban sobre ella dos ofrendas que parecían de carne, dos simulacros: la del último muerto de la comuna y la del último recién nacido. Ellos participaban del mérito de la Mujer, altar y hostia, y la asamblea (ficticiamente) comulgaba con el uno y con el otro -triple hostia, enteramente humana. Bajo la sombra vaga de Satanás el pueblo no adoraba más que al pueblo.

Aquí estaba el verdadero sacrificio. Se había cumplido. La Mujer, al entregarse para ser devorada por la muchedumbre, había terminado su obra. Se levantaba entonces, pero no se iba del lugar hasta haber orgullosamente visto y como constatado la legitimidad de todo por el llamado al rayo, por un desafío provo-cante al Dios destituido.

En burla de las palabras: Agnus Dei, etcétera, y de la ruptura de la hostia cristiana, la bruja se hacía traer un sapo vestido y lo hacía pedazos. Hacía girar luego los ojos aterradoramente , los volvía hacia el cielo y, deca-

pitando al sapo, decía estas palabras singulares: "Ah, Felipe,? si te tuviera conmigo, te haría lo mismo".

Jesús no contestaba al desafío, no lanzaba el rayo y se le creía vencido. Un ágil grupo de demonios elegía este momento para sorprender a la gente con pequeños milagros que desconcertaban y aterraban a los crédulos. Los sapos, animales inofensivos pero que eran considerados muy venenosos, eran mordidos por ellos, deshechos a dentelladas. Las fogatas, los braseros eran saltados impunemente para divertir a la muchedumbre y hacer que se riera de los fuegos del infierno.

¿Reía el pueblo después de un acto tan trágico, tan audaz? No sé. La bruja, seguramente no reía; no reía ella, la primera que se había atrevido a aquello. Las fogatas debían parecerle las de la próxima hoguera. Correspondía a ella preparar el porvenir de la monarquía diabólica, crear la bruja futura.

XII
CONTINUACIÓN. EL AMOR, LA MUERTE. SATANÁS SE DESVANECE

Ya tenemos a la muchedumbre liberada, apaciguada. El siervo, libre por un momento, ha sido rey por algunas horas. Hace muy poco tiempo. Ya el cielo y las estrellas se inclinan. Dentro de un momento el alba severa va a volverlo a la servidumbre, va a colocarlo bajo el ojo del enemigo, a la sombra del castillo, a la sombra de la iglesia, en el trabajo monótono, en el eterno aburrimiento controlado por dos campanas, una de las cuales dice: .Siempre, mientras la otra repica: Jamás. Cada uno de ellos, humilde y apagado, con aspecto compuesto, parecerá salir de su casa.

¡Que tengan por lo menos ese corto momento! ¡Que cada uno de estos desheredados sea colmado una vez y encuentre aquí su sueño!... ¿Existe acaso un corazón tan desdichado, tan golpeado, que no sueñe a veces,

que no tenga algún loco anhelo, que no .diga: Si eso me sucediera..."?

Ya he dicho que las únicas descripciones detalladas provienen de épocas modernas, de un tiempo de paz y de dicha, de los últimos años del reinado de Enrique IV, en los que Francia florecía. Años prósperos, ricos, muy diferentes a los de la edad negra n los que se organizó el aquelarre.

No es culpa de Lancre y de otros autores que no imaginemos el tercer acto como una kermesse de Rubens, una orgía muy confusa, un gran baile de disfraz que permitía toda unión, sobre todo entre parientes próximos. Según estos autores, que sólo deseaban inspirar el horror, hacer temblar la finalidad del aquelarre, la lección, la doctrina expresa de Satanás es el incesto y, en esas; grandes asambleas (a veces de doce mil almas), los actos más monstruosos fueron cometidos delante de todos los presentes.

Es difícil creer esto. Los mismos autores 'dicen otras cosas que parecen muy contrarias a este cinismo. Dicen que no se iba al aquelarre más que por parejas. Que la gente se sentaba al banquete de dos en dos y que, si llegaba una persona aislada, se delegaba a un joven demonio para que la condujera, para que le hiciera los honores de la fiesta. Dicen que algunos amantes celosos no temieron ir allí llevando a sus bellas curiosas.

Se ve también que la muchedumbre iba en familia, con los niños. Los niños eran retirados para el primer acto, no para el banquete ni para el oficio, ni siquiera se los retiraba para el acto tercero. Esto prueba que había en el aquelarre cierta decencia. Por otra parte, el escenario era doble. Los grupos de familias se quedaban en la landa bien iluminada. Era sólo detrás del telón fantástico de los humos resinosos que comenzaban los espacios más sombríos, donde era posible apartarse.

Los jueces, los inquisidores tan hostiles, se han visto obligados a reconocer que había allí un gran espíritu de dulzura y de paz. Ninguna de las tres cosas tan chocantes en las fiestas de los nobles aparecen aquí. Nada de espadas, ni de duelos, nada de mesas ensangrentadas. Nada de pérfidas galanterías para envilecer al amigo íntimo. La inmunda fraternidad de los templarios, se diga lo que se diga, era aquí desconocida, inútil; en el aquelarre la Mujer lo era todo.

En cuanto al incesto, es necesario entenderse. Toda aproximación entre parientes, hasta las más permitidas hoy en día, era considerada entonces como un crimen. La ley moderna, que es la caridad misma, comprende el corazón del hombre y el bien de la familia. Esta ley permite al viudo desposar a la hermana de su mujer, es decir, dar a sus hijos la mejor madre. Permite al tío proteger a su sobrina casándose con ella. Permite, sobre todo, casarse con la prima, es decir, con una esposa se-

gura, bien conocida, con frecuencia amada desde la infancia, compañera de los primeros juegos, agradable a la madre, que, de antemano, la adopta en su corazón. En la Edad Media todo esto era considerado incesto.

El campesino, que no ama más que a su familia, estaba desesperado. Nadie hubiera podido casarse con una prima, ni siquiera en sexto grado. No había medio de casarse en la aldea, donde el parentesco ponía tantos inconvenientes. Era necesario buscar en otra parte, lejos. Pero, en esa época las comunicaciones eran escasas, la gente no se conocía y los vecinos se detestaban entre sí. Las aldeas, en las festividades, se peleaban sin saber por qué (esto puede verse todavía en comarcas no tan alejadas). Por lo tanto, era difícil atreverse a ir a buscar mujer en el lugar mismo en que se había peleado, donde se estaba en peligro.

Otra dificultad: el señor del joven siervo no le permitía casarse tampoco en la señoría más próxima. Si lo hubiera hecho se hubiera convertido en siervo del señor de su mujer, y hubiera sido perdido para su señor.

Por esto el cura prohibía la prima, el señor la extranjera. Muchos hombres no se casaban.

Esto provocaba justamente aquello que se quería evitar. En el aquelarre estallaban las atracciones naturales. El joven encontraba allí a aquella que conocía, que amaba de antemano, aquella que, a los diez años lo llamaba su maridito. Seguramente él la prefería, y se acor-

daba muy poco en ese momento de las prohibiciones canónicas.

Cuando se conoce bien la familia de la Edad Media no se puede creer en esas imputaciones declamatorias de que una vasta promiscuidad estaba mezclada a la muchedumbre. Por el contrario, se siente que cada grupito, cerrado y concentrado, estaba infinitamente lejos de admitir al desconocido.

El siervo, poco celoso (para sus próximos), pero tan pobre, tan miserable, temía excesivamente empeorar su suerte multiplicando los hijos que no podía alimentar. El sacerdote, el señor, querían que aumentaran los siervos, que la mujer estuviera siempre encinta, y las prédicas más extrañas se hicieron en este sentido; a veces había reproches sangrientos y amenazas. Y tanto más obstinada era la prudencia del hombre. La mujer, pobre criatura que no podía tener hijos viables en estas condiciones, que no concebía más que para llorar, se aterraba ante los embarazos. Ella no se arriesgaba a la fiesta nocturna más que bajo la expresa seguridad que se decía, se repetía: "Ninguna mujer jamás ha vuelto de allí embarazada" Las mujeres iban, atraídas a la fiesta por el banquete, la danza, las luces, la diversión, en modo alguno por el placer carnal. Algunas sólo encontraban sufrimiento. Las otras detestaban la purificación helada que seguía bruscamente al amor para volverlo estéril. No importa. Aceptaban todo antes que agravar su indi-

gencia, hacer un desdichado, dar un siervo más al señor. Fuerte conjuración, acuerdo fiel que reservaba el amor para la familia, y excluía al extranjero. Sólo se podía confiar en los parientes unidos bajo una misma servidumbre, los que compartían las mismas cargas, los que no deseaban aumentarlas.

Así, no podía haber ninguna embriaguez general, nada de caos confuso en el pueblo. Había, por el contrario, grupos cerrados y exclusivos. Es esto lo que debía volver al aquelarre impotente como rebelión. No se mezclaba en modo alguno a la muchedumbre. La familia, atenta ala esterilidad, la aseguraba concentrándose en sí misma, en el amor de los muy cercanos, es decir, de los interesados. Arreglo triste, frío, impuro. Los momentos más dulces estaban ensombrecidos, manchados. Hasta el amor era aquí miseria y rebeldía.

Esta sociedad fue cruel. La autoridad decía: "Cásate". Pero volvía el matrimonio muy difícil, por el exceso de la miseria y por el rigor insensato de las prohibiciones canónicas.

El efecto era exactamente contrario a la pureza que se predicaba. Bajo la apariencia cristiana, el patriarca del Asia existía solo.

Sólo se casaba el hijo mayor. Los hermanos menores, las hermanas trabajaban bajo él y para él. En las granjas aisladas de las montañas del Mediodía, lejos de la vecindad de toda mujer, los hermanos vivían con sus

hermanas, que eran sus criadas y les pertenecían en todas las cosas. Costumbres análogas a las del Génesis, a los matrimonios de Parsis, a los usos siempre subsistentes de algunas tribus pastoriles del Himalaya.

Más chocante todavía era el destino de la madre. La madre no podía casar a su hijo, no podía unirlo a una parienta, asegu-rarse una nuera que tuviera consideración hacia ella. Su hijo se casaba (si podía) con la muchacha de una aldea lejana, que era con frecuencia hostil, cuya invasión resultaba terrible, ya nuera para los hijos de un primer lecho, ya fuera para la pobre madre, a quien la extranjera hacía echar con frecuencia de la casa. Es difícil creerlo, pero la cosa es cierta. De todos modos la madre era maltratada: se la alejaba del hogar, de la mesa.

Una ley suiza prohibía quitar a la madre su rincón junto al fuego.

La madre temía extremadamente que su hijo se casara. Pero su suerte no era mucho mejor si él no lo hacía. No por esto dejaba de ser criada del joven amo de la casa, que heredaba todos los derechos del padre, hasta el de golpearla. He visto, todavía en el Mediodía, esta impiedad: un hijo de veinticinco años castigaba a su madre cuando ésta se emborrachaba.

¡Y con cuánta más frecuencia se haría esto en aquellos tiempos salvajes!... Era seguramente el hijo quien volvía de las fiestas semiborracho, sabiendo apenas lo

que hacía. La madre y el hijo compartían el mismo cuarto, el mismo lecho (porque rara vez había dos). La mujer tenía bastante miedo. El hijo había visto a sus amigos casados, y esto lo agriaba. De ahí llantos, una debilidad extremada, el abandono más deplorable. La desdichada, amenazada por su único dios, su hijo, con el corazón roto, en una situación a tal punto contra natura, se desesperaba. Procuraba dormir, ignorar. Sucedía, sin que ni el uno ni el otro se dieran cuenta, a lo que sucede hoy en día con frecuencia en los barrios pobres de las grandes ciudades, donde una persona pobre, forzada o aterrada, quizás castigada, lo soporta todo. Domada ya, y pese a sus escrúpulos, demasiado resignada, la mujer soportaba una servidumbre miserable. Vida vergonzosa y dolorosa, llena de angustias, porque, de año en año, la distancia de la edad aumentaba y los separaba. Una mujer de treinta y seis años podía conservar a un hijo de veinte. Pero a los cincuenta años, todavía más tarde ¿qué sucedía? En el gran aquelarre o en alguna aldea lejana, él podía encontrar, él podía traer a la extranjera, a la joven ama desconocida, dura, sin corazón, sin piedad, que iba a arrancar a la mujer el hijo, el fuego, el lecho, hasta la casa que ella misma había construido.

Si hemos de creer a Lancre y a otros, Satanás concedía al hijo el gran mérito de ser fiel a su madre, tenía este crimen por virtud. Si esto es verdad, podemos suponer que la mujer defendía a la mujer, que la bruja to-

maba los intereses de la madre para mantener el hogar contra la nuera, que la hubiera enviado a mendigar bastón en mano.

Lancre pretende aun "que no hay ninguna buena bruja que no haya nacido del amor de la madre y del hijo". Así era en Per-sia para el nacimiento del mago, que, según se decía, debía provenir de este odioso misterio. Así, los secretos de la magia quedaban fuertemente concentrados en una familia que se renovaba en sí misma.

Por un error impío ellos creían imitar el inocente misterio agrícola, el eterno círculo vegetal, en el que el grano, vuelto a sembrar en el surco, hace al grano.

Las uniones menos monstruosas (del hermano y de la hermana) comunes entre los orientales y los griegos, eran frías y muy poco fecundas. Fueron sabiamente abandonadas y no se hubiera vuelto a ellas sin el espíritu de rebelión provocado por los absurdos rigores, que lanzó a la gente locamente hacia el extremo opuesto.

Las leyes contra la naturaleza fueron así, por obra del odio, costumbres contra la naturaleza.

¡Oh, tiempos duros, tiempos malditos, cargados de desesperación!

Hemos disertado. Pero el alba ha llegado casi. Dentro de un momento sonará la hora que pondrá en fuga a los espíritus. La bruja siente secarse sobre su frente las lúgubres flores. Adiós su reino, quizás su vi-

da. . . ¿Qué sería de ella si el día la encontrara todavía aquí?

¿Qué hacer con Satanás? ¿Una llama, una ceniza? Él no pide nada mejor. Él sabe bien, el astuto, que para vivir, para renacer, el único medio es morir.

¿Morirá acaso él, el poderoso evocador de los muertos, que dio a las que lloran la sola alegría de aquí abajo, el amor desvanecido y el sueño adorado?

¡Oh, no, él está bien seguro de vivir!

¿Morirá él, el poderoso espíritu que, encontrando la creación maldita, la naturaleza deslizándose por tierra, privada de la ropa que le había arrancado la Iglesia, como un niño sucio, la recogió la naturaleza y la guardó en su seno? Esto no es posible. ¿Morirá él, el único médico de la Edad Media, de la edad enferma, a la que salvó con sus venenos, diciéndole "Vive, pues, imbécil"?

Como él está seguro de vivir, el atrevido puede morir tranquilamente. Se escamotea, arde con destreza en su hermosa piel de chivo, se desvanece en la llama y en el alba.

Pero ella, ella que hizo a Satanás, que lo hizo todo, el bien y el mal, que favoreció tantas cosas de amor, de abnegación, de crimen. . . ¿qué será de ella?

Ya está sola sobre la landa desierta.

Ella no tenía, como se ha dicho, el horror de todos. Muchos la bendecían. Más de uno la ha encontrado hermosa, más de uno vendería su parte en el paraíso por

atreverse a acercársele. . . Pero alrededor de ella existe un abismo: se la admira demasiado, ¡y se tiene tanto miedo a esta todopoderosa Medea, a sus hermosos ojos profundos, a las voluptuosas culebras de cabellos negros que la inundan!

La bruja está sola para siempre. Para siempre sin amor. ¿Qué le queda? Nada más que el Espíritu que ha desaparecido hace un momento.

"Está bien, Satanás bondadoso, partamos . . . Porque estoy apurada por ir allá... vale más el infierno. Adiós al mundo".

La primera que hizo, que representó el drama terrible, debió sobrevivir muy poco. Satanás, obediente, tenía muy cerca de allí, ensillado un gigantesco caballo negro que lanzaba fuego por los ojos y por las narices. Ella montó y de un salto...

Los siguieron con los ojos. Las buenas gentes aterradas dijeron: "Oh, ¿qué será de ella?" AL partir ella rió con la más atroz carcajada, y desapareció como una flecha. Hubieran querido saber, pero no se sabrá nunca lo que fue de la pobre".

L IBRO SEGUNDO

I
LA BRUJA DE LA DECADENCIA. SATANÁS MULTIPLICADO, VULGARIZADO

La delicada alhaja del diablo, la brujita concebida en la Misa Negra, de donde la gran bruja ha desaparecido, ha llegado ya, ha florecido en malignidad, en gracia gatuna.)esta es muy distinta de la otra; fina y oblicua en el aire, disimulada, hila modosamente, agacha el lomo de buena gana. Nada de titánico, sin duda. Lejos de ello: es de naturaleza baja. Desde la cuna, lúbrica y llena de malignos antojos. Expresará toda su vida cierto momento nocturno, impuro y turbio, en que algún pensamiento, del que nos horrorizamos durante el día, aprovecha las libertades del sueño.

Esta bruja, que ha nacido con su secreto en la sangre, con la ciencia instintiva del mal, que ha visto tan lejos y tan bajo, esta bruja no respetará nada, ninguna

cosa ni persona de este mundo, no tendrá ninguna religión. Despreciará a Satanás mismo, pues éste es siempre un espíritu, y esta bruja tiene un único gusto por todo lo que es materia.

De niña, todo lo ensuciaba. Grandecita, bonita, sorprendía por su suciedad. Por ella la brujería tendrá algo de cocina, algo de química. Casi en seguida manipula especialmente las cosas re-pugnantes; hoy, las drogas; mañana, las intrigas. Su elemento: los amores y las enfermedades. Será una celestina fina, hábil, una empírica audaz. Se le hará la guerra por pretendidos asesinatos, por el empleo de los venenos. Pero ella tiene poco instinto para estas cosas, escasa afición por la muerte. Sin bondad, ama la vida, quiere curar, prolongar la vida. Es peligrosa en dos sentidos: venderá recetas de esterilidad, quizá de abortos. Por otra parte, desenfrenada, de imaginación libertina, ayudará de buena gana la caída de las mujeres por medio de condenados brebajes, gozará de los crímenes de amor.

¡Oh, cómo difiere de la otra! Ésta es una industrial. La otra fue la impía, el demonio, la gran rebelión, la mujer de Satanás y, puede decirse, también su madre. Pues él creció de ella y de su fuerza interior. Pero ésta es, cuanto más, la hija del diablo. Tiene de él dos cosas: es impura y ama manipular la vida. Éste es su destino. Es artista -ya una artista que vende-, y aquí entramos en el oficio.

Se dice que esta bruja se perpetuará por el incesto del cual ha nacido. Pero no tiene necesidad de esto. Sin macho, tendrá hijos innumerables. En menos de cincuenta años, a comienzos del siglo xv, bajo Carlos VI, se extiende un enorme contagio. Cualquiera cree poseer algunos secretos, algunas recetas; cualquiera cree adivinar, cualquiera sueña y viaja en sueños, se dice favorito de Satanás. Toda mujer lunática toma para sí este gran nombre: bruja.

Nombre peligroso, nombre lucrativo, lanzado por el odio del pueblo que, una y otra vez, injuria e implora al poder desconoci-do. Pero este poder no deja por ello de ser aceptado, con frecuencia reivindicado. A los niños que la siguen, a las mujeres que la amenazan con el puño, lanzándole esa palabra como una piedra, ella se vuelve y dice con orgullo: "Es verdad. Lo habéis dicho".

El oficio es bueno y los hombres intervienen. Nueva caída para el arte. La menor de las brujas tiene, a pesar de todo, un poco de la sibila. Pero los hombres, sórdidos charlatanes, malabaristas groseros, matadores de topos y ratas, tiran la suerte con animales, venden secretos que no poseen, apestan esa época con el humo negro del miedo y de la tontería. Satanás se vuelve inmenso, inmensamente multiplicado. ¡Pobre triunfo! Satanás es ahora chato, aburrido. Pero el pueblo sigue afluyendo a él. No quiere otro dios. Es él quien a sí mismo falla.

El siglo xv, pese a dos o tres grandes inventos, no deja de ser, creo, un siglo fatigado, de pocas ideas.

Comienza muy dignamente con el real aquelarre de Saint-Denis, el baile desenfrenado y lúgubre que Carlos VI realizó en esa gran abadía para el entierro de Duguesclin, enterrado después de tantos años. Durante tres días y tres noches Sodoma se revolvió sobre los sepulcros. El loco, que no era todavía idiota, forzó a todos los reyes, sus abuelos, a esos huesos secos, que saltaban en sus ataúdes, a participar en el baile. La muerte, de buena o de mala gana, se convirtió en celestina, dio un cruel aguijón a las voluptuosidades. De ahí surgieron las modas inmundas de la época, en las cuales las damas, agrandadas por un bonete diabólico, avanzaban el vientre y parecían todas embarazadas (¡admirable medio de ocultar los verdaderos embarazos!) Las mujeres insistieron: esta moda duró cuarenta años. Por otra parte, la adolescencia desvergonzada eclipsó a las mujeres con sus desnudeces provocativas. La mujer tenía a Satanás sobre la frente, en el bo-nete cornudo; el bachiller, el paje, lo llevaban en los pies: en el calzado de fina punta de escorpión. Bajo la máscara de animales, se ofrecían audazmente por el bajo lado de la bestia. El célebre raptor de niños, Gilles de Retz, entonces paje, adquirió aquí su monstruoso gusto. Todas esas grandes damas de feudos, Jezabeles desenfrenadas, menos púdicas que los hombres, desdeñaban el disfraz. Se exhibían a cara des-

nuda. Su furia sensual, su loca ostentación de la orgía, sus desafíos ultrajantes, fueron para el rey, para todos -para los sentidos, la vida, el cuerpo, el alma-, el abismo y la sima sin fondo.

Aquí surgen los vencidos de Azincout, esa pobre generación de señores agotados que vistos en las miniaturas, nos hacen tiritar, con sus ropas pérfidamente apretadas, que marcan sus tristes miembros enflaquecidos.

Compadezco a la bruja que, al regreso de la gran dama de la fiesta del rey, será su confidente y su ministro, y a quien la dama exigirá lo imposible.

Es verdad que, en el castillo, ella es única, la sola mujer –o casi- en un mundo de hombres no casados. Si hemos de creer a las novelas, la dama tenía placer en rodearse de muchachas bonitas. La historia y el buen sentido nos dicen justamente lo contrario. Eleonora no es tan tonta como para enfrentar a Rosamunda. Las reinas y las grandes damas, tan licenciosas, no dejan de ser por ello horriblemente celosas (por ejemplo, aquella de quien habla Henri Martin, que hizo morir, ultrajada por los soldados, a una muchacha admirada por su marido). La capacidad de inspirar amor de la dama depende, lo repetimos, de que esté sola. Sea cual fuere su rostro y su edad, ella es así el sueño de todos. La bruja la hace abusar de su divinidad, burlarse fácilmente de ese rebaño de machos embrutecidos y sometidos. Hace que

se atreva a todo, que los trate como bestias. Los hombres se transforman. Caen a cuatro patas, como monos aduladores, osos ridículos, perros lúbricos, cerdos ávidos de seguir a la ultrajante Circe.

Todo esto provoca piedad. La dama llega a asquearse. Rechaza con el pie esas bestias que se arrastran. Todo esto es inmundo, pero no bastante culpable. Y encuentra un absurdo remedio para el mal. El remedio es (ya que ellos son tan nulos) tomar otro, todavía más nulo. Tomar un pequeño amante. Consejo digno de la bruja. Suscitar antes de la hora, la chispa en el inocente que duerme el puro sueño de la infancia. Ésta es la fea historia del pequeño Jean de Saintré, tipo de los Querubines y de otros muñecos miserables de las épocas de decadencia.

Bajo tantos adornos pedantes y tanta moral sentimental, la baja crueldad del fondo se percibe muy bien. Se mata el fruto en la flor. Es, en cierto sentido, la cosa que se reprochaba a la bruja: "comer niños". De todos modos, se les bebe la vida. Bajo su forma tierna y maternal, la bella dama acariciarte, ¿no es acaso un vampiro que chupa la sangre del débil? El resultado de estas enormidades nos lo cuenta la novela misma. Saintré -dice-, se convierte en un perfecto caballero, pero perfectamente frágil y débil, hasta tal punto que es provocado, desafiado por el zopenco fraile campesino en

quien la dama, finalmente vuelta a la razón, ha encontrado lo que le conviene más.

Estos caprichos vanos aumentan el enervamiento, el furor del vacío. Circe en medio de sus bestias, aburrida, agotada, quisiera ser ella misma bestia. Se siente salvaje, se encierra. Desde el torreón lanza una mirada siniestra sobre el bosque oscuro. Se siente cautiva, siente el furor de una loba encadenada.

"¡Que venga la vieja al instante!. . . Lo quiero. Corred". Y dos minutos después: "¿Todavía no ha venido?" La vieja está aquí. "Escucha... tengo un deseo... (tú lo sabes, es invencible), tengo deseos de estrangularte, de ahogarte o de entregarte al obispo, que ya te ha pedido. No tienes más que un medio de escapar: satisfacer mi otro deseo... Convertirme en loba. Me aburro demasiado. Estoy harta. Quiero, por lo menos durante la noche, correr libremente por el bosque. Nada de tontos servidores, de perros que me aturden, de torpes caballos que se topan, que evitan la espesura."

"Pero, señora, si te descubren. . . "

"Insolente... perecerás".

"¿Por lo menos conoces ya la historia de la dama loba a quien le cortaron la pata? ¡Qué remordimiento tendría yo!. . . "

"Es asunto mío. . . no te escucho. Tengo prisa. Ya he ladrado. ¡Qué dicha, cazar sola al claro de la luna, y sola morder la gacela, también morder al hombre si se

acerca; morder al niño tan tierno y a la mujer! . . . ¡Oh, sobre todo meterle el diente a la mujer! ¡Las odio a todas. . . pero a ninguna tanto como a ti! No retrocedas, que no te morderé; me repugnas demasiado, y por otra parte, no tienes bastante sangre . . . sangre, sangre, esto es lo que necesito".

No se puede rehusar.

"Nada más fácil, señora, esta noche a las nueve encerraos. Transformada, mientras se os cree en vuestra habitación corre-réis por el bosque".

Esto se hace y la dama, por la mañana, se encuentra abatida, agotada; ya no puede más. Esa noche debe haber corrido treinta leguas. Ha cazado, ha matado. Está llena de sangre. Pero esta sangre proviene quizás de las zarzas en las cuales se ha desgarrado.

¡Gran orgullo, y también gran peligro para aquella que ha obrado el milagro! La dama que lo exigió, sin embargo, la recibe con aire sombrío:

"¡Oh, bruja, tu poder es aterrador! ¡No lo hubiera sospechado nunca! Pero ahora tengo miedo y siento horror... ¡Oh, con cuán-ta razón eres odiada! ¡Qué día hermoso será aquel en que te quemen! Puedo perderte cuando quiera, mis campesinos, esta no-che pueden buscarte con sus guadañas si yo digo una sola palabra. . . ¡Vete, vieja negra y execrable!"

Los grandes, sus patrones, precipitan a la bruja en extrañas aventuras. Y como no tiene más que el castillo

para protegerse del sacerdote, para defenderse un poco de la hoguera: ¿qué puede rehusar a sus terribles protectores? ¿Qué puede hacer si el barón, al volver de las cruzadas, quizás de Nicópolis, por ejemplo, quiere imitar la vida turca, la llama y le encarga que robe para él niños? ¿Qué puede hacer? Estas requisas, enormes en país griego, en donde a veces dos mil pajes entraban de golpe al serrallo, no eran en modo alguno desconocidas de los cristianos (de los barones de Inglaterra desde el siglo XII, más tarde de los caballeros de Rodas o de Malta). El famoso Gilles de Retz, único a quien se procesó, fue castigado no por haber raptado sus pequeños siervos (cosa bastante frecuente), sino por haberlos inmolado a Satanás. La que los robaba, y que sin duda ignoraba su destino, se encontraba entre dos peligros. Por una parte, la horquilla y la guadaña del campesino; por la otra, las torturas de la torre, provocadas por un rechazo. El hombre de Retz, su terrible italiano, hubiera podido perfectamente machacarla en un mor-tero.

De todos lados, peligros y ganancias. Nunca ha habido una situación más horriblemente corruptora. Las brujas mismas no negaban los absurdos poderes que el pueblo les atribuía. Reconocían que, por medio de una muñeca atravesada de agujas, podían hechizar, hacer adelgazar, hacer perecer a quienes quisieran. Reconocían que, con la mandrágora, arrancada al pie de los cadalsos (por el diente de un perro, decían ellas, que debía morir

luego), ellas podían pervertir la razón, cambiar los hombres en bestias, entregar a las mujeres enajenadas y locas. Mucho más terrible todavía era el delirio furioso de la manzana espinosa (o datara), que hacía bailar hasta morir, y sufrir mil vergüenzas de las que no se tenía conciencia ni recuerdo.

De aquí inmensos odios, pero también terrores extremados. El autor de El Martillo de las Brujas, Sprenger, cuenta con terror que él vio en época de nieve, cuando todos los caminos estaban obstruidos, una población miserable, enloquecida de miedo y presa de cantidad de males reales, que cubría los accesos de una pequeña aldea de Alemania. Nunca -dice- hemos visto peregrinajes tan numerosos a Nuestra Señora de la Gracia o a Nuestra Señora de los Ermitaños. Todas estas personas andaban por las hondonadas, se tambaleaban, se arrastraban, caían, pero iban a ver a la bruja, a implorar la gracia del diablo. ¡Cuál no debía ser el orgullo y el entusiasmo de la vieja al ver todo ese pueblo a sus pies!

II
EL MARTILLO DE LAS BRUJAS

Las brujas no se preocupaban mucho en ocultar su juego. Más bien lo proclamaban y es por su boca misma que Sprenger recogió buena parte de las historias que adornan su manual. Se trata de un libro pedante, calcado ridículamente sobre las divi-siones y subdivisiones de los tomistas, pero ingenuo, muy con-vencido, el libro de un hombre verdaderamente aterrado que, en ese duelo terrible entre Dios y el diablo, en el cual Dios permite generalmente que el diablo saque ventaja, no ve otro remedio que perseguir a éste con la llama en la mano, quemando lo más rápidamente posible los cuerpos en que ha elegido domiciliarse.

Sprenger no tiene más que un mérito: haber hecho un libro más completo, que corona un vasto sistema, toda una literatura. A los antiguos penitenciarios, a los manuales de los confesores para la inquisición de los pecados sucedieron los directoria, para la inquisición de

la herejía, que es el pecado más grande. Pero para la herejía mayor, que es la brujería, se hicieron directoria o manuales especiales, los Martillos para las brujas. Estos manuales, constantemente enriquecidos por el celo de los dominicos, llegaron a su máxima perfección en el Malleus de Sprenger, libro que lo guió a él mismo durante su gran misión en Alemania, y que fue durante un siglo la guía y la luz de los tribunales de la Inquisición.

¿Cómo llegó Sprenger a estudiar estas materias? Él cuenta que, estando una vez en Roma, en el refectorio en que los monjes alojaban a los peregrinos, vio a dos oriundos de Bohemia; un joven sacerdote y su padre. El padre suspiraba y rezaba por el éxito del viaje. Sprenger, conmovido de caridad, le preguntó cuál era la causa de su pesar. El viejo estaba afligido porque su hijo era poseso. Con gran pena y gran gasto lo había traído a Roma, a la tumba de los santos. "Ese hijo, ¿dónde está?", dijo el monje. "A nuestro lado". "Al oír esta respuesta tuve miedo, retrocedí. Pero contemplé al joven sacerdote y quedé sorprendido al verlo comer con aire modesto y contestar con dulzura. Me dijo que había hablado una vez muy duramente a una vieja y que ésta le había echado un hechizo; este hechizo estaba escondido bajo un árbol. ¿Bajo qué árbol? La bruja se obstinaba en no decirlo". Sprenger, siempre por caridad, llevó al poseído de iglesia en iglesia, de reliquia en reliquia. En cada estación hubo exorcismos, furores, gritos,

contorsiones, charlas en todos los idiomas y, naturalmente, saltos. Todo esto delante del pueblo que los seguía, los admiraba, se estremecía. Los diablos, tan comunes en Ale-mania, eran bastante más raros en Italia. En unos días, Roma no habló de otra cosa. Este asunto, que hizo mucho ruido, llamó sin duda alguna la atención sobre el dominico. Sprenger estu-dió, compiló todos los Mallei y otros manuales manuscritos, y se convirtió en una fuerza de primer orden en procedimientos de-moníacos. Su Malleus debió ser hecho en los veinte años que separan esta aventura de la gran misión que confió a Sprenger el papa Inocencio VIII, en 1484.

Era necesario escoger un hombre hábil para esta misión en Alemania, un hombre inteligente, capaz, que venciera la repug-nancia de las realezas germánicas al tenebroso sistema que se procuraba introducir. Roma había tenido un rudo fracaso en los Países Bajos, un fracaso que honró a la Inquisición y, como consecuencia, le cerró Francia (sólo Tolosa, como antigua comarca albigense, sufrió la Inquisición). Hacia el año 1460, un penitenciario de Rema, convertido en decano de Arras, imaginó dar un golpe de terror a las cámaras de retórica (o reuniones literarias), que comenzaban a discutir temas religiosos. Quemó como brujo a uno de estos retóricos y, con él, a algunos burgueses ricos y hasta a algunos caballeros. La nobleza, al sentirse tocada, se

irritó; la voz pública se elevó con violencia. La Inquisición fue escarnecida, maldecida, sobre todo en Francia. El Parlamento de París le dio con la puerta en las narices y Roma, par torpeza, perdió esta oportunidad de introducir en el Norte el dominio por el terror.

El momento pareció mejor elegido hacia 1484. La Inquisición, que había alcanzado proporciones terribles en España, donde dominaba a la realeza, parecía ya una institución conquistadora, que marchaba por sí sola, penetraba en todas partes y todo lo invadía. Es verdad que había encontrado obstáculos en Alemania, donde la celosa oposición de los príncipes eclesiásticos, que tenían sus tribunales, su inquisición personal, no parecía dispuesta a recibir la inquisición de Roma. Pero la situación de estos príncipes, la gran inquietud que les provocaban los movimientos populares, los volvía más manejables. El Rin y Suevia, en el oriente mismo, hacia Salzburgo, todas estas comarcas parecían minadas por la base. A cada momento estallaban rebeliones de campesinos. Se hubiera dicho que existía un inmenso volcán subterráneo, un invisible lago de fuego que, en una y otra parte, se revelaba por medio de surtidores de llamas. La inquisición extranjera, más temida que la alemana, llegaba aquí a maravilla para aterrorizar al país, quebrar los espíritus rebeldes, quemar como brujos a aquellos que mañana podían ser insurrectos. Excelente arma popular para domar al pueblo, admirable derivati-

vo. La tempestad iba esta vez a cambiar de rumbo y dirigirse contra los brujos, de la misma manera que, en 1349 y en tantas otras ocasiones, había sido desviada hacia los judíos.

Pero faltaba un hombre. El primer inquisidor que, ante las cortes celosas de Magencia y de Colonia, ante el pueblo burlón de Francfort o de Estrasburgo, levantara un tribunal, debía ser un hombre inteligente. Era necesario que su habilidad personal equilibrara, hiciera olvidar a veces lo odioso de su ministerio. Roma, por otra parte, siempre ha tenido a prurito escoger muy bien sus hombres. Preocupándose poco de los asuntos, y mucho de las personas, Roma ha creído, no sin razón, que el éxito dependía del carácter particular de los agentes enviados a cada país. Sprenger, ¿era el hombre necesario? En primer lugar, era alemán, dominico, estaba apoyado de antemano por esta orden temida, por todos sus conventos, todas sus escuelas. Era necesario un digno hijo de las escuelas, un buen escolástico, un hombre firme en la Suma, firme en su Santo Tomás, un hombre que pudiera recitar en cualquier momento los textos. Sprenger era todo esto. Y, además, era un idiota.

"Se dice, se escribe con frecuencia que diabolus proviene de dia, dos, y de bolus, bola o píldora, porque traga a la vez el alma y el cuerpo, haciendo de ambas cosas un mismo bocado. Pero (continúa con la seriedad de Sganarelle), según la etimología griega, diabolus signi-

fica clausus ergastulo; o bien defluens (¿Teu-feul?), es decir, el que cae, porque ha caído del cielo".

¿De dónde proviene "maleficio"? "De maleficiendo, que significa mülé de fide sentiendo". Extraña etimología, pero de gran alcance. Si el maleficio está asimilado a las malas opiniones, todo brujo es un hereje y todo aquel que duda es un brujo. Podemos entonces quemar como brujos a todos aquellos que piensen mal. Es lo que se había hecho en Arras y era lo que se quería establecer poco a poco en todas partes.

Este es el incontestable y sólido mérito de Sprenger. Es im-bécil, pero intrépido. Utiliza audazmente las tesis menos acepta-bles. Otro intentaría eludir, atenuar, disminuir las objeciones. Él, no. Desde la primera página muestra de cara, expone una a una las razones naturales, evidentes, por las que no se debe creer en los milagros diabólicos. Y después añade fríamente: Otros tantos errores heréticos. Y, sin refutar las razones, copia los textos contrarios, Santo Tomás, la Biblia, las leyendas, los canonistas y los glosadores. Primero muestra el buen sentido, después lo pulveriza con la autoridad.

Satisfecho, vuelve a sentarse, sereno, vencedor. Parece decir: "Bien, ¿qué decís ahora? ¿Quién sería bastante osado para utilizar su razón?. . . ¡Dudad, por ejemplo, que el diablo no se divierte en meterse entre los esposos, cuando todos los días la Iglesia y los canonistas admiten esto como motivo de separación!”

Esto, sin duda, no tiene réplica. Nadie dirá nada. Sprenger, a la cabeza de este manual de jueces, declara que la menor duda es herética y el juez queda atado; siente que no tiene derecho a protestar. Siente que, si desdichadamente hay en él alguna tentación de duda o de humanidad, debe comenzar por condenase y quemarse a sí mismo.

En todas partes el mismo método. Primero el buen sentido. Después de frente, de cara, sin precaución, la negación del buen sentido. Alguien por ejemplo, podría tener la tentación de decir que ya que el amor está en el alma, no es necesario suponer que queda ser provocado por la acción misteriosa del diablo. Pero esto, ¿no es especioso? "No -dice Sprenger-, distinguo. Aquel que corta la madera, no es causa de la combustión de ésta; es solamente la causa indirecta. El leñador, es en este caso el amor. Por lo tanto el amor no es más que la causa indirecta del amor".

He aquí de qué sirve haber estudiado. No es una escuela débil la que ha podido producir un hombre semejante. Sólo Colonia ,Lovaina, París tenían máquinas apropiadas para modelar así el cerebro humano. La escuela de París era fuerte; para el latín de cocina: ¿que oponer al Janotus de Gargantúa? Pero más fuerte era todavía Colonia, la gloriosa reina de las tinieblas, que dio a Hutten el tipo de los Obscuri viri, de los obscurantinos e ignorantinos, raza tan prospera y tan fecunda.

Este sólido escolástico, lleno de palabras, vacío de sentido, enemigo jurado de la naturaleza y de la razón, se asienta con soberbia fe sobre estos libros con su toga, con su grasa y con su polvo, Sobre la mesa de su tribunal tiene, a un lado, la Suma y, al otro, el Directorium. No sale nunca de ellos. Sonríe ante todo lo demás. No es a un hombre como él a quien harán creer nada, no es él quien caerá en la astrología o en la alquimia, tonterías no bastante tortas, que llevan a la observación. ¿Qué digo? Sprenger es un espíritu fuerte. Duda de las antiguas recetas. Cuando Alberto el Grande asegura que la salvia puesta en una fuente hasta para provocar una gran tempestad, él menea la cabeza.¿La salvia? ¡A otros con este cuento, por favor! Si se tiene un poco ,le experiencia se reconoce aquí inmediatamente la treta de alguien que quiere hacernos perder la pista y cambiarlo todo, es decir, el astuto Príncipe del Aire; pero no podrá engañar, porque se ha encontrado con un doctor más maligno que el Maligno.

Me hubiera gustado ver cara a cara a este tipo admirable de juez y a las gentes a quienes debía juzgar. Dos criaturas, tomadas por Dios en dos mundos diferentes, no hubieran podido ser más opuestas, más extrañas la una a la otra, más desprovistas de lengua común. La vieja, esqueleto harapiento con ojos brillantes de malicia, tres veces recocida en el fuego del infierno; el siniestro solitario, el pastor de la Selva Negra o de los

altos desiertos de los Alpes: he aquí los salvajes que se presentan ante la mirada apagada de este sabihondo, ante el juicio de este escolástico.

Por otra parte, no lo harán sudar mucho sobre su lecho de justicia. Sin tortura, dicen todo. La tortura vendrá, pero después, como complemento y adorno del proceso verbal. Los acusados explican y cuentan ordenadamente todo lo que han hecho. El diablo es el amigo íntimo del pastor, y se acuesta con la bruja. Ella sonríe, triunfante. Goza visiblemente con el terror de la asamblea.

He aquí una vieja loca; el pastor no lo es menos. ¿Son acaso imbéciles? Ni la una ni el otro. Lejos de esto, son refinados, sutiles, escuchan crecer la hierba y ven a través de los muros. Y, lo que ven todavía mejor, son las monumentales orejas de asno que sombrean el bonete del doctor. Ven, sobre todo, el miedo que les tiene. Porque, por más que se haga el valiente, está temblando. Él mismo reconoce que el sacerdote, si no se protege conjurando al demonio, logra a veces que éste cambie de vivienda, que pase al cuerpo del sacerdote mismo, porque le parece más halagador habitar un cuerpo consagrado a Dios. ¿Quién sabe si estos sencillos diablos de los pastores y de las brujas no tienen la ambición de habitar en el cuerpo de un inquisidor? Él no está en modo alguno tranquilo cuando, con su voz más grave, dice a la vieja: "Si tu amo es tan poderoso, ¿cómo es que

yo no siento sus ataques?" "Y los sentía demasiado -añade el pobre hombre en su libro-. Cuando estaba en Ratisbona innumerables veces vinieron los demonios a golpear los paneles de mi ventana. Innumerables veces hundieron alfileres en mi bonete. Después hubo centenares de visiones, perros, monos, etcétera".

La alegría mayor del diablo, este gran lógico, era proponer, por boca de la falsa vieja, argumentos molestos, preguntas insidiosas, a las que él no podía escapar más que haciendo como ese pez que huye ensuciando el agua, ennegreciéndola como tinta. Por ejemplo: "El diablo sólo actúa si Dios lo permite. ¿Por qué, pues, castigar a sus instrumentos?" O bien: "Nosotros no somos libres. Dios permite, como sucedió con el pobre Job, que el diablo nos tiente y nos empuje, que nos violente con sus golpes. . . ¿Se debe castigar a quien no es libre?" Sprenger se las arregla diciendo: "Vosotros sois seres libres (aquí seguramente citaba los textos). Vosotros no sois siervos más que de vuestro pacto con el Malo". A esto la respuesta sería muy fácil: "Si Dios permite al Malo tentarnos y hacer un pacto, es que Él vuelve este pacto posible, etcétera".

"Soy bien bueno -dice él- en escuchar a estas gentes. Es tonto quien disputa con el diablo". Todo el pueblo dice lo mismo. Todos aplauden el proceso; todos están conmovidos, estremecidos, impacientes por ver la ejecución. Ya ha habido bastantes ahorcados. Pero el

brujo y la bruja, ¡será una fiesta muy curiosa ver estos dos leños ardiendo en la llama!

El juez tiene al pueblo de su parte. No se siente turbado. Con el Directorium bastan tres testigos. ¿Y cómo no encontrar tres testigos, sobre todo para testimoniar lo falso? En toda aldea mendicante, en toda aldea envidiosa, llena de odios de vecinos, abundan los testigos. Por otra parte, el Directorium es un libro viejo, que tiene más de un siglo. En el siglo xv, siglo de luces, todo se ha perfeccionado. Si no hay testigos, basta con la voz pública, con el grito general.Grito sincero, grito de terror, grito lamentable de las víctimas, de los pobres hechizados. Sprenger se conmueve profundamente. No creáis que se trata de uno de esos escolásticos insensibles, de uno de esos hombres de seca abstracción. Él tiene corazón. Es justamente por eso que mata con tanta facilidad. Es compasivo, está lleno de caridad. Siente piedad por esa mujer desconsolada,antes encinta, cuyo hijo se ahogó al recibir una mirada de la bruja. Tiene piedad del pobre hombre, cuyo campo la bruja hizo congelar. Se apiada del marido que, sin ser brujo, descubrió que su mujer lo era, y la llevó con la cuerda al cuello a Sprenger, para que la hiciera quemar.

Con un hombre cruel tal vez sería posible arreglárselas; pero, con este bueno de Sprenger, no hay nada que esperar; su humanidad es demasiado fuerte. Aquí se es quemado sin remedio, o es necesaria mucha habili-

dad, una gran presencia de espíritu. Un día le traen la queja de tres buenas damas de Estrasburgo que, el mismo día, a la misma hora, se sintieron golpeadas por una mano invisible. ¿Cómo es esto? Ellas sólo pudieron acusar a un hombre de mala catadura que parecía haberles lanzado un hechizo. Llevado ante el inquisidor, el hombre protestó, juró por todos los santos que no conocía a esas damas, que jamás las había visto. El juez se negó a creerle. Llantos, juramentos, nada sirvió. La gran piedad que sentía por las damas lo volvía inexorable, lo indignaba ante las negativas. Finalmente se levantó. El hombre iba a ser torturado y, allí, el hombre confesó, como lo hacen los más inocentes. Pidió que lo dejaran hablar y dijo: "Recuerdo, en efecto, que ayer, a esa misma hora yo castigué. . ."¿A quién?" "No a unas criaturas bautizadas, sino a tres gatas, que furiosamente vinieron a morderme las piernas. . . " El juez, que es un hombre penetrarte, comprende entonces todo el asunto: el pobre hombre era inocente. Y las damas, seguramente en días determinados, se convertían en gatas que el Maligno se divertía en lanzar contra las piernas de los cristianos para perderlos y hacerlos pasar por brujos.

Con un juez menos hábil, esto no hubiera podido adivinarse. Pero no siempre se puede contar con un hombre semejante. Era necesario que, siempre sobre la mesa de la Inquisición, estuviera presente aquella guía-asnal, que revelaba al juez simple y poco experimentado

las trampas del viejo Enemigo, los medios de engañarlo, la táctica hábil y profunda que el gran Sprenger había usado tan dichosamente en sus campañas del Rin. Con este fin el Mallevs, que debía ser llevado en el bolsillo, fue impreso en un formato pequeño, entonces muy raro. No hubiera sido conveniente que el turbado público viera al juez abrir sobre la mesa un enorme mamotreto infolio. De esta manera se podía, sin afectación, mirar de reojo y, bajo la mesa, hojear aquel manual de tontería.

El Malleus, como todos los libros de este género, contiene una confesión singular, la de que el diablo gana terreno y Dios lo pierde; que el género humano, salvado por jesús, se convierte en la conquista del diablo. Éste, demasiado visiblemente, avanza de leyenda en leyenda. Cuánto camino recorrido desde los tiempos del Evangelio, en los que se contentaba con alojarse en el cuerpo de unos puercos, hasta llegar a la época de Dante, en que, convertido en teólogo y jurista, argumenta con los santos, aboga y, para culminación de un silogismo vencedor, se lleva el alma disputada, diciendo con risa triunfal: "¡Tú ignorabas que yo era también un lógico!”

En los primeros tiempos de la Edad Media, el diablo esperaba la agonía para apoderarse del alma y llevarla consigo. Santa Hildegarda (hacia 1100) cree "que no puede entrar en el cuerpo de un hombre vivo, porque de este modo los miembros se dispersarían; es la

sombra y el humo del diablo los que entran únicamente". Este último resplandor de buen sentido desapareció en el siglo XII. En el XIII encontramos a un prior que teme de tal manera ser tomado vivo por el diablo que se hace custodiar día y noche por doscientos hombres armados.

Aquí se inicia una época de terrores crecientes, en que el hombre se fía cada vez menos de la protección divina. El demonio no es Ya un espíritu furtivo, un ladrón nocturno que se desliza en las tinieblas; es el intrépido adversario, el audaz mono de Dios que, baso el sol, a pleno día, enfrenta ala creación. ¿Quién ha dicho esto? ¿La leyenda? No, los más grandes doctores. El diablo transforma a todos los seres, dice Alberto el Grande. Santo Tomás va mucho más lejos: "Todos los cambios -dice- que pueden hacerse por la naturaleza y por los gérmenes, pueden ser imitados por el diablo". Sorprendente concesión que, en una boca tan grave, equivale nada menos que a constituir otro creador frente al Creador. "Pero para aquello que puede hacerse sin gérmenes -añade-: una metamorfosis del hombre en bestia, la resurrección de un muerto, estas cosas el diablo no las puede hacer". La parte de Dios ha quedado bien reducida por cierto. En realidad, ya no le queda más que el milagro, la acción rara y singular. Pero, el milagro cotidiano, la vida, ya no le pertenece únicamente: el demonio, su imitador, comparte con Él la naturaleza.

Para el hombre, cuyos débiles ojos no diferencian la naturaleza creada por Dios de la naturaleza creada por el diablo, el mundo aparece dividido. Una terrible incertidumbre planeará sobre todas las cosas. La inocencia de la naturaleza se ha perdido. La fuente pura, la blanca flor, el pájaro, ¿provienen de Dios o son pérfidas imitaciones, trampas tendidas al hombre?. . . ¡Atrás! Todo se vuelve sospechoso. De las dos creaciones, la buena está oscurecida e invadida al igual que la otra, la sospechosa. La sombra del diablo vela el día, se extiende sobre la vida toda. A juzgar por la apariencia y por los terrores humanos, ya no comparte el mundo: lo ha usurpado enteramente.

Las cosas están en este punto en tiempos de Sprenger. Su libro está lleno de las concesiones más tristes a la impotencia de Dios. Él permite -dice- que así sea. Permitir una ilusión tan completa, dejar creer que el diablo lo es todo, que Dios no es nada, es más que permitir, es decidir la condenación de un mundo de almas infortunadas a las que nada defiende contra este error. Ninguna plegaria, ninguna penitencia, ningún pere-grinaje bastan; ni siquiera (él lo reconoce) el sacramento del altar. ¡Extraña mortificación! Algunas monjas, bien confesadas, con la hostia en la boca, reconocen que, en ese momento mis-mo, ellas han sentido al amante infernal que, sin vergüenza ni miedo, las turba y no las abandona. Y, abrumadas por las pre-guntas, añaden llorando

que él obtiene el cuerpo porque ha ob-tenido antes el alma.

Los antiguos maniqueos, los modernos albigenses, fueron acusados de haber creído en la potencia del mal, que luchaba al lado del bien, y en haber hecho del diablo el igual de Dios. Pero aquí el diablo es algo más que un igual. Si Dios en la hostia no puede hacer nada, el diablo se nos aparece como de-cididamente superior.

Me sorprende el espectáculo extraño que ofrece entonces el mando. España, con un furor sombrío, Alemania, con la cólera aterrada y pedante que testimonia el Malleus, persiguen al insolente vencedor en los miserables en quienes habita; se quema, se destruye las habitaciones vivientes en las que mora el diablo. Por encontrarlo instalado con demasiada fuerza en el alma, se lo quiere expulsar del cuerpo. ¿De qué sirve? Quemad esta vieja, y el diablo irá a morar en la vecina. ¿Qué digo? Se apodera a veces (si hemos de creer a Sprenger) del sacerdote que la exorciza, triunfa sobre su mismo juez. Los dominicos, en los expedientes, aconsejaban sin embargo ensayar la intercepción de la virgen, la repetición continua del Avemaría. De todos modos Sprenger reconoce que este remedio es efímero. Se puede ser poseído entre dos Avemarías. De ahí la invención riel rosario, ese collar de Avemarías que se puede manosear indefinidamente mientras el espíritu está en otra parte. Poblaciones enteras adoptaron este

primer ensayo del arte por el cual Loyola intentará manejar al mundo, y del cual sus Exercitia son el rudimento ingenioso.

Todo esto parece contradecir lo dicho en el capítulo prece-dente sobre la decadencia de la brujería. El diablo es ahora popular y está presente en todas partes. Parece haber vencido. Pero, ¿aprovecha la victoria? ¿Gana en substancia?

Sí, desde el aspecto nuevo de la rebelión científica, que va a crear el luminoso Renacimiento. No bajo el aspecto antiguo del espíritu tenebroso de la brujería. Sus leyendas, en el siglo XVI, eran más numerosas, estaban más extendidas que nunca, pero se inclinaban fácilmente hacia lo grotesco. Se tiembla y sin embargo se ríe.

III
CIEN AÑOS DE TOLERANCIA EN FRANCIA. REACCIÓN

La Iglesia daba al juez y al acusador lo que se confiscaba a los brujos. En cualquier parte en donde el derecho canónico ha sido fuerte, se multiplicaron los procesos de brujería, que enri-quecían al clero. En cualquier parte en donde los tribunales laicos reivindicaron estos asuntos, éstos se hicieron raros y desaparecieron; por lo menos, desaparecieron durante cien años en Francia, entre 1450 a 1550.

En medio del siglo xv, hubo ya un primer rayo de luz y éste partió de Francia. El examen del proceso de Juana de Arco por el Parlamento, su rehabilitación, hicieron reflexionar sobre el comercio con los espíritus, buenos o malos, sobre los errores de los tribunales eclesiásticos. Bruja para los ingleses, para los más grandes doctores del Concilio de Basilea, Juana es para los franceses una santa, una sibila. Su rehabilitación inaugura en

Francia una era de tolerancia. El Parlamento de París rehabilitó también a los pretendidos valdenses de Arras. En 1498 liberó como loco a un brujo que le habían entregado. No hubo ninguna condena bajo Carlos VIII, Luis XII y Francisco I.

Por el contrario, España, gobernada por la piadosa Isabel (1506), por el cardenal Jiménez, empieza a quemar brujas. Gi-nebra, entonces bajo la jurisdicción de uno de sus obispos (1515), quemó quinientas brujas en tres meses. El emperador Carlos V, en sus constituciones alemanas, procura en vano es- tablecer que la brujería, que causa daño a los bienes y a las personas, es un asunto civil (no eclesiástico). En vano suprime la confiscación (salvo en los casos de lesa majestad). Los pequeños príncipes-obispos, una de cuyas mejores entradas pro-viene de la brujería, continúan quemando furiosamente. El im-perceptible episcopado de Bamberg, en un momento, quema seiscientas personas; el de Wurtzburg, novecientas. El procedi-miento es simple. Se emplea primero la tortura contra los testi-gos, se crean así testigos de cargo por medio del dolor, del terror. Se obtiene del acusado, por exceso de sufrimiento, una confesión, y se cree esta confesión contra cualquier evidencia de los hechos. Ejemplo: una bruja reconoce haber sacado del cementerio el cuerpo de un niño enterrado recientemente para utilizar este cadáver en sus compuestos mágicos. El marido de la bruja dice: "Id al

cementerio. El niño está allí enterrado". Se desentierra y se encuentra el cadáver en su ataúd. Pero el juez decide, contra el testimonio de sus mismos ojos, que esto es sólo una apariencia, una ilusión del diablo. Prefiere la confesión de la mujer al hecho mismo. La bruja fue quemada.'Las cosas fueron tan lejos con estos buenos príncipes-obispos, que más tarde el emperador más mojigato que haya existido jamás, el emperador de la Guerra de Treinta Años, Fernando II, se vio obligado a intervenir, a establecer en Bamberg un comisario imperial para que se cumpliera el derecho del imperio y para que el juez episcopal no comenzara los procesos por medio de la tortura, que los decidía de antemano y llevaba a todos los acusados a la hoguera.

Se condenaba a los brujos muy fácilmente por medio de sus propias confesiones, a veces sin necesidad de tortura. Muchas brujas eran semilocas. Reconocían que se transformaban en bestias. A veces las italianas pretendían convertirse en gatas que, deslizándose bajo las puertas, chupaban la sangre de los niños. En las comarcas de grandes bosques, en Lorena y en el jura, las mujeres de buena gana se convertían en lobas, devoraban a los transeúntes -si hemos de creer sus afirmaciones- (incluso cuando nadie pasaba por allí). Por esto se las quemaba. Muchas doncellas aseguraban haberse entregado al diablo y luego, al ser examinadas, resultaba que todavía eran vírgenes. Se las quemaba. Muchas parecían

tener prisa, necesidad de ser quemadas. A veces padecían de furor, de locura. Y a veces de desesperación. Una inglesa, al ser llevada a la hoguera, dijo al pueblo: "No acuséis a mis jueces... he querido perderme a mí misma. Mis padres se han alejado de mí con horror. Mi marido renegó de mí... Sólo podría volver deshonrada a la vida... he buscado la muerte. Por eso he mentido".

La primera palabra expresa de tolerancia, contra el imbécil Sprenger, contra su terrible Manual y sus dominicos, fue dicha por un legista de Constancia, Molitor. Este hombre dijo con buen sentido que no se podían tomar en serio las confesiones de las brujas, pues aquel que hablaba por boca de ellas era precisamente el padre de la mentira. Se burla de los milagros del diablo, diciendo que son ilusorios. Indirectamente los burlones Hutten y Erasmo, en las sátiras que hicieron de los idiotas dominicos, dieron un golpe violento a la Inquisición. Cardan dice definitivamente: "Para lograr la confiscación de los bienes los dominicos acusaban, condenaban y, apoyados en esto, inventaban mil historias".

El apóstol de la tolerancia, Chátillon, que sostiene contra católicos y protestantes a la vez que no se debe quemar a los herejes, y mucho menos a los brujos, puso los espíritus en una dirección mejor. Agripa, Lavatier, sobre todo Wyer, el ilustre médico de Cléves, dijeron justamente que, si esas brujas mise-rables eran el juguete

del diablo, había que atacar al diablo y no a ellas, había que curarlas, y no quemarlas. Algunos médicos de París llevaron la incredulidad hasta el punto de pretender que las poseídas, las brujas, no eran más que unas pícaras. Esto era ir demasiado lejos. La mayoría de las brujas eran mujeres enfermas, dominadas por una ilusión.

El sombrío reinado de Enrique II y de Diana do Poitiers terminó con la época de tolerancia. En tiempos de Diana se quemó a los herejes y a los brujos. Catalina de Médicis, por el contrario, rodeada de astrólogos y de magos, quería protegerlos. Los brujos se habían multiplicado. El brujo Tres-Escalas, juzgado bajo Carlos IX, calculaba que había unos cien mil y declaró que Francia misma era una bruja.

Agripa y otros, sostienen que toda ciencia proviene de la magia. Magia blanca, es verdad. Pero el terror de los imbéciles, el furor fanático, no veía mucha diferencia en esto. Contra Wyer, contra los verdaderos sabios, contra la luz y la tolerancia, surgió una verdadera reacción de tinieblas allí donde menos podía es-perarse. Nuestros magistrados, que durante un siglo se habían mostrado hombres esclarecidos, justos, arrastrados ahora en gran número por el Catolicón español y la furia de la Liga, se mostraron más sacerdotes que los mismos sacerdotes. Al rechazar la inquisición de Francia, lograron igualarla por el deseo que tenían pie borrarla. A tal punto que una vez el Parlamento de Tolosaizo quemar

de una sola vez cuatrocientos cuerpos humanos. Imaginemos El horror, el negro humo de tanta carne y grasa que en medio de gritos agudos, de los aullidos, se derrite atrozmente, Hierve. ¡Espectáculo nauseabundo y execrable que no se había visto desde los asados y las parrilladas de los albigenses!

Pero esto parece todavía demasiado poco a Bodin, el legista de Angers, adversario violento de Wyer. Este hombre empieza por decir que los brujos son tan numerosos que podrían rehacer en Europa el ejército de Jerjes, de un millón ochocientos mil hombres. Después expresa (a la Calígula) el deseo de que estos dos millones de hombres se juntaran para que él, Bodin, pueda Juzgarlos y quemarlos de una sola vez.

La competencia se hace sentir. Los legistas empiezan a decir que el sacerdote, a veces demasiado ligado a la bruja, no es ya un juez seguro. Los juristas, en efecto, inspiraron más confianza en un momento. El abogado jesuita Del Río en España; Remy1596) en Lorena; Boguet (1602) en el jura; Leloyer (1605) en Anjou, son personas incomparables, dignas de hacer morir de envidia a Torquemada.

En Lorena hubo una especie de terrible epidemia de brujos, de visionarios. La muchedumbre, desesperada por el continuo pasaje de tropas y de bandidos, ya no rezaba más que al diablo. Los brujos arrastraban consigo al pueblo. Los habitantes de muchas aldeas, aterra-

dos, entre el horror de los brujos por un lado y de los jueces por otro, sentían deseos de huir, de abandonar las tierras, si hemos de creer a Remy, el juez de Nancy. En su libro, dedicado al cardenal de Lorena (1596), asegura haber quemado en dieciséis años ochocientas brujas. "Mi justicia es tan buena -dice-, que el año pasado hubo dieciséis que se mataron para no caer en mis manos".

Los sacerdotes estaban humillados. ¿Hubieran podido acaso hacer algo más que este laico? Así, los monjes señores de Saint-Claude, en contra de sus súbditos entregados a la brujería, tomaron por juez a un laico, el honesto Boguet. En esa triste región del jura, pobre comarca de escasos pastos y de abetos, el siervo sin esperanza se entregaba al diablo. Todos adoraban el gato negro.

El libro de Boguet (1602), gozó de inmensa autoridad. Los señores parlamentarios estudiaron como un manual este libro de oro del pequeño juez de Saint-Claude. Boguet, en realidad, es un verdadero legistá, a su manera hasta escrupuloso. Echa la culpa a la perfidia que se usaba en los procesos; no quiere que el abogado traicione a su cliente ni que el juez prometa gracia al acusado para hacerlo morir después. Culpa a las pruebas, todavía tan poco seguras, a que se sometía a las brujas. "La tortura -dice- es superflua. Las brujas no ceden jamás". Final-mente, tiene la bondad de hacerlas

estrangular antes de que las echen al fuego, con excepción de los lobizones, "que de ninguna manera pueden dejar de ser quemados vivos". No cree que Satanás desee pactar con los niños: "Satanás es muy sutil; sabe muy bien que con un niño de menos de catorce años sus tratos podrían ser rotos por falta de edad y de discreción". ¿Quiere decir esto que los niños se han salvado? En modo alguno; el juez se contradice; en otra parte cree que nadie se cura jamás de esta lepra sino quemándolo todo, hasta los niños que están en la cuna. Hubiera llegado a esto si hubiera vivido bastante. Hubiera convertido el país en un desierto. Jamás ha habido un juez más concienzudamente exterminador.

Pero es en el Parlamento de Burdeos donde se lanza el grito de victoria de la jurisdicción laica, en el libro de Lancre Inconstance des démons (1612). El autor, hombre inteligente, conse-jero de ese Parlamento, cuenta triunfalmente su batalla contra el diablo en los países vascos, donde, en menos de tres meses, envió a la hoguera no sé cuántas brujas y, lo que es más importante, a tres sacerdotes. Lancre contempla con lástima a la Inquisición de España que cerca de allí, en Logroño (frontera de Navarra y de Castilla), había arrastrado durante dos años un proceso para terminar con un magro auto-da-fe, y la liberación de todo un pueblo de mujeres.

IV
LAS BRUJAS VASCAS.1609

Esta vigorosa ejecución de sacerdotes indica claramente que el señor de Lancre es un espíritu independiente. En política, lo es. En su libro Du Prince (1617), declara sin rodeos que "la ley está por encima del rey".

Jamás los vascos han sido mejor pintados que en el libro Inconstance. En Francia como en España, sus privilegios los convertían casi en una república independiente. Los vascos franceses no tenían más obligación con el rey que la de servirlo en los ejércitos; al primer toque de tambor debían armar dos mil hombres, bajo capitanes vascos. El clero no pesaba aquí mucho; perseguía poco a los brujos, ya que él mismo era un poco brujo. El fraile bailaba, llevaba espada, concurría con su amante al aquelarre. Esta amante era su sacristana o bénédicte, la mujer encargada del cuidado de la iglesia. El fraile no se peleaba con nadie, decía a Dios su misa blanca durante el día y, por la noche, asistía a la misa

negra del diablo, que a veces se realizaba en la misma iglesia (Lancre).

Los vascos de Bayona y de San Juan de Luz eran hombres de mentalidad aventurera y excéntrica, de fabulosa audacia. Salían en sus barcas, en medio de los mares más embravecidos, a arponear las ballenas, dejando detrás innumerables viudas. Se lanzaban en masa hacia las colonias de Enrique IV, hacia el imperio del Canadá, dejando a sus mujeres entregadas a Dios o al diablo. En cuanto a los niños, estos marinos, tan honestos y probos, hubieran pensado más en ellos si hubieran estado seguros de que eran sus hijos. Pero al regreso de sus ausencias calculaban, contaban los meses, y la cuenta jamás salía bien.

Las mujeres, muy bonitas, muy audaces, imaginativas, pasaban el día en los cementerios, sentadas sobre las tumbas, charlando sobre el aquelarre al que pensaban concurrir por la noche. El aquelarre era su entusiasmo y su furor.

La naturaleza las hacía brujas: las vascas son hijas del mar y de la ilusión. Nadan como peces y juegan entre las olas. Su amo natural es el príncipe del aire, el rey de los vientos y de los sueños, aquel que henchía a la sibila y le soplaba el porvenir. "El juez que las quemó quedó hechizado por ellas: "Cuando se las ve -dice- pasar con la cabellera al viento o caída sobre los hombros, estas mujeres parecen adornadas, armadas y, cuando el

sol pasa a través de estos caballos como si fueran una nube, el resplandor es violento y crea ardientes relámpagos. . . De ahí proviene la fascinación de sus ojos, tan peligrosos para el amor como para el sortilegio".

Este bordelés, magistrado amable, el primer tipo de esos jueces mundanos que aligeraron la toga en el siglo XVII, toca el laúd en los entreactos y hace bailar a las brujas antes de mandarlas a la hoguera. Escribe bien. Es bastante más claro que todos los otros. Y, sin embargo, se percibe en él una nueva causa de oscuridad, inherente a la época. Es que, entre el gran número de brujas que el juez no puede quemar, se percibe finamente que éste había de ser indulgente con aquellas que sepan penetrar mejor en su pensamiento y en sus pasiones. ¿Qué pasiones? Por lo pronto una pasión popular, el amor a lo horrible-maravilloso, el placer de tener miedo, y también -hay que decirlo- la diversión con las cesas indecentes. Añadamos a esto un poco de vanidad: cuanto más terrible y furibundo muestran al diablo estas mujeres ávidas, tanto más halagado se siente el juez de poder derrotar a un rival semejante. Se envuelve en su victoria, reina en su estupidez, triunfa. en medio de esta loca charlatanería.

La mejor pieza de este género es el procesa verbal español del auto-da-fe de Logroño (9 de noviembre de 1610) que se lee en lorente. Lancre, que lo cita con amargura y que quisiera despreciarlo, reconoce el en-

canto infinito de la fiesta, el esplendor del espectáculo, el hechizo profundo de la música. Sobre un cadalso estaban las mujeres que iban a ser quemadas, un número reducido, y, sobre otro, la multitud de las liberadas. a heroína arrepentida, cuya confesión se lee, se ha atrevido a todo. No hay nada más loco que esta confesión. Se dice en ella que, en el aquelarre, los niños son comidos en pedazos y, como segundo plato, se sirven cuerpos de brujos desenterrados. Los sapos bailan, hablan, se quejan amorosamente de sus amantes, las hacen regañar por el diablo. Éste guía cortésmente a las brujas que concurren al aquelarre, alumbrándolas con el brazo de un niño muerto sin bautismo, etcétera.

La brujería entre los vascos franceses ofrece un aspecto menos fantástico. Parece que aquí el aquelarre no era más que una gran a fiesta en la que todos, hasta los nobles, se divertían. En la primera fila figuraban unas personas veladas, enmascaradas, que algunos creían príncipes. "Antes no se veía -dice Lancre-- más que a los idiotas de las landas. Ahora se ven aquí personas de calidad". Satanás, para festejar a estas notabilidades locales, creaba a veces un obispo del aquelarre. Éste es el título que se dio al joven señor de Lancinena, con quien el diablo se dignó abrir el baile.

Bien apoyadas, las brujas podían reinar. Ejercían sobre la comarca un increíble terror imaginario. Numerosas personas se creían sus víctimas y realmente se en-

fermaban de gravedad. Muchos eran castigados con ataques de epilepsia, o ladraban como perros.

La pequeña aldea de Acqs, llegó a contar hasta cuarenta de estos desdichados ladradores. Una dependencia atroz los ligaba a. 1a bruja, al punto que una dama llamada como testigo, al acercarse a la bruja, a. quien ni siquiera veía, se puso a ladrar furiosa merille y sin poder contenerse.

Aquellos a quienes se atribuía un poder tan terrible eran naturalmente los amos. Nadie se hubiera atrevido a cerrarles la puerta.

Un magistrado, el asesor criminal de Bayona, dejó celebrar el aquelarre en su casa. El señor de Saint-Pé, Urtubi, fue obligado a realizar esta fiesta en su castillo. Pero perdió la cabeza a tal punto que imaginó que una bruja le había chupado la sangre. El mielo le dio coraje y, junto con otro caballero, se dirigió a Burdeos, llegó al Parlamento y obtuvo del rey que dos de sus miembros, los señores de Espagnet y de Lancre, fueran comisionados para juzgar a los brujos del país vasco. Comisión absoluta, sin apelación, que procedió con un vigor inesperado, juzgó en cuatro meses a setenta u ochenta brujas y examinó a unas quinientas ,igualmente marcadas por el signo del diablo, pero que figuraron en el proceso sólo como testigos (mayo-agosto de 1609).

No carecía de peligro para dos hombres y algunos soldados proceder en esta forma en medio de una po-

blación violenta, de mente exaltada, de una muchedumbre audaz y salvaje de mujeres de marinos. El otro peligro eran los frailes, muchos de los cuales eran brujos, y a quienes los comisionados laicos debían juzgar, pese a la viva oposición del clero.

Cuando los jueces llegaron, muchas de estas personas se escaparon a las montañas. Otras se quedaron y dijeron que eran los jueces quienes iban a ser quemados. Las brujas se asustaron tan poco que, durante la audiencia, se durmieron con el sueño sabático y aseguraron al despertar haber gozado, en el tribunal mismo, de las beatitudes de Satanás. Muchas dijeron: "Sólo sufrimos por no poder testimoniar que ardemos de deseos de sufrir por él".

Muchas, al ser interrogadas, dijeron que no podían hablar. Satanás les obstruía la laringe, se les subía a la garganta.

El más joven de los comisionados, Lancre, que escribe esta historia, era un hombre de mundo. Las brujas entrevieron que, con un hombre semejante, había medio de salvarse. La liga fue rota. Una mendiga de diecisiete años, la Murgui (Margarita), que había encontrado lucrativo hacerse bruja y que, casi niña, traía y ofrecía niños al diablo, junto con su compañera, una tal Lisalda, de su misma edad, se puso a denunciar a todas las otras. Dijo todo, escribió todo con la vivacidad, la violencia, el énfasis españoles, dando cien detalles impúdicos, verda-

deros o inventados. La Murgui aterró, divirtió, atrapó a los jueces, los manejó como si fueran imbéciles. Así los jueces confiaron a esta muchacha corrompida, ligera, enfurecida, el terrible cargo de buscar en el cuerpo de los muchachos y de las muchachas el lugar en que Satanás había puesto su marca. Este lugar se reconocía por ser insensible y porque en él se podían clavar impunemente agujas. Un cirujano martirizó a las viejas; la Murgui martirizó a las jóvenes que habían sido llamadas como testigos, pero que podían convertirse en acusadas si la Murgui encontraba en ellas la mar- ca satánica. ¡Resulta odioso imaginar a esta desvergonzada convertida en dueña absoluta del destino de esas infortunadas, clavándoles agujas y con poder para entregar a la muerte esos cuerpos ensangrentadas!

La Murgui había logrado dominar de tal modo a Lancre que le hizo creer que, mientras él dormía en su hotel, en Saint-Pé, rodeado de sus servidores y de su escolta, el diablo había entrado por la noche en la habitación y había rezado una misa negra. Las brujas habían llegado hasta su ventana para envenenarlo, pero se habían retirado al ver a Lancre bien custodiado por Dios. La misa negra había sido realizada por la castellana de Lancinena, con quien Satanás había hecho el amor en el dormitorio mismo del juez. Podemos entrever la finalidad probable de este cuento miserable: la mendiga odiaba a la castellana, que era bonita, y que hubiera po-

dido, sin esta calumnia, lograr también cierto ascendiente sobre el galante comisionado.

Lancre y su colega, aterrados, avanzan, no se atreven a retro-ceder. Levantan las horcas reales en los lugares mismos en que Satanás ha realizado el aquelarre. Esto aterró a la gente: se sintió que los comisionados eran fuertes y estaban además armados por el brazo del rey. Las denuncias llovieron como granizo. Todas las mujeres, formando cola, vinieron a acusarse unas a otras. Además se trajo a los niños para que denunciaran a sus madres. Lancre juzga, gravemente, que un testigo de ocho años es bueno, suficiente y respetable.

El señor de Espagnet no pudo conceder más que un momento a este asunto antes de dirigirse a los Estados de Béarn. Lancre, arrastrado por la violencia de las jóvenes denunciantes que hubieran quedado en peligro si no hacían quemar a las viejas, lanzó el proceso al galope, a rienda suelta. Un número suficiente de brujas fue juzgado y condenado a la hoguera. AL verse perdidas, estas mujeres decidieron hablar, denunciar. Cuando las primeras comparecieron ante el juez, se produjo una escena horrible. El verdugo, el ujier, los sargentos, creyeron que había llegado su último día. La multitud se precipitó sobre las carretas para forzar a las desdichadas a retractarse de sus acusaciones. Algunos hombres les pusieron el puñal en la garganta. Las brujas casi perecieron bajo las uñas de sus compañeras enfurecidas.

La justicia se las arregló, sin embargo, para actuar con dignidad. Luego los comisionados pasaron al punto más difícil: el juicio de ocho sacerdotes. Las revelaciones de las muchachas los comprometían en gran medida. Lancre habla de las costumbres de estos sacerdotes como hombre que conoce la historia de primera fuente. Les reprocha no sólo sus correrías galantes en las noches de aquelarre, sino sobre todo sus sacristanas, sus benedictas o amas de llaves. Llega a repetir chismes. Por ejemplo, que los frailes han enviado los marinos a Terranova y traído diablos del Japón para que les entreguen las mujeres.

El clero se conmovió bastante. El obispo de Bayona hubiera querido resistir. No atreviéndose a hacerlo, se ausentó y designó a su vicario general para que asistiera al juicio. Felizmente el diablo ayudó a los acusados mejor que el obispo: como el diablo puede abrir todas las puertas, ocurrió que una mañana cinco de los ocho acusados pudieron huir; los comisionados, sin pérdida de tiempo, quemaron a los tres que quedaban.

Esto ocurrió en agosto de 1609. Los inquisidores españoles que hacían sus procesos en Logroño no obtuvieron el auto-da-fe hasta el 8 de noviembre de 1610, y tuvieron mucho más trabajo que los jueces franceses, en vista del número inmenso, aterrador, de acusados.

¿Cómo quemar a todo un pueblo? Consultaron al Papa y a los más grandes doctores de España. Se decidió dar marcha atrás.

Quedó entendido que no se quemaría más que a los obsti-nados, a aquellos que persistían en negar, mientras los que confesaban serían puestos en libertad. Éste era el método que ya había salvado a todos los frailes en los procesos por libertinaje. Bastaba su confesión y que hicieran, luego, una pequeña penitencia (véase Llorente).

La Inquisición, exterminadora de los herejes, cruel con los moros y los judíos, lo fue mucho menos con los brujos. Éstos, modestos pastores en general, no estaban en lucha contra la Iglesia.

Los placeres bajos, a veces bestiales, de los cuidadores de cabras, inquietaban poco a los enemigos de la libertad del pensamiento.

El libro de Lancre se escribió sobre todo para mostrar cómo la justicia de Francia, laica y parlamentaria, es mejor que la justicia de los sacerdotes. Está escrito con ligereza y al correr de la pluma, con mucha alegría. Se siente aquí la dicha de un hombre que ha cumplido honorablemente con su deber en medio de un gran peligro. Alegría gascona y vanidosa. Lancre cuenta orgullosamente que, en el aquelarre que siguió a la primera ejecución de las brujas, los hijos de éstas se quejaron a Satanás. El diablo les contestó que sus madres no

habían sido quemadas, sino que estaban vivas y eran dichosas. Desde el fondo de una nube, los niños creyeron en efecto escuchar las voces de sus madres, que decían estar en plena beatitud. Sin embargo, Satanás estaba asustado. Se ausentó durante cuatro aquelarres, dejándose sustituir por un diablillo sin importancia. Sólo reapareció el 22 de julio. Cuando las brujas le preguntaron la causa de su ausencia, é1 dijo: "He ido a defender vuestra causa ante Janicot (Juanito, nombre que el diablo da a jesús). He ganado el asunto. Y las que todavía están presas, no serán quemadas".

El gran mentiroso fue desmentido. Y el magistrado vencedor asegura que, cuando se quemó a la última bruja, se vio salir una nube de sapos de su cabeza. El pueblo precipitadamente lanzó piedras contra los animales, de manera que la bruja fue a la vez lapidada y quemada. A pesar de este asalto, no se pudo exterminar a un sapo negro, que escapó a las llamas, a los bastonazos y a las pedradas, y que se salvó, como demonio que era, ocultándose en un lugar en que nunca se lo pudo encontrar.

V
SATANÁS SE HACE ECLESIÁSTICO. 1610

Sea cual fuere la apariencia de satanismo fanático que conservan todavía las brujas, del relato de Lancre y de otros autores del Siglo XVII se desprende de que el aquelarre era, en esta época, primordialmente un asunto monetario. Las brujas obtienen contribuciones casi forzadas, se hacen pagar el derecho de asistencia, multan a los ausentes. En Bruselas y en Picardía las brujas pagan, según una tarifa fija, a quien trae un nuevo miembro a la cofradía.

En los países vascos no hay misterios. Se realizan allí asambleas de doce mil almas, de personas de todas clases, ricos y pobres, sacerdotes y gentilhombres. Satanás mismo, convertido en hidalgo, par encima de sus tres cuernos lleva un sombrero, como un señor. Su antiguo trono, la piedra druídica, le parece un poco duro. Tiene ahora un buen sillón dorado. ¿Quiere decir que ha envejecido? Más ágil que en su juventud, se hace el

travieso, hace cabriolas, salta desde el fondo de un gran cántaro; oficia con los pies en el aire y la cabeza para abajo.

Quiere que todo ocurra honorablemente y hace los gastos de la puesta en escena. Además de las llamas comunes, amarillas, rojas y azules, que divierten los ojos, ocultando las sombras que huyen, deleita los oídos con una extraña música, "sobre todo la música de ciertos cascabeles que cosquillean los nervios", a la manera de las vibraciones penetrantes de la armónica. Para colmo de magnificencia, Satanás hace servir en vajilla de plata. Hasta sus sapos son afectados por estas pretensiones: se convierten en elegantes y, como señores en miniatura, aparecen vestidos de terciopelo verde.

El aspecto, en general, es el de una gran feria, de un gran baile de máscaras con disfraces muy transparentes. Satanás, que conoce el mundo, abre el baile con el obispo del aquelarre, o con el rey y la reina. Dignidades creadas para halagar a los grandes personajes, ricos y nobles, que honran la asamblea con su presencia.

Ya no es esta la sombría fusta de la rebelión, la siniestra orgía de los siervos, de los Jacques, que comulgaban por la noche con el amor y durante el día con la muerte. La violenta ronda del aquelarre no es ya la danza única. Se agregan ahora las danzas moriscas, vivaces o lánguidas, amorosas, obscenas, en las cuales unas muchachas vestidas apropiadamente, como la Murgui, la

Lisalda, simulan, representan las cosas más provocativas. Estas danzas tenían, se dice, irresistible atractivo para los vascos, y allí, al aquelarre, se precipitaba todo el mundo femenino: casadas, doncellas, viudas (éstas en gran número).

Sin estas diversiones y sin la cena no se explicaría quizás el auge del aquelarre. Se trata del amor sin amor. La fiesta es expresamente la fiesta de la esterilidad. Boguet lo ha establecido maravillosamente.

Lancre varía en un pasaje, hace alejar a las mujeres por miedo-a quedar embarazadas. Pero más sincero por lo general, está de acuerdo con Boguet. El cruel y sucio examen que hace este autor del cuerpo de las brujas revela claramente que las cree estériles, y que el amor estéril, pasivo, es el fondo del aquelarre.

Esto hubiera ensombrecido la fiesta, si los hombres hubieran tenido corazón. Las locas mujeres que venían allí a bailar y a comer se convertían al fin en víctimas. Se resignaban entonces, y lo único que deseaban era no quedar preñadas. Es verdad que las mujeres soportaban mucho más que el hombre el peso de la miseria. Sprenger nos cuenta el triste grito que, ya en su época,. escapaba de los pechos en medio del amor: "¡Que el fruto se vaya al diablo!" Y, en ese tiempo (1500), se vivía con dos escudos diarios; en 1600, bajo Enrique IV, se vivía apenas con veinte escudos. En todo este siglo va creciendo el deseo, la necesidad de la esterilidad.

Esta triste reserva, este miedo del amor compartido, hubiera convertido al aquelarre en algo frío, aburrido, si las hábiles directoras de la fiesta no hubieran aumentado el lado burlesca de ésta, llenándola de intervalos reideros. Así, al comienzo del aquelarre ,la escena antigua, groseramente ingenua de la fecundación simulada de la bruja por Satanás (antes por Príapo), era seguida de otro juego: un lavado, una helada purificación (para congelar y esterilizar), que la mujer soportaba con muecas y estremecimientos de horror. Comedia a la manera de Pourceaugnac, en la que la bruja era sustituida generalmente por una figura agradable, la reina del aquelarre, una mujer casada, joven y bonita.

Un rasgo no menos chocante era la hostia negra, naba negra con la que se hacían mil sucias bromas en la antigüedad, desde Grecia, donde se la infligían al hombre-mujer, o joven afeminado que corría tras las mujeres de otro. Satán la cortaba en redondeles, que tragaba con dignidad.

Al final, según Lancre (sin duda repetía las confesiones de las dos desvergonzadas muchachas que le hicieron creer todo), su-cedía algo sorprendente en una asamblea tan numerosa. Se hacía aquí pública ostentación del incesto, la antigua condición satánica para engendrar la bruja, es decir, que la madre concibiera del hijo. Pero esto era inútil ya, cuando la brujería era hereditaria en familias regulares y completas. Tal vez se ha-

cía la comedia, de una grotesca Semíramis o un Nino imbécil.

Algo más serio -una comedia probablemente real, y que indica claramente la presencia de una alta sociedad libertina-, era otra justificación odiosa, bárbara.

Se procuraba atraer a algún marido imprudente, a quien se le hacia beber algún funesto brebaje (datura, belladona) de manera que, hechizarlo, perdía el movimiento, la voz, pero no la facultad de ver. Su mujer, hechizada de otra manera con brebajes eróticos, tristemente fuera de sí, aparecía en un estado natural deplorables: dejaba pacientemente acariciar bajo los ojos indignados de su marido, que no podía hacer nada.

La desesperación visible de ésta, sus esfuerzos inútiles por hablar, por liberar sus miembros inmóviles, sus mudos furores, sus ojos que giraban, daban un cruel placer a los que miraban, análogo por lo demás al que proporcionan algunas comedias de Moliére.

Esta comedia estaba llena de realidad y podía llegar hasta las últimas vergüenzas. Vergüenzas estériles, es verdad, como ocurría siempre en el aquelarre; vergüenzas oscurecidas en el recuerdo de dos víctimas, ya sobrias. Pero los que habían visto y actuado, ¿olvidaban acaso?

Estos actos culpables huelen ya a aristocracia. No recuerdan en nada la antigua fraternidad de los siervos,

el aquelarre primitivo, impío, sucio sin duda, pero libre y sin sorpresas, en el cual todo era querido y consentido.

Evidentemente Satanás, que siempre ha sido un corrompido, seguía empeorando. Se convierte así en un diablo cortés, pícaro, dulzón y, por lo tanto mucho más pérfido e inmundo. ¿Qué es esta cosa nueva, extraña, su acuerdo con los sacerdotes en medio del aquelarre? ¿Quién es este fraile que trae consigo a su benedicta, su sacristana, que toca las cosas de la iglesia, dice por la mañana la misa blanca y por la noche la misa negra? Satanás -dice Lancre-, recomienda hacer el amor a muchachas inteligentes, corromper a sus penitentes. ¡Inocente magistrado! Parece ignorar que desde hace un siglo ya Satanás ha comprendido, explotado los beneficios de la Iglesia.

Se ha hecho director espiritual. O, si lo preferimos, el director espiritual se ha convertido en Satanás.

Recordemos, querido Lancre, los procesos que se iniciaron en 1491, y que quizás contribuyeron a la tolerancia del Parlamento de París. Este Parlamento ya no quema a Satanás, en quien no ve más que una máscara.

Muchas monjas cedían a la nueva treta del diablo, que utilizaba para tentarlas el rostro de un confesor amado. Por ejemplo, Jeanne Pothierre, religiosa de Quesnoy, madura, de cuarenta y cinco años, pero, ¡ay!, demasiado sensible. Esta monja confesó sus furores a su pacer, que no la escuchó y huyó a Falempin, a algu-

nas leguas de distancia. Pero el diablo que no duerme jamás, comprendió que había sacado ventaja y, al verla (dice el analista del caso) "picada por las agujas de Venus, tomó sutilmente la forma del susodicho padre y, cada noche, volvía al convento, se colocaba junto a ella, engañándola al punto que la monja declaró haber sido poseída, de hecho, cuatrocientas treinta y cuatro veces-..."-Su arrepentimiento provocó mucha piedad, y fue dispensada de avergonzarse de sus pecados, pues se construyó para ella una buena fosa enmurallada en el castillo de Selles, donde la monja murió a los pacos días. Verdad es que tuvo una muerte muy católica. ¿Qué puede haber de más conmovedor?. . . Pero todo esto no es nada frente al hermoso asunto de Gauffridi, que tuvo lugar en Marsella mientras Lancre instrumentaba su proceso en Bayona.

El Parlamento de Provenza no tenía que envidiar los éxitos del Parlamento de Burdeos. La jurisdicción laica aprovechó de nuevo la ocasión de realizar un proceso de brujería para convertirse en reformadora de las costumbres eclesiásticas. La justicia laica echó así una mirada severa sobre el cerrado mundo de los conventos. Era una ocasión fiara. Había sido necesario un concurso singular de circunstancias, celos furiosos, venganzas entre frailes. Sin estas pasiones indiscretas, que veremos más tarde estallar todavía una y otra vez, no tendríamos ningún conocimiento del destino real del gran pueblo de

mujeres que moría en esas tristes mansiones, no sabríamos ni una palabra de lo que pasaba detrás de esas rejas, de esos grandes muros que sólo el confesor podía franquear.

El sacerdote vasco que Lancre muestra ligero y mundano, que lleva colgada la espada y baila por la noche en el aquelarre, adonde va acompañado de su cristiana, no era un ejemplo temible. No era esto lo que la Inquisición de España tenía tanto interés en tapar, no era con este fraile que se iba a mostrar indulgente. Se entrevé, en medio de las reticencias de Lancre, otra cosa. Y los Estados Generales de 1614, cuando dicen que no conviene que el sacerdote juzgue al sacerdote, piensan también en otra cosa. Es esto precisamente, este misterio que rompe el Parlamento de Provenza. El director de religiosas, amo de estas mujeres, que dispone de sus cuerpos y de sus almas, las embruja; esto es lo que aparece en el procesa de Gauffridi y, más tarde, en los terribles procesos de Loudun, de Louviers, y en los que hemos conocido por Llorente, Ricci y otros autores.

La táctica usada fue siempre la misma para atenuar el escándalo, desorientar al público, hacer que la gente se fijara en la forma y no viera el fondo. En el proceso contra un fraile brujo, se manchaba siempre al brujo, y se escamoteaba al sacerdote, de manera que toda la culpa recaía sobre las artes mágicas y hacía olvidar la fasci-

nación natural de un hombre dueño de un rebaño de mujeres enteramente supeditadas.

No hubo medio de sofocar el primer asunto. Había estallado en plena Provenza, en ese país de luz en que el sol lo atraviesa todo. El teatro principal de este asunto estuvo no sólo en Aix y Marsella, sino también en el lugar célebre de la Sainte-Baume, sitie de peregrinaje frecuente, donde una muchedumbre de curiosos provenientes de toda Francia asistió al duelo a muerte entre dos religiosas poseídas y sus demonios. Los dominicos, que examinaron la cosa como inquisidores, se comprometieron mucho por el brillo que dieron al asunto y su parcialidad hacia una de las religiosas. Por más que el Parlamento quiso después apresurar el desenlace, los monjes se vieron en la necesidad de explicarse y de excusarse. De ahí el importante libro del monje Michaélis, mezcla de verdad, de fábula, en el cual convierte a Gauffridi, el fraile a quien hace quemar, en Príncipe de los Magos, no sola-rnen te en Francia, sino también en España, Alemania, Inglaterra y Turquía, es decir, en toda la tierra habitada.

Gauffridi parece haber sido un hombre agradable y de méritos. Nacido en las montañas de Provenza, había viajado mucho por los Países Bajos y el Oriente. En Marsella gozaba de la mejor reputación y era cura de la iglesia de Acoules. Su obispo lo escuchaba, y las damas más devotas lo preferían como confesor. Se dice que

tenía un don singular para hacerse amar por todas. Había conservado, sin embargo, buena reputación, y una noble dama de Provenza, ciega y apasionada, ya corrompida por él, llevó su enamoramiento hasta confiarle (tal vez para educarla religiosamente) una encantadora niña de doce años, Madeleine de la Paiud, rubia y de carácter dulce. Gauffridi perdió la cabeza, no respetó la edad, ni la santa ignorancia, ni el abandona en que se encontraba su pupila.

Pero la niña creció, y la doncella noble comprendió entonces su desdicha, comprendió que estaba entregada a un amor inferior y sin esperanzas de matrimonio. Gauffridi, para retenerla, dijo que podía desposarla ante el diablo, ya que no podía hacerlo ante Dios. Acarició el orgullo de la muchacha, diciéndole que él era el Príncipe de los Malos y que ella se convertiría en reina. Le puso en el dedo un anillo de plata grabado con caracteres mágicos. ¿La llevó acaso al aquelarre o simplemente le hizo creer que había asistido, turbándola por medio de brebajes y fascinaciones magnéticas? Lo seguro es que la niña, tironeada entre dos creencias, llena de agitación y de miedo, enloqueció por momentos y tuvo ataques de epilepsia. Tenía miedo de ser raptada en vida por el diablo. No se atrevió ya a quedarse en la casa de su padre y se refugió en el convento de las ursulinas de Marsella.

VI
GAUFFRIDI. 1610

La orden de las ursulinas parecía ser la más tranquila de las órdenes religiosas, la más razonable. Estas monjas no vivían en el ocio y se ocupaban un poco de educar a las niñas. La reacción católica, que se había iniciado con una elevada ambición española de éxtasis, imposible ahora, que había construido locamente innumerables conventos de carmelitas, de bernardinas y de capuchinas, estaba ya agotada. Las muchachas que allí emparedaban, para librarse de ellas, morían en seguida y con sus muertes rápidas acusaban horriblemente la inhumanidad de sus familias. Más que las mortificaciones, las mataba el aburrimiento y la desesperación. Pasado el primer momento de fervor, la terrible enfermedad de los claustros (descrita ya en el siglo v por Casia-no), el pesado aburrimiento, el aburrimiento melancólico de las siestas, el aburrimiento blando que se pierde en indefinible languidez las minaba rápidamente.

Otras parecían locas furiosas: su sangre demasiado fuerte las ahogaba.

Una religiosa, para morir decentemente, sin dejar demasiados remordimientos a sus parientes, requería unos diez años (término medio de vida en el claustro). Había, pues, que aflojar, y algunos hombres de buen sentido y de experiencia comprendieron que, para prolongar la vida de estas mujeres, era necesario ocuparlas en alguna tarea, no dejarlas demasiado tiempo solas. San Francisco de Sales fundó así la orden de las salesianas (visitandinas) que debían visitar a los enfermos por parejas. César de Bus y Romillion, que habían creado la orden de Sacerdotes de la Doctrina (en contacto con el Oratorio), fundaron lo que puede llamarse la orden de las Hijas de la Doctrina, las ursulinas, religiosas maestras, dirigidas por estos sacerdotes. Todo esto se realiaba bajo la elevada inspección de los obispos y en realidad, era de tipo muy poco monástico. Estas monjas todavía no estaban enclaustradas. Las salesianas salían; las ursulinas recibían (por lo menos a los padres de las alumnas). Las unas y las otras estaban en contacto con el mundo y bajo órdenes de directores espirituales estimables. El resultado de todo esto fue la mediocridad. Aunque los oratorianos y los doctrinarios hayan tenido en sus órdenes personas de gran mérito, el espíritu general de la orden era sistemáticamente mediano, moderado, atento a no elevar de-masiado vuelo. El fundador

de la orden de las ursulinas, Ro-million, era un hombre de edad, un protestante convertido, que había pasado por todo y estaba de vuelta de todo. Creía que es-tas jóvenes provenzales eran ya tan sensatas como él y pensaba aumentar a sus ovejas con los magros pastos de una religión llena de oratoria, monótona y razonable. Y es por aquí que volvió a entrar el aburrimiento. Y una mañana todo salió a la luz.

Gauffridi, montañés provenzal, viajero, místico, hombre de pasión y de tumultos, que llegó al convento como director espiritual de Madeleine, obtuvo un efecto distinto. Las monjas sintieron aquí una fuerza y, sin duda por frases escapadas a la loquita enamorada, supieron que estaban frente a una potencia diabólica. Todas tuvieron miedo y, más de una, sintió el amor. Las imaginaciones se exaltan, las cabezas dan vueltas. Cinco o seis monjas rompen a llorar, gritan o aúllan, se sienten poseídas por el demonio.

Si las ursulinas hubieran estado enclaustradas, enmuralladas, si Gauffridi hubiera sido su único director espiritual, él mismo hubiera podido ponerlas de acuerdo de una o de otra manera. Tal vez, como ocurrió en el claustro de Quesnoy en 1491, el diablo, que suele adoptar de buena gana el rostro de la persona que amamos, bajo los rasgos de Gauffridi se hubiera convertido en amante común de todas las religiosas. O lo que ocurrió en esos claustros españoles mencionados

por Llorente: Gauffridi hubiera podido convencerlas que el sacerdote consagra sacerdotisas a las mujeres con quienes hace el amor, y que el pecado cometido con él es una santificación. Opinión difundida en Francia, incluso en París, donde a las amantes de los frailes se les llamaba "las consagradas" (Lestoile, ed. Michaud, pág. 561).

Gauffridi, dueño de todas estas mujeres, ¿continuó siendo fiel a Madeleine? ¿No pasó del amor al libertinaje? No se sabe. La sentencia se refiere a una religiosa que no apareció en el proceso sino hacia el final y que afirmó haberse entregado al diablo y a Gauffridi.El convento de las ursulinas era una casa abierta, a la cual todos iban y veían. Estaba bajo la custodia de los doctrinarios, hombres honestos y celosos. El fundador mismo de la orden estaba allí, indignado y desesperado. ¡Qué desdicha para una orden naciente, que en este mismo momento prosperaba, se extendía por toda Francia! Él deseaba la tranquilidad, el buen sentido, la calma. ¡Y ahora, de pronto, el delirio! Romillion hubiera querido sofocar la cosa. Secretamente hizo exorcizar a las muchachas por uno de sus sacerdotes. Pero los diablos no prestaban atención a los exorcistas doctrinarios. El diablo de la rubiecita, un diablo noble, Belcebú, demonio del orgullo, no se dignó abrir las mandíbulas.

Entre estas poseídas había una muchacha, especialmente favorecida por Romillion, de unos veinticinco

años, bien educada y alimentada en la controversia, nacida protestante pero que, como no tenía padre ni madre, había caído en manos de RomiIlion, protestante convertido como ella. Su nombre, Louise Capeau, parece plebeyo. Era, como se reveló más tarde, una muchacha de inteligencia prodigiosa, de pasiones exaltadas. Añadid a esto una fuerza terrible. Louise soportó durante tres meses, además de su propia tempestad infernal, una lucha desesperada, capaz de aniquilar en ocho días al hombre más fuerte.

Declaró estar poseída por tres demonios: Verrine, buen diablo católico, ligero, un demonio del aire; Leviatán, diablo malo, razonador y protestante; en fin, otro diablo, que Louise reconoció como el diablo de la impureza. Pero olvidó uno: el demonio de los celos.

Louise Capeau odiaba cruelmente a la chiquita, la rubia, la preferida, la orgullosa doncella noble. Ésta, en un acceso, contó que había concurrido al aquelarre y que allí había sido reina, que la habían adorado y que se había entregado, pero al Prínci-pe. . . "¿Qué príncipe?" "Luis Gauffridi, el príncipe de los magos".

Louise sintió esta revelación como una puñalada y se enfu-reció demasiado para dudar. Loca, creyó a la loca, para perderla.

Su demonio fue ayudado por todos los demonios de las celosas. Y todas proclamaron que Gauffridi era el rey de los brujos. El rumor se extendió por todas partes

y se supo que se había realizado una gran captura, nada menos que la del sacerdote rey de los magos, el Príncipe de la Magia para todos los países. Ésta fue la terrible diadema de hierro y de fuego que los demonios-hembras le encajaron a Gauffridi.

Todo el mundo perdió la cabeza, incluso el viejo Romillion. Ya por odio a Gauffridi o por temor a la Inquisición, Romillion sacó el asunto de manos del obispo y llevó a las dos posesas, Louise y Madeleine, al convento de Sainte-Baume. El prior do-minico era aquí el padre Michaélis, inquisidor del Papa en tierra papal de Avignon, y que pretendía serlo para toda la Pro-venza.

Se trataba únicamente de hacer algunos exorcismos. Pero como las dos muchachas debían acusar a Gauffridi, Michaélis había de hacerlo caer así en manos de la Inquisición.

Michaélis debía predicar el Adviento en Aix, delante del Parlamento y comprendió perfectamente hasta qué punto llamaría la atención sobre su persona este caso dramático. Y se apoderó de él con el apresuramiento de nuestros abogados ante un crimen dramático o a algún caso raro de carácter criminal.

Lo bueno, en esta clase de asuntos, consistía en hacer durar el drama a lo largo del Adviento, la Navidad y la Cuaresma, y quemar en Semana Santa, en vísperas del gran momento de Pascua. Michai;lis se reservó para el último acto y confió la gruesa tarea a un dominico fla-

menco que estaba a su servicio, el doctor Dompt, procedente de Lovaina, que ya había exorcizado otras veces y que parecía enquistado en sus tonterías.

Lo mejor que podía hacer el flamenco era no hacer nada. Se le dio un terrible auxiliar en Louise, un auxiliar tres veces más celoso que la Inquisición, de un furor inagotable, de ardiente elocuencia, extraña, barroca a veces, pera sobrecogedora, una verdadera antorcha infernal.

La cosa quedó reducida a un duelo entre los dos diablos, entre Louise y Madeleine, un duelo ante el pueblo. La gente sencilla fue iba en peregrinación a Sainte-Baume, por ejemplo un buen orfebre y un trapero, oriundos de Troyes en Champagne, quedaron encantados al ver que el demonio de Louise castigaba tan cruelmente a los demonios y fustigaba a los magos. Esta gente lloraba de alegría y se iba dando gracias a Dios.

Sin embargo, era un espectáculo terrible (aparece así incluso en la pesada redacción que del proceso verbal hizo el flamenco) este combate desigual. Era terrible ver a esta muchacha mayor y más fuerte, una provenzal robusta, verdadera raza de las piedras de la Crau, lapidar día a día, deshacer, abrumar a su víctima, joven y casi niña, atormentada ya por su enfermedad, loca de amor y de vergüenza, en medio de las crisis de epilepsia. . .

El tomo del flamenco, con los añadidos de Michaélis, un total de cuatrocientas páginas, es un breve ex-

tracto de las invectivas, injurias y amenazas que lanzó Louise durante cinco meses, y de sus sermones, pues esta muchacha predicaba sobre todas las cosas, sobre los sacramentos, sobre la próxima llegada del Anticristo, sobre la fragilidad de las mujeres, etcétera. Después, en nombre de sus diablos, volvía a sus furores y dos veces por día atacaba a la pequeña, sin darle respiro, sin detener un momento el atroz torrente de injurias, hasta que la otra, perdida, ya con un pie en el infierno, según dice ella misma, caía en convulsiones, golpeaba las baldosas con sus rodillas, con su cuerpo, con su cabeza desmayada.

Es verdad que Louise era medio loca: ninguna treta hubiera pedido sostenerla en esta larga empresa. Sus celos le daban una horrible lucidez para clavar el aguijón en todos los lugares en que podía herir el corazón de la pequeña.

Todo estaba al revés: Louise, poseída por el demonio, comulgaba cuando se le daba la gana, reprendía a las personas de más elevada autoridad. La venerable Catalina de Francia, priora de las ursulinas, vino a ver esta maravilla, la interrogó y la sorprendió en flagrante delito de error, de tontería. Louise, impúdica, salió del paso contestándole en nombre de su diablo: "El diablo es padre de la mentira".

Un mínimo, hombre de buen sentido allí presente, al oír esta frase le dijo: "Entonces estás mintiendo". Y

añadió, dirigiéndose a los exorcistas: "¿Por qué no hacéis callar a esta mujer?" Citó luego la historia de una tal Marta, una falsa poseída de París. Como respuesta, hicieron comulgara Louise delante de su acusador. ¡El diablo comulga, el diablo recibe el cuerpo de Dios!. . . El pobre hombre quedó estupefacto. Se humilló delante de la inquisición. Ya había ido demasiado lejos, y no abrió más la moca.

Uno de los medios que usaba Louise para aterrar al público consistía en decir: "Veo magos entre vosotros. . . " Cada uno temblaba.

Victoriosa, desde Sainte-Baume, Louise logró golpear a la misma Marsella. Su exorcista flamenco, reducido al extraño papel cae secretario y confidente del diablo, escribió bajo su dictado cinco cartas: una a los capuchinos de Marsella, para que obligaran a Gaufridi a convertirse; otra, a los mismos capuchinos para que prendieran a Gauffridi, lo agarrotaran con una estola y lo tuvieran preso en una casa que ella iba a indicar; otras a los ,moderados, a Catalina de Francia, a los Sacerdotes de la Doctrina, que se habían declarado contra ella. En fin, esta mujer desbordada, desenfrenada, insultó a su propia superiora: "Me dijisteis al principio que fuera humilde y obediente. . . Os devuelvo el consejo".

Verrine, el diablo de Louise, demonio del aire y del viento, le soplaba palabras locas, ligeras y de insensato orgullo, que herían a amigos y enemigos, a la Inquisi-

ción misma. Un día se rió de Michaélis, que se aburría predicando en Aix en medio del desierto, Mientras que todo el mundo iba a Sainte-Baume a escuchar a Louise. "Tú predicas, oh, Michaélis, tú dices la verdad, pero avanzas poco... Y Louise, sin estudiar, alcanza y comprende la suma de la perfección".

Esta alegría salvaje provenía ante todo de haber quebrado el Spíritu de Madeleine. Una palabra había logrado más que cien sermones. Una bárbara palabra: "Serás quemada" (17 de diciembre). La muchachita, enloquecida, dijo a partir de entonces todo lo que Louise quiso, y la apoyó ruinmente en sus acusaciones.

Madeleine se humilló delante de todos, pidió perdón a su madre, a su superior Romillion, al público, a Louise. Si hemos de creer a ésta, la medrosa la llamó aparte y le suplicó que se apiadara de ella, que no la castigara demasiado.

La otra, tierna como una roca, clemente coma un escollo, comprendió que Madeleine le pertenecía, que podía hacer con ella lo que le diera la gana. Se apoderó entonces de ella, la rodeó ,la turbó y le quitó lo poco que le quedaba de alma. Era el segundo hechizo, pero esta vez, contrariamente al caso de Gauffridi, se trataba de una posesión por el terror. Y la pobre criatura aniquilada, entre la vara y el látigo, fue empujada día tras día por ese sendero de exquisito dolor que consistía en acusar y asesinar al hombre que todavía amaba.

Si Madeleine hubiera resistido, Gauffridi se habría salvado. Todo el mundo estaba contra Louise.

El mismo Michaélis, en Aix, eclipsado por ella en sus prédicas, tratado tan ligeramente, hubiera preferido detener el proceso antes que dejar el mérito de haberlo llevado a cabo.

Marsella defendía a Gauffridi, pues la ciudad se había aterrado al ver avanzar hacia ella la inquisición de Avignon, que había detenido en la ciudad misma a un marsellés.

El obispo y el cabildo, en especial, defendían a su cura. Sostenían que en todo esto no había más que envidia entre confesores, el odio normal de los monjes contra los seglares.

Los doctrinarios hubieran querido terminar con el asunto. Estaban desolados por la propagación del rumor, y algunos tan apenados que parecían dispuestos a abandonarlo todo, incluso el convento.

Las damas estaban indignadas, ante todo la señora Libertat, mujer del jefe de los realistas, que había devuelto Marsella al rey. Todas lloraban por Gauffridi y decían que sólo el diablo podía acusar de esa manera a semejante cordero de Dios.

Los capuchinos, a quienes Louise ordenaba imperiosamente que creyeran en sus palabras al pie de la letra, eran (como todas las órdenes de San Francisco), enemigos de los dominicos. Estaban envidiosos del re-

nombre que éstos sacaban de su poseída. La vida errante de los capuchinos, que los ponía en continuo contacto con mujeres, había provocado frecuentes procesos por malas costumbres. Los capuchinos no deseaban, por lo tanto, que se examinara de cerca la vida de los eclesiásticos. Por esto, se pusieron de parte de Gauffridi. Los poseídos no eran tan raros que no pudiera encontrarse uno cuando se deseaba encontrarlo. Así, los capuchinos se procuraron uno. El diablo por influjo del cordón de San Francisco, dijo todo lo contrario de lo que decía el diablo de Santo Domingo, y los capuchinos lo escribieron en su nombre: "Gauffridi no es en modo alguno mago; no se le puede prender".

En Sainte-Baume no se esperaba esto. Louise pareció desconcertada, y sólo pudo decir que, aparentemente, los capuchinos no habían hecho jurar a su diablo que iba a decir la verdad. Res-puesta pobre ésta, pero que fue apoyada por la temblorosa Madeleine.

Ésta, como un perro castigado y que aún teme que vuelvan a castigarlo, era capaz de todo, hasta de morder y de desgarrar. Fue por medio de ella que Louise mordió atrozmente en esta crisis.

Louise se limitó a decir que el obispo, sin saberlo, ofendía a Dios. Gritó "contra los brujos de Marsella", sin nombrar a nadie. Pero hizo pronunciar a Madeleine las palabras crueles y fatales. Una mujer que hacía dos años había perdido a un hijo, fue designada por ésta

como estranguladora del niño. La mujer, temiendo las torturas, huyó o se escondió. Su marido, su padre, llorando, vinieron a Sainte-Baume, sin duda para conmover a los inquisidores. Pero Madeleine nunca se hubiera atrevido a desdecirse, y repitió la acusación.

¿Quién podía considerarse seguro? Nadie. Desde el momento en que el diablo se convertía en vengador de Dios, desde el momento en que, bajo su dictado, se escribían los nombres de aquellos que debían pasar por las llamas, todos tuvieron, de día o de noche, la pesadilla espantosa de la hoguera.

Marsella, ante una audacia semejante de parte de 1a Inquisición papal, debió apoyarse en el Parlamento de Aix. Desgraciadamente, Marsella sabía que no era querida en Aix. Ésta, la pequeña ciudad oficial de la magistratura y de la nobleza, ha tenido siempre envidia al opulento esplendor de Marsella, esa reina del Mediodía. Fue, por el contrario, el adversario de Marsella, el inquisidor papal quien, para impedir la apelación de Gauffridi ante el Parlamento, recurrió primero a éste. El Parlamento era un cuerpo fanático, compuesto por las gordas cabezas de los nobles enriquecidos el siglo anterior con la masacre de los valdenses. Como jueces laicos, por otra parte, se sintieron encantados de que un inquisidor papal sentara un precedente semejante, reconociendo que, en el juicio a un sacerdote, en un juicio de brujería, la Inquisición sólo podía proceder por inter-

medio de la instrucción preparatoria. Era como si los inquisidores dimitieran todas sus antiguas pretensiones. Un aspecto halagador para los parlamentarios de Aix, como lo había sido para los de Burdeos, fue el sentirse ellos, laicos, convertidos por la Iglesia misma, en censores y reformadores de las costumbres eclesiásticas.

En este proceso, en el cual todo fue extraño y milagroso, nadie se sorprendió de que un demonio furioso se convirtiera de golpe en adulador del Parlamento, en político y diplomático. Louise sedujo a los hombres del rey elogiando al rey difunto. Enrique IV (¿quién lo hubiera creído?) fue canonizado por el diablo. Una mañana, sin motivo, el diablo estalló en elogios "de ese piadoso y santo rey que acaba de subir al cielo".

Este acuerdo entre los dos antiguos enemigos, el Parlamento y la Inquisición, la Inquisición ya segura del brazo secular, de los soldados y del verdugo, el envío de una comisión parlamentaria a Saint-Baume para examinar a los poseídos, escuchar sus declaraciones, sus acusaciones y preparar las listas, esto era algo verdaderamente aterrador. Louise, sin consideraciones, se refirió a los capuchinos como defensores de Gauffridi y anunció "que serían temporalmente castigados" en sus cuerpos y también en su carne.

Los pobres padres quedaron aterrados y el diablo de ellos no abrió más la boca. Se dirigieron al obispo y le dijeron que, en efecto, no se podía rehusar la repre-

sentación de Gauffridi en Sainte-Baume, haciendo acto de obediencia; pero que, después de esto, el obispo y el cabildo lo iban a reclamar y lo iban a poner bajo la protección de la justicia episcopal.

Se había calculado, sin duda, que las dos muchachas iban a turbarse en presencia del hombre amado, que la terrible Louise iba a ser sacudida por los reclamos de su corazón.

Este corazón, en efecto, se despertó ante la presencia del culpable; la furiosa tuvo al parecer un momento de entendimiento. No conozco nada más ardiente que su plegaria para que Dios salvara el hombre a quien ella ha condenado: "Gran Dios, te ofrezco todos las sacrificios que te han sido ofrecidos desde el origen del mundo, y que te ofrecerán hasta el fin de los tiempos. . . todo por Louis... Te ofrezco la plegaria de todos los santos, todos los éxtasis de los ángeles... todo por Louis. Quisiera que hubiera más almas, para que la oblación fuera mayor... ¡todo por Louis, Pater de coe!is Deus, miserere Ludovici! Fili redemptor mundi Deus, miserere Ludovici. . . ", etcétera.

Vana piedad, funesta por otra parte . . . Ella quería que el acusado no se endureciera, se reconociera culpable. En cuyo caso iba a ser quemado, según nuestra jurisprudencia.

Louise, por otra parte, estaba agotada, no podía más. El inquisidor Michaélis, humillado de haber venci-

do por ella, irritado contra el exorcista flamenco que se había subordinado a la muchacha y había dejado ver a todos los secretos resortes de la tragedia, Michaelis venía justamente para quebrar a Louise y sustituirla por Madeleine, si se podía, en este drama popular. La idea no era torpe y revela cierto conocimiento de la escena. El invierno y el Adviento habían sido colmados por la terrible sibila, la furiosa bacante. En una estación más dulce, en la primavera de Provenza, en la Cuaresma, debía figurar un personaje más conmovedor, un demonio femenino, metido dentro de una mu-chachita enferma, una rubia tímida. La doncella pertenecía ade-más a una familia distinguida: la nobleza se interesaba en el caso y también el Parlamento de Provenza.

Michaélis, lejos de escuchar a su flamenco, al hombre de Louise, cuando éste quiso entrar en el consejo de los parlamentarios, le cerró la puerta. Un capuchino, que había acudido también ante una palabra de Louise, gritó: "¡Silencio, diablo maldito!”

Gauffridi, entre tanto, había llegado a Sainte-Baume, donde no hacía buena figura. Hombre inteligente, pero débil y culpable, presentía demasiado el fin de la tragedia popular y, en medio de . cruel catástrofe, se sentía abandonado, traicionado por la taña que había amado. Él mismo se entregó y, cuando lo enfren-taron a Louise, ésta apareció como un juez, uno de esos antiguos jueces de Iglesia, escolásticos crueles y sutiles.

Louise lo interrogó sobre asuntos de doctrina y a todo Gauffridi contestó sí, concediéndole lo más dudoso. Por ejemplo, "que el diablo puede ser creído bajo palabra y juramento".

Esto no duró más que ocho días (del 1° al 8 de enero). El clero de Marsella reclamó a Gauffridi. Sus amigos los capuchinos dijeron que lo habían visitado en su celda y que no habían encontrado allí nada de mágico. Cuatro canónigos de Marsella se presentaron con autorización para detenerlo y lo llevaron a su casa.

Gauffridi había caído muy bajo. Pero sus adversarios no estaban muy alto. Entre los dos inquisidores, Michaélis y el flamenco, reinaba una vergonzosa discordia. La parcialidad del segundo por Louise y del primero por Madeleine sobrepasó las palabras y llegó a los hechos. Había un caos de acusaciones, de sermones, de revelaciones que el diablo había dictado por boca de Louise, y el flamenco, que todo lo había escrito, sostenía que todo era palabra de Dios, y temía que alguien lo removiera. Reconocía su desconfianza por su jefe Michaélis, temía que éste, por favorecer a Madeleine, alterara los papeles para perder a Louise. Los defendió tanto como pudo, se encerró en su cuarto y sostuvo allí un asedio. Michaélis, que tenía de su parte a los parlamentarios, sólo pudo apoderarse del manuscrito invocando el nombre del rey y echando la puerta abajo.

Louise, que no temía a nada, quería enfrentar al rey con fiel Papa. El flamenco apeló al legado contra su jefe Michaélis en Avignon. Pero la prudente corte papal quedó aterrada del escándalo: un inquisidor acusaba a otro inquisidor. Y no apoyó al flamenco, que no tuvo más remedio que someterse. Michaélis, para hacerlo callar, le devolvió los papeles.

Los papeles de Michaélis, que constituyen un segundo proceso verbal muy chato y en modo alguno comparable al otro, no se ocupan más que de Madeleiñe. Le tocaban la música para calmarla. En ellos se anota cuidadosamente si la muchacha come o no come. En verdad se ocupan de;ajasiado de ella, y frecuentemente de manera poco edificante. Se le hacen extrañas preguntas sobre el mago, sobre los lugares de su cuerpo que podrían tener la marca del diablo. La muchacha fue examinada. Aunque ya había sido examinada en Aix por los médicos y cirujanos del Par-lamento, Michaelis, por exceso de celo, la visita en Sainte-Baume y especifica sus observaciones. No se llamó a ninguna matrona. Los jueces, laicos y monjes, reconciliados y no temiendo ya la mutua vigilancia, se transmitieron, al parecer, este desprecio de las formalidades.

Tenían un juez en Louise. La audaz muchacha estigmatizó estas indecencias con un hierro candente: "Los tragados por el Diluvio no hicieron tanto mal co-

mo éstos. Sodoma, ¡nunca se ha dicho algo semejante de ti...”

También dijo: "Madeleine se ha entregado a la impureza". Esto era, en efecto, lo más triste. La pobre loca, por una ciega alegría de vivir, de no ser quemada, o por el sentimiento confuso de que era olla quien impresionaba a los jueces, cantó y bailó a veces con una libertad vergonzosa, impúdica y provocadora. El sacerdote de la Doctrina, el viejo Romillion, tuvo vergüenza por su ursulina. Chocado de ver a aquellos hombres admirar los largos cabellos de la muchacha, dijo que era necesario cortarlos, quitarle esa vanidad.

Madeleine era obediente y dulce en sus buenos momentos. Querían convertirla en otra Louise. Pero los diablos de Madelei-ne eran vanidosos, enamorados, no elocuentes y furiosos, como los de Louise. Cuando se los quiso hacer predicar no dijeron más que banalidades. Michaélis se vio obligado a representar solo su papel. El inquisidor en jefe, que debía sobrepasar de lejos a su subordinado flamenco, aseguró haber sacado de aquel cuerpecito un ejército de seis mil seiscientos sesenta diablos: sólo quedaba un centenar. Para convencer mejor al público, le hizo vomitar el hechizo que, según él, había tragado la muchacha, y se lo sacó de la boca junto con una materia gelatinosa. ¿Quién podía dudar ante una prueba semejante? El auditorio quedó estupefacto y convencido.

Madeleine estaba en camino de curación. El obstáculo para curarse era ella misma. A cada momento decía cosas imprudentes, que podían irritar los celos de sus jueces y hacerles perder la paciencia. Reconocía que todo objeto aludía a Gauffridi, que creía verlo en todas partes. No ocultó sus sueños eróticos. "Esta noche -dijo- estuve en el sabbat. Los magos adoraban mi estatua dorada. Cada uno de ellos, para honrarla, le ofrecía sangre, pinchándose la mano con una lanceta. Él estaba allí, de rodillas, con :a cuerda al cuello, suplicándome que volviera a él y no lo traicionara... Yo resistí... Entonces él dijo: ¿Hay aquí alguien que quiera morir por ella? «Yo», dijo un joven. Y el mago lo inmoló".

En otro momento, Madeleine veía a Gauffridi que le pedía sólo uno de sus hermosos cabellos rubios. "Y, como yo rehusé, él dijo: Por lo menos la mitad de un cabello."

Ella aseguraba, sin embargo, que resistía siempre. Pero, una vez que la puerta estaba abierta, nuestra convertida corrió a todo .'o que daba para reunirse con Gauffridi.

Volvieron a prenderla, o por lo menos prendieron su cuerpo. Pero ¿y el alma? Michaélis no sabía cómo volver a conquistarla. Felizmente vio el anillo mágico. Se lo quitó, lo rompió, lo destruyó, lo quemó. Imaginando que la obstinación de una persona tan dulce provenía de brujos invisibles que se introducían en su

cuarto, puso allí de custodia un soldado bien sólido, con una espada, que golpeaba por todos lados y hacía pedazos seres invisibles.

Pero la mejor medicina para convertir a Madeleine fue la muerte de Gauffridi. El 5 de febrero el inquisidor fue a predicar la Cuaresma a Aix, vio a los jueces y los animó. El Parlamento, dócil ante su empuje, envió gente a Marsella a prender al impru-dente que, viéndose apoyado por el obispo, por el cabildo y los capuchinos, por todo el mundo, había creído que no se atreverían a tocarlo.

Madeleine por un lado, Gauffridi por el otro, llegaron a Aix. Ella estaba tan agitada que se vieron obligados a atarla. Su turbación era aterradora y ya nadie estaba seguro de nada. Se inventó entonces un medio audaz para esta muchacha tan enferma: suscitar uno de esos terrores que provocan convulsiones y a veces matan a las mujeres. Un vicario general del arzobispado dijo que existía en palacio un negro y estrecho osario, de esos que en España llaman pudrideros (como se puede ver en el Escorial). Antiguamente se consumían allí las osamentas de muertos desconocidos. Metieron en este antro sepulcral a la temblorosa muchacha. Se la exorcizó, aplicándole al rostro los helados huesos. Madeleine no murió de miedo, pero a partir de ese momento quedó a discreción de los jueces, que obtuvieron lo que

deseaban: la muerte de la conciencia, la extinción de lo que en ella quedaba de sentido moral y de v6tuntad.

Madeleine se convirtió en un instrumento dócil, capaz de hacer todo lo que se quería de ella, adulador, que buscaba adivinar lo que gustaba a sus amos. Le señalaron unos hugonotes y los injurió. Se la puso delante de Gauffridi y recitó de memoria los cargos de la acusación mejor que los agentes del rey; y esto no le impidió enfurecerse cuando la llevaban a la iglesia, amotinar al pueblo contra Gauffridi, y hacer blasfemar a su diablo en nombre del mago. Belcebú decía por su boca: "Renuncio a Dios en nombre de Gauffridi, renunció a Dios", etcétera. Y, en el momento de la elevación: "¡Que caiga sobre mí la sangre del justo, de parte de Gauffridi!"

Horrible comunidad. Este diablo a dos condenaba al uno por las palabras de la otra: todo lo que Madeleine decía le era imputado a Gauffridi. La muchedumbre aterrada tenía prisa por ver arder al blasfemador mudo, cuya impiedad lo ruborizaba por boca de aquella muchacha.

Los exorcistas le hicieron una pregunta cruel, pregunta a la cual ellos mismos hubieran podido contestar mejor: "¿Por qué, Belcebú, hablas tan mal de tu gran amigo?" Madeleine respondió con estas palabras terribles: "Si hay traidores entre los hombres, ¿por qué no puede haberlos entre los demonios? Cuando estoy con Gauffridi, le pertenezco para hacer todo lo que quiera.

Y, cuando vos me obligáis, lo traiciono y me burlo de él".

Pero Madeleine no mantuvo esta execrable burla. Aunque el demonio del miedo y del servilismo parecía haberla invadido, había todavía en ella lugar para la desesperación. Ya no podía tomar el más leve alimento. Y aquellas gentes que desde hacía cinco meses la exterminaban con exorcismos, que pretendían haber sacado de su cuerpo seis o siete mil diablos, se vieron obligadas a reconocer que la muchacha sólo deseaba morir y buscaba ávidamente todos los medios de suicidarse. Sólo le faltaba el coraje. Una vez se hirió con una lanceta, pero no tuvo fuerza para apretar. Otra, se apoderó de un cuchillo y, cuando se lo quitaron, intentó estrangularse. Se clavaba agujas. Intentó, en un acceso de locura, meterse por la oreja un alfiler largo dentro de la cabeza.

¿Qué pasó con Gauffridi? El inquisidor, que habla tanto de las dos muchachas no dice casi nada de él. Pasa sobre Gauffridi como se pasa sobre el fuego. Lo poco que dice es muy extraño. Cuenta que le vendaron los ojos mientras que, con agujas, buscaban en todo su cuerpo el lugar insensible que revelaba al diablo. Cuando le quitaron la venda, con sorpresa y horror se enteró que tres veces le habían clavado la aguja sin que la sintiera; por lo tanto, tres veces estaba marcado con el signo del infierno. Y el inquisidor añade: "Si estuviéramos en Avignon, este hombre sería quemado mañana".

Gauffridi se sintió perdido y no se defendió más. Intentó averiguar solamente si algunos enemigos de los dominicos no podrían salvarle la vida. Dijo que quería confesarse con los oratorianos. Pero esta nueva orden, que hubiera podido llamarse el justo medio del catolicismo, era demasiado fría y correcta para tomar en manos un asunto semejante, por otra parte tan avanzado y desesperado.

Gauffridi se volvió entonces a los monjes mendicantes, se confesó a los capuchinos, reconoció todo y más que la verdad para comparar la vida con la vergüenza. En España seguramente hubiera sido soltado, mediante una penitencia en algún convento. Pero nuestros parlamentos eran más severos: querían demostrar la pureza superior de la jurisdicción laica. Los capuchinos, poco seguros ellos mismos en lo referente al artículo de las costumbres, no eran gente capaz de atraer la tormenta sobre sí. Rodearon a Gauffridi, lo guardaron, lo consolaron día y noche, pero solamente para que se confesara mago y que, como la magia era la principal acusación contra él, pasaron a segundo plano las dotes de seductor de un director espiritual, cosa que comprometía al clero.

Así, sus amigos los capuchinos, por medio de obsesión, caricias y ternuras, sacaron de Gauffridi la confesión mortal que, según ellos, debía salvar su alma, pero que seguramente entregaba su cuerpo a la hoguera.

Perdido el hombre, terminado, se terminó con las muchachas, a quienes se iba a quemar. Todo fue una farsa. En una gran asamblea del clero y del Parlamento se hizo comparecer a Madeleine y, hablándole, se ordenó a su diablo, Belcebú, que abandonara el cuerpo o que, de lo contrario, expusiera las razones que tenía para no hacerlo. Belcebú se guardó muy bien de hacerlo y partió vergonzosamente.

Después se hizo comparecer a Louise, con su diablo Verrine. Pero antes de expulsar a un espíritu tan amigo de la Iglesia los monjes proporcionaron a los parlamentarios -nuevos en estas cosas- una prueba de la habilidad de este diablo, haciéndole ejecutar una curiosa pantomima. "¿Cómo hacen los serafines, los querubines, los tronos ante Dios?" "Es difícil contestar -dijo Louise-, porque no tienen cuerpo". Pero, cuando le repitieron la orden, hizo un esfuerzo por obedecer, imitando el vuelo de los unos, el ardiente deseo de los otros, en fin, realizó gestos de adoración, prosternándose delante de los jueces, echándose a tierra con la cabeza en el suelo. Se vio entonces a aquella famosa Louise, tan orgullosa y tan indomable, besar el suelo humillada, con los brazos en cruz, pegada a la tierra.

Exhibición singular, frívola, indecente, con la cual se le hizo expiar su terrible éxito popular. Louise conquistó a la asamblea lanzando cruel puñalada contra Gauffridi, que estaba allí aga-rrotado: "Ahora -le dije-

ron-, ¿dónde está Belcebú, el diablo que salió de Madeleine?" "Lo veo claramente: se asoma por la oreja de Gauffridi".

¿No es esto bastante vergonzoso y horrendo? Quedaría aún por saber qué dijo el pobre desdichado durante la tortura. Aplicaran a Gauffridi la tortura ordinaria y la tortura extraordinaria. Lo que debe haber dicho esclarecería, sin duda alguna, la curiosa historia de los conventos de mujeres. Los parlamentarios recogieron ávidamente sus declaraciones, como armas que podrían servirles algún día, pero las guardaron "bajo el secreto del tribunal".

El inquisidor Michaelis, muy atacado por el público por una animosidad que se parecía mucho a los celos, fue llamado por su orden, que se reunía en París, y no pudo así ver el suplicio de Gauffridi, quemado vivo en Aix cuatro días después (30 de abril1611).

La reputación de los dominicos, lastimada por este proceso, no se levantó precisamente con otro asunto de posesión, que arreglaron en Beauvais (noviembre), de manera de obtener aquí todos los honores de la guerra. Este proceso fue impreso en París. Como se había reprobado al diablo de Louise su ignorancia del latín, la nueva posesa, Denise Lacaille, parloteaba algunas palabras en este idioma. Los dominicos hicieron con ella mucho ruido, la llevaron varias veces en procesión, la pasearon desde Beauvais hasta Notre-Dame de Liesse.

Pero el asunto siguió frío. Este peregrinaje a la Picardía no logró el efecto dramático, los terrores de Sainte-Baume. Denise Lacaille, con su latín, no tenía la ardiente elocuencia de la monja provenzal, ni su furor, ni su entusiasmo. En conjunto, no se logró más que divertir a los hugonotes.

¿Qué fue de las dos rivales, de Madeleine y de Louise? La primera, o por lo menos su sombra, fue guardada en tierra papal, de miedo a que se la hiciera hablar sobre el fúnebre asunto. No se mostraron al público más que como ejemplo de penitencia. La mandaron después a cortar madera con unas pobres mujeres, madera que se vendía para obtener limosnas. Sus padres, humillados, la habían repudiado y abandonado.

En cuanto a Louise, había dicho durante el proceso: "No me glorificaré. . . AL terminar el juicio, moriré". Pero esto no sucedió.

Louise no murió: mató una vez más. El diablo asesino que vivía en ella estaba más furioso que nunca. Declaró ante los inquisidores y dio nombres, apellidos y apodos de todos aquellos a quienes suponía afiliados a la magia, entre otros, una pobre muchacha llamada Honorée, "ciega de lis dos ojos", que fue quemada viva.

"Roguemos a Dios -dice finalmente el padre Michaélis-, que toda esto redunde en su gloria y en la de su Iglesia".

VII
LAS POSESAS DE LOUDUN. URBAIN GRANDIER.
1632-1634

En las Memoires D'État que había escrito el famoso padre José, conocidas sólo en extractos, y seguramente podadas por demasiado instructivas, este buen padre explica que, en 1633, tuvo la dicha de descubrir una herejía, una herejía inmensa en la cual chapaleaba un número infinito de confesores y de directores espirituales.

Los capuchinos, legión admirable de custodios de la Iglesia, buena perros del santo rebaño, habían olfateado, sorprendido, no precisamente en los desiertos sino en plena Francia, en el Centro, en Chartres, en la Picardía, en todas partes, una terrible presa, los alumbrados de España (iluminados o quietistas) que, demasiado perseguidos en su país, se habían refugiado en Francia y que, en el mundo de las mujeres, sobre todo en los conven-

tos, difundían ya el dulce veneno que llevó más tarde el nombre de Molinos.

Lo maravilloso es que la cosa no se haya sabido antes. En realidad, no podía mantenerse oculta, ya que estaba tan extendida. Los capuchinos juraron que sólo en la Picardía (país en el que las muchachas son débiles y la sangre más cálida que en el Mediodía) esta locura del amor místico contaba con sesenta mil profesores. ¿Acaso toda el clero? ¿Todos los confesores y directores espirituales? Sin duda debemos tener en cuenta que a los directores oficiales se unieren numerosos laicos, que ardían en el mismo celo por la salvación de aquellas almas femeninas. Uno de éstos, que brilló más adelante con talento y audacia es el autor de Délices spirituelles, Desmarets de Saint-Sorlin.

Es imposible comprender la fuerza todopoderosa del director espiritual sobre las religiosas, cien veces más dueño de éstas entonces que en épocas anteriores, si no se tienen en cuenta las nuevas circunstancias.

La reforma del Concilio de Trento sobre la clausura de los monasterios apenas se siguió bajo Enrique IV, época en que las religiosas recibían a la gente elegante, daban bailes, danzaban ellas mismas, etcétera; esta reforma comenzó seriamente bajo Luis XIII. El cardenal de La Rochefoucauld, o mejor dicho los jesuitas que lo dirigían, exigieron una gran decencia exterior. ¿Quiere esto decir que ya no se podían visitar los conventos? Un

solo hombre podía entrar todos los días, y no sólo en la casa, sino a voluntad en cada celda (como se ve en numerosos asuntos, sobre todo el de David en Louviers). Esta reforma, esta clausura cerró la puerta a todo el mundo, a los rivales incómodos. Dejó al director espiritual frente a frente con sus pupilas, convertido en la única influencia. ¿Qué resultó de esto? Los especuladores podrán hacerse un problema, pero seguramente no se lo harán los hombres prácticos, los médicos. A partir del siglo XVI, el médico Wyer nos explica lo que sucedía por medio de historias muy claras, y cita en su libro IV numerosas religiosas que se volvieron locas furiosas de amor. En su libro III habla de un sacerdote español, que tras entrar casualmente en un convento de monjas de Roma, salió de allí enloquecido, diciendo que las esposas de jesús eran sus esposas, las de él, un sacerdote vicario de Jesús. E hizo decir misas para que Dios le concediera la gracia de desposarse pronto con ese convento.

Si una visita pasajera produjo este efecto, podemos comprender cuál debía ser el estado del director espiritual de los monasterios de mujeres cuando se encontraba solo entre ellas, cuando aprovechando la clausura podía pasar allí todo el día y recibir en cualquier momento la peligrosa confidencia de las debilidades y las languideces de sus pupilas.

Los sentidos no eran los únicos responsables del estado en que se encontraban estas muchachas. Debemos recordar, sobre todo, el aburrimiento, la imposibilidad absoluta de variar de existencia, de salir de una vida monótona por medio de algún desvarío o de algún sueño. ¡Cuántas cosas nuevas ocurrían en aquella época! Los viajes, las Indias, el descubrimiento de la Tierra, la imprenta, sobre todo las novelas... Cuando todo eso ocurría afuera, agitando los espíritus, ¿podemos creer acaso que había alguien capaz de aceptar la pesada uniformidad de la vida monástica, el aburrimiento de los largos oficios, sin otro condimento que algún sermón gangoso?

Los laicos mismos, en medio de tantas distracciones, querían, exigían de sus confesores la absolución de la inconstancia.

El sacerdote se veía arrastrado, forzado, arrinconado. Una literatura inmensa, variada, erudita, se hacía con la casuística, con el arte de permitirlo todo. Literatura por cierto muy progresista, en la cual la indulgencia de ayer parecerá severidad mañana.

La casuística se hizo para todo el mundo: la mística para los conventos.

El aniquilamiento de la persona y la muerte de la voluntad es el gran principio místico. Desmarets formula muy bien cuál es la verdadera importancia moral de esto. Los devotos -nos dice-inmolados en sí mismos

y aniquilados no existen más que en Dios. Por lo tanto, no pueden hacer ningún mal. La parte superior de ellos es a tal punto divina que ignora lo que hace la otra parte?

Podría creerse que el celoso padre José, que había lanzado tan poderoso grito de alarma contra los corruptores, no iba a detenerse e iba a realizar una investigación grande y luminosa; podía creerse que ese pueblo innumerable que, en una sola provincia, contaba con sesenta mil doctores, sería conocido, examinado minuciosamente. Pero no: todos desaparecieron y no se tuvo más noticia de ellos. Algunas, se dice, fueron encarcelados. Pero no hubo ningún proceso. Reinó allí un profundo silencio. Según todas las apariencias, Richelieu se preocupó poco de profundizar la cosa. Su ternura por los capuchinos no lo cegó al punto de seguirlos en un asunto que hubiera puesto en sus manos el poder de usar la Inquisición contra todos los confesores.

En general, los monjes tenían envidia, odiaban al clero secular. Dueño absoluto de las mujeres españolas, era poco querido de las francesas debido a su suciedad; éstas preferían al cura o al jesuita, especie de confesor anfibio, mitad monje, mitad hombre de mundo. Si Richelieu hubiera soltado la jauría de capuchinos, recoletos, carmelitas, dominicos, etcétera, ¿quién hubiera estado seguro dentro del clero? Nadie. ¿Qué director espiritual, qué sacerdote, incluso honesto, no hubiera

usado y abusado del dulce lenguaje de los quietistas para sus penitencias?

Richelieu se guardó muy bien de molestar al clero en momentos en que preparaba una asamblea general en la cual iba a pedir una contribución para la guerra. Se permitió hacer a los monjes un proceso, un único proceso contra un cura, pero un cura mago, lo que ningún confesor, ningún director se reconoció en él y cada uno, con absoluta seguridad, pudo decirse: "Ése no soy yo".

Gracias a estos cuidados tan previsores, cierta oscuridad se hace sentir aún efectivamente en el caso de Grandier. Su historiador, el capuchino Tranquille, demuestra a maravilla que Grandier fue brujo más que diablo, y se le nombra en el proceso, como hubiera podido decirse de Astaroth, Grandiar de las Dominaciones. Por el contrario, Ménage, está cerca de colocarlo are los grandes hombres acusados de magia, entre los mártires del pensamiento libre.

Para ver con más claridad, no es necesario tomar a Grandier aparte, sino conservarle su lugar en la trilogía diabólica de la época, donde representa sólo el segundo acto, iluminarlo por el primer acto que ya vimos en Provenza, en el terrible caso de Sainte-Baume, donde pereció Gauffridi, aclararlo por el tercer acto, mediante el asunto de Louviers, que copia el de Loudun (como Louciun, a su vez, había copiado) y que, por turno, tiene también su Gauffridi y su Urbain Grandier.

Los tres casos son, en realidad, uno e idéntico. Se trata siempre de un cura libertino, siempre aparece un monje envidioso y una rea enfurecida por boca de la cual se hace hablar al diablo y,.finalmente, el sacerdote es quemado.

He aquí lo único que aclara estos casos y permite ver mejor el fango oscuro de los monasterios de España y de Italia. Las religiosasas de estas comarcas de pereza meridional eran extrañadamente pasivas, padecían una vida de serrallo y peor aún. Las francesas, por el contrario, tenían una personalidad ,vigorosa, viva, exigente, eran terribles en sus celos y en su odio, verdaderos diablos (sin rostro), indiscretos sin embargo, ruidosos, acusaderos. Sus revelaciones fueron muy claras, tan claras al fin que todo el mundo se avergonzó y en treinta años, en tres casos distintos, la cosa., que se había iniciado con el horror, se apagó en la chatura, bajo los silbidos y el asco.

No era precisamente en Loudun, en pleno Poitou, en medio de los hugonotes ,bajo sus ojos y sus befas, en la ciudad misma en la cual realizaban sus grandes sínodos nacionales, que podía esperarse un caso escandaloso para los católicos. Pero precisamente los católicos, en las viejas ciudades protestantes, vivían como en tierra conquistada, con una gran libertad, pensando no sin motivo, que los protestantes, con frecuencia masacrados, recientemente vencidos, no iban a decir una pala-

bra. La Loudun católica (magistrados, sacerdotes, monjes, un poco de nobleza y algunos artesanos) vivía separada de la otra, formando una verdadera colonia de conquistadores. La colonia se dividió, como puede adivinarse, por la oposición entre el seglar y el monje.

Los monjes, numerosos y altaneros, como misioneros ocupados de convertir, tenían una posición de privilegio frente a los protestantes y confesaban a las damas católicas cuando, de Burdeos llegó un joven cura discípulo de los jesuitas, culto y agradable, que escribía bien y hablaba mejor aún. Brilló en el púlpito y bien pronto, también en la sociedad. Había nacido en Manceau y, por esto, era pendenciero, pero su educación lo hacía meridional, con una facilidad bordelesa. Era, finalmente, charlatán y ligero como un gascón. En poco tiempo hizo pelear fundamentalmente a toda la aldea: las mujeres estaban de su parte, los hombres contra él (por lo menos casi todos). Se volvió magnífico, insolente e insoportable, ya no respetó nada. Agobiaba con sus sarcasmos a los carmelitas, peroraba en el púlpito contra los monjes en general. La gente se agolpaba para oír sus sermones. Majestuoso y fastuoso, este personaje recorría las calles de Loudun como un padre de la Iglesia y, por la noche, menos ostentosamente, se deslizaba por las callejuelas o por las puertas traseras.

Todas se le entregaron a discreción. La mujer del abogado del rey se conmovió ante él, y más aún la hija

del procurador general, que le dio un hijo. Y no bastó con esto. Este conquistador, dueño de las mujeres, siguió conquistándolas, hasta llegar a las religiosas. Había en esa época por todas partes conventos de ursulinas, hermanas dedicadas a la educación, misioneros femeninos en país protestante, que halagaban, acariciaban a las madres y atraían a las niñas. El convento de Loudun era un pequeño convento de señoritas nobles y pobres. Convento pobre en sí mismo, ya que al fundarlo no se le dio más que la casa, un antiguo colegio hugonote. La superiora, dama de buena nobleza y bien em-parentada, ardía de deseos de elevar su convento; quería ampliarlo, enriquecerlo y hacerlo conocer. Hubiera tomado sin duda come confesor a Grandier, que era el hombre a la moda, pero ya tenía como director espiritual a un cura que tenía raíces en el país: era pariente próximo de dos magistrados principales. El canónigo Mignon, que así se llamaba, dominaba a la superiora. Ella y él en confesión (las damas superioras confesaban a sus religiosas), los dos, descubrieron con rabia que las jóvenes monjas no soñaban más que con ese Grandier, de quien tanto se hablaba.

Entonces el director espiritual amenazado, el marido engañado, el padre ultrajado (tres afrentas en la misma familia) unieron sus envidias y juraron la pérdida de Grandier. Para triunfar bastaba con dejarlo que siguiera su camino. Grandier se perdía por su cuenta y

riesgo. Y estalló en consecuencia un asunto que casi derrumbó a la ciudad.

Las religiosas, en aquella antigua casa hugonote donde las habían metido, no estaban tranquilas. Sus alumnas, niñas de la ciudad, tal vez algunas monjas jóvenes, habían encontrado divertido asustar a las otras, jugar a los aparecidos, a los fantasmas, a los resucitados. No había mucho orden en aquella mezcolanza de muchachitas ricas aduladas. Las jóvenes recorrían por la noche libremente los corredores. Tanto, que se asustaban unas a otras. Algunas estaban enfermas, o lo estaban espiritualmente. Pero estos temores, estas ilusiones, unidos a los escándalos de la ciudad, de los que tanto se hablaba durante el día, hicieron que todas creyeran que Grandier aparecía por las noches. Algunas dijeron haberlo visto, sentido por la noche cerca de ellas, audaz, vencedor, y afirmaron además haber despertado cuando ya era demasiado tarde. ¿Era esto una ilusión? ¿Eran acaso bromas de novicias? ¿Acaso Grandier había comprado a la portera, había osado una escalada del convento? Esto no ha podido jamás aclararse.

Los tres enemigos creyeron que había llegado el momento. Y encontraron, entre las pequeñas gentes que protegían, dos almas bondadosas que declararon que no podían seguir teniendo como cura a un depravado, a un brujo, a un demonio, a un espíritu fuerte que, en la iglesia, "doblaba una rodilla y no las dos"; un hombre que

se burlaba de las reglas y que daba dispensas contra los derechos del obispo. Esta era una acusación hábil, que enfrentaba Grandier al obispo de Poitiers, que debía ser el defensor natural del cura, y lo libraba al odio de los monjes.

Todo esto fue cocinado con genio, hay que reconocerlo. Tras hacer acusar a Grandier por dos pobres, se juzgó útil hacerlo apalear por un noble. En esas épocas de duelos, el hombre impunemente apaleado perdía ante el público, bajaba de categoría ante las mujeres. Grandier sintió la profundidad del gólpe. Como le gustaba el brillo en todo, se dirigió al rey mismo, se puso de rodillas y pidió venganza para su sotana de cura. Si se hubiera encontrado ante un rey devoto, su venganza habría sido satisfecha; pero hubo allí gentes que informaron al rey que se trataba en realidad de asuntos amorosos y del furor de maridos engañados.

Ante el tribunal eclesiástico de Poitiers, Grandier fue condenado a hacer penitencia y a salir desterrado de Loudun, quedando así deshonrado como cura. Pero el tribunal civil reexaminó el caso y lo encontró inocente. Grandier tenía todavía a su favor la autoridad eclesiástica de Poitiers, donde se encontraba el arzobispo de Burdeos, Sourdis. Este prelado belicoso, almirante y valiente marino a la vez que sacerdote, se limitó a encogerse de hombros al oír el relato de aquellos pecadillos. Inocentó al cura y, al mismo tiempo, le aconsejó sabia-

mente que se fuera a vivir a cualquier parte, que saliera de Loudun.

Esto fue precisamente lo que aquel vanidoso no quiso hacer. Por el contrario, fue a gozar de su triunfo en el terreno mismo en que había ganado la batalla, deseoso de pavonearse ante las damas. Volvió a Loudun, a pleno día, con gran alboroto; todas lo vieron pasar desde las ventanas. Grandier desfiló con un laurel en la mano.

No contesto con esta locura, Grandier amenazó, pidió una reparacion. Sus adversarios, acorralados y en peligro, se acordaron del asunto de Gauflridi, en el cual el diablo, el padre de la mentira, honorablemente rehabilitado, había sido aceptado ante la justicia como un buen testigo de cargo, verdadero para la Iglesia y verdadero para las gentes del rey. Desesperados invocaron un diablo y lo tuvieron a pedido. EL diablo apareció en el convento de las ursulina,.

La cosa era bastante dudosa. ¡Pero había tanta gente interesada en el éxito! La superiora veía ya a su convento, pobre y oscuro, bajo las miradas de la corte, de todas las provincias, de toda la tierra. Los monjes se veían victoriosos sobre sus rivales, los curas. Además, se recobraban de esta manera aquellos combates populares que se libraban contra el diablo en el siglo anterior frecuentemente (come en Soissons) en el atrio de las iglesias, ante el terror y la alegría del pueblo por el triunfo

del buen Dios y la confesión forzada del diablo de que "Dios está en el Sacramento", la humillación de los hugonotes, convencidos por el mismo diablo.

En esta comedia trágica el exorcista representaba a Dios o, por lo menos, se convierte en el arcángel que aniquila al dragón. Y descendía del tablado, agotado, brillante de sudor, pero triunfal, para llevado en brazos por la muchedumbre, bendecido por las comadres, que lloraban de alegría.

Por esto, siempre era necesario que se mezclara un poco de brujería a los proceses. Todos se interesaban en el diablo. No siempre se lo pedía ver salir de un cuerpo, en forma de sapo negro (como en Burdeos en 1610). Pero el pueblo estaba resarcido por una soberbia puesta en escena. El áspero desierto de María Magdalena, el horror de la gruta de Sainte-Baume en el asunto de Provenza, contribuyeron en buena parte al éxito.

Loudun tuvo por su parte el estruendo y la bacanal furiosa de todo un ejército de exorcistas divididos entre varias iglesias. Finalmente, en el caso de Louviers, que veremos más adelante, para reavivar este género gastado, idearon escenas nocturnas en que los diablos; con ropas de religiosos, al resplandor de las antorchas, cavaban y sacaban de las fosas los amuletos que allí habían ocultado.

El asunto de Loudun comenzó con la superiora y una hermana convertida por ella. Ambas sufrieron con-

vulsiones y farfullaron diabólicamente. Otras monjas las imitaron, sobre todo una, muy audaz, que retomó el papel de la Louise de Marsella, y en quien apareció el mismo diablo Leviatán, el demonio superior de la chicana y de la acusación.

Toda la ciudad se convulsionó. Los monjes de todos los colores se apoderaron de las monjas, las dividieron, las exorcizaron en grupos de tres y de cuatro. Entre ellos se dividían también las iglesias. Los capuchinos solo ocupaban dos. La muchedumbre corrió allí, especialmente las mujeres y, en medio de aquella audiencia aterrada, palpitante, más de una gritó que también sentía dentro de sí a los diablos. Seis muchachas de la ciudad fueron posesas. Y el simple relato de estas cosas aterradoras hizo que hubiera dos posesas más en Chinon.

Se hablaba de esto en todas partes, en París, en la corte. Nuestra reina española, imaginativa y devota, envió allí a su limosnero. Más aún, lord Montaigu, antiguo papista, su servidor fiel, que todo lo vio y todo lo creyó, informó al Papa. Milagro constatado. Lord Mantaigu había visto las llagas de una monja, los estigmas marcados por el diablo en las manos de la superiora.

¿Y qué dijo de esto el rey de Francia? Toda su devoción es-taba vuelta hacia el diablo, hacia el infierno, hacia el miedo. Se dijo que Richelieu quedó encantado de entretenerlo con algo. Yo lo dudo; los diablos eran esencialmente españoles y pertenecían al partido de Es-

paña; en caso de hablar de política, esta política hubiera sido contraria a la de Richelieu. Tal vez el cardenal se asustó. De todos modos, les rindió homenaje y envió a su sobrina a Loudun para demostrar interés en la cosa.

La corte creyó. Pero Loudun mismo no creía. Sus diablos, pobres irritadores de los diablos de Marsella, repetían por la ma-ñana lo que aprendían por la noche, según el conocido manual del padre Michaélis. No hubieran sabido qué decir si exorcismos secretos, cuidadosa repetición de la farsa del día, no los hubieran preparado y ajustado todas las noches, dándoles un estilo para presentarse delante del pueblo.

Un magistrado firme, el alcalde de la aldea, estalló: fue él mismo a visitar a aquellas pícaras, las amenazó, las denunció.

Este fue también el juicio tácito del arzobispo de Burdeos, ante quien apeló Grandier. El arzobispo envió un reglamento para dirigir por lo menos a los exorcistas, y para terminar con sus arbitrariedades; además, su cirujano, que visitó a las monjas, no las encontró en modo alguno posesas, ni locas, ni enfermas. ¿Qué tenían? Seguramente eran unas pícaras.

Así continuó en el siglo ese hermoso duelo entre el médico y el diablo, el duelo de la ciencia y de la luz contra la mentira tenebrosa. Ya vimos comenzar este duelo con Agripa y Wyer. Un tal doctor Duncan conti-

nuó luchando valientemente en Loudun y, sin miedo, afirmó que el caso era una ridiculez.

El demonio, a quien se considera tan rebelde, tuvo miedo, se calló, perdió la voz. Pero las pasiones estaban demasiado anima-das para que la cosa quedara ahí. La marea remontó hacia Grandier con tal fuerza que los asaltados se convirtieron en asaltantes. Un pariente de los acusadores, un boticario, fue denunciado por una rica señorita de la aldea a quien acusaba de ser amante del cura. Como calumniador, este hombre fue condenado a una muerte honorable.

La superiora estaba perdida. Hubiera podido constatarse fácil-mente lo que vio más tarde un testigo, es decir, que sus estigmas eran pinturas diariamente renovadas. Pero la superiora era parienta de un consejero del rey, Laubardemont, que la salvó. Este hombre, justamente, estaba encargado de arrasar los fuertes de Leudun. Se hizo dar una comisión para juzgar a Grandier. Se le hizo saber al cardenal que el acusado era cura y amigo de la Remencioria de Loudun, uno de los numerosos agentes de María -de Médicis, que se había convertido en el secretario de ésta y que, bajo su nombre, había escrito un panfleto innoble.

Por otra parte, aunque Richelieu 'hubiera querido ser magnánimo y despreciar el asunto, le hubiera sido muy difícil hacerlo. Los capuchinos, el padre José, especulaban por detrás. Richelieu hubiera dado un buen

motivo al padre José para indisponerlo con El rey si no hubiera mostrado celo en el caso. Un tal señor Quillet, que había observado las cosas seriamente, fue a ver a Richelieu y lo previno. Pero el cardenal temió oír, miró al informante de mala gana y éste juzgó prudente refugiarse en Italia. Laubardemont llegó el 6 de diciembre de 1633. Con él vino el terror. Traía poderes ilimitados. Era el rey en persona. Traía toda la fuerza del reino: un mazo atroz para deshacer a una mosca.

Los magistrados se indignaron, el teniente civil previno a Grandier que sería arrestado al día siguiente. Pero Grandier no prestó, atención y se dejó detener. Encarcelado en seguida, sin proceso, In metieron en los calabozos de Angers. Después de sacarlo de ahí, ¿dónde lo llevaron? Nada menos que a la casa y a la habitación de uno de sus enemigos, que había hecho enmurallar las ventanas para que se ahogara. El execrable examen que se hizo sobre el cuerpo del brujo, clavándole agujas para encontrar la maca del diablo, fue realizado por las manos mismas de sus acusadores, que de antemano se vengaron de él, saboreando ya el sabor del suplicio.

Lo llevaron luego a las iglesias y lo enfrentaron a las monjas, a quienes Laubardempnt concedió la palabra. Aparecieron allí unas especie de bacantes, que el boticario condenado emborrachaba con sus brebajes, provocándoles tales furores que un día Grandier pereció casi bajo sus uñas.

Al no poder imitar la elocuencia de la posesa de Marsella, estas mujeres la reemplazaron can cinismo. ¡Espectáculo repugnante!

Aquellas muchachas abusaban de los fingidos diablos para dar rienda suelta ante el público al ilimitado furor de sus senti-dos. Y fue justamente eso lo, que enardeció al auditorio. Venían todos a oír allí, de boca de aquellas mujeres, casas que nadie se atrevia decir.

Lo ridiculo y Io odioso iban en aumento. Las pocas palabras que les soplaban en latín eran repetidas al revés por las muchachas. El público descubría que los diablos no habían todavía aprobado sus primeros cursos de latín. Los capuchinos, sin desconcentrarse, dijeron que, si bien los demonios eran débiles en latía, hablaban a maravilla el iroqués y el topinambur.

Lata farsa innoble, vista a sesenta leguas de distancia, desde Sain.t-Garmain y el Louvre, aparecía como milagrosa, aterradora y terrible. La corte admiraba y temblaba. Richelieu (sin duda para agradar) hizo una cosa cobarde. Hizo pagar a los exorcistas y también alas religiosas.

Un favor tan alto exaltó a la cofradía y la enloqueció total-mente.

Después de las palabras insensatas, vinieron los actos vergonzosos. Los exorcistas, con el pretexto de la fatiga de las monjas, las sacaban a pasear fuera de la ciudad, las acompañaban. Una de ellas volvió encinta. Por

lo menos, lo parecía. En el quinto o sexta mes todo desapareció y el demonio que la poseía reconoció la malignidad que había tenido al calumniar a la pobre religiosa, creando aquella apariencia de embarazo.

Es el historiador del caso de Louviers quien nos cuenta esta interesarte historia de Loudun. Se asegura que el padre José fue secretamente a Loudun, pero que vio el asunto perdido y se retiró sin hacer ruido. Los jesuitas se hicieren también presentes, exorcizaron, hicieron pocas cesas, olfatearen la opinión y se apartaron.

Pero los monjes, los capuchinos, estaban tan comprometidos que ya no les quedaba más que salvarse por medio del terror. Tendieren así pérfidas trampas al valeroso alcalde, a la alcaldesa, para hacerlos caer, para apagar la futura reacción de la justicia. Finalmente exigieron de la comisión que se expidiera sobre Grandier. Las cesas ya no podían ir más lejos. Las monjas mismas se .es escapaban. Después de aquella terrible orgía de furores Sensuales y de gritos impúdicos para hacer correr la sangre humana, dos o tres desfallecieron, sintieron asco y horror de sí mismas: prácticamente se vomitaron a sí mismas. Pese al destino aterrador que les esperaba si hablaban, pese a la certeza de terminar en una fosa, estas monjas dijeron en la iglesia que estaban condenadas, que habían representado la comedia del diablo, que Grandier era inocente.

Se perdieron, pero no detuvieron nada. Una reclamación general de la ciudad, dirigida al rey, nada impidió. Se condenó a Grandier a ser quemado (18 de agosto de 1634).

Era tal la furia de sus enemigos que, antes de la hoguera, exigieron por segunda vez que se clavaran agujas en el cuerpo para buscar la marca del diablo. Uno de los jueces llegó a pedir que te arrancaran las uñas, pero el cirujano rehusó.

Se temía el cadalso, las últimas palabras del paciente. Como se había encontrado entre sus papeles un alegato contra el celibato de los sacerdotes, aquellos que lo acusaban de brujo llegaron a creerlo también un espíritu emancipado. Recordaron entonces las palabras audaces que los mártires del libre pensamiento habían lanzado contra sus jueces, recordaron por ejemplo las palabras supremas de Giordano Bruno, la provocación de Vanini. Quisieron arreglar el asunto con Grandier. Se le dijo que, si se portaba bien, sería salvado de las llamas, que lo estrangularían de antemano. El débil cura, hombre carnal, cedió una vez más ante la carne y prometió no hablar. No dijo nada en el camino y tampoco frente al cadalso. Cuando lo vieron bien atado y todo estuvo listo, se preparó el fuego para que la víctima fuera rápidamente rodeada por las llamas y el humo. Un monje, el confesar de la víctima, sin esperar al verdugo, encendió la hoguera. Grandier no tuvo tiempo más que de decir:

"¡Ah, me habéis engañado!" Pero el torbellino de llamas se elevaba ya, y también el horno de los dolores . . . Ya no se oyeron más que gritos.

Richelieu, en sus Mémoires, habla poco de este asunto y lo hace con vergüenza visible. Da a entender que él siguió los informes que le enviaren, que se sometió a la voz de la opinión. De todos modos, había sobornado a los exorcistas, había dado rienda suelta a los capuchinos, dejándolos triunfar en toda Francia, había alentado y tentado a los canallas. Gauffridi, renovado por Grandier, debió reaparecer todavía una vez más, de manera más sucia, en el caso de Louviers.

Fue justamente en 1634, que los diablos, expulsados del Poitou, pasaren a Normandía, copiaron y recopiaron las tonterías que habían hecho en Sainte-Baume, sin invención y sin talento, sin imaginación. El furioso Leviatán de Provenza perdió su aguijón del Mediodía y sólo pudo arreglar el asunto haciendo que aquellas vírgenes hablaran corrientemente los idiomas de Sodoma. Pero, ¡ay!, en seguida, en Louviers, perdió hasta la audacia, adquirió la pesadez del Norte y se volvió pusilánime.

VIII
LOS POSESAS DE LOUVIERS. MADELEINE BAVENT.
1633-1647

Si Richelieu no hubiera rehusado la investigación solicitada por el padre José contra los directores iluminados, tendríamos extrañas luces sobre el interior de los claustros y la vida de las religiosas. A falta de esto, la historia de Louviers, mucho más instructiva que las de Aix y Loudun, nos muestra cómo el director espiritual, a pesar de tener en el iluminismo un nuevo medio de corrupción, no dejó de emplear los antiguos fraudes de la brujería, de las apariciones diabólicas, etcétera.

De los tres directores sucesivos del convento de Louviers en treinta años el primero, David, es iluminado y molinista (antes de Molinos); el segundo, Picart, actuaba por orden del diablo y como brujo; el tercero, Boulé, aparecía en forma de ángel.

Veamos ahora el libro principal sobre este caso:

Histoire de Madeleine Bavent, religiosa de Louviers, con su interrogatorio, etcétera, 1652, infolio 4°, Ruán.

La fecha de este libro explica la plena libertad con que fue escrito. Durante la Fronda, un sacerdote valiente, un oratoriano, encontró a la protagonista de la historia en las prisiones de Ruán y se atrevió a escribir, bajo su dictado, la historia de su vida.

Madeleine, que había nacido en Ruán en 1607, quedó huérfana a los nueve años. A los doce la pusieron de aprendiza en casa de una lencera. El confesor de la casa, un franciscano, era allí dueño absoluto; la lencera, que hacía los trajes de las religiosas, dependía de la iglesia. El monje hacía creer a las aprendizas (embriagadas con belladona y brebajes de los brujos), que iba a llevarlas al aquelarre, y se casarían con el diablo dragón. Tres aprendizas le pertenecían ya, y Madeleine, a los catorce años, fue la cuarta.

La muchacha era muy devota, sobre todo de San Francisco. Acababa de fundarse en Louviers un convento de San Francisco, obra de una dama de Ruán, viuda del procurador Hennequin, ahorcado por estafa. La dama deseaba con esta buena obra contribuir a la salvación espiritual de su marido. Consultó el punto con un santo varón, el viejo sacerdote David, que dirigía la nueva obra. En las puertas de la ciudad, en los bosques que la rodeaban, el convento pobre y sombrío, de origen tan trágico, parecía un lugar de austeridad. David

era conocido por un libro extraño y violento contra los abusas que manchaban los claustros, el Fouet des pillards. De todos modos este hombre tan severo tenía ideas extrañas sobre la pureza. Era adamita, es decir, predicaba la desnudez de Adán en su inocencia. Dóciles a sus lecciones, las religiosas del claustro de Louviers, para dominar y humillar a las novicias, para hacerlas obedientes, exigían (sin duda en verano) que estas jóvenes Evas se pasearan en el estado de la madre común. Se las ejercitaba de esta manera en algunos jardines privados y en 1a capilla misma. Madeleine, que a los dieciséis años había obtenida permiso para entrar como novicia, era demasiado orgullosa (quizás aún demasiado pura) para soportar esta vida extraña. Su actitud provocó desagrado y fue reprendida por haber intentado, durante la comunión, ocultar sus pechos con el mantel del altar.

Madeleine no desnudaba tampoco su alma, no se confesaba con la superiora, como se acostumbraba hacer en los conventos y era del gusto de las abadesas. Prefería más bien confiarse al viejo David, quo la separó de las otras monjas. Él mismo se confió a ella cuando estaba enfermo. Tampoco le ocultó en modo alguno su doctrina interior, la doctrina del convento, el iluminismo: "El cuerpo no puede manchar el alma. Es necesario que, por el pecado que nos hace humildes y nos cura del orgullo, matemos al pecado", etcetera. . . Las religiosas,

imbuidas de estas doctrinas, las practicaban sigilosamente entre ellas y aterraron a Madeleine con su depravación. La muchacha se apartó de ellas, quedó fuera del grupo, y obtuvo el cargo de tornera.

Madeleine tenía dieciocho años cuando murió David. La avanzada edad de este sacerdote no le había permitido ir demasiado lejos en sus contactos con Madeleine. Pero el cura Picart, su sucesor, la persiguió con furia. Durante la confesión no le hablaba más que de amor. La hizo sacristana, para verla a solas en la capilla. A Madeleine no le gustaba este hombre. Pero las religiosas le prohibieron tomar otro confesor, temiendo que ella divulgara sus pequeños secretos. Esto la ponía en manos de Picart. la atacó una vez que ella estaba enferma, casi moribunda; y volvió a atacarla con el miedo, haciéndole creer que David le había transmitido fórmulas diabólicas. La atacó finalmente por medio de la piedad, fingiéndose él mismo enfermo, y rogándole que fuera a visitarlo. A partir de entonces se convirtió en amo de Madeleine, y parece que también turbó el espíritu de la muchacha con los brebajes del aquelarre. Madeleine empezó a padecer de ilusiones, creyó haber sido raptada junto con él, ser a la vez altar y víctima. Lo cual era demasiado cierto.

Pero Picart no se detuvo en los placeres estériles del aquelarre. Desafió el escándalo y la embarazó.

Las religiosas, cuyas costumbres conocía Picart, temían a este hombre. Dependían también de él por motivos monetarios. El crédito de Picart, su actividad, las limosnas y los dones que lo-graba en todas partes habían enriquecido el convento. Él estaba construyendo para las monjas una gran iglesia. Ya hemos visto en el caso de Loudun cuáles eran la ambición, la rivalidad que reinaba en esas casas, los celos que llevaban a las monjas a sobre-pasarse unas a otras. Picart, que gozaba de la confianza de personajes ricos, se encontró elevado al papel de bienhechor y segundo fundador del convento. "Corazoncito -decía a Madeleine-, yo soy quien levanta esta soberbia iglesia. Después de mi muerte verás maravillas... ¿Por qué no quieres?"

Aquel dueño y señor no se detenía ante nada. Pagó a Madeleine una dote y, de hermana laica que era la convirtió en religiosa, a fin de que, no siendo ya tornera y viviendo en el interior del convento, pudiera cómodamente dar a luz o abortar. Algunas drogas y ciertos conocimientos dispensaban a los conventos de la necesidad de llamar a los médicos. Madeleine (Interrog. pág. 13) dice haber dado a luz varias veces. Pero no dice qué fue de los recién nacidos.

Pican, hombre ya de edad, temía la ligereza de Madeleine, temía que ella llamara alguna mañana a otro confesor y contara a éste sus remordimientos. Decidió entonces ligarla a él por un medio execrable. Exigió de

ella un testamento en el cual prometía morir cuando él muriera, estar donde él estuviera. Esto provocó un gran terror en aquel espíritu débil. Después de todo, ¿debía él arrastrarla consigo a la fosa? ¿Debía meterla en el infierno? Madeleine se creyó perdida para siempre. Convertida en propiedad de aquel hombre, con su alma condenada, él usaba y abusaba de ella en todo. Así, la prostituyó en un aquelarre a cuatro que realizó con su vicario Boullé y otra mujer. Se sirvió de ella para atraer a otras religiosas por medio de hechizos mágicos. Una hostia, empapada en la sangre de Madeleine, enterrada en el jardín, debía turbar los sentidos y el espíritu de estas monjas.

Era justamente el año en que fue quemado Urbain Grandier. En toda Francia no se hablaba más que de los demonios de Loudun. El penitenciario de Evreux, que había sido uno de los actores de esa tragedia, llevó a Normandía el terrible relato. Madeleine se sintió posesa, golpeada por los demonios. Un gato con ojos de fuego la perseguía para hacerle el amor. Poco a poco otras religiosas, por un movimiento contagioso, experimentaron extrañas y sobrenaturales agitaciones. Madeleine pidió auxilio a un capuchino, y después al obispo de Evreux. La superiora, que no podía ignorar esto, no lo lamentó, al ver la gloria y la riqueza que un asunto semejante había dado al convento de Loudun. Pero durante seis años el obispo se hizo el sordo, sin duda

temeroso de Richelieu, que ensayaba en esos momentos una reforma de los claustros.

Richelieu quería terminar con aquellos escándalos. No fue más que después de su muerte y de la muerte de Luis XIII, en la catástrofe que siguió, bajo la reina Ana de Austria y Mazarino, que los sacerdotes volvieron a las obras sobrenaturales y retomaron la guerra con el diablo. Picart había muerto y se temió menos un asunto en el cual aquel hombre peligroso ya no podía acusar a otros. Para combatir las visiones de Madeleine se buscó, se encontró otra visionaria. Se hizo ingresar al convento a una hermana llamada Anne de la Nativité, sanguínea e histérica, por momentos furiosa y medio loca, hasta el punto de llegar a creer en sus propias patrañas. Se organizó el duelo como entre dos dogos. Las dos mujeres se lanzaron toda clase de calumnias. Anne veía el diablo desnudo al lado de Madeleine. Madeleine juraba que ella había visto a Anne en el aquelarre, con la superiora, la madre vicaria y la madre de las novicias. Por otra parte, esto no era nuevo, era un recalentado de los dos grandes procesos de Aix y de Loudun. Las monjas poseían y seguían los relatos impresos. No había aquí inteligencia ni invención.

La acusadora Anne y su diablo Leviatán contaban con el apoyo del penitenciario de Evreux, uno de los actores principales de Loudun. Siguiendo su consejo, el obispo de Evreux ordenó desenterrar a Picart, para que,

al alejar su cuerpo del convento, se alejaran también los diablos. Madeleine, condenada sin ser oída, debía ser degradada y visitada para encontrar en ella la marca diabólica. Le arrancaron el velo y el vestido; apareció así desnuda, como miserable juguete de una curiosidad indigna, una curiosidad que hubiera querido hurgar hasta su sangra para mandarla a la hoguera. Las religiosas no comunicaron a nadie la cruel visita, que ya era un suplicio. Aquellas vírgenes, convertidas en comadronas verificaron si Madeleine estaba encinta, le palparon por todas partes y, con sus agujas plantadas en la carne palpitante, bus-caron el lugar insensible, el signo del diablo. En todas partes encontraron dolor; pero, si no tuvieron la dicha de demostrar que Madeleine era bruja, por lo menos pudieron disfrutar de sus lágrimas y de sus gritos.

De todos modos, la hermana Anne no estaba contenta; por la declaración de su diablo, el obispo condenó a Madeleine, justificada por la visita, a un eterno in pace. Su partida, decían, cal-maría al convento. Pero no fue así. El diablo exigió todavía más; una veintena de religiosas empezó a dar gritos, profetizaban, se debatían.

Este espectáculo atrajo a la muchedumbre curiosa de Ruán, de París mismo. Un joven cirujano de París, Yvelin, que había visto ya la farsa de Loudun, fue a ver la farsa de Louviers. Trajo consigo a un magistrado muy clarividente, consejero de los edecanes de Ruán. Ambos

pusieron en el caso una atención constante, se establecieron en Louviers y lo estudiaron durante diecisiete días.

Desde el comienzo vieron la trampa. Una conversación que mantuvieron con el penitenciario de Evreux, al entrar a la ciudad, les fue luego repetida (como cosa revelada) por el diablo de la hermana Anne. Varias veces fueron con la muchedumbre al jardín del convento. El escenario era impresionante. Las sombras de la noche, las antorchas, las llamas vacilantes y el sumo producían efectos que no se habían visto en Loudun. El método, por otra parte, era simple. Una de las posesas decía: "Se encontrará un talismán enterrado en tal punto del jardín". Se cavaba y se encontraba allí el talismán. Por desdicha, el amigo de Yvelin, aquel magistrado escéptico, no se apartó de junto a la actriz principal, la hermana Anne. Al lado nnismo de un agujero que acababa de abrirse, él le tornó la mano y, al reabrirla, encontró el talismán (un pequeño hilo negro) que ella iba a echar en el foso.

Los exorcistas, el penitenciario, los curas y los capuchinos allí presentes quedaron confundidos. El intrépido Yvelin, bajo su sola autoridad, inició una investigación y vio el fondo del fondo. Entre cincuenta y dos religiosas -dice- había seis posesas, que hubieran merecido una corrección. Otras diecisiete, las hechizadas, eran víctimas, un rebaño de muchachas agitadas

por el mal de los claustros. Yvelin formula esto con precisión; las muchachas eran normales, pero se habían vuelto histéricas, estaban hinchadas por agitaciones de. la matriz, eran, sobre todo, lunáticas y tenían la inteligencia desviada. El contagio nervioso las había perdido. Lo primero que había que hacer era separarlas.

Yvelin examina inmediatamente, con un lenguaje volteriano, las señales por las cuales los sacerdotes reconocían el carácter sobrenatural de las posesas. Ellas predecían, de acuerdo, pero predecían cosas que no se realizaban nunca. Ellas traducen, de acuerdo, pero no comprenden (por ejemplo: la frase ex parte Virginis, quiere decir "la partida de la Virgen"). Ellas saben el griego delante del pueblo de Louviers, pero no lo hablan ante los doctores de París. Ellas saltan, giran, pero no mucho: trepan a un grueso tronco de árbol, al cual puede subir un niño de tres años. En una palabra, lo que tienen de terrible y de verdaderamente contra la naturaleza es su lenguaje: dicen cosas sucias que un hombre no se atrevería a decir.

El cirujano prestó un gran servicio a la humanidad al arrancar la máscara a las monjas. Porque se estaba empujando la cosa, se estaban buscando otras víctimas. Además de los hechizos, se encontraron papeles que fueron atribuidos a David o a Picart, en los que tal o cual persona era denominada bruja y señalada para la muerte. Todos temblaban de ser nombrados. Más y más

intensamente se iba apoderando de ellos el terror eclesiástico.

Estamos ya en la época podrida de Mazarino, en los comienzas de la débil Ana de Austria. Ya no había orden ni gobierno. "No existía más que una frase en el idioma: ¡La reina es tan buena!”

Esta bondad daba al clero oportunidad para dominar. La autoridad laica había sido enterrada con Richelieu, y los obispos, sacerdotes y monjes iban a reinar. La audacia impía del magistrado y de Yvelin comprometía esta dulce esperanza. Llegaron hasta la buena reina unas voces angustiadas, no las voces de las víctimas, sino la de aquellos pícaros tomados en flagrante delito. Fueron a la corte, a llorar por la religión ultrajada.

Yvelin no esperaba este golpe; creía que su cargo en la corte era sólido, ya que desde hacía diez años ostentaba el título de cirujano de la reina. Antes que Yvelin regresara de Louviers a París, se obtuvo de la debilidad de Ana de Austria que se nombrara a otros expertos, precisamente aquellos que se deseaba, un viejo imbécil convertido en niño, un tal Diafoirus, de Ruán, y su sobrino, ambos clientes del clero. Los dos descubrieron que el asunto de Louviers era sobrenatural, que estaba por encima de todo arte humano.

Otro que Yvelin se habría descorazonado. Los comisionados de Ruán, médicos clínicos, trataban de arriba a abajo a este cirujano, este barbero, este frater. La

corte no lo apoyaba. Pero Yvelin se obstinó en hacer prevalecer su punto de vista en un panfleto que quedará. Aceptó librar el gran duelo de la ciencia contra el clero y declaró (como Wyer en el siglo XVI) "que el verdadero juez de estas cosas no es el sacerdote, sino el hombre de ciencia". Con gran trabajo encontró a alguien que se atrevió a imprimir su panfleto, pero nadie quiso venderlo. Entonces, este joven heroico se puso a pleno sol a distribuir su librito. Se apostó en el lugar más transitado de París, en el Pont Neuf, a los pies de la estatua de Enrique IV, y daba su panfleto a los transeúntes. AL fin se transcribía el proceso verbal de aquel vergonzoso fraude: el magistrado arrancaba de las manos de aquellos diablos femeninos la pieza sin réplica que probaba su infamia.

Pero volvamos a la desdichada Madeleine. El penitenciario de Evreux, su enemigo, que la había hecho pinchar (marcando el lugar de las agujas, pág. 67) se la llevó, como presa suya, al fondo del in pace episcopal de la ciudad. Bajo una galería subterránea estaba sumergida una cueva, bajo la cueva había una especie de fosa en la cual fue colocada aquella criatura humana en medio de las tinieblas húmedas. Sus terribles compañeras creyeron que Madeleine iba a morir allí, y no tuvieron siquiera la caridad de darle un poco de lino para que pudiera vendar una úlcera (pág. 45). Madeleine sufría los dolores y la suciedad; estaba acostada entre su pro-

pia inmundicia. La noche perpetua era turbada por un ir y venir inquietante de ratas voraces, muy temidas en las cárceles, pues con frecuencia comían las narices o las orejas de los presos. .

Pero el horror de todo esto no igualaba al terror que la pobre experimentaba ante su tirano, el penitenciario. Él bajaba todos los días a la cueva que estaba encima de la fosa y le hablaba por el agujero del in pace, amenazando, mandando, obligándola a confesar contra su voluntad a que dijera esto o aquello contra otras personas. Madeleine ya no comía. El penitenciario temió que muriera, la hizo sacar momentáneamente del in pace, la puso en la cueva superior. Después, enfurecido por el panfleto de Yvelin, volvió a sumergirla en el pozo de abajo.

La luz entrevista, un poco de esperanza, todo esto perdido de golpe, colmó la desesperación de la mujer. La úlcera se había cerrado, y la desdichada tenía un poco más de fuerza. Se apoderó de ella un furioso deseo de morir. Empezó a tragar arañas, pero luego las vomitaba y no moría. Rompió vidrio en trozos y lo tragó. En vano. Encontró un hierro cortante e intentó degollarse, sin conseguirlo. Después buscó un lugar blando, el vientre, y se hundió el hierro en las entrañas. Durante cuatro horas empujó, giró, sangró. No consiguió nada. Aquella nueva llaga se cerró también pronto. Para col-

mo, la vida tan odiosa volvía a ella con más fuerza. La muerte del corazón no lograba nada.

Volvió a convertirse en una mujer, ¡ay!, deseable todavía, una tentación para los carceleros, brutales criados del obispo que, pese al horror del lugar, a la infección y al estado de la desdichada, venían a disfrutar de ella, creyendo que todo estaba permitido con una bruja. Un ángel la socorrió, según ella. Pudo defenderse de los hombres y de las ratas. Pero no pudo defenderse de sí misma. La prisión deprava el espíritu. Madeleine soñaba con el diablo, le pidió que la visitara, imploró la vuelta de aquellas dichas vergonzosas, atroces, con las cuales la había embriagado en Louviers. El diablo no se dignó volver. El poder de los sueños. Había terminado en ella, los sentidos depravados, pero apagados. Nuevamente sintió el deseo del suicidio. Un carcelero le había dado una droga contra las ratas del calabozo. Estaba ya a punto de tragar el veneno cuando la detuvo un ángel (¿un ángel o un demonio?) que la reservaba para el crimen.

Caída en el estado más vil, en una indecible nada de cobardía, de servilismo, Madeleine firmó listas interminables de crímenes que no había cometido. ¿Valía la pena quemarla? Muchos habían abandonado la idea. Sólo el implacable penitenciario pensaba en tal cosa y ofreció dinero a un brujo de Evreux, que se encontraba

preso, para que sirviera de testigo para condenar a muerte a Madeleine (pág. 68).

Por otra parte, podía aún ser útil para otros usos, se la podía transformar en falso testigo, en instrumento de calumnia. Todas las veces que se quería perder a un hombre, la llevaban a Louviers o a Evreux. Sombra maldita de una muerta que no vivía más que para hacer otros muertos. La llevaron así para croe matara con su lengua a un pobre hombre llamado Duval. El penitenciario le dictó y ella repitió todo dócilmente; le dijo que reconocería por un signo a Duval, a quien jamás había visto. Madeleine lo reconoció y afirmó que lo había visto en el aque-Iarre. Por ella, Duval fue quemado.

Madeleine reconoció después ese crimen terrible, y se estremeció al pensar que tendría que responder de él ante Dios. Fue tal el desprecio que todos sintieron por ella que ya ni siquiera se tomaron el trabajo de vigilarla. Las puertas quedaban abiertas de par en par; a veces le dejaban las llaves. ¿Dónde podía ir, convertida como estaba en un objeto de horror? El mundo, por otra parte, la rechazaba, la vomitaba; su único mundo era su mazmorra.

Bajo la anarquía de Mazarino y de su buena dama la reina, los parlamentos eran la única autoridad. El Parlamento de Ruán, hasta aquel momento el más favorable Al clero, se indignó sin embargo de la arrogancia con que éste procesaba, reinaba, quemaba. Una simple deci-

sión del obispo había hecho que desenterraran a Picart y arrojaran su cadáver al muladar. Entre tanto, se hacía el proceso del vicario Beullé. El Parlamento escuchó la queja de los parientes de Picart, y condenó al obispo de Evreux a reemplazar a su costa la tumba de Louviers. Reclamó a Boullé, se encargó del proceso y, en esta ocasión, sacaron al fin de Evreux a la miserable Madeleine y la pusieron presa en Ruán.

Se temía que el Parlamento hiciera comparecer al cirujano Yvelin y al magistrado que había descubierto el flagrante delito del fraude de las religiosas. Corrieron a París. El canalla Maza-rino protegió a los canallas. Todo el asunto pasó al Consejo del Rey; tribunal indulgente, que no tenía ojos ni oídos, y cuya única misión era enterrar, sofocar, hacer la noche sobre toda justicia.

Al mismo tiempo unos curas untuosos, en las mazmorras de Ruán, consolaban a Madeleine, la confesaban, le impusieron como penitencia que pidiera perdón a sus perseguidoras, las religiosas de Louviers. De todos modos, ya no se pudo hacer testimoniar contra ellas a Madeleine, así ligada. Gran triunfo del clero. El capuchino Esprit de Bosroger, uno de las pícaros exorcistas, ha cantado este triunfo en su Piété affligée, burlesco mo-numento de tontería donde acusa, sin darse cuenta, a las personas a quienes cree defender. Hemos visto ya (en una nota) el hermoso texto del capuchino, en el cual hace pasar por lecciones de los ángeles unas

máximas vergonzosas, que hubieran asustado a Molinos.

Ya he dicho que la Fronda fue una revolución de honestidad. Los tontos no han visto en ella más que la forma, el ridículo; el fondo, muy grave, fue una reacción moral. En agosto de 1647, con cl primer aliento de libertad, el Parlamento avanzó y cortó el nudo.Orden: 1° Que se destruyera la Sodoma de Louviers, que las muchachas dispersas fueran entregadas a sus familias; 2° que a partir de ese momento los obispos de las provincias enviaran, cuatro veces por año, confesores extraordinarios a los conventos de religiosas, para indagar si se renovaban los abusos inmorales.

Sin embargo, era necesario consolar al clero. Se le entregó los huesos de Picart para que los quemara y también el cuerpo vivo de Boullé, quien después de hacer enmienda honorable en el atrio de la catedral fue arrastrado hasta el Mercado de Pescado, donde su cuerpo fue devorado por las llamas (21 de agosto de 1647). Madeleine, o mejor dicho su cadáver, siguió en las prisiones de Ruán.

IX
SATANÁS TRIUNFA EN EL SIGLO XVII

La Fronda es un Voltaire. El espíritu volteriano, tan antiguo como Francia, largo tiempo contenido, estalla en la política y bien pronto en la religión. El gran rey quiere en vano imponer una solemne seriedad. Las risas continúan por debajo.

Pero, ¿no hay aquí más que risas y burlas? En modo alguno: estamos ante el advenimiento de la Razón. Por medio de Kepler, de Galileo, de Descartes y de Newton se establece triunfalmente el dogma razonable, la fe en la inmutabilidad de las leyes de la naturaleza. El milagro ya no se atreve a aparecer y, cuando lo hace, es silbado.

Para decirlo mejor aún: al desaparecer los fantásticos mila-gros del capricho aparece el gran milagro universal, tanto más divino cuanto más regular.

Es la gran Rebelión, que decididamente ha vencido. La reconocemos en la forma audaz de sus primeras explosiones, en la ironía de Galileo, en la duda absoluta de

la cual parte Descartes para iniciar su construcción. La Edad Media hubiera dicho: "Es el espíritu del Maligno".

Victoria en modo alguno negativa, sino afirmativa y de base firme. El Espíritu de la naturaleza y las ciencias de la naturaleza, los proscritos del tiempo antiguo, vuelven, irresistibles. Es la Realidad, la Substancia misma que viene a expulsar las sombras vanas.

Locamente se había dicho: "El gran Pan ha muerto". Después, al ver que todavía vivía, se lo había convertido en dios del mal; a través del caos era posible engañarse. Pero ahora aparecía vivo y viviendo armoniosamente en la sublime fijeza de las leyes que dirigen la estrella y, de igual modo, el profundo misterio de la vida.

De esta época se puede decir dos cosas que no son contradictorias: el espíritu de Satanás ha vencido, pero se ha terminado con la brujería.

Toda la taumaturgia, diabólica o sagrada, está ya muy enferma. Brujos, teólogos, son igualmente impotentes. Han quedado reducidos al estado de empíricos que imploran en vano a un azar sobrenatural o al capricho de la Gracia las maravillas que la ciencia sólo pide a la Naturaleza, a la Razón.

Los jansenistas, pese a su celo, no tienen en todo este siglo nada más que un pobre milagro ridículo que mostrar. Menos felices todavía, los jesuitas, tan poderosos y tan ricos, no pueden a ningún precio procurarse

uno, y tienen que contentarse con las visiones de una mujer histérica, la hermana María Alacoque, enormemente sanguínea, que no veía más que sangre por todas partes. Ante una impotencia semejante, la magia, la brujería podían muy bien consolarse.

Notemos que esta decadencia de la fe en lo sobrenatural, la una sigue a la otra. Ambas estaban ligadas en la imaginación, en el terror de la Edad Media. Y siguen todavía ligadas en la risa y en el desdén. Cuando Moliére se ríe del diablo y "de las calderas hirvientes", el clero se inquieta profundamente; siente que la fe en el paraíso disminuye por igual.

Un gobierno enteramente laico, el del gran Colbert (que fue por largo tiempo el verdadero rey) no ocultaba su desprecio por aquellos viejos asuntos. Vació las cárceles de brujos, amontonados todavía en las prisiones por el Parlamento de Ruán, prohibió a los tribunales admitir la acusación de brujería (1672). Este Parlamento proclamó e hizo comprender claramente que, al negar la brujería, se comprometían muchas otras cosas. La duda en los misterios de aquí abajo sacudía en muchas almas la creencia en los misterios de allá arriba.

El aquelarre desaparecía. ¿Por qué? Porque ya estaba en todas partes. Formaba parte de las costumbres. Sus prácticas son la vida diaria.

Se decía del aquelarre: "Ninguna mujer vuelve de allí encinta". Se reprochaba Al diablo, a la bruja, ser

enemigos de la generación, detestar la vida, amar la muerte y la nada, etcétera. Y resultaba justamente que en el piadoso siglo XVII, en que la bruja expira, el amor a la esterilidad y el miedo a engendrar se han convertido en la enfermedad general.

Si Satanás lee, evidentemente encuentra motivo de risa al leer a los casuistas, sus continuadores. ¿Hay, sin embarga, alguna diferencia entre ellos? Sí. Satanás, en aquellos tiempos aterradores, fue previsor para los hambrientos, se apiadó del pobre. Pero los casuistas tienen piedad del rico. El rico, con sus vicios, su lujo, su vida de corta es un necesitado, un miserable, un mendigo. Se presenta a la confesión, humildemente amenazador, a extraer del doctor casuista la autorización para pecar a conciencia. Algún día alguien escribirá (si tiene el valor) la sorprendente historia de las cobardías del casuista que quería conservar a su penitente, los expedientes vergonzosos a que descendió. Desde Navarro hasta Escobar se estableció un extraño comercio a costa de la esposa, y el asunto todavía se disputa. Pero esto no es bastante. El casuista está vencido, todo lo suelta. Desde Zoccoli a Ligouri (1670-1770) ya no defiende a la naturaleza.

El diablo, como se sabe,tiene dos caras en el aquelarre: una arrimaba, amenazadora; otra, burlesca, en el trasero. Hoy en día, cuando ya nada tiene que hacer, ha regalado esta última al casuista.

Lo que más debía divertir a Satanás es que sus fieles se encuentran ahora entre las gentes honestas, los matrimonios serios ,regidos por la Iglesia. La mujer de mundo, que eleva su casa por medio del gran recurso de aquellos tiempos, el adulterio lucrativo, sonríe de la prudencia y sigue audazmente a la naturaleza. Pero la familia devota no sigue más que a su jesuita. Para conservar, concentrar las fortunas, para dejar un hijo rico, entra en los senderos oblicuos de la nueva espiritualidad. En la sombra y en el secreto, la mujer más orgullosa, de rodillas en el reclinatorio, se ignora a sí misma, se olvida, se ausenta, sigue la lección de Molinos: "Estamos aquí abajo para sufrir. Pero la indiferencia piadosa, a la larga, endulza todo, lo adormece. Se obtiene la nada. . . ¿La muerte, acaso? No, exactamente. Sin mezclarse, sin responder a las cosas, se tiene el eco de éstas, vago y dulce. Es como un azar de la Gracia, suave y penetrante, que nunca es mas intenso que las humillaciones en que se eclipsa la voluntad".

Profundidades exquisitas. . . ¡Pobre Satanás, cómo te han sobrepasado! Humíllate, admira y reconoce a tus hijos.

Los medicos, que son realmente los hijos legítimos del diablo, que nacieron del empirismo popular llamado brujería, que son los herederos favoritos a quieres el diablo entregó el más elevado patrimonio, ya no se

acuerdan bastante. Y son ingratos con la bruja, que los preparó.

Hacen aún más. A aquel rey caído, a su padre y autor, le infligen golpes de látigo... Tu quoque, fili mi!... Y dan armas crueles contra el diablo a los burlones.

Ya los médicos del siglo XVI se habían reído del Espíritu que, desde tiempo inmemorial, pasando por las sibilas y por las brujas ,había agitado e hinchado a las mujeres. Sostenían que este espiritu no era diablo ni Dios, sino, como se decía en la Edad Media: "El Príncipe del aire". ¡Convertían a Satanás en una enfermedad!

La posesión no sería más que el efecto de la vida en cautividad, sentada, de la vida seca, tensa de los claustros. Los 6.500 diablos de la pequeña Madeleine de Gauffridi, las legiones que se debatían en el cuerpo de las monjas exasperadas de Loudun y de Louviers, fueron llamadas tempestades físicas por estos doctores. "Si Eolo hace temblar la tierra -dice Yvelin-, ¿no puede acaso hacer temblar el cuerpo de una muchacha?" El cirujano que atendió a la Cadiére (caso que veremos luego) dice fríamente: "No se trata más que de una sofocación de la matriz".

¡Extraña decadencia! ¿Acaso el terror de la Edad Media, vencido, desorientado ante los más simples remedios, los exorcismos a la Moliére, va a huir y desvanecerse?

Sería reducir la cuestión. Satanás es otra cosa. Los médicos no han visto lo alto ni lo bajo -ni su elevada rebelión en la ciencia-, ni los extraños compromisos de intriga devota y de impureza que el diablo realizó hacia 1700, uniendo a Príapo con Tartufo.

Se cree conocer al siglo XVIII y jamás se ha visto una cosa esencial que lo caracteriza.

Cuanto más civilizadas, esclarecidas, inundadas de luz eran sus capas superiores, su superficie; más herméticamente se cerraba por debajo la vasta región del mundo eclesiástico, del convento, de las mujeres crédulas, enfermizas y dispuestas a creerlo todo. A la espera de Cagliostro, de Mesmer y de los magnetizadores que aparecieron hacia el fin del siglo, numerosos sacerdotes explotaron la difunta brujería. No hablaban más que de hechizos, provocaban el terror y se encargaban luego de expulsar a los demonios por medio de exorcismos indecentes. Aparecieron muchos brujos, porque ya se sabía que se arriesgaba poco, que nadie iba a ser quemado. La dulzura de la época los protegía, y también la tolerancia que predicaban sus enemigos los filósofos y la ligereza de los grandes burlones, que creían terminar con todo si se reían. Y es precisamente porque se reía que esos tenebrosos maquinadores prosiguen su camino, sin miedo. El espíritu nuevo es el espíritu del regente, escéptico e indulgente. Este espíritu es talla en las Lettres persanes, estalla en todas partes, en el poderoso periodista

que llena el siglo: Voltaire. Si la sangre humana corre, su corazón entero se subleva. Por lo demás, ríe. Poco a poco la máxima del público mundano parece ser: "No castigar nada, reír de todo".

La tolerancia permite al cardenal Tencin ser públicamente el marido de su hermana. La tolerancia asegura a los dueños de los conventos una posesión tranquila de las religiosas, hasta llegar a declarar los embarazos, y constatar legalmente los nacimientos.'La tolerancia excusa al padre Apollinaire, descubierto en un vergonzoso exorcismo.El galante jesuita Cauvrigny, ídolo de los conventos de provincia, expía sus aventuras con un llamado a París, es decir, con una promoción.

No fue otro el castigo del famoso jesuita Girard: éste merecía la horca y fue colmado de honores, murió en olor de santidad. Es este el asunto más curioso del siglo. Pone el dedo sobre el método de la época: la mezcla grosera de las más opuestas maquinarias. Las suavidades peligrosas del Cantar de los Cantares eran, como siempre, el prefacio. Se continuaba con María Alacoque, con el matrimonio de los corazones ensangrentados, condimentado con las morbosas dulzuras de Molinos. Girard añadió a esto el aliento diabólico y los terrores del embrujo. Fue, a la vez, el diablo y el exorcista. En fin, cosa terrible, la infortunada que inmoló bárbaramente, lejos de obtener justicia, fue perseguida hasta la muerte. Esta mujer desapareció. Probablemente fue

encerrada por orden de prisión, enterrada viva en un sepulcro.

X
EL PADRE GIRARD Y LA CADIÉRE. 1730

Los jesuitas tenían mala suerte. Estando tan bien en Versalles, donde eran los dueños de la corte, no conseguían el menor crédito de parte de Dios. No lograban ni el más pequeño milagro. Los jansenistas, por lo menos, contaban con abundancia de conmovedoras leyendas. Un número infinito de criaturas enfermas, inválidas, de rengos, de paralíticos, encontraban un momento de curación al visitar la tumba del diácono Páris. Aquel desdichado pueblo, abrumado por una serie de atroces males (el Gran Rey, el primero; después la Regencia y el Sistema, que convirtieron a tanta gente en mendigos), este pueblo, iba a solicitar la salud de un pobre hombre de bien, un imbécil virtuoso, un santo, pese a sus ridiculeces. Y después de todo, ¿por qué reír? La vida del diácono es mucho más conmovedora que risible. No es sorprendente que aquellas pobres gentes, conmovidas ante la tumba de un bienhechor, olvidaran de golpe sus

males. Es cierto que la curación no duraba, pero poco importaba esto: el milagro se había realizado, es decir, el milagro de la devoción, del buen corazón, del agradecimiento. Más adelante, la truhanería se mezcló a todo esto; pero en ese momento (1728) aquellas extrañas escenas populares eran enteramente puras.

Los jesuitas lo hubieran dado todo por obtener el más mínimo de esos milagros que, sin embargo, negaban. Trabajaban desde hacía cincuenta años en adornar con fábulas y cuentitos la leyenda del Sagrado Corazón, la historia de María Alacoque. Desde hacía veinticinco o treinta años procuraban hacer creer que su cofrade Jacobo II, no contento con curarse de los lamparones (en su condición de rey de Francia) se divertía después de su muerte haciendo hablar a los mudos, caminar derecho a los rengos, enderezando a los torcidos. Los curados se torcían todavía más. En cuanto a los mudos, se descubrió desdichadamente que la mujer que representaba este papel era una pícara conocida, descubierta en flagrante delito de robo. Esta mujer recorría las provincias y, en todas las capillas dedicadas a santos famosos, se curaba y recibía limosnas. Después, recomenzaba la cosa en otra parte.

En lo referente a milagros, la comarca del Mediodía es más apropiada. Existen allí mujeres nerviosas, fácilmente exaltables, dispuestas a hacer de sonámbulas, de milagreras, de estigmatizadas, etcétera.

Los jesuitas contaban en Marsella con un obispo, Belzunce, hombre de corazón y de coraje, ilustre después de la famosa peste, pero crédulo y limitado, bajo cuya protección se podían arriesgar muchas cosas. Le habían puesto al lado a un jesuita del Franco Condado, que no carecía de inteligencia; un hombre que, bajo su apariencia austera, predicaba amablemente en el género florido, un poco mundano, amado por las damas. Se trataba de un verdadero jesuita, capaz de triunfar de dos maneras: por in-trigas femeninas o por medio del santissimo. Girard no tenía de su parte ni la edad ni la figura: era un hombre de cuarenta y siete años, alto, seco, que parecía extenuado; un poco duro de oído, de aspecto sucio, escupía continuamente (págs. 50, 69, 254).1 Había enseñado durante largo tiempo, hasta los treinta y siete años, y conservaba ciertos gustos de colegio. Desde hacía diez años, es decir, a partir de la gran peste, era confesor de religiosas. Había logrado éxito y tenía sobre ellas gran ascendiente, al extremo de obtener de ellas lo más contrario a sus temperamentos provenzales: les había impuesto las doctrinas y las disciplinas de la muerte mística, la pasividad absoluta, el perfecto olvido de sí mismas. El terrible acontecimiento que fue la peste había aplastado el valor, había enervado los corazones, ablandados por cierta mórbida languidez. Las carmelitas de Marsella, bajo la dirección de Girard, fueron lejos en

este misticismo; al frente estaba una tal hermana Rému-sat, que pasaba por santa.

Los jesuitas, pese a este éxito, o quizás a causa de él, alejaron a Girard de Marsella; quisieron utilizarlo para levantar su convento de Tolón. El convento, realmente, lo necesitaba. El magnifico establecimiento de Colbert, el Seminario de Limosneros de la Marina, había sido confiado a los jesuitas para que despabilaran a aquellos jóvenes limosneros de la dirección de los lazaristas, bajo la cual estaban casi en todas partes. Pero los dos jesuitas que pusieron al frente del establecimiento eran poco capaces. Uno era un tonto; el otro (el padre Sabatier), un hombre singularmente colérico, pese a su edad. Tenía la insolencia de la antigua marina francesa y no guardaba ninguna medida. En Tolón no se le reprochaba tener una querida y que ésta fuera una mujer casada, sino el exhibirla insolentemente, de manera ultrajante, para ofender al marido. Procuraba que este marido conociera toda su vergüenza, sintiera a fondo los pinchazos. Las cosas fueron tan lejos que el pobre hombre se murió .Por lo demás, los rivales de los jesuitas eran todavía más escandalosos. Los observantinos, que dirigían a las clarisas (o claristas) de Ollioules, tenían públicamente a las religiosas como queridas y, como si esto no bastara, tampoco respetaban a las pequeñas pupilas. El padre guardián, un tal Aubany, había vio-lado una niña

de trece años; perseguido por los padres, se refugió en Marsella.

Girard, nombrado director del Seminario de Limosneros iba, con su austeridad aparente y su habilidad real, a hacer prevalecer a los jesuitas sobre unos monjes hasta tal punto comprometidos, sobre los poco instruidos y vulgares curas párrocos.

En esa comarca, en la cual los hombres son bruscos, muchas veces ásperos en su aspecto exterior y en el hablar, las mujeres aprecian mucho la dulce gravedad de los hombres del Norte; les oyen hablar complacidos, el idioma aristocrático oficial, el francés.

Girard, al llegar a Tolón, seguramente conocía de antemano el terreno. Cantaba allí con una tal Guiol, que venía a veces a Marsella, donde tenía una hija carmelita. Esta Guiol, mujer de un pequeño carpintero, se puso enteramente a disposición de Girard, tanto y más de lo que él quería. Era una mujer madura, de su edad (cuarenta y siete años), muy vehemente, corrompida. y capaz de todo, dispuesta a hacer cualquier clase de servicios, hiciera él lo que hiciere, fuera él lo que fuere, un depravado o un santo.

La Guiol, además de su hija carmelita en Marsella, tenía otra que era hermana conversa de las ursulinas de Tolón. Los conventos de las ursulinas, religiosas maestras, eran en todas partes un centro de reunión: su locutorio, frecuentado por las madres de las alumnas,

servía de intermediario entre el claustro y el mundo. En el convento de ursulinas y por medio de éstas, veía Girard sin duda a las damas de la ciudad, entre otras a una de unos cuarenta años, soltera, la señorita Gravier, hija de un antiguo contratista de trabajos del rey en el Arsenal. Esta dama tenía una sombra que no se separaba de ella: su prima, la Reboul, hija de un patrón de barca, que era su sola heredera y que, pese a tener casi la misma edad que su prima (treinta y cinco años) esperaba heredarla. Alrededor de ellas se formó poco a poco un pequeño cenáculo de admiradoras de Girard, que se convirtieron en sus penitentes. A veces entraban también al cenáculo algunas muchachas, como la señorita Cadiére, hija de un comerciante; una modista, la Laugier, y la Batarelle, hija de un barquero. Se realizaban allí lecturas piadosas y, en ocasiones, alguna merienda. Pero nada interesaba tanto como ciertas cartas en que se contaban los milagros y los éxtasis de la hermana Rémusat, todavía viva (murió en febrero de 1730). ¡Qué gloria para el padre Girard, que la había elevado tanto! Se leían estas cosas, las mujeres lloraban, gritaban de admiración. Si bien todavía no se llegaba al éxtasis, no se estaba muy lejos. Y la Reboul, para agradar a su parienta, se ponía a veces en un estado especial con el conocido procedimiento de sofocarse dulcemente y taparse la nariz. Entre estas mujeres y muchachas la menos ligera era, sin duda Catherine Cadiére, de dieci-

siete años, delicada y enfermiza, dedicada a la devoción y a la caridad, con un rostro mortificado que parecía indicar que, pese a su juventud, había sentida más que nadie las grandes desdichas de aquel tiempo, las plagas de Provenza y de Tolón. Esto se explica fácilmente. La Cadiére había nacido durante la terrible hambre de 1709 y, en el momento en que una niña se convierte en muchacha, presenció el terrible espectáculo de la gran peste. Parecía marcada por estos dos acontecimientos, un poco fuera de la vida, ya casi del otro lado.

Esta triste flor era enteramente de Tolón, del Tolón de en-tonces. Para comprenderla debemos recordar lo que es, lo que fue esta ciudad.

Tolón es un pasaje, un lugar de embarque, la entrada de un puerto inmenso y de un gigantesco arsenal. Esto es lo que se impone primero al viajero y le impide ver la ciudad. Sin em-bargo, existe allí una ciudad, una ciudad muy vieja. Viven en ella dos pueblos diferentes: el funcionario extranjero y el ver-dadero tolonés, poco amigo del primero, envidioso del empleado y con frecuencia indignado de los grandes aires que se da la Marina. Todo esto concentrado en las tenebrosas callejuelas de una ciudad estrangulada entonces por un estrecho cinturón de fortificaciones. La originalidad de esta pequeña ciudad negra es encontrarse justamente entre dos océanos de luz, el maravilloso espejo de la bahía y el majestuoso anfiteatro de las montañas pela-

das, de un gris deslumbrante, que ciegan al mediodía. Las calles parecen entonces más sombrías. Las que no descienden directamente hacia el puerto y obtienen allí alguna luz están siempre profundamente oscuras. Senderos sucios y pequeños comerciantes, tiendas mal provistas, invisibles a quien se pasea durante el día, crean el aspecto general. El interior forma un laberinto de callejuelas, donde se encuentran muchas iglesias y antiguos conventos convertidos en cuarteles. Generosos arroyos, cargados y sucios por las aguas servidas, corren allí como torren-tes. El aire circula poco y uno se sorprende de encontrar tanta humedad en un clima tan seco.

Frente al nuevo teatro, una calle que se denomina la rue de I`Hópital va desde la calle Royale, bastante angosta, hasta la estrecha calle Canonniers (S. Sébastien). Se diría un punto muerto. El sol lanza allí una mirada al mediodía, pero el lugar le parece tan triste que pasa en seguida, devolviendo a la calle-juela su sombra oscura.

Entre estas negras casas la más pequeña era la del patrón Cadiére, revendedor. La única entrada era por el negocio y había un cuarto en cada piso. Los Cadiére eran personas honestas, devotas, y la señora Cadiére un espejo de perfecciones. Estas buenas gentes no eran completamente pobres. No solamente la casita les pertenecía sino que, como la mayoría de los burgueses de Tolón, poseían una quinta. Generalmente la quinta es una casucha, un cerco pedregoso que da un poco de

vino. En las épocas grandes de la Marina, bajo Colbert y su hijo, el prestigioso movimiento del puerto beneficiaba a la ciudad. El dinero de Francia llegaba allí. La cantidad de grandes señores que por allí pasaba, arrastraba consigo su séquito, sus numerosos criados, que formaban una multitud derrochadora, que dejaba mucho detrás. Todo terminó bruscamente. Cesó aquel movimiento artificial; ya ni siquiera se podía pagar a los obreros del Arsenal; los barcos desmantelados quedaban sin reparar, y se terminó por vender la madera."Tolón sintió con fuerza el contragolpe de todo esto. Durante el sitio de 1707, la ciudad pareció casi muerta. Y ¿qué decir del terrible año de 1709, el 93 de Luis XIV? En ese año, todos los males a la vez -un invierno cruel, el hambre, la epidemia-parecían querer diezmar a Francia. Ni los árboles de Provenza se libraron. Cesaron las comunicaciones. Los caminos estaban cubiertos de mendigos, de gente hambrienta. Tolón temblaba, rodeada de bandoleros que cortaban todas las rutas.

Para colmo de males, en este año cruel, la señora Cadiére se embarazó. Ya tenía tres hijos varones. El mayor ayudaba a su padre en el negocio. El segundo estaba con los predicadores y debía hacerse fraile dominico (jacobino, como decían). El ter-cero estudiaba para sacerdote en el seminario de los jesuitas. Los esposos deseaban una hija; la señora Cadiére pedía a Dios que la niña fuera una santa. Pasó los nueve meses del embara-

zo rezando, ayunando o no comiendo más que pan de centeno. Tuvo una hija: Catherine. La niña era muy delicada y, como sus hermanos, un poco enfermiza. La humedad de la casa sin aire, la débil alimentación de una madre muy económica y más que sobria contribuían a esto. Los hermanos padecían de escrófulas, que se abrían a veces, y la niña también las tuvo en sus primeros años.

Sin ser exactamente enferma, tenía la gracia dolorosa de los niños débiles. Creció sin fortalecerse. A la edad en que los otros sienten la fuerza, la dicha de la vida ascendente, ella decía ya: "Viviré poco tiempo".

Tuvo la viruela y quedó un poco marcada. No sabemos si era 1bonita. Pero seguramente era agradable, con todos tos encantado-res contrastes de las jóvenes provenzales y su doble naturaleza. Era viva y soñadora, alegre y melancólica, una buena devota can salidas inocentes. En el intervalo de los largos oficios, si la llevaban a la quinta con otras muchachas de su edad, no tenía dificultad en hacer lo que hacían las otras, en cantar o bailar, colgándose un tamborcillo al cuello. Pero estos días eran raros. Con mayor frecuencia, su gran placer era trepar a lo más alto de la casa, encontrarse más cerca del cielo, ver un poco el día, percibir, quizá, un trozo de mar, o alguna aguda punta de la amplia tebaida de montañas. Las montañas aparecían serias desde aquí, pero un paco menos siniestras, menos peladas,

con un manto claro salpicado de arbustos, de alerces .La muerta ciudad de Tolón contaba, en el tiempo de la peste, con 26.000 habitantes. Masa enorme, concentrada en un punto. Y de este punto quitemos un cinturón de grandes conventos adosados a las rampas: los conventos de mínimos, de oratorianos, de jesuitas, de capuchinos, de recoletos, de ursulinas, de salesianas, del Refugio, de bernardinos, del Buen Pastor y, en el centro, el enorme convento de los dominicos. Añadid las iglesias parroquiales, los presbiterios, el obispado, etcétera. El clero lo ocupaba todo; el pueblo, por así decirlo, no ocupaba nada."

Se adivina cómo, en un foco tan concentrado, el flagelo mordió ásperamente. El buen corazón de la ciudad de Tolón fue fatal para ella. Tolón recibió generosamente a los escapados de Mar-sella. Estos refugiados podían muy bien traer la peste, al igual que los fardos de lana a los que se atribuía la introducción de la plaga. Los notables, aterrados, quisieron huir, dispersarse por la campaña. El primero de los cónsules, el señor d'Antrechaus, de heroico corazón, los detuvo, diciéndoles con severidad: "¿Y qué será del pueblo, señores, en esta ciudad condenada, si los ricos se llevan su dinero?" Así los retuvo y obligó a todo el mundo a quedarse. Se atribuían los horrores de Marsella a la comunicación entre los habitantes. D'Antrechaus ensayó el sistema opuesto. Este sistema consistía en aislar, encerrar a los habitantes

de Tolón en montañas. Todo aquel que no estaba bien debía quedarse en su casa bajo pena de muerte. Durante siete largos meses, d'Antrechaus mantuvo la apuesta imposible de guardar y alimentar a domicilio una población de 26.000 almas. En ese tiempo Tolón quedó convertido en un sepulcro. No había más movimiento que el de la distribución matutina del pan, de puerta en puerta, y luego, el retiro de los muertos. Los médicos perecieron en su gran mayoría y lo mismo pasó con los magistrados, exceptuando a d'Antrechaus. Los enterradores morían. Los reemplazaron, con una brutalidad precipitada y furiosa, los desertores condenados. Se tiraban a veces los cadáveres, desde un cuarto piso, de cabeza a un boquete. Una madre acababa de perder a su hija, una niña. Sintió horror de ver precipitar de esa manera el cuerpecito y, a fuerza de dinero, consiguió que los enterradores descendieran el cadáver por la escalera. En el trayecto la niña volvió en sí, se reanimó. Volvieron a subirla; la pequeña sobrevivió. De tal manera que fue la abuela del sabio M. Brun, autor de una excelente historia del puerto.

La pobrecita Cadiére tenía justamente la edad de la pequeña muerta que sobrevivió, doce años, edad tan vulnerable para su sexo. El cierre general de las iglesias, la supresión de las fiestas (¡la Navidad era muy alegre en Tolón!) todo esto fue como el fin del mundo para la niña. AL parecer, nunca se repuso del todo. Tampoco

Tolón se levantó ya más. La ciudad siguió conservando su aspecto de desierto. Todo estaba arruinado, enlutado, viudo, huérfano; muchos desesperados. Y en medio de esto se elevaba la gran sombra de d'Antrechaus, que había visto perecer a los demás, que había visto morir a sus hijos, a sus hermanos y a sus colegas, y que se había arruinado gloriosamente, al punto de que tenía que comer en casa de sus vecinos; pero los pobres se disputaban el honor de alimentarlo.

La pequeña Cadiére dijo a su madre que ella nunca más usaría los hermosos vestidos que tenía, y hubo que venderlos. Sólo quería ser útil a los enfermos; arrastraba siempre a su madre al hospital, que quedaba al final de la calle. Una vecinita, la Laugier, que había perdido a su padre, vivía miserablemente con su madre. Catherine iba a visitarla continuamente y le llevaba su comida, sus ropas, todo lo que podía. Pidió a sus padres que costearan a la Laugier los gastos de aprendizaje en casa de una modista, y era tal el ascendiente de Catherine sobre ellos que no le negaron este gran gasto. Su piedad, su buen corazón, su encanto, la hacían todopoderosa. Su caridad era apasionada: no le bastaba con dar, también amaba. Hubiera querido que la Laugier fuera perfecta. La traía con frecuencia a su casa, hacía que se acostara a su lado. Ambas habían sido aceptadas por las hijas de Santa Teresa, una tercera orden organizada por los carmelitas. Catherine Cadiére daba aquí el ejemplo y, a los trece

años, parecía una carmelita perfecta. Una salesiana le había prestado algunos libros místicos, que ella devoraba. La Laugier, a los quince años, era todo lo contrario: no quería hacer nada, fuera de comer y ser bella. Lo era, y por este motivo la habían hecho sacristana de la capilla de Santa Teresa. Esto daba ocasión a una gran intimidad con los sacerdotes; así, cuando su conducta le hizo merecer la ex-pulsión de la congregación, hubo una autoridad, un vicario ge-neral, que llegó a decir que, si había expulsión, él prohibiría las visitas a la capilla.

Ambas muchachas tenían el temperamento de la comarca, una extrema agitación nerviosa y lo que se llamaba vapores de madre (de matriz). Pero los resultados eran opuestos: la Laugier era carnal, golosa, holgazana, violenta; en la pura y dulce Catherine todo era cerebral y, ya fuera a causa de sus enfermedades o de su viva imaginación, que lo absorbía todo en ella, no tenía ninguna idea del sexo. "A los veinte años parecía de siete". No pensaba más que en rezar y en dar, y no quería casarse. AL oír la palabra "matrimonio" se echaba a llorar, como si le hubieran propuesto que abandonara a Dios.

Le habían prestado, para que leyera, la vida de su patrona, Santa Catalina de Génova, y ella había comprado Las Moradas, de Santa Teresa. Pocos confesores la seguían en este entusiasmo místico. Los que hablaban torpemente de estas cosas, la herían. Así, no pudo con-

servar ni al confesor de su madre, cura de la catedral, ni a un carmelita, ni al viejo jesuita Sabatier. A los dieciséis años se confesaba con un sacerdote de San Luis, de elevada espiritualidad. Pasaba todo el día en la iglesia, al punto que su madre, que había quedado viuda y la necesitaba, por devota que fuera, la reprendía al regreso. Pero esto no era culpa de ella. Catherine olvidaba todo en medio de sus éxtasis. Las muchachas de su edad la creían una santa, al punto que alguna vez en la misa creyeron ver a la hostia que, atraída por la fuerza del amor de Catherine, volaba hacia ella por su cuenta y se colocaba en su boca.

Los dos hermanos menores de la Cadiére estaban dispuestos de manera muy diversa hacia Girard. El mayor, que estaba con los predicadores, sentía por el jesuita la antipatía natural que inspira esta orden ala orden de Santo Domingo. El otro, que estudiaba para cura con los jesuitas, consideraba a Girard un santo, un gran hombre; lo había convertido en su héroe. Catherine amaba a su hermano menor, enfermizo como ella. Sin duda la impresionó lo que él decía sin cesar de Girard. Un día, ella encontró a Girard en la calle; lo vio grave pero bueno y dulce, hasta el punto que una voz interior le dijo: Ecce Homo (allí estaba, éste era el hombre que debía guiarla). El sábado Catherine fue a confesarse con él y él le dijo: "Señorita, os esperaba". Ella quedó sorprendida y conmovida; no pensó que su hermano podía

haber prevenido al sacerdote, sino que creyó que la voz misteriosa le había hablado también a él, y que los dos participaban en aquella comunión celeste de los avisos del cielo.

Pasaron los seis meses veraniegos sin que Girard, que la confesaba todos los sábados, diera ni un paso hacia ella. Lo contenía el escándalo del viejo Sabatier. Hubiera sido prudente mantenerse ligado al afecto más oscuro, a la Guiol, bastante madura en verdad, pero ardiente y que parecía la encarnación del diablo.

Fue la Cadiére quien, inocentemente, hizo un avance. Su hermano, el jacobino aturdido, había prestado a una dama y había hecho circular por la ciudad una sátira titulada La Moral de los jesuitas. Éstos se enteraron pronto del asunto. Sabatier juró que iba a escribir a la corte y a obtener una orden de prisión contra el jacobino. Catherine se turbó, quedó aterrada; con lágrimas en los ojos fue a ver al padre Girard para pedirle que interviniera. Poco después, cuando volvió a verlo, él le dijo: "Tranquilizaos. Vuestro hermano no tiene nada que temer. Yo he arreglado el asunto". Catherine quedó enternecida. Girard sintió su ventaja. ¡Un hombre tan poderoso, amigo del rey, amigo de Dios, y que acababa de mostrarse tan bueno! ¿Qué podía haber de más fuerte para un corazón juvenil? Él se atrevió y le dijo (siempre en su lenguaje equívoco): "Volved a mí; entregaos enteramente". Ella no se ruborizó y, con su pureza de ángel,

contestó: "Sí", sin comprender nada, salvo que él iba a ser su único director espiritual.

¿Qué pensaba Girard de la muchacha? ¿Tenía intenciones de convertirla en su querida o en instrumento de charlatanería? Girard flotaba en la duda, pero creo que se inclinaba por la segunda idea. Él podía elegir, encontrar placeres no peligrosos. Y Catherine Cadiére estaba bajo la custodia de una madre muy piadosa. Vivía con su familia, un hermano casado y los dos eclesiásticos en una casa muy estrecha, cuya única entrada era por el negocio que dirigía el hermano mayor. La muchacha sólo salía para ir a la iglesia. Sea cual fuere su simplicidad, sentía por instinto las cosas impuras, las cosas peligrosas. Las penitentes de los jesuitas se reunían con frecuencia en la parte alta de una casa, hacían comilonas, locuras y gritaban en provenzal: "¡Vivan los jesuitones!" Una vecina a quien molestaba el ruido las vio acostadas de barriga, cantando y comiendo buñuelos (todo, según dijo, pagado con el dinero de las limosnas). La Cadiére fue invitada una vez, pero la cosa la asqueó y no volvió más.

Sólo se la podía atacar por el alma. Girard, al parecer, quería únicamente el alma. Que ella obedeciera, que aceptara las doctrinas de pasividad que él había enseñado en Marsella: esto parecía su único fin. Girard creyó que los ejemplos serían más efectivos que los preceptos. La Guiol, aquella alma condenada, quedó encargada de

llevar a la joven santa a Marsella, donde la Cadiére tenía una amiga de la infancia, una carmelita, precisamente la hija de la Guiol. La pícara, para inspirarle confianza, pretendió experimentar ella también el éxtasis y la saturó de cuentos ridículos. Le dijo, por ejemplo, que una vez había encontrado en su bodega una barrica de vino agriado, que se había puesto a orar y que inmediatamente el vino se había vuelto bueno. Otra vez sintió que le ponían una corona de espinas, pero los ángeles, para consolarla, le habían servido una buena comida, que ella había compartido con el padre Girard.

La Cadiére obtuvo de su madre el permiso para ir a Marsella con la bondadosa Guiol, y la señora Cadiére pagó los gastos del viaje. Era el mes más quemante de esa ardiente comarca, agosto (1729), cuando toda la campaña ardida no ofrece a los ojos más que un áspero espejo de rocas y de cantos. EL débil cerebro reseco de la muchacha enferma, bajo la fatiga del viaje, recibió con mayor fuerza el impacto de aquellas muertas de convento. El perfecto tipo en este estilo era la hermana Rémusat, convertida ya casi en cadáver (y que realmente murió). La Cadiére quedó admirada ante una perfección tan elevada. Su pérfida acompa-ñante la tentó con la idea orgullosa de hacer lo mismo, de suceder a la Rémusat.

Durante este corto viaje, Girard, encerrado en el ardiente ahogo de Tolón, había descendido bastante.

Iba con frecuencia a visitar a la Laugier, que también creía tener éxtasis, para con-solarla (y lo hizo tan bien que, casi en seguida. quedó embarazada!) Cuando se presentó la Cadiére, alada, exaltada, Girard, tan carnalizado, entregado al placer, "le lanzó un hálito de amor". Ella se inflamó, pero (esto se ve) a la manera de ella, pura, santa y generosamente, para impedir que él cayera, dedicándose a él hasta la muerte (setiembre de 1729).

Uno de los dones de la santidad es poder ver en el fondo de les corazones. A veces se había enterado de la vida secreta, de las costumbres de sus confesores; los había reconvenido por sus faltas, y varios, sorprendidos, aterrados, lo aceptaron con humildad. Un día de ese verano, al ver entrar en su casa a la Guiol, Catherine le preguntó bruscamente: "Ah, mala... ¿qué has hecho?" "Y tenía razón -dijo más tarde la misma Guiol- yo recababa de cometer una mala acción". ¿Cuál? Probablemente haber entregado a la Laugier. Nos sentimos tentados de creer esto cuando la encontramos, al año siguiente, tratando de entregar a la Batarelle.

Es posible que la Laugier, que dormía con frecuencia en casa de la Cadiére, haya confiado a ésta su dicha y el amor del santo, sus paternales caricias. La prueba fue dura para la Cadiére, y su espíritu se agitó grandemente. Por un lado, ella conocía la máxima de Girard: "En un santo, todo acto es santo". Pero, por otra parte, su honestidad natural, toda su educación anterior, la obliga-

ban a creer que una ternura excesiva por la criatura era siempre un pecado mortal. Esta dolorosa perplejidad entre dos doctrinas acabó con la pobre muchacha, que padeció horribles tempestades y se creyó obsesa por el demonio.

Y allí apareció otra vez su buen corazón. Sin humillar a Girard, le dijo que había tenido la visión de un alma atormentada por la impureza y el pecado mortal, que ella sentía la necesidad de salvar esa alma, de ofrecer al diablo víctima por víctima, de aceptar la obsesión y entregarse en lugar de la otra. Él no se lo prohibió, le permitió ser obsesa, pero sólo por un año (noviembre de 1729).

La Cadiére conocía, como toda la ciudad, los escandalosos amores del viejo padre Sabatier, insolente, enfurecido, en modo alguno prudente como Girard. Ella veía el desprecio en que irre-mediablemente iban a caer los jesuitas (a quienes creía el sostén de la Iglesia). Dijo un día a Girard: "He tenido una visión: he visto un mar sombrío, un barco lleno de almas, castigado por la tempestad de los pensamientos impuros y, en el navío, había dos jóvenes jesuitas. Dije al Redentor, a quien veía en el cielo: Sálvalos, Señor, ahógame a mí. . . Que caiga sobre mí todo el naufragio. Y el buen Dios me concedió esa gracia".

Nunca, en todo el proceso, ni siquiera cuando Girard, convertido en su peor enemigo, buscaba su muer-

te, Catherine se echó atrás. Nunca explicó aquellas dos palabras de sentido tan transparente. Tuvo la nobleza de no decir una sola palabra. Se había consagrado a algo. ¿A qué? Sin duda alguna a la condenación. Se dirá que, por orgullo, creyéndose impasible y como muerta, desafiaba la impureza que el demonio infligía al hombre de Dios. Pero la verdad es que precisamente Catherine no sabía nada de cosas sensuales: en este misterio ella no preveía más que los dolores y las torturas del demonio. Girard era un hombre frío, indigno de todo esto. En lugar de enternecerse, se burló de la credulidad de ella con un innoble fraude: deslizó en un cofrecito de Catherine un papel en el cual Dios decía que, efectivamente, el navío sería salvado por medio de ella. Pero se guardó muy bien de dejar a la vista este papel ridículo. AL leerlo y releerlo, Catherine hubiera podido darse cuenta de la superchería, El mismo ángel que había traído el papel se lo llevó al día siguiente.

Con igual indelicadeza Girard, al verla agitada e incapaz de rezar, le permitió con ligereza que comulgara cuando se le diera la gana, todos los días, en diferentes iglesias. Catherine empeoró. Colmada ya por el demonio, su cuerpo albergaba ahora a los dos enemigos. En igualdad de fuerzas se batían dentro de ella. Catherine creía estallar, reventar. Caía desmayada y permanecía así horas enteras. En diciembre ya no salió más, ni siquiera de su lecho.

Girnrd tuvo entonces un buen pretexto para verla. Siempre fue prudente, haciéndose acompañar por el hermano menor de Catherine, par lo menos hasta la puerta. El cuarto de la enferma quedaba en los altos de la casa. La madre se quedaba, discretamente, en el negocio. Girard estaba solo todo el tiempo que deseaba y, cuando lo quería, cerraba con llave. Catherine estaba muy enferma. Él la trataba como a un niño; se acercaba un poco a la cabecera del lecho, le agarraba la cabeza, la besaba paternalmente. Todo con ternura, respeto, agradecimiento.

Catherine era muy pura y muy sensible. Perdía el conocimiento ante un leve contacto, que hubiera sido imperceptible para otra; bastaba para esto un rozamiento en el seno. Girard hizo la experiencia y la cosa le provocó malos pensamientos. Provocó en ella, cuando se le dio la gana, esta especie de sopor, sin que Catherine pensara defenderse, puesto que había puesto en él toda su confianza; se inquietaba únicamente, tenía un poco de vergüenza de tomarse tantas libertades con un hombre semejante, hacerle perder un tiempo tan precioso. Girard se quedaba allí largos ratos. Es fácil imaginar lo que sucedió. La pobre muchacha, por más enferma que estuviera, provocó una invencible embriaguez en la cabeza de Girard. Una vez, al despertarse, se encontró en una postura ridículamente indecente. Otra, lo descubrió acariciándola. Catherine se ruborizó, gimió, se

quejó. Pero él le dijo impúdica-mente: "Yo soy tu dueño, tu Dios... Debes someterte a todo en nombre de la obediencia". Hacia Navidad, en ocasión de la gran fiesta, Girard perdió la última reserva. AL despertar, ella gritó: "¡Dios mío, cuanto he sufrido!" "¡Te creo, pobre niña!", contestó él, con tono compungido. Después, Catherine se quejó menas, pero no podía explicarse lo que experimentaba durante el sueño (págs. 5, 12, etcétera). Girard comprendía mejor que ella, y no sin temor, lo que había hecho. En enero, en febrero, una señal demasiado clara le reveló el embarazo. Para colmo de males, también la Laugier estaba encinta. Aquellas reuniones de devotas, aquellas comilonas indiscretamente regadas por el vinito de la comarca, tuvieron como primer efecto la exaltación natural de una raza inflamable, el contagio del éxtasis. Entre las más pícaras, todo era fingido. Pero, para la joven Laugier, sanguínea y vehemente, el éxtasis fue real. En su cuartito, padeció verdaderos delirios y desfallecimientos, sobre todo cuando Girard la visitaba. Se embarazó un poco después que la Cadiére, sin duda para la fiesta de Reyes (págs. 37, 114).

El peligro era muy grande. Las dos muchachas no estaban en un desierto, ni en el fondo de un convento interesado en sofocar la cosa, sino, por así decirlo, en el medio de la calle. La Laugier vivía entre vecinas curiosas; la Cadiére con su familia. Su hermano, el jacobino, empezaba a encontrar mal que Girard le hiciera visitas

tan largas. Un día se atrevió a quedarse junto a su hermana cuando vino Girard, como para protegerla; Girard, audazmente, lo echó de la habitación, y la madre, indignada, echó al hijo de la casa.

Todo iba a estallar. No cabe duda que el joven, tratado con dureza, echado de su propia casa, hinchado de cólera, fue a quejarse a los predicadores y éstos, aprovechando una ocasión tan buena, hicieron repetir la historia, levantando de paso a toda la ciudad contra el jesuita. Girard tomó la extraña determinación de enfrentar la situación con un golpe de audacia y salvarse por medio del crimen. El libertino se convirtió en un malvado.

Girard conocía bien a su víctima. Había visto la cicatriz de las escrófulas que ella padeció cuando niña. Estas escrófulas no se cierran enteramente, como ocurre con las heridas. La piel sigue siendo rosada, delgada y débil. Catherine tenía cicatrices en los pies. Y también las tenía en un lugar delicado, peligroso: debajo de un pecho. Él tuvo la idea diabólica de reabrir esas llagas y de hacerlas pasar por estigmas, como los que el cielo había otorgado a San Francisco y a otros santos, quienes, en busca de la imitación y de la igualdad con el Crucificado, llevaban la marca de los clavos y del golpe de lanza en el costado. Los jesuitas estaban desolados de no poder oponer nada a los milagros de los jansenistas. Girard estaba seguro que iban a quedar encantados con el inesperado milagro. Naturalmente, iba a ser apoyado

por su gente, por el convento de Tolón. Uno de los sacerdotes, el viejo Sabatier, estaba dispuesto a creerlo todo. Había sido antes confesor de la Cadiére y la cosa iba a redundar en su honor. Otro, el padre Grignet, era un beato imbécil que iba a ver lo que se quería que viera. Si los carmelitas y otros manifestaban dudas, se les advertiría desde arriba, de manera que entendieran la prudencia de callarse. Hasta el jacobino Cadiére, hasta ese momento celoso y enemigo, volvería sobre sus pasos, creería una cosa que daba gloria a su familia y lo convertía en hermano de una santa.

"Pero -se dirá- ¿no se trata de algo natural? Hay ejemplos innumerables, bien probados, de verdaderos estigmatizados".';Lo contrario es lo más probable. Cuando Catherine se dio cuenta de lo que ocurría, sintió vergüenza y quedó desolada, temiendo desagradar a Girard con la vuelta de sus enfermedades de infancia. Fue a casa de una vecina, una tal señora Truc, que se ocupaba de medicina y le compró (como si fuera para su hermano menor) un ungüento que le secó las llagas.

¿Cómo hizo aquel hombre cruel para reabrir las llagas? ¿Acaso clavó en ellas las uñas? ¿Utilizó un cuchillito que siempre llevaba consigo? ¿O bien logró atraer la sangre la primera vez por el mismo método que usó más tarde, es decir, por medio de una fuerte succión? Catherine estaba sin conocimiento, pero conservaba la

sensibilidad; indudablemente hubiera sentido el dolor a través del sueño.

La muchacha hubiera creído cometer un gran pecado si no contaba todo a Girard. Pese al miedo a desagradar y a asquear, le contó la cosa. Él miró y representó su comedia, reprochándole que quisiera curarse, que se opusiera a la voluntad de Dios. Aquellos estigmas eran celestiales. Girard se puso entonces de rodillas y besó las llagas de los pies. Ella se santiguó, se humilló, le era difícil creer. Girard insistió, la reprendió, le hizo descubrir el costado, admiró la llaga. "Yo también tengo esa llaga -le dijo-pero es interna".

Catherine quedó obligada a creer que ella era un milagro viviente. Por este tiempo, murió la hermana Rémusat, y esto ayudó a hacerle aceptar una cosa tan sorprendente. La había visto en la gloria, con el corazón llevado hacia los ángeles. ¿Quién podría sustituirla en la tierra? ¿Quién heredaría los sublimes dones de la Rémusat, los favores celestes que la colmaban? Girard le ofreció la herencia y la corrompió por medio del orgullo.

A partir de entonces, Catherine cambió. Santificó vanidosa-mente todos los movimientos naturales que experimentaba. Atri-buyó las náuseas y los estremecimientos de mujer encinta que padecía, y que no comprendía, a violencias interiores del Espíritu. El primer día de la Cuaresma estaba sentada a la mesa con sus padres, cuando vio súbitamente al Señor. "Quiero lle-

varte al desierto -le dijo Él- quiero asociarte a los excesos de amor de la santa cuarentena, quiero asociarte a mis dolores"... La muchacha se estremeció, aterrada, ante los sufrimientos que la aguardaban. Pero sólo ella podía inmolarse para salvar a todo un mundo de pecadores. Empezó a padecer visiones sangrientas. No veía más que sangre. Percibió a jesús como una criba de sangre. Empezó también a escupir sangre y a perderla de otra manera. Al mismo tiempo, su naturaleza cambiaba a medida que sufría, y empezó a enamorarse. El vigésimo día de Cuaresma vio su nombre unido al de Girard. Su orgullo exaltado, estimulado por el nuevo sentido que venía a él, su orgullo le hizo comprender el dominio especial que María (la mujer) tiene sobre Dios. Sintió cuán inferior es el ángel al menor de los santos, a la menor santa. ¡Veía los palacios de la gloria y se confundía con el Cordero!. . . Para colmo de ilusiones, se sintió elevada de la tierra, suspendida en el aire a varios pies de altura. Ella apenas podía creerlo, pero una persona respetable, la señorita Gravier, se lo aseguró. Todos venían, admiraban, adoraban. Girard trajo a su colega Grignet, que se arrodilló y lloró de alegría.

No atreviéndose a visitarla todos los días, Girard la hacía ir con frecuencia a la iglesia de los jesuitas. Ella se arrastraba hasta allí a la una, después de los oficios, durante la comida. A esa hora no había nadie en la iglesia. Girard se entregaba frente al altar, frente a la cruz, a

transportes que el sacrilegio volvía aún más ardientes. Y ella: ¿no tenía escrúpulos? ¿No podía acaso equivocarse? Parece ser que su conciencia, todavía en medio de una exaltación sincera, no fingida, se aturdía, se oscurecía. Bajo los estigmas sangrientos -esos crueles regalos del Esposo celestial-Catherine empezó a sentir extraños resarcimientos. Dichosa por sus desfallecimientos, dijo encontrar en ellos penas de dulzura in-finita y no sé qué soplo de la Gracia, "hasta el consentimiento perfecto" (pág. 425, infolio 12).

Al principio quedó sorprendida e inquieta de estas nuevas cosas. Habló a la Guiol, que sonrió, le dijo que era una tonta, que aquello no era nada, y añadió cínicamente que ella experi-mentaba lo mismo.

Así, aquellas pérfidas comadres ayudaban a corromper a una muchacha muy honesta por naturaleza, en quien los sentidos retardados sólo habían despertado penosamente por la obsesión odiosa de una autoridad sagrada.

Dos cosas enternecen en estos ensueños: una, el ideal puro que tenía la muchacha sobre la unión fiel, ya que creía ver el nombre de Girard y el suyo unidos para siempre en el Libro de la Vida. La otra cosa conmovedora es su bondad, que estalla en medio de todas las locuras, su encantador corazón de niña. El Domingo de Ramos, frente a la alegre mesa de familia, lloró dos ho-

ras seguidas al pensar "que en ese mismo día nadie invitó a jesús a comer".

Durante casi toda la Cuaresma apenas pudo comer: vomitaba lo poco que tragaba. En los quince últimos días, ayunó completamente y llegó al mayor grado de debilidad. ¿Quién es capaz de creer que Girard, sobre esta moribunda a quien no le quedaba más que el aliento, practicó nuevas sevicias? Él había evitado que se cerraran las llagas, y ahora se había formado otra en el costado derecho. Finalmente, el Viernes Santo, para testimoniar la cruel comedia, hizo traer una corona de filigrana de acero que metió en la frente de la muchacha, haciendo correr por su rostro gotas de sangre. Todo esto se hacía sin demasiado misterio. Después le cortó los largos cabellos y se los llevó consigo. Había ordenado la corona a un tal Bitard, comerciante del puerto, que se ocupaba de hacer jaulas. Catherine no apareció ante las visitas con la corona; pero se vieron los efectos, las gotas de sangre, la cara sangrienta. Se imprimieron servilletas para hacer unas Verónicas, que Girard se llevó y entregó sin duda a personas piadosas.

Contra su voluntad, la madre de la Cadiére se hizo cómplice de la burla. Pero temía a Girard. Empezó a comprender que aquel hombre era capaz de todo, y alguien de mucha confianza (probablemente la Guiol) le comunicó que, si decía una palabra, su hija no viviría ni veinticuatro horas.

En cuanto a Catherine Cadiére, puede decirse que ella jamás mintió al respecto. En el relato que dictó sobre lo sucedido aquella Cuaresma, dice expresamente que se trataba de una corona con puntas, que, le metían en la cabeza y que la hacía sangrar.

Tampoco ocultó el origen de las crucecitas que daba a los visitantes. Según un modelo que le había dado Girard, ella las encargaba a uno de sus parientes, carpintero del Arsenal.

El Viernes Santo padeció durante veinticuatro horas un desfallecimiento que dijeron éxtasis, y durante el cual quedó entregada a los cuidados de Girard, cuidados enervantes, asesinos. Estaba embarazada de tres meses. Girard veía ya a la santa, a la mártir, a la milagrosa, a la transfigurada, que empezaba a redondearse. Deseaba y temía la solución violenta: un aborto. Lo provocó dándole todos los días brebajes peligrosos, unos polvos rojizos.

Girard hubiera preferido que Catherine muriera: eso habría resuelto para él la situación. Por lo menos, hubiera querido alejarla de su madre, encerrarla en un convento. Él conocía estas casas y sabía, como Pican (véase el asunto de Louviers), con que habilidad, con qué discreción se cubrían allí estas cosas. Hubiera querido mandarla a las cartujas de Prémole o a Santa Clara de Ollicules. Habló de esto el mismo Viernes Santo. Pero la muchacha estaba, tan débil que no se atrevieron

a sacarla del lecho. Al fin, cuatro días después de Pascua, en momentos en que Girard estaba en el cuarto, Catherine experimentó una necesidad dolorosa y perdió de golpe una fuerte masa, que parecía sangre coagulada. Él tomó el orinal y se asomó a la ventana. Pero Catherine, que no sospechaba nada malo en todo aquello, llamó a la criada y le entregó el orinal para que lo vaciara. "¡Qué imprudencia!". . . el grito se le escapó a Girard que lo repitió tontamente (págs. 54, 388, etcétera).

No se conocen tantos detalles sobre el aborto de la Laugier, quien durante la misma Cuaresma se había dado cuenta de su embarazo. Padeció también extrañas convulsiones, comienzos ridículos de estigmas: uno provocado por un tajo que se había hecho con las tijeras en su trabajo de modista; el otro, una úlcera en el costado (pág. 38). Sus éxtasis, de pronto, se transformaron en impía desesperación. Así, llegó a escupir el crucifijo. Gritó contra Girard: "¿Dónde está ese demonio de padre, que me ha puesto en este estado? . . . ¡No le fue difícil abusar de una muchacha de veintidós años! . . . ¿Dónde está? ¡Me ha dejado, que venga!" Las mujeres que la rodeaban eran también amantes de Girard. Fueron a buscarlo y él no se atrevió a venir, a enfrentar los demonios de la muchacha embarazada. Posiblemente, las comadres, interesadas en disminuir los rumores, encontraron, sin Girard, un medio de solucionar todo sin ruido.

¿Era Girard un brujo, como se ha afirmado más tarde? Bien podía creerse esto al comprobar cómo, sin ser joven o hermoso, había fascinado a tantas mujeres. Pero lo más extraño fue cómo logró, tras haberse comprometido tanto, dominar la opinión pública. En un momento, pareció haber hechizado a toda la ciudad.

En realidad se sabía que los jesuitas eran poderosos y nadie quería entrar en lucha contra ellos. Ni siquiera se consideraba seguro hablar mal de ellos en voz baja. La masa de eclesiásticos estaba compuesta principalmente de pequeños monjes de órdenes mendicantes, que no tenían relaciones poderosas ni elevados protectores. Hasta los carmelitas, terriblemente envidiosos y heridos por haber perdido a la Cadiére, hasta los carmelitas se callaron. El hermano de la Cadiére, el joven jacobino, aconsejado por su temblorosa madre, volvió a utilizar el acomodo político, se acercó a Girard, se entregó a éste tanto como el otro hermano, al punto de prestarle ayuda en la extraña maniobra, que podría hacer creer que Girard tenía el don de la profecía.

La única débil oposición que podía temer Girard provenía precisamente de la persona que parecía más subyugada. La Cadiére, sumisa todavía, daba ya leves señales de una independencia próxima, que debía revelarse. El 30 de abril, en una fiesta campestre organizada galantemente por Girard, y a la cual concurrió, junto con la Guiol, todo el rebaño de jóvenes devotas, la Ca-

diére cayó en una profunda ensoñación. El hermoso momento de primavera, tan encantadora en esa comarca, elevó su corazón a Dios. Dijo, con un sentimiento de verdadera piedad: "Tú sólo, Señor. . . Sólo te quiero a ti... Tus ángeles no me bastan". Después, una de ellas, una muchacha alegre, le colgó un tamboril al cuello, a la manera provenzal, y la Cadiére, como las otras, saltó, bailó, usó una alfombrilla como chal, imitó a las gitanas y se aturdió con cien locuras más.

Estaba muy agitada. En mayo consiguió permiso de su madre para visitar la gruta de Sainte-Baume, la iglesia de la Madeleine, la gran santa de las muchachas arrepentidas. Girard la dejó ir bajo la custodia de dos fieles cancerberos: la Guiol y la Reboul. Pero en el camino, aunque por momentos cayó en éxtasis, la Cacüére pareció fatigada de ser el instrumento pasivo del violento Espíritu (divino o infernal) que la turbaba. El término de la obsesión no estaba lejos. ¿No había ganado acaso su libertad? Fuera de la sombría y fascinante Telón, otra vez al aire libre, en la naturaleza, bajo el sol, la cautiva retomaba su alma, resistía a aquella alma extraña, se atrevió a ser ella misma, a querer. Las dos espías de Girard quedaron muy chocadas. Al regreso del corto viaje (del 17 al 22 de mayo) advirtieron a Girard del cambio. Él se convenció por sí misma. La Cadiére se resistió a entrar en éxtasis, como si ya no quisiera más que obedecer a la razón.

Él había creído dominarla por medio de la fascinación, de la autoridad sagrada, finalmente por la posesión y la costumbre carnal. Pero no dominaba nada. Aquella joven alma que, después de todo, había sido menos conquistada que sorprendida (traidoramente) volvía a su propia naturaleza. Girard se sintió herido. De su oficio de pedante, de la tiranía que ejercía sobre los niños, castigados a voluntad, de la tiranía que ejercía sobre las religiosas, no menos dependientes, le quedaba un fondo duro de dominación celosa. Resolvió volver a apoderarse de la Cadiére, castigando aquella primera rebelión, si así podemos llamar al tímido movimiento de un alma oprimida que se levanta.

El 22 de mayo, según la costumbre, la Cadiére se confesó con él. Girard se negó a darle la absolución y dijo que ella era tan culpable que él tenía que infligirle al día siguiente una penitencia grande, muy grande.

¿Cuál sería esta penitencia? ¿El ayuno? Ella estaba ya débil y extenuada. Las largas plegarias -otra penitencia- no figu-raban en las costumbres del director quietista; por el contrario, las prohibía. Quedaba el castigo físico, las disciplinas. Éste era el castigo universal prodigado tanto en los conventos como en los colegios. Medio simple y reducido, de rápida ejecución que, en épocas sencillas y rudas, se aplicaba en la misma iglesia. Vemos en las fábulas medievales ingenuas pinturas de costumbres, que el sacerdote, después de confesar al

marido y ala mujer, como al des-cuido, en el lugar mismo, detrás del confesonario, les aplicaba las disciplinas. Los estudiantes, los monjes, las religiosas no eran castigados de otra manera.

Girard sabía que la Cadiére, en modo alguno acostumbrada a la vergüenza, muy pudorosa (no había sufrido nunca en este sentido más que por obra de él y bajo el sueño), padecería atrozmente si le daban un castigo indecente, quedaría quebrada, perdería todo el empuje. La Cadiére iba a ser más mortificada que nadie, iba a sufrir (hay que reconocerlo) más que nada en su vanidad de mujer. ¡Había sufrido tanto, había ayunado tanto! Después había venido el aborto. Su cuerpo, y a por sí delicado, parecía ahora una sombra. Y por eso temía dejar ver nada de su pobre persona, enflaquecida, destruida, dolorida. Tenía las piernas hinchadas y algún achaque que la humillaba terriblemente.

No tenemos valor para contar lo que sigue. Podemos leerlo en sus tres confesiones tan ingenuas, tan manifiestamente sinceras, en las que, al declarar sin juramento, la Cadiére consideró su deber confesar incluso las cosas que su interés le ordenaba callar, aun las que se hubieran podido utilizar cruelmente contra ella.

La primera declaración fue hecha de improviso frente a un juez eclesiástico enviado para sorprenderla. Esta declaración es, lo sentimos en todo momento, lo

que sale de un corazón joven que habla como hablaría ante Dios.

La segunda declaración fue hecha ante el rey, es decir, ante el magistrado que representaba al rey, el teniente civil y criminal de Tolón.

La tercera, finalmente, ante la gran cámara del Parlamento de Aix (págs. 5, 12, 381 del Proceso, infolio).

Nótese que las tres declaraciones, admirablemente concordantes entre sí, fueron impresas en Aix, bajo los ojos de los enemigos de la Cadiére, en un volumen con el que se quería (como estableceré más tarde) atenuar los cargos de Girard, fijar la atención del lector en todo lo que podía ser desfavorable a la Cadiére. Y, sin embargo, el editor no pudo menos de presentar estas declaraciones, abrumadoras para el hombre a quien quería favorecer.

Inconsecuencia monstruosa. Girard aterró a la pobre muchacha; después, de manera brusca, abusó indigna y bárbaramente de su terror. El amor no es aquí, en absoluto, una circunstancia atenuante. Lejos de ello. Girard ya no amaba a la Cadiére. Es esto lo que causa más horror. Ya hemos visto esos crueles brebajes, ahora veremos su abandono. Girard la detestaba por valer más que sus mujeres envilecidas. La odiaba por haberlo tentado (tan inocentemente), por haberlo comprometido. Pero, sobre todo, no le perdonaba que conservara un alma. Sólo quería someterla, pero escuchaba lleno de

esperanza las palabras que ella decía con frecuencia: "Siento que no viviré mucho". 'Pérfido libertinaje! Girard daba vergonzosos besos a aquel pobre cuerpo quebrado, que quería ver morir.

¿Cómo explicó estas chocantes contradicciones de caricias y de crueldades? ¿Las presentó como pruebas de paciencia y de obediencia? ¿O llegó audazmente al verdadero fondo de Molinos: "Es a fuerza de pecados que se hace morir al pecado"? Y ella, ¿tomó esto en serio? ¿No llegó a comprender que aquellas comedias de justicia, de expiación, de penitencia no eran más que libertinaje?

La Cadiére no quiso saberlo en medio de la extraña bancarrota moral en que cayó después del 23 de mayo, y después en junio, bajo el influjo de la blanda y cálida estación. Soportó a su amo, un peco por miedo y también por un extraño amor de esclava, y continuó la comedia de recibir día a día pequeñas penitencias. Girard la contemplaba tan poco que no le ocultaba sus contactos con otras mujeres. Quería meterla en un convento. Entre tanto, ella era su juguete; ella lo veía y le dejaba hacer. Débil y debilitada aún más por aquellas vergüenzas enervantes, cada vez más melancólica, Catherine ya no amaba ala vida y repetía aquellas palabras, en modo alguno tristes para Girard: "Siento que moriré pronto".

XI
LA CADIÉRE EN EL CONVENTO. 1730

La abadesa del convento de Ollioules era joven para ser abadesa: no tenía más que treinta y ocho años. No carecía de inteligencia. Era vivaz, propensa a amar o a odiar, llevada por su corazón o por sus sentidos, y carecía del tacto y de la mesura que demanda el gobierno de una casa de este tipo.

Esta casa era mantenida por dos fuentes de recursos. Por una parte contaba con dos o tres religiosas de familias consulares de ToIón, que habían aportado buenas dotes y hacían lo que se les daba la gana. Estas monjas vivían con los monjes salesianos, que dirigían el convento. Por otra parte los monjes, que habían extendido su orden a Marsella y a todas partes, buscaban pequeñas pensionistas y novicias pagas; era éste un contacto enfadoso para las niñas. Ya lo hemos visto en el asunto de Aubany.

No existía una clausura seria. Adentro había muy poco orden. En las ardientes noches veraniegas de este clima africano (más pesado, más exigente para las gargantas sofocadas de las recluidas de Ollioules) las religiosas y las novicias iban y venían con bastante libertad. Lo que hemos visto en Loudun en 1630 existía igualmente en Ollioules en 1730. La masa de religiosas (más o menos doce sobre las quince con que contaba el convento), un poco desdeñadas por los monjes, que preferían a las damas encumbradas, eran unas pobres criaturas aburridas, abandonadas; no tenían más consuelo que las charlas, los juegos, algunas intimidades entre ellas y con las novicias.

La abadesa tuvo miedo de que la Cadiére viera esto demasiado bien. Puso dificultades para recibirla. Después, bruscamente, tomo partido en sentido contrario. En una carta encantadora, más halagadora de lo que podía esperar una muchachita de una dama de tal categoría, la abadesa expresaba el deseo de que la Cadiére abandonara la dirección espiritual de Girard. No era con intención de transferirla a sus salesianos, que eran poco capaces. La abadesa había concebido la idea picante, audaz, de tomarla a su cargo personalmente, de dirigir a la Cadiére.

La abadesa era muy vanidosa. Esperaba apoderarse de esta maravilla, conquistarla fácilmente, ya que se sentía bastante más agradable que un viejo director je-

suita. Pensaba explotar a la joven santa en beneficio de su convento.

Le hizo el honor insigne de recibirla en el umbral, en la puerta de calle. La besó, la abrazó, la llevó consigo a su hermosa habitación de abadesa y le dijo que ambas la compartirían. Quedó hechizada de la modestia de la Cadiére, de su gracia enfermiza, de cierta cosa extraña, misteriosa, conmovedora que tenía la muchacha. La Cadiére había sufrido mucho durante el corto viaje. La abadesa quiso que se acostara y le ofreció su propio lecho. Le dijo que la amaba tanto que deseaba compartir este lecho con ella, que quería que se acostaran juntas, como si fueran hermanas.

Para el plan de la abadesa, esto era ir demasiado lejos, era hacer lo que no se debía hacer. Hubiera bastado con que la santa se alojara en su habitación. Pero, al tener la debilidad singular de acostarla con ella, la convirtió en una especie de favorita. Esta intimidad, muy ala moda entre las damas, estaba prohibida en los conventos, donde se realizaba furtivamente; en todo caso, una superiora no debía dar el ejemplo.

La superiora quedó sorprendida ante la vacilación de la muchacha. Esta vacilación no provenía, sin duda, únicamente de su pudor o de su humildad. Tampoco provenía, seguramente, de que le desagradara la persona de la abadesa, que era relativamente más joven que la pobre Cadiére, ya que estaba en la flor de la vida y de la

salud, una vida y una salud que hubiera querido dar a la pequeña enferma. La abadesa insistió tiernamente.

Para hacerle olvidar a Girard, la abadesa contaba sobre todo con rodear a la Gadiére a toda hora. La manía de las abadesas, su más cara pretensión, era confesar a sus religiosas (cosa que permitía hacer Santa Teresa). Esto se hacía, casi por sí sólo, en medio de un dulce acuerdo. Así, Catherine no iba a decir a los confesores más que las menudencias, y guardaría el fondo de su corazón para la persona única. AL atardecer, por la noche sobre la almohada, acariciada por la curiosa, la Cadiére debía dejar escapar muchos secretos, los suyos propios y algunos de otras personas.

En el primer momento, Catherine no pudo librarse de un cerco tan vivo. Se acostó con la abadesa. Ésta creía tenerla doblemente atrapada por dos medios opuestos: como santa y como mujer, quiero decir, como se puede atrapar a una muchacha nerviosa, sensible, quizás sensual por debilidad. La abadesa hizo escribir la leyenda de la Cadiére, sus palabras, todo lo que ésta dejaba escapar. Por otra parte, anotaba los más humildes detalles de su vida física y enviaba el informe a Tolón. Hubiera hecho de ella su ídolo, su muñeca mimada. En una pendiente tan resbaladiza, el impulso hacia abajo fue sin duda rápido. La muchacha tuvo escrúpulos y un poco de miedo. Realizó un gran esfuerzo, del que parecía incapaz, dada su languidez. Demandó humildemente

salir de aquel nido de palomas, de aquel lecho demasiado dulce, de tanta delicadeza, pidió llevar la vida común de las novicias o de las pensionistas.

Gran sorpresa. Mortificación. La abadesa se creyó desdeñada, se enconó contra la ingrata y no la perdonó jamás.

La Cadiére fue excelentemente recibida por las otras monjas. La dirigente de las novicias, la señora de Lescot, una religiosa parisiense, fina y bondadosa, valía más que la abadesa. Pareció haber comprendido que la Cadiére era una pobre víctima del destino, un joven corazón lleno de Dios, pero cruelmente marcado por las fatalidades excéntricas que debían precipitarla a la vergüenza o a algún fin siniestro. La Lescot no tenía más misión que guardarla, preservarla de sus imprudencias, interpretar y excusar lo que había en la Cadiére de menos excusable.

Salvo dos o tres nobles damas, que vivían con las monjas y gustaban poco de misticismos elevados, todas las religiosas tomaron cariño a Catherine y la consideraron como a un ángel del cielo. La sensibilidad poco ocupada de estas mujeres se concentró sobre la muchacha como un objeto único. Las monjas la encontraban no sólo piadosa y sobrenaturalmente devota, sino buena chica, de buen corazón, amable y divertida, ya no se aburrían. La Cadiére las entretenía, las edificaba con sus sueños, con sus cuentos verdaderos, quiero decir since-

ros, siempre mezclados a una ternura pura. La Cadiére decía, por ejemplo: "Por la noche ando par todas partes, voy hasta América, en todos lados dejo cartas pidiendo a la gente que se convierta. Esta noche iré a visitaros, aunque os encerréis. Juntas visitaremos el Sagrado Corazón".

Milagro. Todas, a la medianoche, recibían, según confesión propia, la encantadora visita. Creían sentir que la Cadiére las besaba, las hacía entrar en el Corazón de jesús (págs. 81, 89, 93). Las monjas no tenían miedo y eran dichosas. La más tier-na y la más crédula era una marsellesa, la hermana Raimbaud, que disfrutó de esta dicha quince veces en tres meses, es decir, aproximadamente cada seis días. Puro efecto de imaginación. Está probado por el hecho de que, al mismo tiempo, la Cadiére visitaba a todas las otras. Pero la abadesa se sintió herida, primero por celos y por creerse la única afectada; después, al sentir que, por perdida que estuviera la Cadiére en medio de sus sueños, bien podría llegar a conocer por medio de tantas amigas íntimas los escándalos del convento.,Estos escándalos no estaban en modo alguno ocultos. Pero, como nada podía llegar a la Cadiére como no fuera por vía de iluminación, creyó conocerlo por revelación divina. Su bondad estalló. Sintió una gran compasión hacia Dios, a quien se ultrajaba de esta manera. Y, nuevamente esta vez, imaginó que debía pagar por todas las otras, ahorrar a las pecadoras los

castigos merecidos, agotando ella lo que el furor de los demonios puede infligir de más cruel.

Todo esto cayó sobre Catherine el 25 de junio, día de San Juan. Per la noche había estado con las hermanas del noviciado. De pronto, cayó hacia atrás, se retorció, gritó, perdió el conocimiento. Al despertarse, las novicias la rodearon, curiosas de lo que la Cadiére iba a decir, pero la directora, la Lescot, adivinó las palabras que la Cadiére iba a pronunciar, y comprendió que iba a perderse. La sacó de allí, la llevó directamente a su habitación, y allí Catherine se encontró luego desollada y con la camisa ensangrentada.

¿Cómo podía abandonarla Girard en medio de estos combates interiores y exteriores? Ella no podía comprenderlo. La Cadiére tenía necesidad de apoyo y Girard no venía, cuanto más se presentaba alguna vez en el refectorio, y sólo por un momento.

La Cadiére le escribió el 28 de junio (por medio de sus hermanos, porque leía, pero apenas sabía escribir). Lo llamó de la manera más viva y angustiosa. Girard contestó con demoras. Debía predicar en Hyéres, estaba enfermo de la garganta, etcétera.

Cosa inesperada, fue la abadesa misma quien lo hizo venir. Sin duda estaba inquieta por las cosas que la Cadiére había descubierto acerca de la vida del convento. Segura de que la muchacha iba a contar todo a Girard, prefirió prevenirlo ella misma. Escribió al jesuita

una nota muy halagadora y bastante tierna (3 de julio, pág. 327), rogándole que, cuando viniera, la visitara primero, porque quería, en gran secreto, ser su alumna, su discípula, como lo había sido de Jesús el humilde Nicodemo: "Yo podría con poco ruido realizar grandes progresos en la virtud bajo vuestra dirección, en favor de la santa libertad que me procura mi cubo. El pretexto de nuestra aspirante me servirá de cubierta y de medio" (pág. 327).

Ésta fue una acción sorprendente y ligera, que muestra que la abadesa no estaba muy bien de la cabeza. Como no había logrado suplantar a Girard con la Cadiére, quería suplantar a la Cadiére frente a Girard. Se lanzó a la cosa sin preámbulos, bruscamente. Abreviaba las cosas, como una gran dama que se sabe todavía agradable, segura de ser comprendida en seguida, ¡y hasta llegaba a hablar de la libertad que tenía!

La abadesa partía, al dar este falso paso, de la idea justa de que Girard ya no se interesaba en la Cadiére. Pero hubiera podido adivinar que Girard tenía otros motivos de inquietud en Tolón. Éste estaba inquieto por un asunto en que ya no se trataba de una muchachita, sino de una dama madura, acomodada, en buena situación, la más correcta de sus penitentes, la señorita Gravier. Los cuarenta años de ésta no la habían defendido. Girard no quería tener en el rebaño una oveja independiente. Una mañana la Gravicr quedó sorprendida

y mortificada al encontrarse embarazada y se quejó violentamente (julio, pág. 395).

Girard, preocupado por esta nueva aventura, recibió con frialdad los inesperados avances de la abadesa. Temió que estos avances fueran una trampa de los salesianos. Resolvió ser prudente, vio a la abadesa, ya inquieta por el imprudente paso que había dado. Después vio a la Cadiére, pero solamente en la capilla, donde la confesó.

La Cadiére quedó sin duda herida ante el poco interés de Girard. En efecto, esta conducta era extraña, de extremada inconsecuencia. Girard la había turbado con cartas ligeras, galantes, llenas de amenazas y bromitas que podían considerarse amorosas(Dépos. Lescot, y pág. 335). Además, no se dignaba verla más que en público.

En una nota escrita esa misma noche, Catherine se venga fina-mente diciendo que, en el momento en que Girard le daba la absolución, ella se había sentido maravillosamente desprendida de sí misma y de toda criatura.

Esto era lo que deseaba Girard. Sus redes estaban muy enredadas y la Cadiére le pesaba mucho. Quedó encantado con lacarta y, lejos de molestarse, le predicó el desprendimiento. Insinuó al mismo tiempo que era necesaria la prudencia. Había recibido -dijo- una carta en la que se lo reprendía severamente por sus faltas. Sin

embargo, como partía el jueves 6 para Mar-sella, prometió verla de paso (pág. 329, 4 de julio, 1730).

La Cadiére esperó. Girard no se presentó. La agitación de ella era extrema. El flujo sanguíneo subió a su cabeza; aquello fue como un mar, una tempestad. Habló de esto a su querida amigala Raimbaud, que ya no quiso separarse de ella y hasta empezó a acostarse a su lado (pág. 73) en contra del reglamento, salvo que dijera que iba sólo por las mañanas. Era la noche del 6 de julio, una noche de calor concentrado, pesado, en ese estrecho horno de Ollioules. A las cuatro o las cinco, al verla debatirse en medio de vivos sufrimientos, la Raimbaud creyó que la Cadiére" tenía cólicos y fue a buscar fuego a la cocina". Durante su ausencia, la Cadiére recurrió a un medio extremo, que sin duda haría venir a Girard al instante. Ya sea que se reabriera con las uñas las llagas de la cabeza, ya sea que se colocara de nuevo la corona de puntas de hierro, lo cierto es que quedó ensangrentada. Lasangre caía en gruesas gotas por su cara. En medio del dolor la muchacha pareció transfigurada y sus ojos brillaron.

Todo esto duró unas dos horas. Las religiosas acudieron a verla en este estado y la admiraron. Querían llamar a los salesianos para que la vieran, pero la Cadiére lo impidió.

La abadesa se guardó muy bien de avisar a Girard, temiendo que éste viera a la joven en aquel estado patético, conmovedor.

Pero la Lescot le proporcionó ese consuelo, haciendo avisar al sacerdote. Girard vino, pero en lugar de visitar a la Cadiére, como verdadero jugador, tuvo él mismo un éxtasis en la capilla, y quedó allí una hora, prosternado de rodillas delante del Santísimo Sacramento (pág. 95). Finalmente subió y encontró a todas las religiosas en torno a la Cadiére. Le contaron que, por un momento, la Cadiére había actuado como si estuviera en la misa, moviendo los labios como para recibir la hostia. "¿Quién puede saber esto mejor que yo?", dijo el pícaro. "Un ángel me lo había advertido. Yo dije la misa y la hice comulgar en Tolón". Las monjas quedaron trastornadas con el milagro, al extremo que una de ellas se enfermó por dos días. Girard se dirigió entonces a la Cadiére con una indigna ligereza: "Ah, ah, golosa, ¿así que me robas la mitad de mi parte?”

Todas se retiraron respetuosamente; los dejaron solos. Girard quedó así frente a su víctima ensangrentada, pálida, debilitada y, por lo mismo, mucho más agitada. Cualquier otro se hubiera conmovido. ¿Qué había de más ingenuo que este reconocimiento de su dependencia de él, de la necesidad absoluta que ella tenía de verlo? Esta confesión expresada por la sangre, por las heridas, más que cualquier palabra debía llegar a su co-

razón. Era un sometimiento. Pero, ¿cómo apiadarse? Entonces, ¿esta inocente persona había tenido un movimiento natural? En su corta y desdichada vida, la pobre santa, tan extraña a los sentidos, ¿había tenido, pues, una hora de debilidad? ¿Qué había obtenido de la Cadiére por voluntad de ésta? Poco o nada. Con el alma, con la voluntad, él iba a lograrlo todo.

La Cadiére habla brevemente, como puede suponerse, de esto. En su declaración dice públicamente que perdió el conocimiento y no supo con exactitud qué pasaba. En una confesión a su amiga, la sonora AlIemand (pág. 178), sin quejarse de nada, nos deja comprenderlo todo.

En recompensa de un movimiento tal del corazón, frente a esta hechicera impaciencia, ¿qué hizo Girard? La reprendió. Aquella llama que hubiera conquistado a otro, que lo hubiera abrasado, enfrió a Girard. Su alma de tirano no quería más que muertas, juguetes puros de su voluntad. Y la Cadiére, con una vigorosa iniciativa, lo había obligado a venir. La pupila arrastraba al maestro. El irritable pedante trató todo aquella como si se hubiera tratado de una rebeldía de colegio. Sus severidades libertinas, su frío egoísmo en un placer cruel hirieron a la infortunada, a quien sólo le quedaron remordimientos.

Cosa no menos chocante. La sangre vertida por él no tuvo más efecto que hacerle explotar esta sangre en

interés propio. En esta entrevista, quizás la última, Girard quiso asegurarse a la pobre criatura al menos por la discreción, de manera que, aban-donada por él, la Cadiére creyera que todavía le pertenecía. Preguntó si él sería menos favorecido que las gentes del convento, que habían presenciado el milagro. Catherine se puso a sangrar delante de él. El agua con que Girard lavó esta sangre fue bebida luego por él, y se la hizo beber a ella, y la muchacha creyó entonces que las almas de ambos estaban ligadas por medio de esta odiosa comunión.

Esto duró dos o tres horas y ya estaba cerca el mediodía. La abadesa estaba escandalizada. Tomó la resolución de presentarse ella misma con la comida y hacer que le abrieran la puerta. Girard tomó té, como era viernes hizo creer que estaba ayunando, aunque probablemente había comido bien en Tolón. La Cadiére pidió café. La hermana conversa, que estaba en la cocina, se sorprendió de esto en un día semejante (pág. 86). Pero, sin este fortificante, la muchacha hubiera desfallecido. El café levantó un poco su ánimo y de esta manera logró retener todavía a Girard. Él se quedó con ella (es verdad, no ya encerrado) hasta las cuatro, queriendo borrar la triste impresión de su conducta de la mañana. A fuerza de mentiras, de amistad, de paternidad, consoló un poco ala frágil criatura, le devolvió la serenidad. Catherine lo acompañó hasta la salida; marchaba detrás,

y como una niñita, dio dos o tres saltos de alegría. Él le dijo secamente: "¡Loquita!" (pág. 89).

La Cadiére pagó cruelmente su debilidad. Esa misma noche, a las nueve, tuvo una visión terrible y se puso a gritar: "Oh, Dios mío, alejaos... retiraos de mí". El 8 por la mañana, durante la misa, no esperó a la comunión (juzgándose sin duda indigna), y se encerró en su habitación. Gran escándalo. Sin embargo, era tan querida, que una religiosa que corrió detrás complacientenente, juró que había visto a jesús dándole la comunión con su propia mano.

La Lescot, fina y hábilmente, escribía en leyendas y derrames místicos, piadosas suspiros, lágrimas devotas, todo lo que arrancaba a aquel corazón desgarrado. Cosa bien rara, había una conspiración de ternura entre esas mujeres para proteger a una mujer. Nada puede hablar más en favor de la pobre Cadiére y de sus clones encantadores. En un mes había llegado a ser como la hija de todas. Hiciera lo que hiciere, la defendían. Inocente de todos modos, no veían en ella más que los asaltos del demonio. Una buena y fuerte mujer del pueblo, hija de un cerrajero de Ollioules y tornera del convento, la Matherone, que había visto ciertas libertades indecentes de Girard, no dejó de afirmar por ello: "Eso reo es nada; ella es una santa". En el momento en que se hablaba de sacarla del convento, esta mujer gritó: "No nos qui-

téis a la señorita Cadiére. . . haré fabricar una puerta de hierro para impedirle salir" (págs. 47, 48, 50).

Los hermanos, que venían todos los días, asustados de la situación y del partido que la abadesa y sus monjas podían sacar de esta, se atrevieron a ir más lejos y, en una carta ostensible, escrita a Girard en nombre de la Cadiére, recordaban a éste la revelación que la muchacha había tenido el 25 de junio sobre las costumbres de los salesianos, diciéndole: "Que era tiempo de realizar en este asunto los designios de Dios" (pág. 330). Sin duda, querían solicitar que se abriera una investigación, que se acusara a los acusadores.

Audacia excesiva, imprudente. La Cadiére, casi moribunda, es-taba bien lejos de estas ideas. Sus amigas imaginaron que, aquel que había originado la turbación, quizás provocaría la calma. Suplicaron a Girard que viniera a confesarla. Aquélla fue una escena terrible. La Cadiére lanzó ante El confesonario gritos y lamentaciones que se escucharon a treinta pasos. Las curiosas tuvieron mucho que oír y no se retiraron. Girard estaba en el suplicio, decía,, repetía en vano: "Calmaos, señorita" (pág. 95). Se apresuró a darle la absolución. Pero ella no se absolvía. El día 12 la Cadiere tuvo un dolor tan agudo al corazón que creyó iban a estallarle las costillas. El día 14 pareció a punto de morir y llamaron a su madre. Le dieron el viático. Al día siguiente realizó una enmienda honorable, la más conmovedora, la más ex-

presiva que se haya escuchado jamás. Todos rompimos a llorar" (págs. 330, 331). El 20 padeció una especie de agonía que desgarraba el corazón. Después, de pronto, por un cambio dichoso que la salvó, tuvo una visión muy dulce. Vio a la pecadora Magdalena perdonada, arrastrada a la gloria, ocupando en el cielo el lugar que Lucifer había perdido (pág. 332).

Sin embargo, Girard no podía asegurarse de la discreción pie la Cadiére más que corrompiéndola aún más, sofocando sus re-mordimientos. A veces él se presentaba (en el refectorio) y la besaba con mucha imprudencia. Y todavía con más frecuencia la mandaba a sus devotas. La Guiol y otras venían a colmarla de caricias y de besos y, cuando la Cadiére se confiaba a ellas, llorando, las mujeres sonreían, decían que aquéllas eran libertades divinas, que ellas también participaban en esto, y que sentían las mismas cosas. Elogiaban las dulzuras de una unión semejante entre mujeres. Girard no desaprobaba que las mujeres se confiaran entre sí y tuvieran en común los más vergonzosos secretos. Estaba tan habituado a esta depravación y la encontraba tan natural, que habló a la Cadiére del embarazo de la señorita Gravier. Quería que Catherine la invitara a ir a Ollioules, que calmara su irritación persuadiéndola de que este embarazo podía ser una ilusión del diablo, ilusión que habría medios de disipar (pág. 395).

Estas enseñanzas inmundas no ganaban terreno con la Cadiére. Y debían indignar a sus hermanos, que no las ignoraban. Las cartas que ellos escribían en su nombre son singulares. Enfurecidos profundamente, ulcerados, consideraban a Girard un canalla; obligados a que su hermana les hablara con una ternura respetuosa, dejan escapar, sin embargo, frases en las que entrevemos su furor.

En cuanto a las cartas de Girard, son trozos trabajados, escritos visiblemente con la mente puesta en el proceso que podía venir. Hablaremos de la única carta que él no tuvo en su mano para falsificar. Está fechada el 22 de julio. Es una carta agridulce, galante, de un hombre imprudente, ligero. He aquí su sentido:

"El obispo ha llegado esta mañana a Tolón e irá a visitar a la Cadiére. . . concertaremos lo que se puede hacer y decir. Si el gran vicario y el padre Sabatier quieren verla y piden ver (sus llagas), ella dirá que se le ha prohibido actuar, hablar.

"Tengo hambre de volver a verte y de ver todo. Ya sabes que no pido más que mi bien. Hace mucho tiempo no he visto nada más que a medias (quiere decir desde la reja del refectorio). ¿Te fatigaré, acaso? Y bien, ¿acaso tú no me fatigas?", etcétera.

Carta extraña en todos los sentidos. En ella Girard se burla a la vez del obispo y del mismo jesuita, de su colega, el viejo Sabatier. En realidad es la carta de un

culpable inquieto. Girard sabía bien que la Cadiére tenía sus cartas, sus papeles, en fin, elementos con que podía perderlo.

Los dos jóvenes contestaron, en nombre de su hermana, una carta sentida, la única que tiene acento verdadero. Contestaron línea par línea, sin ultrajes, pero con una aspereza frecuentemente irónica en la que sentimos la indignación contenida. La hermana promete obedecer a Girard, no decir nada al obispo ni al jesuita. Lo felicita por tener "tanto coraje para exhortar a los otros a sufrir". Recoge y le devuelve su chocante galantería, pero de manera también chocante (sentimos aquí la mano de un hombre, la mano de aquellos dos aturdidos).

Al día siguiente los hermanos se presentaron a decir a Girard que la Cadiére quería inmediatamente salir del convento. Girard quedó aterrado. Pensó que los papeles iban a escaparse con la muchacha. Su terror fue tan profundo que le turbó el espíritu. Tuvo la debilidad de ir a llorar al refectorio de Ollioules, se arrodilló delante de Catherine y le preguntó si iba a tener el valor de abandonarlo (pág. 7): Esto conmovió a la muchacha, que le dijo no, se acercó a él y se dejó besar. Y aquel traidor no quería más que engañarla y ganar algunos días, el tiempo suficiente para hacerse apoyar desde arriba.

El 29 todo había cambiado. La Cadiére se quedó en Ollioules, le pidió perdón, le prometió sumisión (pág.

339). Es evidente que Girard había puesto en juego influencias poderosas, que a partir del 29 la Cadiére había recibido amenazas (tal vez de Aix y más tarde de París). Los grandes bonetes de los jesuitas habían escrito y, de Versalles, llegaron noticias de los protectores de la corte.

¿Que iban a hacer los hermanos en medio de esta lucha? Sin duda consultaron a sus jefes, que debieron advertirles que no convenía atacar en Girard al confesor libertino; hacer esto era des-agradar a todo el clero, para el cual la confesión era el tesoro más precioso. Era necesario, por el contrario, aislarlo del clero, señalar la doctrina singular de Girard, mostrar en él al quietista. Sólo con esto se lo podía llevar muy lejos. En 1698 se había quemado, por quietista, a un cura de los alrededores de Dijon. Los hermanos imaginaron hacer (en apariencia bajo el dictado de Catherine ,extraña a este proyecto) un informe en el cual el quietismo de Girard, exaltado y glorificado, sería probado y realmente denunciado. Este informe fue el relato de las visiones que la Cadiére había padecido durante la cuaresma. El nombre de Girard aparecía en el cielo. Ella lo había visto unido a su nombre en el Libro de la Vida.

Pero los hermanos no se atrevieron a llevar el informe al obispo.

Lo hicieron robar por un amigo, un joven limosnero, el pequeño Camerle. El obispo leyó y, por la ciudad,

corrieron copias del informe. El 21 de agosto Girard visitó el obispado, y el prelado le dijo riendo: "Bueno, padre, parece que vuestro nombre figura en el Libro de la Vida".

Girard quedó anonadado, se creyó perdido y escribió a la Cadiére, llenándola de amargos reproches. La Cadiére se sorprendió y le juró que el informe no había salido jamás de manos de sus hermanos. Pero, cuando supo que esto era falso, su desesperación no tuvo límites (pág. 163). Fue asaltada por crueles dolores del alma y del cuerpo. En un momento creyó deshacerse. Casi enloqueció. "Tuve un deseo tan grande de sufrimiento... me apoderé dos veces de las disciplinas y me castigué con tanta violencia que sangré en abundancia" (pág. 362). En esta terrible locura, que muestra la debilidad de su mente y la sensibilidad infinita de su conciencia, la Guiol acabó con ella, pintándole a Girard como a un hombre que ya podía considerarse muerto. La compasión de la Cadiére llegó al grado más extremo (pág. 361).

La Cadiére iba a entregar los papeles; sin embargo, era evidente que sólo estos papeles la defendían, la guardaban, probaban su inocencia y los artificios de los que había sido víctima. Entregarlos era arriesgar un cambio de papeles, arriesgarse a que la acusaran de haber seducido a un santo, arriesgarse, en fin, a que todo lo odioso estuviera de su parte.

Pero entre perecer ella o perder a Girard, la Cadiére prefería, con mucho, la primero. Un demonio (sin duda la Guiol) 1a sentó justamente con esto, con la extraña sublimidad de este sacrificio. Le escribió diciendo que Dios deseaba de ella un sacrificio sangriento (pág. 28). Sin duda le citó a algunos santos que, acusados, no se habían justificado, que se habían acusado a sí mismos y habían muerto como corderos. La Cadiére siguió este ejemplo, y cuando acusó a Girard ante ella, lo justificó diciendo: "Es verdad, he mentido" (pág. 32).

La Cadiére hubiera podido entregar sólo las cartas de Girard, piro, dando rienda suelta a su corazón, no regateó: entregó también las copias de sus propias cartas. Así, Girard tuvo a la vez 1a copias escritas por el jacobino y las copias que el otro hermano hacía y que enviaba luego a Catherine. A partir de este momento, Girard ya no tenía nada que temer. No había ningún control posible. Él podía quitar, rehacer, destruir, tachar, falsificar. Su trabajo de falsario era perfectamente libre y lo desempeñó a conciencia. De ochenta cartas han quedado unas dieciséis, y todavía éstas parecen unas cartas laboriosas, fabricadas expresarrrente.

Girard, con todo en la mano, podía reírse de sus enemigos. Ahora eran ellos quienes debían temer. El obispo, hombre de mundo, conocía demasiado bien a Versalles y sabía el crédito de que disfrutaban allí los jesuitas para no someterse a ellos. Creyó incluso, diplo-

mático, hacer una reparación a Girard por su malicioso reproche sobre el Libro de da Vida, y le dijo graciosamente que quería tener a un hijo de su familia en la pila bautismal.

Los obispos de Tolón habían sido siempre grandes señores. En la lista de ellos aparecen los primeros nombres de Provenza, como Baux, Glandéves, Nicolai, Forbin, Forbin d'Oppéde, y también nombres famosos de Italia, como Fiesque, Trivulce, La Rovére, etcétera. De 1712 a 1737, bajo la Regencia y bajo Fleury, el obispo fue un Latour du Pin, hombre muy rico, que poseía también en el Languedoc las abadías de Aniane y de Saint-Guilhem du Désert. Se había portado muy bien, se decía, durante la peste de 1721. Por otra parte, apenas residía en Tolón y llevaba una vida muy mundana. No decía nunca la misa y pasaba por ser muy galante.

El obispo se presentó en Tolón en el mes de julio y, por más que Gira,rd quiso impedir que fuga a Ollioules a visitar a la Cadiére, el obispo tuvo la curiosidad de hacerlo. Vio a la mucha-cha en uno de sus buenos momentos. La Cadiére le gustó, le pareció una santa muy buena, y creyó que tenía realmente luces superiores, al extremo de cometer la ligereza de hablarle de sus asuntos, de intereses, del porvenir y de consultarla como si hubiera sido una tiradora de cartas.

Sin embargo vaciló, pese a los ruegos de los hermanos, en hacerla salir de Ollioules y en apartarla de Gi-

rard. Pero encontraron el medio de decidirlo. Se hizo difundir por Tolón la noticia de que la muchacha había manifestado el deseo de huir al desierto como su modelo Santa Teresa, que experimentó este deseo a los doce años. Se dijo que era Girard quien le metía estas cosas en la cabeza para poder raptarla una mañana, alejarla de la diócesis, cuya gloria ella estaba cimentando, y para entregar este tesoro a algún convento alejado, donde los jesuitas tuvieran el monopolio exclusivo y pudieran explotar los milagros, las visiones, la dulzura de la joven santa popular. El obispo se sintió herido. Ordenó a la abadesa que no entregara la Cadiére más que a su propia madre, que pronto iba a sacarla del convento para llevarla a una quinta que pertenecía a la familia.

Para no chocar a Girard, se le hizo escribir por medio de la Cadiére que, si este cambio le molestara, él podría retirarse y darle otro confesor. Girard comprendió y prefirió desarmar a la envidia, abandonando a la muchacha. Se retiró (15 de septiem-bre) por medio de una carta muy prudente, humilde, lastimosa, en que procuraba dejarla amiga y con buenos recuerdos de él. "Si he cometido faltas respecto a ti, debes recordar, sin embargo, que siempre he tenido la buena voluntad de ayudarte... Soy y seré siempre tuyo en el Sagrada Corazón de Jesús".

Pero el obispo no estaba tranquilo. Pensaba que los tres jesuitas, Girard, Sabatier y Grignet, querían ador-

mecerlo y, una mañana, presentarse con una orden de París y robarle a la muchacha. Tomó el partido decisivo, el 17 de septiembre, de enviar su coche (un coche ligero y mundano que llamaban faetón) y llevarla en seguida a la quinta de su madre.

Para calmarla, para guardarla, para ponerla en el buen camino, le buscó un confesor, y se dirigió en primer término a un carmelita que antes había confesado a Girard. Pero el carmelita, que era un hombre de edad, no aceptó. Probablemente otros también retrocedieron. El obispo debió tomar a un extranjero, un hombre llegado hacía tres meses de Comtat, el padre Nicolás, prior de los carmelitas descalzos. Éste era un hombre de cuarenta años, inteligente y valeroso, muy firme, hasta obstinado. Se mostró digno de la confianza que le hacían, rechazándola. No era a los jesuitas a quienes temía, sino a la misma muchacha. No presentía nada bueno, pensó que aquel ángel podía ser un ángel de las tinieblas y temió que el Malo, bajo la dulce figura de una muchacha, pudiera lanzar sus golpes más malignamente.

Pero no pudo ver a la Cadiére sin tranquilizarse algo. Le pareció que la muchacha era simple, que estaba contenta de poder contar al fin con un hombre seguro, sólido, en quien apoyarse. La Cadiére había sufrido mucho, al ser tenida por Girard en un desequilibrio constante. Desde el primer día habló más de lo que había hablado en un mes, contó su vida, sus sufrimientos, sus

devociones, sus visiones. La noche no logró detenerla, una cálida noche de mediados de septiembre. Todo estaba abierto en la habitación, las tres puertas, además de las ventanas. La Cadiére continuó hablando casi hasta el alba, cerca de sus hermanos, que dormían. Continuó al día siguiente bajo el emparrado de la viña, hablando deslumbrada de Dios y de los más altos misterios. El carmelita quedó estupefacto, y se preguntó si el diablo podía hacer tan bien el elogio de Dios.

La inocencia de la muchacha era visible. Parecía una buena chica, obediente, dulce como un cordero, traviesa como un perrito. Había querido jugar a las bochas (juego frecuente en las quintas), y el confesor no se negó a acompañarla.

Si en la Cadiére había un espíritu, no se podía decir que fuera un espíritu mentiroso. Observándola de cerca durante largo tiempo, nadie podía dudar que sus llagas realmente sangraban por momentos. El carmelita se guardó muy bien de hacer impúdicas verificaciones, como había hecho Girard. Se contentó con ver la llaga del pie. Pero vio demasiado bien los éxtasis de la muchacha. Un vivo calor se apoderaba de pronto del corazón de ésta y se extendía por todo su cuerpo. Catherine ya no se conocía a sí misma, entraba en convulsiones, decía cosas insensatas.

El carmelita comprendió muy bien que en ella había dos personas: la muchacha y el demonio. La primera era

honesta, incluso nueva de corazón, ignorante, una muchacha que comprendía muy mal las mismas cosas que la habían turbado tanto. Antes de la confesión, cuando Catherine habló de los besos de Girard, el carmelita le dijo con rudeza: ")que es un pecado muy grande". "Oh, Dios mío -dijo ella llorando-, entonces estoy perdida, porque me ha hecho muchas más cosas".

El obispo iba a visitarla. La quinta se convirtió para él en un lugar de paseo. Al ser interrogada, la Cadiére contestaba con in-genuidad, por lo menos al principio. El obispo se enfureció, se mortificó, se indignó. Sin duda adivinó lo que faltaba. Dependió de un ápice que no hiciera un escándalo contra Girard. Sin considerar el peligro de una lucha contra los jesuitas, el obispo adoptó las ideas del carmelita, es decir, creyó que la Cadiére estaba embrujada y que, por lo tanto, Girard era un brujo. Quiso en seguida darle una interdicción, perderlo, deshonrarlo. Pero la Cadiére suplicó en favor de aquel hombre que le había hecho tanto mal, pues no quería ser vengada. Se echó de rodillas ante el obispo, le rogó que no la torturara, que no le hablara de aquellas cosas tan tristes. Con conmovedora humildad, dijo: "Ahora me basta con estar finalmente esclarecida, con saber que estaba en el pecado" (pág. 127). Su hermano el jacobino se unió a ella, previendo los peligros de una guerra semejante y dudando de la firmeza del obispo.'Catherine estaba menos agitada. La estación había

cambiado. El verano ardiente había terminado. La naturaleza, finalmente, concedía una tregua. Era el amable mes de octubre. El obispo tuvo la alegría de que Catherine, gracias a él, se sintiera liberada. La muchacha, que no estaba ya en el sofocante Ollioules, que no mantenía contactos con Girard, que estaba ahora bien cuidada por su familia y por el honesto y valiente monje carmelita, la Cadiére, que había caído finalmente bajo la protección del obispo, que no se quejaba de sus acciones y la cubría con su constante protección, había recobrado enteramente la calma. Como la hierba que vuelve a brotar en octubre, regada por leves lluvias, Catherine volvió a florecer, mejoró.

Durante siete semanas pareció apaciguada. El obispo quedó tan contento que hubiera deseado que el carmelita, ayudado par la Cadiére, actuara frente a las otras penitentes de Girard, llamándolas a la razón. Estas mujeres debían ir a la quinta; ya podemos imaginar que de mala gana y contra su voluntad. En realidad, había una extraña inconveniencia en hacer comparecer a estas mujeres ante la protegida del obispo, que era tan joven y apenas estaba recobrada de sus delirios extáticos.

La situación se agrió, se volvió ridícula. Dos partidos se enfrentaron allí: las mujeres de Girard y las del obispo. Del lado de éste estaban la señora Allemand y su hija, y ambas tenían cariño a la Cadiére. Del otro, estaban las rebeldes, encabezadas por la Guiol. El obis-

po negoció con esta mujer para que entrara en contacto con el carmelita y le trajera luego a sus amigas. Le envió a su escribano, y después a un procurador, antiguo amante de la Guiol. Corno nada de esto daba resultado, el obispo resolvió dar un paso definitivo, que fue el de convocar a todas las mujeres en el obispado. Allí las mujeres, generalmente, negaron sus éxtasis, sus estigmas, de los que tanto se habían vanagloriado. Una, sin duda la Guiol, desvergonzada y maliciosa, sorprendió más que las otras al obispo ofreciéndose a mostrarle que no tenía ninguna marca en el cuerpo. Habían supuesto que el obispo iba a tener la ligereza de caer en esta trampa. Pero él percibió con claridad la cosa y rehusó, agradeciendo a las mujeres que, a costa de su pu-dor, querían que él imitara a Girard, e hizo reír con esto a todos.

Pero el obispo no tenía suerte. Por un lado, aquellas audaces mujeres se burlaban de él. Y, por el otro, su éxito frente a la Cadiére fue desmentido. Apenas regresó al sombrío Tolón, a la estrecha callejuela de 1'Hópital, Catherine volvió a enfermarse. La muchacha estaba allí precisamente en el ambiente peligroso y siniestro en que había comenzado su enfermedad, en el campo mismo de la batalla que se libraba entre los dos partidos. Los jesuitas, a los cuales todos hacían la corte por lo bajo, tenían de su parte a los políticos, a los prudentes, a los sabias. El carmelita no coreaba más que

con el obispo, quien ni siquiera era apoyado por sus iguales o por los curas. El obispo se procuró un arma. El 8 de diciembre obtuvo de la Cadiére una autorización escrita para hacer revelaciones sobre su confesión, si era necesario.

Ésta fue una acción audaz, intrépida, que hizo estremecer a Girúrd. Éste no era un hombre muy valiente, y sin duda hubiera estado perdida si su causa no hubiera sido la causa de los jesuitas. Así, se atrincheró en el fondo del convento jesuita. Pero su colega Sabatier, viejo sanguíneo y colérico, fue directamente al obispado. Se presentó ante el prelado como Pompilio, llevando bajo la toga la paz o la guerra. Allí puso al obispo entre la espada y la pared, haciéndole comprender que un proceso con los jesuitas significaba perderse para siempre, quedar convertido a perpetuidad en obispo de Tolón, no llegar jamás a ser arzobispo. Además, con la libertad de un apóstol que siente el apoyo de Versalles, le dijo que, si este asunto llegaba a revelar las costumbres de un jesuita, aclararía igualmente las costumbres del obispo. Una carta, visiblemente arreglada por Girard (pág. 334), hacía creer que los jesuitas estaban por lo bajo dispuestos a lanzar contra el prelado terribles recriminaciones, declarando que su vida era "no solo indigna del episcopado, sino abominable". El pérfido y sinuoso Girard, el apoplético Sabatier, hinchado de rabia y de veneno, hubieran llegado hasta la

calumnia. Sin duda hubieran dicho que todo aquello se hacía por una muchacha, la cual, si bien había caído enferma a causa de Girard, se había curado con la intervención del obispo. ¡Qué inconvenientes hubiera provoca-do un escándalo semejante en la vida tan perfectamente arreglada de aquel gran señor mundano! Era un gesto caballeresco demasiado cómico el de hacer la guerra para vengar la virginidad de una muchachita enferma, y por causa de ella pelear con todas aquellas honradas personas. El cardenal de Bronzi había muerto de pesar en Tolosa; pero, por lo menos, había sido a causa de una bella dama, la noble marquesa de Ganges. Aquí el obispo arriesgaba su pérdida y el caer abrumado bajo la vergüenza y el ridículo por causa de la hija de un revendedor de la calle de 1'Hópital.

Las amenazas de Sabatier impresionaron más porque ya el obispo empezaba a sentirse menos atraído por la Cadiére. Ade-más guardaba cierto rencor por haberse vuelto a enfermar, por haber desmentido su éxito, por haber demostrado, con su recaída, que él estaba equivocado. En realidad, la detestaba por no haberse curado. Así, se dijo que Sabatier tenía razón, y que su bondad no podía llegar al extremo de comprometerse tanto. El cambio fue súbito. Como un golpe de la Gracia. El obispo vio de pronto la luz, como San Pablo en el camino de Damasco, y se convirtió a los jesuitas.

Sabatier ya no le dio tregua. Le presentó el papel y le hizo escribir y firmar la interdicción del carmelita, su agente ante la Cadiére; además, la del hermano jacobino de Catherine (10 de noviembre de 1730).

XII
EL PROCESO DE LA CADIÉRE. 1730-1731

Podemos imaginar lo que fue este golpe atroz para la familia Cadiére. Los ataques de la enferma volvieron a ser frecuentes y terribles. Y, cosa cruel, estos ataques se convirtieron en una epidemia entre sus amigas íntimas. Su vecina, la señora Allemand, que también sufría éxtasis, pero que, hasta ese momento, había creído que provenían de Dios, se aterró y sintió la presencia del infierno. Esta buena dama (de cincuenta años) recordó que, en efecto, había tenido con frecuencia pensamientos impuros; se creyó así entregada al diablo, no vio más que diablos en su casa, y a pesar de estar custodiada por su hija, abandonó su alojamiento y pidió asilo a los Cadiére. La casa se convirtió entonces en un lugar inhabitable, el comercio se volvió imposible. El mayor de los hermanos Cadiére, furioso, lanzaba invectivas contra Girard, gritaba: "Le pasará lo mismo que a Gauffridi. . . también él será quemado". Y el jacobino añadía: "Antes

que dejar la cosa así, devoraremos todo el patrimonio de la familia".

En la noche del 17 al 18 de noviembre, la Cadiére se puso a aullar, sofocada. Creyeron que iba a morir. El hermano mayor, el comerciante, perdió la cabeza, salió a la ventana y gritó a los vecinos: "¡Socorro, el diablo estrangula a mi hermana!" Todos corrieron, casi en camisa. Los médicos y los cirujanos describieron el estado de Catherine como una sofocación de la matriz, y quisieron aplicarle ventosas. Mientras iban a buscar las ventosas, lograron entreabrirle las mandíbulas y hacerle tragar una gota de aguardiente, que la hizo volver en sí. Los médicos del alma se presentaron también, entre éstos un viejo sacerdote, confesor de la madre de la Cadiére, y otros curas de Tolón. Tanto ruido, tantos gritos, la llegada de aquellos sacérdotes en traje de ceremonia, todo el aparato del exorcismo, había llenado la calle de gente. Les que llegaban, preguntaban: "¿Qué pasa?" "Es la Cadiére, que ha sido embrujada por Girard". Podemos comprender fácilmente la piedad y la indignación del pueblo.

Los jesuitas, muy alarmases, quisieron devolver el temor, e hicieron algo bárbaro. Volvieron a visitar al obispo, ordenaron y exigieron que juzgara a la Cadiére, que la prendiera ese mismo día . . . que la pobre muchacha, en la cama misma en que se había revolcado poco

antes en estertores, después de la horrible crisis, recibiera de improviso la visita de la justicia . . .

Sabatier no dejó al obispo hasta que éste no llamó a su juez, a su funcionario, el vicario general Larmedieu, y a su promotor o procurador episcopal, Esprit Reybaud, y ordenó a éstos que procedieran enseguida.

Esto era imposible, ilegal por el derecho canónico. Era necesaria un informe previo de los hechos, antes de iniciar el interrogatorio. Otra dificultad: el juez eclesiástico sólo tenía derecho a dar un paso semejante en caso de rechazo del sacramento. Los des legistas de la Iglesia plantearon, sin duda, esta objeción. Pero Sabatier no escuchó nada. Si las cosas se prolongaban así, en la fría legalidad, él arriesgaba perder su golpe de terror.

Larmedieu, o Lágrima de Dios, era -bajo este nombre con-movedor- un juez complaciente, amigo del clero. No se trataba de uno de esos rudos magistrados que avanzan en línea recta, como jabalíes enceguecidos, por el camino de la ley, sin ver, sin distinguir alas personas. Larmedieu había tenido actuación en el asunto de Aubany, el guardián de Ollioules. Había procedido con bastante lentitud para que Aubany se salvara. Después, cuando supo que este hombre estaba en Marsella, como si Marsella hubiera estado lejos de Francia, como si hubiera sido la ultima Thulé o la terra incognita de los antiguos geógrafos, ya no hizo más nada. Aquí sucedió todo lo contrario: este juez, paralítico en el asunto de

Aubany, tuvo alas en el asunto de la Cadiére, las alas del rayo. Eran las nueve de la mañana cuando los habitantes de la callejuela vieron con curiosidad llegar a casa de la Cadiére una hermosa procesión encabezada por el señor Larmedieu, a quien acompañaba un promotor de la corte episcopal, ambos honorablemente escoltados por dos vicarios de la parroquia, doctores en teología. Invadieron la casa. Interrogaron ala enferma. Le hicieron jurar que diría la verdad, aun contra ella misma, le hicieren jurar que se difamaría diciendo a la justicia cosas que pertenecían sólo a su conciencia y al secreto de confesión.

La Cadiére hubiera podido negarse a contestar, porque no se había observado ninguna formalidad, pero no discutió. Juró, cosa que equivalía a quedar desarmada, entregada. Ligada por el juramento, lo dijo todo, hasta esas cosas vergonzosas y ridículas cuya concesión es tan cruel para una muchacha.

El proceso verbal de Larmedieu y su primer interrogatorio re-velan un plan bien preparado entre él y los jesuitas. Este plan consistía presentar a Girard como víctima, como engañado por las picardías de la Cadiére. ¡Un hombre de cincuenta años, doctorado, profesor, director espiritual de religiosas, había seguido siendo inocente y crédulo, al punto que para atraparlo había bastado una muchachita, casi una niña! La pícara, la desvergonzada, lo había engañado con sus visiones, pe-

ro no lo había arrastrado en sus extravíos. Furiosa, se había vengado entonces, atribuyendo a Girard todas las infamias que podía sugerirle su imaginación de Mesalina.

Aunque el interrogatorio no confirma esto ni de lejos, aparece en él, conmovedoramente, la dulzura de la víctima. Visiblemente; la Cadiere sólo acusa obligada y forzada por el juramento que ha prestado. Catherine es dulce para sus enemigos, hasta ,para la pérfida Guiol, quien (según su hermano) la entregó e hizo todo para corromperla, y quien en último término la perdió, haciéndoIe devolver los papeles que habrían podido salvarla.

Los Cadiére quedaron aterrados de la ingenuidad de su hermana. En su respeto por el juramento, ella se había entregado sin reservas, ¡ay!, se había envilecido para siempre, se había convertido en tema de canciones y de burlas, hasta para los enemigos de los jesuitas y los tontos burlones libertinos.

Ya que la cosa estaba hecha, los hermanos quisieron, por lo menos, que se hiciera exactamente, que el proceso verbal de los sacerdotes fuera controlado por un acto más serio. De acusada, como parecía serlo, los hermanos la convirtieron en acusadora, tornaron una posición ofensiva y obtuvieron del magistrado real, el teniente civil y criminal Marteli Chantard, que fuera a oír la declaracion de la Cadiére. En esta declaración,

corta y neta, encontramos claramente establecida la seducción; además, están consignados los reproches que ella hacía a Girard por sus caricias lascivas, cosa que parecía divertirle mucho; aparece también el consejo que él le daba de dejarse obsesionar por el demonio; aparece también la succión, por medio de la cual el bribón mantenía vivas las llagas de la muchacha, etcétera.

El enviado del rey, el teniente, podía retener el asunto en su tribunal, ya que el juez eclesiástico, en su precipitación, no había llenado las formalidades del derecho canónico, lo que viciaba el acto de nulidad. Pero el magistrado laico no tuvo valor. Se dejó uncir a la información clerical, soportó a Larmedieu como asociado y hasta llegó a instalarse a escuchar a los testigos en el tribunal del obispado. El escribano del obispo fue quien escribió (y no el escribano del enviado del rey). ¿Puede decirse exactamente qué escribía? Podemos dudarlo, cuando vemos que este escribano eclesiástico amenazaba a los testigos y que, todas las noches, mostraba lo que éstos declaraban a los jesuitas.'Los dos vicarios de la parroquia de la Cadiére, que fueron escuchados antes, declararon secamente, no a favor de la muchacha, pero tampoco en contra o a favor de los jesuitas (24 de noviembre). Éstos vieron que la cosa iba a fracasar. Perdieron entonces todo pudor y, a riesgo de indignar al pueblo, resolvieron romper con todo. Obtuvieron una orden del obispo para poner presa a la Cadiére y a los

principales testigos que ella quería hacer oír. Eran éstos la señora Allemand y la Batarelle. La última fue llevada al Refuge, convento-prisión; en cuanto a la otra, fue llevada a una prisión, el Buen Pastor, donde se encerraba a las locas y a las rameras escandalosas para su corrección. La Cadiére (26 de noviembre), sacada de su lecho, fue entregada á las ursulinas, penitentes de Girard, que la depositaron en un lecho de paja podrida.

Una vez establecido el terror, se podía oír a los testigos, en primer lugar dos de éstos (28 de noviembre), respetables y escogidos. Uno era la Guiol, conocida por proporcionar mujeres a Girard. Esta mujer, de lengua directa y acerada, quedó encargada de lanzar el primer dardo y abrir la llaga de la calumnia. La otra era la Laugier, la modistilla que la Cadiére había alimentado y cuyo aprendizaje había costeado. Cuando estaba encinta de Girard, la Laugier había protestado contra él. Ahora se lavó de esta falta burlándose de la Cadiére, mancillando a su bienhechora, aunque todo lo hizo torpemente, como buena desvergonzada que era, atribuyendo ala Cadiére palabras vergonzosas, muy contrarias a sus costumbres. Después declararon la señorita Gravier y su prima, la Reboul, en fin, todas las girardinas, como se las lla-maba en Telón.

Pero las cosas no pudieron arreglarse tanto que, por momentos, no se hiciera la luz. La mujer de un procurador, en cuya casa se reunían las girardinas, dijo bru-

talmente que aquello no podía seguir, que las mujeres trastornaban toda la casa; habló de sus carcajadas enloquecidas, de los banquetes pagados con las colectas que se bacín para los pobres, etcétera (pág. 55).

Se temía mucho que las religiosas se declararan a favor de la Cadiére. El escribano del obispado fue a decirles (de parte del obispo) que se castigaría a aquellas que hablaran mal. Para pro-ceder todavía con más fuerza, se trajo de Marsella al galante padre Aubany, que tenía mucho ascendiente sobre ellas. Se arregló primero el asunto de la violación de la muchachita. Se hizo entender a los padres de ésta que la justicia no iba a hacer nada. Se estimó que el honor de la niña valía ochocientas libras, que fueron pagadas en nombre de Aubany. Así pues, él pudo volver lleno de celo jesuita a ocuparse de su rebaño de Ollioules. ¡Pobre rebaño, que temblaba cuando el buen padre Aubany manifestó estar encargado de decirles que, si no se portaban bien, tendrían la cosa (Procés, infolio 12, t. II, pág. 191).

Con todo esto, no se obtuvo lo que se quería de aquellas quince religiosas. Sólo dos o tres se declararon en favor de Girard y todas recitaron hechos, ocurridos el 7 de julio, que directamente lo abrumaban.

Desesperados, los jesuitas tomaron un partido heroico para asegurarse los testigos. Acamparon en un lugar fijo, en una sala del corredor que llevaba al tribunal. Allí detenían, hablaban, amenazaban, y si los testi-

gos estaban contra Girard, les impedían entrar al tribunal, a la fuerza, impúdicamente, los ponían en la puerta (infolio 12, t. I, pág. 44).

Fue así que el juez de la Iglesia y el enviado del rey no fueron más que unos muñecos en manos de los jesuitas. Toda la ciudad entendía y se estremecía. En diciembre, enero y febrero la amiga de la Cadiére formuló e hizo pública una queja por negación de justicia y soborno de testigos. Los jesuitas comprendieron que no podían sostenerse. Pidieron entonces ayuda de arriba. Lo mejor parecía un sencillo decreto del Gran Consejo, solicitando el pase del asunto para sofocarlo luego (como había hecho Mazarino en el asunto de Louviers). Pero el canciller era d'Aguesseau; los jesuitas no querían que el asunto pasara a París. Lo retuvieron, pues, en Provenza. Hicieron decidir por el rey (16 de enero de 1731) que el Parlamento de Provenza, donde ellos tenían muchos amigos, estaría encargado de juzgar, basándose en la información que dos de sus consejeros debían obtener en Tolón.

Un laico, el señor Faucon, y un consejero de la Iglesia, el señor de Charleval, fueron allí, en efecto, y visitaron a los jesuitas (pág. 407). Estos comisionados impetuosos ocultaron tan poco su violenta y cruel parcialidad que lanzaron contra la Cadiére una orden de detención, como se hace con los acusados, mientras que Girard fue cortésmente llamado y dejado en libertad,

continuó diciendo la misa y confesando. Así, la litigante quedó bajo los cerrojos, en manos de sus enemigos, en poder de las devotas de Girard, a merced de cualquier crueldad.

La recepción que le hicieron las buenas monjas ursulinas no habría sido otra si hubieran estado encargadas de matarla. Le dieron como habitación la celda de una religiosa loca, que todo lo ensuciaba. La Cadiére se acostó en la paja que había usado la loca, en medio de un hedor atroz. Con gran trabajo, sus padres pudieron introducir al día siguiente una manta y un colchón. Le dieron como custodia y enfermera el alma condenada de Girard, una conversa, hija de la misma Guiol que la había entregado, digna hija de su madre, capaz de hechos siniestros, peligrosa para el pudor de la Cadiére y tal vez para su vida misma. Le infligieron la penitencia más cruel para ella: la de no poder confesar ni comulgar. La Cadiére -volvió a enfermarse a partir del momento en que no comulgó. Su furioso enemigo, el jesuita Sabatier, visitó la celda y, cosa extraña, nueva, intentó ganarla, tentarla por medio de la hostia. Regatearon. Torna y daca: para poder comulgar era necesario que la Cadiére se reconociera calumniadora e indigna de la comunión.

Tal vez la Cadiére lo hubiera hecho, por exceso de humildad.

Pero, al perderse, hubiera perdido también al carmelita y a sus Germanos.

Deducidos a las artes farisaicas, sus palabras eran interpretadas. Fingían entender como dentro de la realidad material lo que ella decía en sentido místico. La Cadiére demostró, al esquivar todas aquellas trampas, lo que menos se hubiera esperado de ella: una gran presencia de ánimo (véase en especial pág. 391).

La trampa más pérfida, arreglada para que el público perdiera interés en ella y convertirla en pasto de las burlas, consistió en cadilgarle un amante. Se pretendió que la Cadiére había propuesto a un joven medio loco que huyeran juntos a correr el mundo.

Los grandes señores de aquella época, a quienes les gustaba hacerse servir por los niños, por pajecitos, tomaban de buena gana a su servicio a los hijos más bonitos de sus campesinos. .Así lo había hecho el obispo con el hijo de uno de sus granjeros. En el primer momento, se contentó con asearlo. Después, cuando el favorito creció, para que mejorara su apariencia, lo tonsuró, le hizo tomar aires de cura, le dio el título de limosnero a los veinte años. Fue el señor abad Lamerle. Criado en medio de la gente de librea, y haciendo toda clase de trabajos, Lamerle fue, como suele suceder con los campesinos a medias pulidos, un rústico tonto y cazurro. Camerle se dio cuenta, desde su llegada a Tolón, que el prelado sentía curiosidad por la Cardiére y estaba

en una actitud poco favorable hacia Girard. Pensó jugar y divertirse, convirtiéndose en espía, en Ollioules, para los posibles contactos sospecho-sos. Pero a partir del momento en que el obispo cambió, cuando tuvo miedo de los jesuitas, Lamerle, con idéntico celo, sirvió activamente a Girard y lo ayudó contra la Cadiére.

Como otro José, se presentó a decir que la señorita Cadiére (como la mujer de Putifar) lo había tentado, había intentado vencer su virtud. Si esto hubiera sido cierto, si ella le hubiera hecho el honor de sentir alguna debilidad por él, Camerle habría sido aún más cobarde al castigarla, al abusar de una palabra aturdída. Pero la educación de paje y de seminarista no proporciona honor ni gusto por las mujeres.

La Cadiére se defendió con vivacidad y bien, cubriéndolo de vergüenza. Los dos indignos comisionados del Parlamento, al verla responder de manera victoriosa, abreviaron las confrontaciones, limitaron los testimonios. De sesenta y ocho testigos llamados por la Cadiére no convocaron más que a treinta y ocho (infolio 12, t. I, pág. 62). Sin tener en cuenta las demoras ni las formalidades de la justicia, precipitaron la confrontación. Con todo, no ganaron nada. El 25 y el 26 de febrero todavía, sin variantes, la Cadiére repitió sus afirmaciones abrumadoras.

Los jueces se enfurecieron tanto que lamentaron no tener en Tolón al verdugo y a la tortura "para hacerla

cantar un poco". Ésta era la ultima ratio. Los parlamentos, durante todo el siglo, la habían utilizado. Tengo bajo los ojos un elogio vehemente de la tortura, escrito en 1780 por un sabio parlamentario convertido en miembro del Gran Consejo, dedicado al rey Luis y coronado por una halagadora aprobación de Su Santidad Pío VI.

A falta de la tortura que la hubiera hecho cantar, hicieron hablar a la Cadiére por un medio aún mejor. El 27 de febrero, muy temprano, la hermana conversa que le servía de carcelera, la hija de la Guiol, le llevó un vaso de vino. Catherine se sorprendió; no tenía sed y nunca bebía vino por la mañana, y mucho menos vino puro. La conversa, criada ruda y fuerte, como suele haber en los conventos para someter a las indóciles, a las locas, para castigar a los niños, abrumó con insistencia amenazadora a la débil enferma. La Cadiére no quería beber, pero bebió. Y la obligaron a beberlo todo, hasta el fondo, que ella encontró desagradable y salado (págs. 243-247).

¿Qué era este chocante brebaje? Hemos visto, en la época del aborto, cuán experto en remedios era el antiguo director espiritual de religiosas. Aquí hubiera bastado con el vino puro para una enferma tan agotada, para embriagarla y hacerle decir aquel mismo día algunas palabras tartamudeantes que el escribano hubiera transformado en un desmentido completo. Indudablemente

se añadió al vino una droga (tal vez la hierba de las brujas, que turba durante varios días) para prolongar la embriaguez y poder disponer de la Cadiére, haciéndole cometer actos que le impedirían luego retractarse o desmentirse.

Tenemos ante nosotros su declaración del 27 de febrero. ¡Hay aquí un cambio súbito y completo, una apología de Girard! Los comisionados (cosa rara) no percibieron un cambio tan brusco. El espectáculo singular, vergonzoso, de la muchacha embriagada no los sorprendió, no los puso en guardia; hicieron decir a la Cadiére que Girard no la había tocado jamás, que ella nunca había experimentado placer ni dolor, que lo único que había sentido provenía de su enfermedad. Era el carmelita, eran sus hermanos quienes le hicieron contar como hechos reales cosas que no fueron más que sueños. No contenta con blanquear a Girard, Catherine ennegreció a los suyos, los abrumó y les echó la cuerda al cuello.

Lo que resulta maravilloso es la claridad, la precisión de la declaración. Sentimos aquí la mano de un hábil escribano. Sin embargo, hay algo que sorprende: estando ya en tan buen ca-mino, no se continuó por él. Se la interrogó un sólo día, el 27. Nada el 28. Nada entre el 19 y el 6 de marzo.

Probablemente el 27, bajo el influjo del vino, la Cadiére pudo hablar todavía, decir algunas palabras que

arreglaron luego. Pero el 28, bajo el efecto del veneno, Catherine cayó en un estupor completo o en un indecente delirio. (como el del aquelarre) y no fue posible mostrarla. Por otra parte, con la cabeza totalmente turbada, fue posible darle otros brebajes sin que ella tuviera conciencia ni recuerdo.

Es lo que ocurrió, no tengo duda de ello, entre los seis días del 28 de febrero al 5 o 6 de marzo, donde sitúo un hecho singular que no puede haber tenido lugar antes ni después. Es un hecho tan repugnante, tan triste para la pobre Cadiére, que aparece indicado en tres líneas, sin que ella ni su hermano hayan tenido el valor de decir más (pág. 249 del infolio, líneas 10-13). Nunca lo hubieran mencionado si los hermanos, al sentirse perseguidos, no hubieran comprendido que se trataba de su propia vida.

¡Girard fue a visitar a la Cadiére y se permitió una vez más con ella insolentes e impúdicas libertades!

Esto sucedió, dicen el hermano y la hermana, después que el asunto pasó a manos de la justicia. Entre el 26 de noviembre y el 26 de febrero Girard se había sentido intimidado, humillado, había sido batido constantemente en la guerra de testigos que hacía contra la Cadiére. Todavía menos se atrevió a verla después del 10 de marzo, día en que ella volvió a su casa abandonando el convento donde la tenía recluida. Girard no la vio más que esos días, en los cuales todavía fue su due-

ño, días en que la infortunada, bajo la influencia del veneno, dejó de ser ella misma.

Si la madre Guiol había entregado antes a la Cadiére, la hija Guiol podía entregarla ahora. Girard, que había ganado la partida con el desmentido de la muchacha contra sí misma, se atrevió a ir a la cárcel y verla en el estado en que la había puesto, agotada o desesperada, abandonada del cielo y de la tierra y, en caso de quedarle alguna lucidez, entregada al horrible dolor de haber asesinado a los suyos por medio de su declaración. La Cadiére estaba perdida y todo había terminado. Pero se iniciaba otro proceso contra sus hermanos y el valeroso carmelita. Los remordimientos podían dar a la Cadiére la tentación de conmover a Girard, obtener que no persiguiera a sus amigos y, sobre todo, qué no le dieran la tortura.

El estado de la presa era deplorable y clamaba piedad. Pequeñas enfermedades provocadas' por una vida siempre sentada la hacían sufrir mucho. A consecuencia de las convulsiones, la Cadiére sufría de pérdidas, por momentos muy dolorosas (pág. 343). Lo que prueba que Girard no era un criminal fortuito, sino un perverso, un canalla, es que en todo esto no vio más que la facilidad de conseguir ventajas. Creyó que, si la usaba, si la envilecía ante sus propios ojos, Catherine no se levantaría jamás, no recobraría nunca el corazón y el valor para negar su desmentido. Girard la detestaba ahora y,

sin embargo, con charla libe-tina y odiosa, habló de esas pérdidas y tuvo la indignidad, al ver a aquel pobre ser indefenso, de llevar allí la mano (pág. 249). El hermano de la Cadiére asegura y afirma esto, pero brevemente, con vergüenza, sin pasar más adelante. Ella misma, cuando le pregunta, contesta con todas sus letras: "Sí".

¡Ay, el alma de la muchacha estaba ausente y volvía lenta-mente a ella! El 6 de marzo la Cadiére debía ser confrontada, confirmarlo todo, perder sin remedio a sus hermanos. Catherine no podía hablar, se sofocaba. Los caritativos comisionados le dijeron que la tortura estaba al lado y le explicaron en qué rin-cones le apretarían los huesos, dónde iban a estar los brazaletes, las puntas de hierro. Catherine estaba tan débil que le faltó el valor. Soportó enfrentar a su cruel amo, que pudo reír en triunfo tras haberla envilecido en el cuerpo y, más aún, en la conciencia convirtiéndola en asesina de los suyos.

No se perdió tiempo para aprovechar la debilidad de la mu-chacha. Inmediatamente se dirigieron al Parlamento de Aix para inculpar al carmelita y a los hermanos, para que se hiciera contra ellos otra proceso, de manera que, después que la Cadiére fuera condenada y castigada, la justicia caería sobre ellos.

El 10 de marzo transfirieron a la Adhiere de las ursulinas de Tolón a Santa Clara de Ollioules. Girard no estaba seguro de ella. Consiguió que llevaran a la muchacha como si se tratara de un terrible bandolero de

aquel camino de mala fama, entre los soldados de la mariscalía. Pidió que, en Santa Clara, la encerraran bajo llave. Las religiosas quedaron conmovidas hasta las lágrimas al ver llegar entre las espadas a la pobre enferma, que apenas podía arrastrarse. Todo el mundo se apiadó de ella. Aparecieron dos hombres valientes, el señor Aubin, procurador, y el señor Claret, notario, que redactaron para ella las actas en que se retractaba de su retractación, terribles piezas en que habla de las amenazas de los comisionados y de la superiora de las ursu!inas, donde menciona, sobre todo, el vino envenenado que le obligaron a tomar (10-16 de marzo, 1731, págs. 243-248).

Al mismo tiempo, aquellos hombres intrépidos prepararon y dirigieron a la Cancillería de París lo que llamaron una apelación contra el abuso, revelando el informe y culpable procedimiento, las violaciones continuas de la ley, cometidas desvergonzadamente : 1° El oficial y el enviado del rey; 2° Los comisionados. El canciller d'Aguesseau se mostró débil, blando. Dejó que persistiera el asqueroso procedimiento, que el asunto pasara al Parlamento de Aix, tan sospechoso, después del deshonor con que acababan de cubrirlo dos de sus miembros.

Volvieron a apoderarse de la víctima, y de Olliouies 1a tras-ladaron a Aix, siempre en medio de los soldados. A medio ca-mino descansaron en una posada. Allí el

brigadier explicó que, en virtud de órdenes recibidas, debía acostarse en el mismo cuarto que la muchacha. Fingieron creer que la enferma, que no podía caminar, iba a intentar huir, que podía saltar por la ventana. Combinación infame. ¡Entregarla a la castidad de los soldados de las dragonadas! ¡Qué alegría, qué burla si la Cadiére hubiera llegado embarazada! Felizmente, su madre se había presentado en el momento de la partida, la había seguido de buena o mala gana y no se atrevieron a alejarla a estacazos. La señora Cadiére se quedó en la habitación velando (ninguna de las dos se acostó) y protegió así a su hija (infolio 12, t. I, pág. 52).

La Cadiére estaba destinada a las ursulinas de Aix, que debían guardarla por orden del rey. La superiora pretendió no haber recibido la orden. Se puede ver aquí la ferocidad de las mujeres cuando están apasionadas, cuando ya no tienen naturaleza de mujeres. La superiora la hizo esperar cuatro horas en la puerta, en medio de la calle, exhibiéndola (t. IV del infolio 12, pág. 404). Tuvieron así tiempo de convocar al pueblo, a las gentes de los jesuitas, a los buenos obreros del clero, para que aullaran, silbaran; llamaron también a los niños, por si era menester lapidarla. Fueron cuatro horas en la picota. Sin embargo, todos los transeúntes desinteresados que por allí pasaban preguntaron si las ursulinas tenían orden de dejar matar a aquellas muchachas. Podemos juz-

gar por esto cuán tiernas carceleras fueron las buenas hermanas para la pobre presa enferma.

El terreno había sido admirablemente preparado. Un vigoroso concierto de magistrados jesuitas y de damas intrigantes había organizado la intimidación. Ningún abogado hubiera querido perderse con la defensa de una muchacha tan difamada. Ninguno se habría atrevido a tragar las culebras que reservaban las carceleras para aquel que se atreviera a enfrentarlas en el refectorio, cuando fuera a conversar con la Cadiére. En este caso la defensa recaía en el síndico del tribunal de Aix, el señor Chaudon. Éste no rechazó este duro deber. Sin embargo, muy inquieto, buscó un arreglo. Los jesuitas rehusaron. Entonces Chaudon se mostró como lo que era, un hombre de honestidad inquebrantable, de admirable coraje. Expuso como sabio legista la monstruosidad de los procedimientos. Esto era pelearse para siempre con el Parlamento e igualmente con los jesuitas. Chaudon presentó cla-ramente el incesto espiritual del confesor, pero, por pudor, no es-pecifica hasta dónde había llegado el libertinaje. Tampoco se permitió hablar de las girardinas, de las devotas embarazadas, hecho perfectamente conocido, pero sobre el cual nadie había querido testimoniar. Finalmente hizo a Girard un gran servicio, atacándolo como brujo. Todos rieron. Se burlaron del abogado. Chaudon intentó entonces probar la existencia del demonio recurriendo a los textos sagra-

dos, a partir de los Evangelios. Y todos rieron con más fuerza.

El asunto había sido hábilmente desfigurado, convirtiendo al honesto carmelita en amante de la Cadiére y en fabricante de un gran complot de calumnias contra Girard y los jesuitas. Por otra parte, la muchedumbre de perezosos, la gente mundana y aturdida, los burlones o los filósofos, se divertían con unos y con otros, con perfecta imparcialidad respecto de carmelitas y jesuitas, gozando al ver a los monjes hacerse la guerra entre ellos. Aquéllos que pronto iban a llamar volterianos fueron incluso más favora-bles a las jesuitas, corteses y hombres de mundo, que a las antiguas órdenes mendicantes.

El asunto se embrollaba. Llovían las burlas, especialmente sobre la víctima. Historia galante, decían, y no veían en todo más que una diversión. No hubo un estudiante, ni un empleado que no compusiera una canción sobre Girard y su pupila, que no recalentara las antiguas burlas provenzales sobre Madeleine (la del asunto Gauffridi), sobre sus seis mil diablillos, sobre el miedo de éstos al látigo, sobre los milagros de la disciplina, que habían hecho huir a los diablos de la Cadiére. (Manuscritos de la Biblioteca de Tolón).

En este punto especial, los amigos de Girard lo limpiaron con mucha facilidad. Girard había actuado según su derecho de director espiritual y según la cos-

tumbre. La verga era el atributo de la paternidad. Girard había actuado contra su penitente "para remedio de su alma". Se castigaba entonces a los endemoniados, se castigaba a los alienados, se castigaba también a otros enfermos. Éste era el gran medio de expulsar al enemigo, fuera quien fuere, demonio o enfermedad. Era un punto de vista popular. Un valiente obrero de Tolón, testigo del triste estado de la Cadiére, dijo que el único remedio para la pobre enferma era un látigo.

Girard, sintiéndose apoyado, no tenía por qué mostrar su razón. Ni siquiera se tomó el trabajo de hacerlo. Su defensa aparece encantadora y ligera. No se digna corroborar sus mismas declaraciones. Desmiente a sus propios testigos. Parece bromear y dice con tono audaz de gran señor de la Regencia que, si bien era cierto que había estado encerrado con la Cadiére, como se le acusaba, `"la cosa no había sucedido más que nueve veces".

Y los amigos de Girard decían: "¿Acaso el buen padre no ha hecho esto para observar mejor, para juzgar, para profundizar? Tal es el deber de un director espiritual ante un caso semejante. Leed la vida de Catalina de Génova, esa gran santa . . . Por la noche el confesor se ocultaba en el cuarto de ella para ver los prodigios que Catalina hacía, y así poder sorprenderla en flagrante milagro.

"Pero lo malo era que el infierno, que no duerme jamás, había tendido una trampa a aquel cordero del Señor, había vomitado, lanzado a ese dragón hembra, a ese monstruo devorador, maniático y demoníaco, para tragarlo y perderlo en el torrente de la calumnia".

Es una costumbre antigua y excelente la de ahogar a los monstruos en la cuna. Y, ¿por qué no hacerlo también más tarde? El caritativo consejo de las damas adictas a Girard era emplear loantes posible el hierro y el fuego. "¡Que perezca esa mujer!"decían las devotas. También muchas grandes señoras querían que la Cadiére fuera castigada, pues les parecía una cosa exorbitante que aquella criatura hubiera osado quejarse, querellar a un hombre que le había hecho un gran honor.

En el Parlamento había algunos jansenistas obstinados, pero más enemigos de los jesuitas que favorables a la muchacha. Este grupo fue prontamente vencido, quedó descorazonado al ver que se levantaban contra ellos la temible Sociedad (los jesuitas), Versalles, la corte, el cardenal ministro y todos los salones de Aix. ¿Podían acaso ser más audaces que el canciller d'Aguesseau, que había aflojado tanto? El procurador general no vaciló: encargado de acusar a Girard, se declaró su amigo y le dio consejos para que contestara la acusación.Ya no se trataba más que de una cosa: saber por medio de qué reparación, de qué solemne expiación, de qué ejemplar castigo la litigante, convertida en acusada, daría satisfac-

ción a Girard y a la Compañía de jesús. Los jesuitas, fuera cual fuere el grado de su indulgencia, reconocían que, en interés de la religión, era necesario un ejemplo para llamar un poco al orden a los convulsionados jansenistas y a los escritorzuelos filosóficos que empezaban a pulular.

Por dos puntos era posible atrapar a la Cadiére, lanzarle el arpón:

1° Ella había calumniado. Pero ninguna ley castiga la ca-lumnia con pena de muerte. Para llegar hasta ahí había que buscar más lejos y decir: "El antiguo texto romano .De famosis libellis pronuncia la pena de muerte contra aquellos que han escrito libelos injuriosos contra los emperadores o contra la re- ligión del imperio. Los jesuitas son religión. Por lo canto, un memorial contra un jesuita merece la última pena".

2° Pero había una trampa todavía mejor. Al iniciarse el proceso, el juez episcopal, el prudente Larmedieu, había preguntado a la Cadiére si ella no había adivinado los secretos de varias per-sonas, a lo que la muchacha contestó que sí. Por lo tanto, se le podía imputar la condición mencionada en el formularia de procesos de brujería: adivinadora y abusadora. Esto sólo merecía la hoguera en derecho eclesiástico. Igualmente, tras la confesión de las damas de Ollioules, se la podía calificar de bruja; las religiosas habían afirmado que por las noches, a la misma hora Catherine había visitado varias celdas a

la vez, se había inclinado dulcemente sobre ellas, etcétera. El capricho que habían sentido por la Cadiére, su ternura súbita y sorprendente por la muchacha, tenía todo el aire de un embrujamiento.

¿Qué impedía quemarla? Se seguía quemando por todas partes en el siglo xvlm. España, en un solo reinado, el de Felipe V, quemó 1600 personas y, todavía en 1782, quemó a una bruja. .Alemania quemó otra en 1751; Suiza otra en 1781. Roma seguía quemando -sigilosamente, es verdad- en los hornos y en los sótanos de la Inquisición."Francia, por lo menos, ¿es acaso más humana?" Francia es inconsecuente. En 1718 se quemó un brujo en Burdeos: En 1724 y 1726 se encendieron hogueras en la Gréve por delitos que, en Versalles, pasaban por juegos de estudiantes. Los guardianes del niño real, el señor duque, Fleury, indulgentes en la corte, son terribles en la ciudad. Un burrero y un noble, el señor de Chauffours, son quemados vivos. La llegada del cardenal ministro no puede ser mejor celebrada que con una reforma de las costumbres, dando un severo ejemplo a los corruptores públicos. Nada mejor que hacer un ejemplo terrible y solemne con esta muchacha in-fernal, que ha atacado de tal manera a la inocencia de Girard.

Veamos qué era necesario para lavar a ese sacerdote. Había que establecer que (aunque Girard hubiera rehecho, imitado a los Chauffours), lo había hecho por-

que era juguete de un hechizo. Las declaraciones eran clarísimas. En términos de derecho canónico y según decretos recientes, alguien debía ser quemado. De los cinco magistrados del tribunal, sólo dos hubieran quemado a Girard. Tres estaban contra la Cadiére. Se llegó a un acuerdo. Los tres jueces de la mayoría no exigieron las llamas, ahorraron el largo y terrible espectáculo de la hoguera, se contentaron con una muerte simple.

En nombre de los cinco se llegó a un acuerdo y se propuso al Parlamento: "Que la Cadiére, tras sufrir la tortura ordinaria y la extraordinaria, fuera llevada a Tolón y colgada y estrangulada en la plaza de los Predicadores".

Fue un golpe terrible. Hubo un prodigioso cambio de opinión. Los mundanos, los burlones, ya no rieron: temblaron. Su ligereza no llegaba al punto de dejar pasar una cosa tan terrible. Les parecía bien que una muchacha fuera seducida, deshonrada, que se abusara de ella, que la convirtieran en un juguete, que la pobre muriera de dolor y de delirio; ellos no iban a mezclarse en esto. Pero fue otra cosa cuando se trató del suplicio, cuando tuvieron la imagen de la triste víctima, con la cuerda al cuello, estrangulada en el cadalso. Los corazones se sublevaron. De todas partes surgió el grito: "Esta canallería a la inversa no se había visto desde el principio del mundo. La ley del rapto aplicada al revés: se con-dena a

la muchacha por haber sido seducida, el seductor ahorca a la víctima".

Cosa imprevista en la ciudad de Aix (ciudad de jueces, de sacerdotes, de alta sociedad), de pronto apareció el pueblo, surgió un violento movimiento popular. En masa, como un cuerpo cerrado, una muchedumbre de hombres de todas las clases, en un impulso, marchó hacia el convento de ursulinas. Hicieron comparecer a la Cadiére y a su madre. Gritaron: "Tranquilizaos, señorita. Nosotros estamos aquí... No temáis nada".

El gran siglo II justamente denominado por Hegel reino del espíritu, es todavía más grande por haber sido el reino de la humildad. Algunas señoras distinguidas, como la nieta de la Sévigné, la encantadora señora de Simiane, se apoderaron de la muchacha y la refugiaron en su seno. Cosa aún más hermosa (es igualmente conmovedora), las damas jansenistas de pureza salvaje, tan difíciles entre ellas, de austeridad tan excesiva inmolaron en este caso la Ley a la Gracia y echaron los brazos al cuello de la pobre niña amenazada, la purificaron con besos en la frente y la rebautizaron con sus lágrimas.

Provenza es violenta y, por lo tanto, mucho más admirable en esos momentos en que surge violenta de generosidad y con una verdadera grandeza. Algo de esto hemos visto en los primeros triunfos de Mirabeau, cuando tenía en Marsella, a su alrededor, un millón de hombres. Y, en este caso, se produjo ya una gran escena

revolucionaria, un inmenso movimiento contra el estúpido gobierno de entonces, contra los jesuitas, protegidos de Fleury. Levantamiento unánime por humanidad, por piedad, para defender a una mujer, a una niña bárbaramente inmolada. Los jesuitas imaginaron organizar entre la canalla que les era adicta, entre sus clientes, sus mendigos, una especie de populacho que armaron de campanillas y de palos, para hacer retroceder a los cadieristas. Así se denominó a los dos partidos. Pero en el último estaba todo el mundo. Marsella se levantó entera para llevar en triunfo al hijo del abogado Chaudon. Tolón fue tan lejos en la defensa de su pobre compatriota que intentó quemar el convento de los jesuitas.

El testimonio más conmovedor para la Cadiére proviene de Ollioules. Una pupila, la señorita Agnés, joven y tímida por natu-raleza, siguió el impulso de su corazón, se precipitó en la marea de los panfletos, escribió y publicó una apología de la Cadiére.

Este grande y profundo movimiento actuó sobre el Parlamento mismo. Los enemigos de los jesuitas se sintieron apoyados de Golpe, elevados, hasta osaron desafiar las amenazas de arriba, el crédito de los jesuitas, el rayo que, desde Versalles, les podía lanzar Fleury.'Una anécdota grotesca simboliza y expresa a maravilla el estado del Parlamento. El informante estaba leyendo su trabajo, sus apreciaciones sobre aquel proceso de brujería, sobre la parte que podía tener el diablo en este.

Hasta los amigos de Girard, al ver que sus filas disminuían, que sus falanges raleaban, desearon el juicio. Éste tuvo lugar el 11 de octubre de 1731.

Nadie se atrevió a repetir, frente al pueblo, las conclusiones feroces del tribunal que quería ahorcar a la Cadiére. Doce consejeros, inmolando su honor, declararon inocente a Girard. De los doce restantes, algunos jansenistas lo condenaron a la hoguera, como brujo; pero tres o cuatro, más razonables, lo condenaron simplemente a muerte como canalla. Como había doce contra doce, el presidente Lebret debía juzgar. Juzgó a favor de Girard. Absuelto de la acusación de brujería, que hubiera representado la pena de muerte, Girard fue enviado, como sacerdote y confesor, a sufrir un proceso eclesiástico, bajo el comisionado de Tolón, su íntimo amigo Larmedieu.

La alta sociedad, los indiferentes, quedaron satisfechos. Y se ha prestado tan poca atención a la sentencia que todavía hoy historiadores como Fabre y Méry repiten "que los dos fueron absueltos'". Cosa en modo alguno exacta. La Cadiére, tratada como calumniadora, fue condenada a ver sus Memorias y sus desgarradores escritos de defensa rotos y quemados por mano del verdugo.

Hay aquí un terrible sobrentendido. Si la Cadiére era marcada en esta forma, era castigada por su calumnia, los jesuitas podían continuar actuando por lo bajo,

proseguir el éxito ya logrado frente al cardenal Fleury, y atraer sobre la muchacha castigos secretos y arbitrarios. La ciudad de Aix lo comprendió así. Todos sintieron que el Parlamento no la enviaba, sino que la entregaba.se levantó entonces la ira popular contra el presidente Lebret, amenazado a tal punto que pidió protección al regimiento de Flandes.

Girard huyó en un coche cerrado. El pueblo lo descubrió y lo habrían matado si él no se hubiera refugiado en la iglesia de los jesuitas, donde el canalla se puso a decir misa. De ahí escapó y regresó a Dele, honrado y glorificado por la Sociedad. Murió en 1733, en oler de santidad. El cortesano Lebret murió en 1735.

El cardenal Fleury hizo todo lo que querían los jesuitas. En Aix, en Toión, en Marsella, encarceló y desterró. La ciudad de Tolón, sobre todo, era culpable de haber arrastrado la efigie de Girard hasta la puerta de las girardinas, y de haber paseado el sacrosanto tricornio de los jesuitas.

Despues de la sentencia, la Cadiére debía volver a su casa, ser entregada a su medre. Pero me atrevo a afirmar que no se permitió jamás que ella volviera al ardiente teatro de su ciudad natal, declarada tan altamente en su favor. Qué fue de ella? hasta ahora nadie ha podido saberlo.

Si tenemos en cuenta que el solo crimen de interesarse en ella merecía la muerte, no es de extrañar que,

bien pronto, volvieran a prenderla; es de imaginar que los jesuitas obtuvieron fácilmente en Versalles una orden de prisión para encerrar a la pobre muchacha, para ahogar, enterrar con ella un asunto tan triste para „"los. Sin duda se esperó que el público se distrajera, que se Interesara en otra cosa. Después, la garra se apoderó de nuevo de ella, y la sumergió, la perdió en algún convento ignorado, la apago en un in pace.

La Cadiére tenía sólo veintiún años en el momento de la sentencia, y nunca creyó vivir mucho tiempo. ¡Que Dios se lo haya concedido!

EPILOGO.

Una mujer de genio, en un hermoso movimiento del corazón, creyó ver los dos Espíritus cuyo combate es en la Edad Media reconocerse al fin, acercarse, unirse. Y, al verse de cerca, ambos descubrieron, un poco tarde, que tenían rasgos de familia. ¿Qué ocurriría si se tratara de dos hermanos y el viejo combate no fuera más que un malentendido? El corazón habló y ambos se "enternecieron. El orgulloso proscrito, el suave perseguidor, lo olvidaron todo, se lanzaron, se echaron uno en brazos del otro (Consuelo).

Amable idea de mujer. Otros también han tenido el mismo sueño. Mi suave Montanelli hizo con ello un hermoso poema. Vamos, ¿quién sería capaz de rechazar la hechicera esperanza de que se apacigüe la lucha de aquí abajo y termine en este abrazo conmovedor?

¿Qué piensa el sabio Merlin? En el espejo de su lago, cuya profundidad solo él conoce, ¿qué ha visto? ¿Qué dice en la colosal epopeya que presentó en 1860?

Que Satanás, si se desarma, sólo lo hará el día del juicio. Entonces, pacificados, juntos, dormirán ambos la muerte común.

Sin duda no es difícil llegar a una transacción, falseando las cosas. La enervación de las largas luchas, al debilitarlo todo, permite ciertas mezcolanzas. Hemos visto, en el último capítulo, a dos sombras que pactan un buen acuerdo sobre la mentira; la sombra de Satanás, la sombra de jesús, se hacen pequeños favores; el diablo es amigo de Loyola, la obsesión devota y la posesión diabólica marchan al frente, y el Infierno se estremece en el Sagrado Corazón.

El tiempo es dulce, y se odia mucho menos. Ya no se detesta más que a los amigos. He visto metodistas que admiraban a los jesuitas. He visto a aquellos a quienes la Iglesia, durante toda la Edad Media, llamó hijos de Satanás, legistas o médicos, pactar prudentemente con el viejo espíritu vencido.

Dejemos estas apariencias. Los que seriamente proponen a Satanás un acuerdo, un armisticio, ¿han reflexionado bien?

El obstáculo no es el rencor. Los muertos están muertos. Esos millones de víctimas, los albigenses, los valdenses, los protestantes, los moros, los judíos, los indios de América, duermen en paz. El mártir universal de la Edad Media, la Bruja, no dice nada. Sus cenizas se las ha llevado el viento.

Pero, ¿sabéis acaso qué es lo que protesta, lo que separa sólidamente a los dos espíritus, lo que les impide acercarse? Es una realidad enorme, en construcción desde hace quinientos años, la obra gigantesca que la Iglesia ha maldecido, el prodigioso edificio de las ciencias y de las instituciones modernas, que ella excomulgó piedra a piedra, pero que crecía con cada anatema, aumentando un piso. Nombradme una sola ciencia que no haya sido rebelión.

No hay más que un medio de conciliar los dos espíritus, mezclar las dos Iglesias: demoler la Iglesia nueva, aquella que, desde el principio, fue declarada culpable, condenada. Destruyamos, si podemos, todas las ciencias de la naturaleza, el Observatorio, el Museo y el jardín de Plantas, la Escuela de Medicina, toda biblioteca moderna. Quememos nuestras leyes, nuestros códigos. Volvamos al derecho canónico.

Todas las novedades han sido Satanás. No ha habido ningún progreso que no fuera su crimen.

Fue ese lógico culpable que, sin respeto por el derecho clerical, conservó y rehizo el derecho de los filósofos y de los juristas, fundado en la impía creencia del libre albedrío.

Fue ese peligroso mago quien mientras se discute sobre el sexo de los ángeles y otras cuestiones sublimes se encarnizó sobre las realidades, creó la química, la física, las matemáticas. Sí, las matemáticas. Había que re-

tomarlas; y fue una rebelión. Pues a uno lo quemaban por decir que dos más dos son cuatro.

La medicina, sobre todo, era verdadero satanismo, una rebeldía contra la enfermedad, ese merecido flagelo de Dios. ¡Era un pecado manifiesto detener un alma en camino hacia el cielo, volver a sumergirla en la vida!

¿Cómo expiar todo esto? ¿Cómo suprimir, cómo derrumbar esta construcciöü de rebeldías que forman hoy en día toda la vida moderna? Para volver al camino de los ángeles: ¿destruirá Satanás esta obra? La obra se apoya sobre tres rocas eternas: la Razón, el Derecho, la Naturaleza.

El espíritu nuevo es a tal punto vencedor que ha olvidado sus combates, y apenas se digna hoy acordarse de su victoria.

No es, pues, inútil recordarle la miseria de sus comienzos, las formas humildes y groseras, cruelmente cómicas, que adoptó durante la persecución, cuando una mujer, la infortunada bruja, le dio su vuelo popular en la ciencia. Mucho más audaz que el hereje, que el razonador a medias cristiano, que el sabio que mantenía un pie en el círculo sagrado, la Bruja escapó vivamente, y, en terreno libre, intentó levantar un altar con rudas piedras salvajes.

La Bruja ha perecido, debía perecer. ¿Cómo? Ante todo por el progreso de las mismas ciencias iniciadas

por ella, por el médicoel naturalista para quienes había trabajado.

La Bruja ha perecido para siempre, pero no ha pasado lo mismo con el Hada. Y la Bruja reaparecerá bajo esta forma, que es inmortal.

Ocupada en los últimos siglos de asuntos de hombres, la mujer ha perdido como compensación su papel verdadero: el de la medicación, el de la consolación; ha perdido el papel de Hada que cura.

Éste es su verdadero sacerdocio. Y le pertenece, diga lo que diga la Iglesia.

Con sus órganos delicados, su amor por los detalles más finos, su tierno sentido de la vida, la mujer está llamada a convertirse en la penetrante confidente de toda ciencia de observación. Con su corazón y su piedad, su adivinación de bondad, la mujer va por sí sola hacia la medicina.

Entre los enfermos y los niños hay muy poca diferencia. Y a los dos les hace falta la mujer.

La mujer entrará en las ciencias y traerá a ellas dulzura y humanidad, como una sonrisa de la naturaleza.

La antinaturaleza palidece no está lejano el día en que su dichoso eclipse será para el mundo una aurora.

Los dioses pasan, Dios queda. Por el contrario, cuanto más pasan, tanto más aparece Él. Es como un faro que se eclipsa, pero que vuelve cada vez más luminoso.

Es una gran señal verlo en plena discusión, hasta en los diarios. Empezamos a sentir que todas las cuestiones se relacionan con la cuestión fundamental y soberana (la educación, el Estado, el niño, la mujer). Así es Dios, así es el mundo.

Esto quiere decir que los tiempos están maduros.

Esta alba religiosa está tan cercana que, a cada momento, creo verla apuntar en el desierto en el cual terminé este libro.

¡Qué luminoso, qué áspero, qué bello es mi desierto! Yo tenia mi nido sobre un peñasco de la gran bahía de Tolón, en una humilde villa, entre aloes y cipreses, cactus y rosas silvestres. .Ante mí la extensión inmensa de mar deslumbrador; detrás, el pelado anfiteatro en que podrían ubicarse cómodamente los Estados generales del mundo.

Este lugar, completamente africano, tiene resplandores acerados, que deslumbran durante el día. Pero en las mañanas de invierno, sobre todo en diciembre, estaba impregnado de un misterio divino. Yo me levantaba a las seis en punto de la mañana, cuando el tiro de cañón del Arsenal daba la señal de iniciar el trabajo. De seis a siete vivía un momento admirable. El titilar vivo (¿me atreveré a decir acerado?) de las estrellas, avergonzaba a la luna y resistía al alba. Antes que apareciera, y luego en el combate entre las dos luces, la transparencia prodigiosa del aire permitía ver y oír a distancias increí-

bles. Distinguía todo a dos leguas de distancia. Los menores accidentes de las montañas lejanas, árboles, rocas, casas, pliegues del terreno, todo se revelaba con la. más fina precisión. Era como si tuviera más sentidos, como si fuera otro ser, suelto, libre, alado. Momento límpido, austero y puro. Yo me decía: "Pero ¿qué? ¿Todavía soy hombre?”

Un azulado indefinible (que el alba rosada respetaba, que no se atrevía a manchar), un éter sagrado, un espíritu, convertía en espíritu a toda la naturaleza.

Se sentía sin embargo un progreso, cambios lentos y dulces. Una gran maravilla iba a llegar, estallando y eclipsándolo todo. Se la dejaba llegar, no se la apresuraba. La transfiguración próxÍma, los esperados deslumbramientos de la luz, no quitaban nada al encanto profundo de estar todavía en la noche divina, a medias escondido; no desprendido aún del poderoso hechizo... ¡Ven, Sol! Te adoramos de antemano, disfrutando aún de este último momento de ensueño.

Va a amanecer... Aguardemos en la esperanza, en el recogímiento.

NOTAS Y ACLARACIONES

NOTA PRIMERA. Clasificación geográfica de la Brujería. Mi tenebroso terna es como el mar. El que se zambulle con frecuencia aprende a ver en él. La necesidad crea los sentidos. Testigo de esto el extraño pez del que habla Forbes (pertica astrolabus), que, como vive en lo más profundo y cerca del fondo, se ha creado un ojo admirable para atrapar, concentrar los resplandores que descienden hasta allí. La brujería a primera vista tenía para mí la unidad de la noche. Poco a poco la vi múltiple y muy diversa. En Francia, de provincia a provincia, las diferencias son ya grandes. En Lorena, cerca de Alemania, aparece más pesada y más sombría; no ama más que a las bestias negras. En el país vasco, Satanás es vivo, travieso, prestidigitador. En el centro de Francia es un buen compañero; los pájaros que deja sueltos parecen el amable augurio y el deseo de libertad. Salgamos de Francia; entre los pueblos y las razas diversas, las variedades, los contrastes son mucho más fuertes.

Nadie, que yo sepa, había visto esto. ¿Por qué? La imaginación, una vana poesía pueril, nublaban, confundían todo. La gente se divertía con este tema terrible, que es un tema de lágrimas y de sangre. Yo lo tomé de todo corazón. Dejé los espejismos, los humos fantásticos, las nieblas vagas en las que todos se complacían. El verdadero sentido de la vida entregada a las diversidades vivientes los vuelve sensibles y los hace ver. Distingue, caracteriza. Cuando ya no se trata de sombras y de cuentos, sino de seres humanos, vivos y sufrientes, diferencian, clasifican.

Poco a poco la ciencia horadará esto. Veamos la idea general. Dejemos de lado los extremos del Ecuador, del polo, los negros, los lapones. Entre éstos todo es demonio, nada es demonio. Dejemos a los salvajes de América, etcétera. Europa sola ha tenido la idea neta del diablo, ha buscado y ha querido, ha adorado el mal absoluto (o, por lo menos, lo que se creía tal).

I° En Alemania el diablo es fuerte. Se aviene muy bien a las minas y a las selvas. Pero, si se mira atentamente, lo vemos mezclado, dominado por los restos y los ecos de la mitología del Norte. Entre las tribus góticas, porejemplo, en oposición a la dulce Holda, se crea la bravía Unholda (J. Grimm,55h); cl diablo es mujer. Lleva consigo un enorme cortejo de espíritus, degnomos, etcétera. Es industriosa, trabaja, es constructora, albafia, metalúr-gica, alquimista, etcétera.

2° En Inglaterra el culto del diablo es secundario y está mezclado ydominado por ciertos espíritus del hogar, por ciertos malos animales domésticos con los que la mujer agriada y colérica hace, realiza maleficios y venganzas (Thomas Wright, I, 177). Cosa extraña, en este pueblo en cl queGod-darn es el juramento nacional (en el siglo xv, Proceso de Juana de Arcoy sin duda más antiguamente), se quiere ser condenado por Dios, pero sin venderse al diablo. El alma inglesa se guarda todo lo que puede. No hay aquí pacto expreso, solemne. Nada de gran aquelarre (Wright, I, 281 "La muchedumbre de pequeños espíritus", encamados súbitamente en perros o en gatos, con frecuencia invisibles y encerrados en los paquetes de lana, oen alguna botella que sólo la mujer conoce, esperan la ocasión de hacer el mal. Su ama los llama con nombres barrocos, como "Duendecillo", "Hierbajo", etcétera. A veces los cede, a veces los vende. Estos seres equívocos,se piense lo que se piense de ellos, le bastan, conservan su maldad por medio de la bajeza. La mujer tiene poco que ver con el diablo, se eleva escasa-mente hasta este ideal.

Hay otra razón que impide al diablo progresar en Inglaterra. Es queno se hace mucho ruido con él. Se ahorca a la bruja, se la estrangula antesde quemarla. Expedida de esta manera, la bruja carece de la horrible poesía rde la hoguera, que el exorcismo, que el anatema, que los concilios le dan en el continente. El diablo allá

no posee la rica literatura de los monjes no cobra vuelo, para crecer le es necesaria la cultura eclesiástica.

3° Es en Francia, según creo y en el siglo xm solamente que encontramos la adoración pura del diablo. Wright está de acuerdo conmigo sobre Eltiempo y el lugar. Pero, él dice: "En Francia y en Italia". Pero yo no veo que pase esto entre los italianos (Bartole, 1357; Spina, 1458; Grillandus,1534, etcétera); aquí el aquelarre en su forma más terrible, la misa negra,el solemne desafío a Jesús. Dudo que esto ocurra también en España. En la frontera, en el país vasco, se adoraba imparcialmente a Jesús durante eldía y a Satanás por la noche. Había allí más libertad loca que odio o furor.

Los países de luz, España e Italia, han ido naturalmente menos lejos en las religiones de las tinieblas, menos lejos en la desesperación. El pueblo vive aquí con poco, está acostumbrado a la miseria. La naturaleza del Mediodía nivela muchas cosas. La imaginación priva sobre todo. En España, tenemos el espejismo singular de las llanuras salitrosas, la salvaje poesía del cabrero, del carnero, etcétera. En Italia hay algunos delirios histéricos, por ejemplo, las alteradas, que se deslizan bajo la puerta o por la cerradura para beber la sangre de los niños pequeños. Locura y fantasmagoría, como en los sueños sombríos de Harz y de la Selva Negra.

Todo es más claro, según parece, en Francia. La herejía de las brujas, como se decía, parece producirse

normalmente después de las grandes persecuciones como herejía suprema. Cada secta perseguida que cae en el estado nocturno, en la vida peligrosa de las sociedades secretas, gravita hacia el culto del diablo y poco a poco se acerca al terrible ideal (que logres hacia 1300). Y a partir del año 1000 (véase Guéraud, Camal. de Chartres) inicia contra los heroicos de Orleáns la acusación siempre renovada sobre la orgía nocturna y lo demás. Acusación mezclada a falsedades, a verdades, pero que produce cada vez más efecto, reduciendo a los proscritos, a los sospechosos a las asambleas nocturnas. Hasta los puros (catares o albigenses) después de la horrible ruina del siglo XIII caen en la desesperación, pasan en muchedumbre a la brujería, adoran al anti-Jesús. Así sucede con los valdenses. Cristianos inocentes en el siglo XII (como lo reconoce Walter Mapes), terminan por convertirse en brujos al punto que, en el siglo XV, valdense es sinónimo de brujo.

En Francia no creo que la bruja sea, como en otras partes, el fruto de la imaginación, de la histeria, etcétera. Una parte considerable y quizás la mayoría de esta clase infortunada de mujeres ha surgido de nuestras crueles revoluciones religiosas.

La historia del culto diabólico y de la brujería obtendrá nuevas luces de la historia de la herejía que engendró. Espero con impaciencia el gran libro sobre los albigenses que va a aparecer. M. Peyrat ha reencontrado

ese mundo perdido en un depósito sagrado, fiel y bien, conservado, en la tradición familiar. Descubrimiento inesperado. Ha encontrado el in pace en que fue integrado todo un pueblo, el inmenso subterráneo en el que un hombre del siglo XIII dijo: "Han hecho tantos fosos, tantas cuevas, tantas celdas, tantos calabozos que ya no hay bastantes piedras en los Pirineos".

NOTA 2. Página 20 de la Introducción. Registros Originales de la Inquisición. Tenía la esperanza de encontrar uno de estos registros en la Biblioteca Imperial. El N° 5954 (lat.) se titula, en efecto, Inquisitio. Pero no se trata más que de una investigación hecha por orden de San Luis en 1261, cuando el rey vio que el horrible régimen establecido por su madre y que le habían legado en su minoría de edad convertía al Mediodía en un de- sierto. San Luis lo lamenta y dice: "Licet in regni nostri pirmordüs ad terrorern durius scripserimus, etcétera". No hubo ningún ablandamiento hacia los herejes, sino hacia las viudas o los hijos de aquellos que estaban bien muertos. No se han publicado todavía más que dos de los verdaderos registros de, la Inquisición (a la continuación de Limburch). Son los Registros de Tolosa, que van de 1307 a 1326. Magi extrajo otros dos (Academia de Tolosa,1790 e infolio 4°, t. IV, pág. 19). Lamothe-Langon extrajo los Registros de Carcassonne (Histoire de la Inquisition en France, t. III), Llorente

extrajo los de España. Estos registros misteriosos estaban en Tolosa (y sin duda en todas partes) encerrados en unas bolsas colgadas muy arriba en los muros cocidas además por los dos lados, de manera que no se podía leer nada sin descoser todo, y nos dan una prueba preciosa, instructiva sobre todas las inquisiciones de Europa. Porque el procedimiento era en todas partes exactamente el mismo (véase Directorium Eymerici, 1358). Lo que sorprende en estos registros no es solo el gran número de condenados, es el de los enmarcados, que metían en un pequeño cubícalo de piedra (camerula) o en una fosa in pace a pan yagua. Sorprende también el número infinito decruzados que llevaban la cruz roja adelante y atrás. Éstos eran los mejor tratados; provisoriamente les dejaban en su casa. Pero, el domingo, después de la misa, debían ir a hacerse azotar por sus curas (Reglamento de 1326, Archivos de Carcassonne, en L. Langon, III, 191). Lo más cruel, sobre todo para las mujeres, era que todo el populacho, especialmente los niños, se burlaban y las ultrajaban. Y también sin causa nueva podían ser encarceladas y enmaradas. Sus hijos y sus nietos eran también sospechosos y fácilmente enmarados.

Todo es herejía en el siglo XIII, todo es magia en el siglo XIV. El pasajees fácil. En la grosera teoría de ese tiempo la herejía difiere poco de la posesión diabólica; toda creencia mala, como todo pecado, es un demonio-

que se arroja por la tortura o por el látigo. Porque los demonios son muy sensibles (Michel Psellus). Se prescribe a los cruzados, a los sospechosos de herejía que huyan de todo sortilegio (D. Vaisetfe, Lang). El pasaje de la herejía a la magia significa un progreso en el terror, en el que muchas cosas corrían a cargo del pueblo. En los procesos de herejía (procesos de hombres en su mayoría) había público. Pero, en los de magia, en los de brujería, casi siempre procesos de mujeres, el juez tenía derecho a estar solo,frente a frente con la acusada.

Notemos que bajo este terrible título de brujería se incluyó poco a pocoa todas las pequeñas supersticiones, a la vieja poesía del hogar y de los campos, al duendecillo, al gnomo, al hada. Pero, ¿qué mujer puede ser inocente? La más devota creía en todo esto. Al acostarse, antes de rogar a la Jirgen, dejaba leche para su duendecillo. La doncella, la mujer, prendían por la noche un fueguito alegre para las hadas, y, durante el día llevaban un ramo de flores a la santa.

Pero, esto las convertía en brujas. Las vemos ya frente al hombre negro.

El las interroga (las mismas, siempre las mismas preguntas, las que se hacía a toda sociedad secreta, a los albigenses, a los templarios, no importa quién). En cuanto la mujer sueña, aparece el verdugo; todos los instrumentos están preparados bajo la arcada del costado, la entrapada, el potro, los borceguíes, las puntas de

hierro. La mujer se desmayaba de terror, ya se sabía lo que decía: "No he sido yo.., no lo haré más... es mi madre, ..:mi hermana, es mi prima... quienes me han forzado... me han arrasrado... ¿que podía hacer? Yo les tenía miedo, las seguí de mala voluntad, temblando" (Trepidabat; sororia sua Guilelma trahebat et metu faciebatulta. Red. Tolosa 1307, pág. 10, Ap. Limburch).

Pocas resistían. En 1329 una, llamada Juana, pereció por haberse negado denunciar a su padre. (Reg. de Carcassonne, L. Langon, 3, 202). Pero con estas rebeldes se ensayaban otros medios. Una madre y sus tres hijas resistieron a las torturas. El inquisidor se apoderó entonces de la segunda, le hizo el amor, la tranquilizó de tal manera que ella confesó todo, traicionando a su madre y a sus hermanas (Limburch, Lamothe-Langon). Y todas fueron quemadas.

Lo que quebraba más que la misma tortura era el horror del in pace. Las mujeres morían de terror de ser encerradas en aquel pequeño agujero negro. En París se pudo ver el espectáculo público de una casilla de perros en el patio de las Arrepentidas, en donde estuvo encerrada la dama de Escoman, enmurada, (salvo por una ranura por la que le tiraban el pan), acostada en sus excrementos. A veces se explotaba el miedo hasta llegar a la pilepsia. Ejemplo: aquella rubiecita, débil niña de quince años, que Michaelis mismo confiesa haberle obligado a denunciar, metiéndola en un antiguo osario

para que se acostara sobre los huesos de los muertos. En España, con frecuencia, el in pace, lejos de ser un lugar de paz, tenía una puerta por la que todas las noches, a hora fija llegaba alguien a trabajar a la víctima para el bien de su alma, flagelándola. Un monje condenado a un in pace, ruega y suplica que se le dé la muerte (Llorente). En cuanto a los autos-da-fe hay que ver en Limburch lo que dicen los testigos oculares. Véase sobre todo a Dellon, que él mismo llevó el San Benito (Inquisición ele Goa, 1688).

En el siglo XII y el siglo XIV el terror era tan grande que forzaba a las personas de posición más elevada a abandonarlo todo, rango, fortuna, a partir del momento en que eran acusadas y huir. Es esto lo que hizo la dama Alce Kyteler, madre del senescal de Irlanda, perseguida por brujería por un monje mendicante que habían nombrado obispo (1324). La dama logró escapar. Pero quemaron a su confidente. El senescal hizo una enmienda honorable y fue solamente degradado (T. Wright, Proceedings against dame AL%ce, etcétera, infolio 4°, Londres, 1843).

Todo esto se organizó entre 1200 y 1300. Es en 1233 que la madre del rey San L.sis fundó la gran prisión de Inmuratz de Tolosa. ¿Qué sucedía? Todos se entregaban al diablo. La primera mención del Pacto diabólico data de 1222 (César d'Heisterbach). Ya no se era 'hereje o semicristiano. Ahora todos se convertían

en seres satánicos, anticristianos. La furiosa ronda del aquelarre aparece en 1353 (Proceso de Tolosa, en L. Langon, III, 360), la víspera de las rebeliones campesinas.

NOTA 3. Los dos primeros capítulos resumidos en mis cursos sobre la Edad Media, explican por el estado general de la sociedad por qué la humanidad desesperaba; en los capítulos III, IV y V se explica por el estado moral del alma, por qué la mujer desesperaba especialmente y fue llevada a entregarse al diablo, a convertirse en bruja. Es sólo en el año 553 que la Iglesia toma la atroz decisión de condenar a los espíritus o demonios (palabras sinónimas en griego) sin retroceso, sin arrepentimiento posible. Se siguió en esta forma a la violencia africana de San Agustín, en contra del consejo más blando de los griegos, de Orígenes y de la antigüedad (Haag, H. stoires des domes, I, 80-83). A partir de entonces se estudia, se fija el carácter, la fisiología de los espíritus. Los espíritus tienen y no tienen cuerpo, se desvanecen en humo, pero aman el calor, temen los golpes, etcétera. Todo esto es perfecamente conocido, está convenido en 1050 (Michel P-cllus, Énergie des esprits ou démons). Este bizantino da exactamente la misma idea que las leyendas occidentales (véase los textos numerosos en la Mytholog:e de Grimm, Fées de

Maury, etcétera). Sólo en el siglo XIV se dice claramente que todos estos espíritus son diablos.

Trilhy de Nodier y la mayoría de los cuentos análogos han fracasado porque no llegan hasta el momento trágico en el que la mujer ve en el duendecillo al amante infernal.

En los capítulos V-XII del primer libro, he intentado descubrir por qué la mujer pudo convertirse en bruja. Investigación delicada. Ninguno de mis predecesores la ha intentado. En realidad no se han informado más que de los grados sucesivos por los que se llegó a esa cosa horrible. Su bruja surge de golpe, corno dude el fondo de la tierra. Pero la naturaleza humana no era así. Esta búsqueda me impuso el trabajo más difícil. Los textos antiguos son raros, y los que se encuentran esparcidos en los libros bastardos de 1500 v 1600 son difíciles de distinguir. Una vez que se ha encontrado estos textos, ¿como podernos clasificarlos por fechas, decir: "Esto es del siglo XII, esto del XIII, esto del XIV"? Yo no me hubiera arriesgado de no haber tenido ya una larga familiaridad con esos tiempos en mis estudios obstinados de Grimm, de Ducange, etcétera, y en mis Oridines da droit (1837). Nada pudo ser más útil. En esas fórmulas, en esos Usos tan poco variados, en la Costumbre que se creía eterna, se palpa sin embargo el sentido dei tiempo. A otros siglos, otras formas. Se aprende así a reconocerlos, a fijar las fechas morales. Se

distingue a maravilla la sombría gravedad antigua de la charIa tancría pesante de épocas relativamente recientes. Si el arqueólogo puede decidir por la forma de una ojiva que el monumento es de cierta época, coa tanta más certidumbre la psicología histórica puede mostrar que tal hecho moral es de tal siglo y no de otro, que tal idea, tal pasión, es posible en tiempos más antiguos, imposible en épocas recientes, que fue exacta- mente de tal época. Es una crítica menos sujeta al error. Porque los arqueologos se han equivocado a veces sobre alguna ojiva perfectamente rehecha. En la cronología del arte, algunas formas pueden rehacerse. Pero, en la vicia moral, eso es imposible. La cruel historia del pasado que cuento equí, no reproducirá sus dogmas monstruosos, sus aterradores sueños. En bronce, en hierro, están fijados en su lugar eterno en la fatalidad del tiempo.

Entre tanto, veamos mi pecado, para el que espero la crítica. En este largo análisis histórico y moral de la creación de la bruja hasta 1300, antes que arrastrarme en explicaciones prolijas, he tomado con frecuencia un hilo narrativo biográfico y dramático, la vida de una misma mujer durante trescientos años. Y esto (nótese bien) sólo en seis o siete capítulos. En esta parte tan corta, se sentirá fácilmente cómo todo es histórico y bien fundado. Por ejemplo, si he dado la palabra Toledo como nombre sagrado de la capital de los magos, me he apoyado, no sólo en la seria opinión de Soldán, no solo en

el largo pasaje de Laacre, sino en textos mucho más antiguos. Gerbert en el siglo XI, estudió la magia en esa ciudad. Según César d'Heistcrbach los estudiantes de Baviera y de Suevia aprendían también en Toledo. Es un maestro de Toledo, quien propagó los crimenes de la brujería que persiguió Corvado de Marbourg.

De todos modos las supersticiones sarracenas venidas de España o de Oriente (como lo dice Jacques de Vitry) tuvieron una influencia secundaria, lo mismo que el antiguo romano de Hécata o de Diana. El gran grito de furor que es el verdadero sentido del aquelarre nos revela una cosa muy distinta. No hay allí solamente sufrimientos materiales, el acento de las antiguas miserias, sino también un abismo de dolor. El fondo del sufrimiento moral lo encontramos en la época de San Luis, en tiempos de Felipe el Hermoso, especialmente entre ciertas clases que, más que el antiguo siervo, sentían y sufrían. Así debieron ser los buenos campesinos, los villanas notables, los siervos alcaldes de las aldeas que aparecen ya en el siglo XII y que en el XIV, bajo la nueva fiscalía, son responsables (como los curiales antiguos), san doblemente mártires del rey y de los barones, aparecen abrumados de insultos, en un infierno vivo. De ahí las desesperaciones que precipitan hacia el Espíritu de los tesoros ocultos, hacia el demonio del dinero. Añadid a esto la burla, el ultraje, que han formado todavía más a la prometida de Satanás.

Un proceso de Tolosa en el que aparece en 1353 la primera mención de la ronda del aquelarre, ponía justamente el dedo sobre la fecha precisa. ¿Que más natural que esto? La peste negra había arrasado el globo y "matado la tercera parte del mundo". El Papa ha sido degradado. Los señores vencidos, batidos, prisioneros obtienen del siervo que pague un rescate y le sacan hasta la camisa. Comienza la gran epilepsia del tiempo, después la guerra servil, las rebeliones campesinas... ¡Hay tanta furia que se baila!

NOTA 4. Capítulos IX y X. Satanás médico, filtros, etcétera. Al leer las hermosas obras escritas en nuestros días sobre la historia de la ciencia hay una cosa. que me sorprende: parece que se creyera que todo ha sido descubierto loor las doctores, esos semiescolásticos, detenidos a cada momento por su toga, por sus dogmas, por las deplorables costumbres de espíritu que les dala la escuela. Y los que avanzaban libres de cadenas, las brujas, ¿no descubrieron nada? Esto parece increíble. Paracelso dice lo contrario. Por lo poco que se sabe de las recetas de las brujas aparece en ellas un sentido singular. Todavía hoy en día las soláneas, tan usadas por ellas, son consideradas como el remedio especial de la gran enfermedad que amenazó al mundo en cl siglo XIV. Me ha sorprendido ver en Coste (Histoire du Dével, des Corps, t. II, pág. 55), que la opinión de Paul Dubois

sobre los efectos del agua helada en un determinada momento era exactamente conforme a la práctica de las brujas en el aquelarre.

Véase, por el contrario, las torpes recetas de los grandes doctores de esa época, sobre los efectos maravillosos del orin de mula, etcétera (Agrüa, lee oculta philosophia, t. II, pág. 24, ed. Lougduni, infolio 8").

En cuanto a la medicina del amor, los filtros, etcétera, nadie se ha fijado atino los pactos entre amantes son parecidos a los pactos entre amigos y hermanos de armas. Se habla de los segundos en Grimm (Rechts Alterthümer) y en mis Origines; de los primeros en Calcagnini, Sprenger, Grillandus y en tantos otros avaores y tienen siempre el mismo carácter. Se trata siempre de casos en los que se invoca a la naturaleza y se la toma como testigo, en los que aparece la utilización más o menos impía de los sacramentos, de las cosas de la iglesia, en donde hay un banquete común, o un brebaje, o un pan, o un pastel que se comparte. Añadid a esto algunas comuniones por la sangre o por tal o cual excreción.

Pero, por íntima y personal que pueda parecer, la soberana comunión del amor es siempre una contarreatio, la participación en un pan que ha adquirido virtudes mágicas. Se convierte en esto, ya sea por la misa que se oficia sobre él (Grillandus, 316), ya sea por el contacto o las emanaciones del objeto amado. En la noche de la

boda, para despertar al amor se sirve la pasta de la desposada (Thiers, Superstitions, IV, 548) y para despertar al hombre que han atado, la mujer le hace comer cierta pasta que ella ha preparado, etcétera.

NOTA 5. Contactos de Satanás con las rebeliones populares. El hermoso símbolo de los pájaros que vuelan, liberados por Satanás, bastaría para hacernos adivinar que los campesinos de Francia veían en él a un espíritu salvador, liberador. Pero todo esto quedó sofocado muy pronto en oleadas de sangre. Sobre el Rin la cosa es más clara. Allí los príncipes eran obispos. detestados a doble título y vieron en Satanás a un adversario personal. Pese a su repugnancia a someterse al yugo de la Inquisición romana, la aceptaron ante el inminente peligro de la gran erupción de brujería que estalló a fines del siglo xv. En el XVI el movimiento cambia de forma, y se convierte en la guerra de campesinos. Una hermosa tradición contada por Walter Scott nos dice que en Escocia la magia fue auxiliar de las resistencias nacionales. Un ejército encantado espera en las amplias cavernas a que suene la hora del combate. Un personaje de las tierras bajas que comercia con los caballea ha vendido un caballo negro a un viejo de las montañas. "Te pagaré -dice el viejo- a medianoche sobre el Lucken Have" (un pico de la cadena de Eildon). El viejo paga en efecto en monedas muy antiguas; después dice: -Ven a ver mi vi-

vienda". El comerciante se sorprende enormemente cuando ve en una profundidad infinita filas de caballos inmóviles, y junto a cada uno de ellos un guerrero, también inmóvil. El viejo le dice entonces en voz baja: "Todos se despertarán en la batalla de Sheriffmoor". En la caverna había colgadas una espada y una trompeta. "Con esta trompeta -dice el viejo- puedes quebrar todo el hechizo". El otro, turbado y fuera de sí, se apodera del cuerno y le arranca sonidos... Inmediatamente los caballos piafan, corcovean, sacuden los arneses, los guerreros se levantan, iodo retumba con el ruido del hierro y de las armas. El comerciante se muere de iniedo y la trompeta cae de sus manos... Todo desaparece... Una voz terrible, como de gigante, estalla gritando: "Maldito sea el cobarde que no saca la espada antes de hacer sonar el cuerno". Gran consejo nacional y de profunda experiencia, bueno para estas tribus salvajes que hacían siempre mucho ruido antes de estar dispuestas a actuar, previniendo así al enemigo. El indigno comerciante fue arrastrado por una tromba fuera de la caverna y, pese a todos sus esfuerzos posteriores, no pudo nunca volver a encontrar la entrada.

NOTA 6. El primer día del aqaelarro. Cuando se analice enteramente ese prodigioso sueño de casi dos mil años, cuando se juzgue fríamente la sociedad cristiana de la Edad Media, se notará una cosa enorme, úni-

ca en la historia del mundo: es decir que: 1° El adulterio es una institución, regulada, conocida, estimada, cantada, celebrada en todos los monumentos de la literatura noble y burguesa, en todos los poemas, en todas las farsas; 2° Que, por otra parte, el incesto, era el estado general entre los siervos, estado perfectamente manifestado en el aquelarre, que era la única libertad, la vida verdadera, donde los siervos se mostraban tal como eran.

Yo dudo que el incesto estuviera solemne y públicamente instalado, como lo dice Lancre. Pero no dudo de que la cosa existía.Incesto económico sobre todo, ya que era el resultado del estado miserable en la que se tenía a los siervos. Las mujeres trabajaban menos, eran consideradas bocas inútiles. Una mujer bastaba en una familia. El nacimiento de una hija era llorado como una desdicha (véase mis Origines). Nadie se cuidaba de ella. La niña debía sobrevivir poco. Sólo se casaba el mayor de los hermanos y cubría este comunismo con una máscara cristiana. Entre todos había un perfecto entendimiento y una conjuración de esterilidad.Este es el fondo de este triste misterio, testimoniado por tantos que no lo comprendieron.

Uno de los más serios es para mi Boguet, hombre grave, probo,concienzudo que en su país alejado, en el jura, en la montaña de Saint-Claude, debió encontrar las costumbres antiguas mejor preservadas, seguidas fiel-

mente con la tenacidad costumbrista del campesino. Él también afirma las dos grandes cosas: 1° El incesto, hasta el de la madre con el hijo; 2° El placer estéril y doloroso, la fecundidad imposible.

Aterra que pueblos enteros de mujeres se sometieran a ese sacrilegio. Digo, pueblos. Los sabbats eran asambleas inmensas (1200 almas en un pequeño cantón vasco, véase Lancre; 6000 por una bicoca, la Mirándola, véase Spina).

Grande y terrible revelación sobre la escasa influencia moral de la Iglesia. Se ha creído que con su latín, con su metafísica bizantina apenas comprendida por ella misma, la Iglesia cristianizaba al pueblo. Y, en el único momento en que el siervo está libre, cuando puede mostrar lo que es, aparece como más que pagano. El interés, el cálculo, la concentración de la familia hacen más que todas esas vanas enseñanzas. El incesto del padre con la hija hubiera hecho poco en este sentido y se habla menos de esto. Pero, el de la madre con el hijo es especialmente recomendado por Satanás. ¿Por qué? Porque, en esas razas salvajes, el joven trabajador, en el primer despertar de los sentidos, hubiera escapado a la familia, se hubiera perdido para ella en el momento preciso en que se convertía en un precioso ayudante. Se creía conservarlo, fijarlo al menos por largo tiempo por medio de este vínculo tan fuerte: "Que la madre se condenaba por él".

Pero, ¿cómo consentía la madre en esto? Juzguemos por los casos raros que felizmente se ven aún hoy. Estas cosas no surgen más que en la miseria más extremada. Hay que decir una cosa: el exceso de desdicha deprava. El alma quebrada se defiende poco, es débil y blanda. Los pobres salvajes en su vida tan desnuda, miman extremadamente a sus hijos. Para la viuda indigente, para la mujer abandonada, el niño es dueño de todo, y ella no tiene fuerzas, cuando él crece, para oponérsele.

¡Y cuánto más ocurría esto en la Edad Media! La mujer está abrumada por tres lados. La Iglesia la tiene en lo más bajo: ella es Eva, es decir, el pecado mismo. En la casa es castigada, en el aquelarre, inmolada; ya sabemos cómo. En el fondo, la mujer no pertenece a Satanás ni a jesús. La mujer no es nada, no tiene nada. Moriría sin su hijo. Pero, hay que tener cuidado de hacer una criatura tan desdichada, porque, en medio de esta lluvia de dolores, lo que no es dolor, lo que es dulzura y ternura, puede como revancha convertirse en frenesí. Es éste el horror de la Edad Media. Con su aire tan espiritual levanta bajos fondos de cosas increíbles, que hubieran quedado allí, va dragando, agujereando los fangosos subterráneos del alma.

Por lo demás, la pobre criatura ahogará todo eso. Muy distinta a la alta dama, esta mujer no puede pecar más que por obediencia. Su marido lo quiere así, Satanás así lo quiere. Ella tiene miedo, llora; nadie la con-

sulta. Pero, por poco libre que sea, el efecto no es menos terrible para la perversión de los sentidos y del espíritu. Es el infierno aquí abajo. La mujer está despavorida, medio loca de remordimientos y de pasión. El hijo, si ha triunfado, ve en su padre a un enemigo. Un aliento de parricidio sopla sobre esta casa. Nos aterra pensar lo que podía ser una sociedad semejante, en la que la familia, tan impura y desgarrada, marchaba muda y apagada, con una pesada máscara de plomo, bajo la verga de una autoridad imbécil que se creía dueña. ¡Qué rebaño, qué corderos, qué pastores idiotas! Tenían bajo los ojos un monstruo de desdicha, de dolor, de pecado. Espectáculo inesperado antes y después. Pero ellos consultaban sus libros, aprendían, repetían palabras. Palabras, palabras. ¡Ésta es toda su historia! En total crearon un idioma. Verbo y verbalidad, eso es todo. Un nombre les queda: Palabra.

NOTA 7. Literatura de brujería. Comienza hacia 1400. Los libros son de dos clases y de dos épocas. 1° El de los monjes inquisidores del siglo XV; 2" El de los jueces laicos de tiempos de Enrique IV y de Luis XIII.

La amplia compilación de Lyon, hecha y dedicada al inquisidor Nitard, reproduce una cantidad de estos tratados de monjes. Yo los he comparado entre ellos, a veces en ediciones muy antiguas. En el fondo hay aquí muy poco. Se repiten aburridamente. El primero fecha-

do (hacia 1440) es el colmo de la tontería, y provienen de un hermoso espíritu alemán: el dominico Nider. En su Formicarius cada capítulo comienza haciendo una semejanza entre las hormigas y los herejes o brujos, los pecados capitales, etcétera. Esto llega al idiotismo. Explica perfectamente que debía quemarse a Juana de Arco. Este libro pareció tan lindo que la mayoría lo copió; sobre todo Sprenger, el gran Sprenger, cuyos méritos ha destacado. Pero, ¿quién podía decirlo todo? ¡Qué fecundidad de burradas¡ "Femina viene de fe y de minas. La mujer tiene menos fe que el hombre". Y a dos pasos de esto: "La mujer es en efecto ligera y crédula; se inclina siempre a creer". Salomón hubiera tenido razón de decir: "La mujer hermosa y loca es como un anillo de oro en el hocico de un puerco. Su lengua es dulce como el aceite, pero, por debajo no hay más que ajenjo". Por lo demás ¿cómo sorprenderse de todo esto? ¿No ha sido acaso hecha de una costilla curvada, es decir, "de una costilla torcida, dirigida contra el hombre"?

El Martillo de Sprenger es la obra capital, el tipo que copian generalmente los otros manuales, los Martillos, Látigos, Fustigaciones que producen inmediatamente los Spina, los Jacquier, los Castro, los Grillandus, etcétera. Éste, florentino, inquisidor en Arezzo (hacia 1520), tiene cosas curiosas y cuenta sobre los filtros algunas historias interesantes. Se ve perfectamente que había, además del aquelarre real, un aquelarre imagina-

rio, al que creían asistir muchas personas aterradas, sobre todo las mujeres sonámbulas que se levantaban de noche y que corrían por los campos. Un joven que atravesaba una vez el campo al primer resplandor del alba, siguiendo un arroyo, sintió que lo llamaba una voz muy dulce, pero quejosa y temblorosa. Vio allí un objeto digno de piedad, una blanca figura de mujer casi desnuda con excepción de un breve calzón. Avergonzada, tiritando, ella se había escondido entre las piedras. El joven reconoció a una vecina. La mujer le suplicó que la sacara de allí. "¿Qué hacíais?" "Buscaba mi asno". Él no creyó, y entonces ella estalló en lágrimas. La pobre mujer, que probablemente había salido sonámbula del lecho de su marido, empezó a acusarse. El diablo la había llevado al aquelarre. Cuando la traía de vuelta escuchó una campana y la dejó caer. Ella procuró asegurarse la discreción del joven dándole un bonete, botas y tres quesos. Desdichadamente el imbécil no pudo contener su lengua; se alabó de lo que había visto. La mujer fue presa. Grillandus, que estaba entonces ausente, no pudo procesarla; pero, de todos modos, la quemaron. Grillandus habla de esto con complacencia y dice (el sensual verdugo): "Era bonita y bastante gorda" (pulchra et satis pingais).

De monje a monje la bola de nieve crece siempre. Hacia 1600 los compiladores son ellos mismos compilados, aumentados por los recién venidos, y llegamos así

a un libro enorme, el Disquisitiones magicae, del español Del Río. En su Auto-da-Fe de Logroño (reimpreso por Lancre) nos da un sabbat detallado, curioso, pero uno de los más enloquecidos que puedan leerse. En el banquete, como primer plato, hay picadillo de niños. En el segundo, la carne de un brujo desenterrado. Satanás, que conoce su mundo, guía a los convidados llevando a manera de antorcha el brazo de un niño muerto sin bautismo, etcétera.

¿Tenemos ya bastantes tonterías? No. El premio y la corona de éstas pertenecen al dominico Michaellis (asunto Gauffridi, 1610). Su aquelarre es por cierto el más increíble de todos. En primer lugar, la gente se reúne "al sonido de una trompeta" (buen medio para hacerse prender). El sabbat tiene lugar "todos los días". Cada día trae su crimen especial, y también una clase especial de jerarquía. Los de la clase última, los novicios y los pobres diablos, para habituarse empiezan a matar niñitos. Los de la clase alta los hidalgos magos, tienen por función blasfemar, desafiar e injuriar a Dios. No se toman el trabajo de preparar maleficios y hechizos; los hacen hacer por sus mucamos y sus camareras, que forman la clase intermedia entre los brujos elegantes y los brujos rústicos, etcétera.

En otras descripciones de la misma época Satanás observa las costumbres de las universidades, y hace pasar a los aspirantes por exámenes muy severos, para

asegurarse de su capacidad, y los inscribe en sus registros, les da diploma y patente. A veces exige una larga iniciación previa, un noviciado casi monástico. O bien conforme a las reglas de camaradería y a las corporaciones de oficios, impone el aprendizaje, la presentación de una obra maestra.

NOTA 8. Decadencia, etcétera. Una cosa muy digna de atención es que la Iglesia, la enemiga de Satanás, lejos de vencerlo, le dio dos veces la victoria. Después del exterminio de los albigenses en el siglo XIII, ¿triunfó la Iglesia? Por el contrario. Satanás reina en el siglo XIV. Después de la San Bar-tolomé y durante las masacres de la Guerra de los Treinta Áños, ¿triunfa la Iglesia? Por el contrario. Satanás reina bajo Luis XIII.

Todo el objeto de mi libro ha sido no hacer una historia de la brujería, sino dar una fórmula simple y fuerte de la vida de la bruja, esta vida que los sabios que me han precedido han oscurecido con la ciencia misma y con el exceso de detalles. Mi fuerza es partir, no del diablo, de una entidad hueca, sino de una realidad viva, la bruja, realidad cálida y fecunda. La Iglesia no tenía más que a los demonios, no llegaba a Satanás. Éste es el sueño de la bruja.

He procurado resumir su biografía de mil años, sus edades sucesivas, su cronología. He dicho: 1° Cómo ella se creó por el exceso de miseria; cómo la mujer sencala,

servida 'por el espíritu familiar, transformó ese espíritu al progresar la desesperación, cómo llegó a obsesionarla, a poseerla, a en-diablarla, cómo la fecunda incesantemente, cómo se incorpora a ella, finalmente, cómo la convierte en uno con Satanás. He dicho: 2° Cómo la bruja reina, pero también cómo se deshace, se destruye ella misma. La bruja furiosa de orgullo, de odio, se convierte, con el éxito, en la bruja fangosa y maligna, que cura pero que ensucia, más y más industriosa, factótum empírico, agente del amor y del aborto. 3° La bruja desaparece de la escena, pero subsiste en el campo. Lo que surge a la luz en los procesos más célebres ya no es la bruja, sino la hechizada (Aix, Loudun, Louviers, asunto de la Cadiére).

Esta cronología no estaba aún bien detallada por mí cuando intenté en mi historia reconstruir el aquelarre por las actas. Me equivoqué en el punto quinto. La verdadera bruja original es un ser aislado, una religiosa del diablo, que no tiene amor ni familia. Ni siquiera las brujas de la decadencia aman a los hombres. Soportan un libertinaje estéril y llevan en sí la huella de esto (Lancre), sus gustos personales son los de las religiosas y las prisioneras. Atraen hacia sí a las mujeres débiles, crédulas, que se dejan arrastrar a pequeñas comidas secretas (Wyer, capít. 27). Los maridos de estas mujeres se ponen celosos, turban ese hermoso misterio, castigan a las brujas y les infligen la pena que más temen: dejarlas en-

cinta. La bruja no concibe más que contra su voluntad, por obra del ultraje y de la burla. Pero, si llega a tener un hijo, se dice que ea punto esencial de la religión satánica que este hijo se convierta en su marido. De ahí provienen (en los últimos tiempos), horrorosas familias y generaciones de pequeños brujos y brujas, todos malignos y malvados, sujetos a castigar o a denunciar a su madre. En Boguet hay una escena horrible de este género.

Lo que es menos conocido y por cierto infame, es que los grandes señora que utilizaban a estas razas perversas para sus crímenes personales, las mantenían siempre bajo su dependencia por miedo a que las entregaran a los sacerdotes, y obtenían de esta manera importantes ganancias (Sprenger, pág. 174, ed. de Lyon).

Sobre la decadencia de la brujería y las últimas persecuciones de que fue objeto recomiendo dos libros excelentes que deberían traducirse: los de Soldán y Wright. Sobre los contactos con el magnetismo, el espiritismo, las mesas que giran, etcétera, se encontrarán ricos detalles en la curiosa Histoire du merveüleux de Figuier.

NOTA 9. He hablado dos veces de Telón. Nunca lo he hecho bastante. Esta ciudad me ha dado la dicha. Fue ya para mí mucho terminar esta sombría historia en el país de la luz. Nuestros trabajos se resienten de la comarca en que han sido realizados. La naturaleza tra-

baja con nosotros. Es un deber dar las gracias a este misterioso compañero, agradecer el Genios loci.

Al pie del fuerte Lamalgue que domina invisible, yo ocupaba en una pendiente áspera de landas y de rocas una casita muy escondida. El hombre que construyó esta ermita, un médico, había escrito un libro original, G'agonie ef la mort. Él mismo ha muerto recientemente. Hombre de cabeza ardiente y de corazón volcánico iba todos los días a Tolón a volcar allí sus turbulentos pensamientos. Estos pensamientos están fuertemente marcados. En el encierro, muy grande, de viñas y de olivares, para aislarse, para alegarse, él construyó un jardín muy estrecho, rodeado de muros, a la manera africana, con una pequeña fuente. Él estaba allí presente en las extrañas plantas que amaba, en los mármoles blancos cargados de caracteres árabes que salvó de las tumbas demolidas de Argelia. Los cipreses de treinta años se han vuelto gigantes, y los aloes, los cactos enormes son temibles. Y toda es muy solitario, en modo alguno blando, pero encantador. En invierno hay en todas partes agavanzos en flor, por todas partes surge el tomillo y los perfumes amargos.

Esta bahía, ya se sabe, es la maravilla del mundo. Hay algunas mayores, pero ninguna tan hermosa, ninguna diseñada con tanto orgullo. Se abre sobre el mar por una boca de dos leguas, se cierra por dos casi islas recurvadas en forma de patas de cangrejo. Y todo el

interior es variado, accidentado, lleno de cabos, picos rocosos, promontorios agudos, landas, viñas, bosquecillos de pinos. Hay aquí un encanto, una nobleza, una severidad singulares.

Yo no veía el fondo mismo de la bahía, sino sus dos brazos inmensos; a la derecha, Tamaris (por otra parte inmortal); a la izquierda, el horizonte fantástico de Gien, las Islas de Oro, donde el gran Rabelais hubiera querido morir.

Detrás, bajo el alto circo de montes pelados, la alegría y el resplandor del puerto, de sus aguas azules, de sus navíos que van y vienen, ese movimiento eterno, creando un picante contraste. Flotan los pabellones, los banderines, las rápidas chalupas que llevan y traen a los oficiales, a los almirantes, todo está animado, todo interesa. Diariamente, a mediodía, al ir a la ciudad, yo subía desde el mar hasta lo más alto de un fuerte y veía desde la rada y, en el medio, la ciudad, quo desde aquí es encantadora. Cualquiera que la vea así por primera vez, dirá: "Qué hermosa mujer es Tolón".

¡Y qué amable recibimiento encontré en ella! ¡Cuántos amigos oficiosos! Los establecimientos públicos, las tres bibliotecas, las clases sobre ciencias ofrecían recursos numerosos, que no puede sospechar un viajero rápido o el transeúnte que va allí a embarcarse. Para mí, establecido en la ciudad largo tiempo y convertido en un verdadero tolonés, era de interés constante la com-

paración entre el antiguo y el nuevo Telón. Dichoso progreso del tiempo que en parte alguna he sentido mejor. El triste asunto de la Cadiére, cuyos monumentos me fueron comunicados por el sabio bibliotecario de la ciudad, ponía este contraste en gran relieve.

Una construcción, sobre todo, detenía diariamente mis miradas, el Hospital de la Marina, antiguo seminario de los jesuitas fundado por Colbert con limosnas de vasallos y que, en la decadencia de la Marina, llamó de manera odiosa la atención pública.

Se ha hecho bien en conservar un monumento tan instructivo sobre la oposición de dos épocas. Está ahí ese tiempo de aburrimiento y de vacío, de inmunda hipocresía; está aquí este tiempo luminoso de verdad, ardiente de trabajo, de investigación, de ciencia, y de ciencia llena de caridad, de ciencia vuelta hacia el alivio y el consuelo de la vida humana.

Pero entremos ahora: encontraremos que la casa ha cambiado poco. Si los adversarios del presente dicen que estos progresos son obra del diablo, tendrán que reconocer que aparentemente el diablo ha cambiado de costumbres.

Su libro de magia está hoy en día en el primer piso y es una hermosa y respetable biblioteca médica que los jóvenes cirujanos, con su propio di-nero y a costa de sus placeres, aumentan incesantemente. Menos bailes y menos queridas, más ciencia y más fraternidad.

Destructor antes, creador hoy en día en el laboratorio de química, el diablo trabaja y prepara lo que mañana deberá recuperar, curar al pobre marinero. Si el hierro es necesario, la insensibilidad que buscaban las brujas, esta insensibilidad cuyos primeros ensayos hicieron ellas con sus narcóticos, está ya dada por la brujería que Jackson descubrió en 1847.

Aquellos tiempos soñaron, quisieron; este tiempo realiza. Su demonio es un Promcteo. En el gran arsenal satánico, quiero decir, en el rico gabinete de física que ofrece este hospital, he encontrado realizados los sueños, los votos de la Edad Media, sus delirios más quiméricos. Para atravesar el espacio, él dijo: "Yo quiero la fuerza...", y tenemos el vapor que es, a veces un ala, a veces el brazo de los titanes. "Quiero el rayo", y ahora lo tiene en la mano, dócil y manejable. Se lo pone en botellas, se lo aumenta o se lo disminuye, se sacan de él chispas; se le llama o se le envía. Es verdad que ya no se cabalga por los aires sobre una escoba, como en la Edad Media; pero el demonio de Montgolfier ha creado el globo. Y finalmente el deseo sublime, el soberano deseo de comunicarse a la distancia, de unir desde un polo al otro los pensamientos y los corazones, este milagro está realizado. Todavía más, se realiza la unidad de la tierra por medio de una gran red eléctrica. La humanidad entera tiene, por primera vez, de minuto en minuto, conciencia de ella misma, de una comunión de almas... ¡Oh,

divina magia!... ¡Si Satanás ha hecho esto, hay que rendirle homenaje, reconocer que él pude muy bien ser uno de los aspectos de Dios!